
JOANNA KINSALE
GENTLEMEN
El precio
DE LA
Felicidad

El precio de la Felicidad

JOANNA KINSALE

Derechos de autor © 2022 JOANNA KINSALE

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Contenido

El precio de la felicidad

Si a Lucy Northwood le hubieran preguntado con quién quería casarse, habría respondido con certeza: con William Sherwood. Ella ama al hombre desde que era una niña y ya ha hecho planes para su futuro.

Lástima que las deudas acumuladas por su difunto padre, el conde de Northwood, hagan estragos en sus planes de felicidad.

Porque Christopher Orson, el Diablo de Londres, está dispuesto a todo para tenerla a su lado.

No podrían ser más diferentes, pero cuando se encuentran en una noche oscura, la vida de Lucy está destinada a cambiar para siempre.

¿El destino se burlará de ella o le dará el verdadero amor?

Capítulo 1

Antes de esa noche, el joven Peter nunca había entrado en una casa de juego. Nunca le habían llamado el Conde de Northwood. Nunca había sabido lo elevada que era la deuda de su padre.

Fue una noche llena de primicias para él. Parecía tan fuera de lugar en aquel sitio, con su chaqueta arreglada y sus botas brillantes. Sin embargo, tenía que entrar, tenía que jugar y ganar la mayor suma jamás ganada en una casa de juegos de Londres para que su hermana y su madre no lo perdieran todo.

El honor, el título y la respetabilidad de su nombre. Su casa.

—Señores, ¿quieren otra carta?

Estaba casi seguro de que el temblor de sus manos no podía ser visto por los demás, pero él lo notaba muy bien.

Estaba perdiendo y ni siquiera tenía dinero para pagar esta otra deuda. ¿Cómo pudo pensar que podría ganar? Estaba pensando seriamente en ahogar su pena con otra copa de ese licor que le había ofrecido una joven de profundo escote, cuando sintió que una mano se apoyaba con fuerza en su hombro.

—El caballero deja de jugar por esta noche.

Entre murmullos e insultos de sus oponentes, sintió que lo levantaban de la silla y lo llevaban lejos de la mesa.

—Es inútil quejarse, las deudas se pagarán todas.

Mientras caminaba mudo detrás del desconocido, no pudo evitar preguntarse quién era el hombre que estaba dispuesto a asumir todas sus deudas y qué querría a cambio.

Entró en una habitación oculta a los ojos de los jugadores de la sala, pero con vistas a toda la casa de juego.

—Señor, le he traído al joven como me lo pidió.

Peter ni siquiera se había dado cuenta de que había alguien más en la habitación. Cuando sus ojos empezaron a adaptarse a la oscuridad, vio que había dos hombres que se dedicaban a fumar largos cigarros. La luz se encendió de repente y lo vio. Era el hombre al que todos señalaban como el dueño de la casa de juego: Christopher Orson.

—¿Es usted el joven conde de Northwood? —preguntó una voz grave y profunda.

—Sí, señor.

—Su difunto padre le dejó muchas deudas. —El joven no consideró necesario contestar, todo el mundo en Londres conocía las condiciones económicas en las que se encontraba su familia—. ¿Has

venido a mi club para tomar ejemplo de tu padre? ¿O realmente esperabas ganar? —le preguntó casi con ironía.

—Yo… yo, señor, lo siento pero… —Se encontró tartamudeando Peter sin saber qué responder.

—¿No tienes idea de cómo pagar a los acreedores que te persiguen? Si quieres, puedo ayudarte —le dijo el hombre, mirándole fijamente con sus profundos ojos oscuros.

—¿De verdad, señor? —Y no pudo evitar un tono de sorpresa.

—Conde, usted tiene algo que deseo —dijo Christopher, haciendo girar el cigarro ociosamente en sus manos.

La nuez de Adán del joven subía y bajaba a una velocidad cada vez mayor con cada pregunta del hombre sentado frente a él.

—Hemos vendido todas nuestras propiedades y las que no hemos podido vender son intocables, se entregan con título de propiedad.

Una sonora carcajada sacudió los musculosos hombros de su interlocutor.

—No quiero tu estúpida propiedad, ya he reunido tanto que podría ser suficiente para dos o tres hombres más como tú. Quiero a tu hermana. —El tono de voz, serio e inflexible, y la mirada fija le confirmaron que aquel hombre no estaba bromeando.

—¿Mi hermana? —preguntó con los ojos muy abiertos y el miedo atenazando su carne.

—Maldita sea, Cris, ni siquiera tú puedes ir tan lejos — dijo el otro hombre que, hasta ese momento, había permanecido en silencio.

Con una mirada iracunda, Christopher se levantó de su asiento y fulminó con la mirada al que solo podía llamarse su único amigo.

—Cállate Lucas, esto no es de tu incumbencia.

Lucas no reconoció, en aquel hombre, al amigo con el que hacía unos minutos estaba fumando tranquilamente el cigarro que ardía entre sus dedos.

Había regresado.

Había vuelto a ser el niño insaciable que había conocido en el internado.

El Diablo había vuelto.

—Entonces, Conde, ¿qué dices? Tu hermana a cambio de tus deudas. Todas tus deudas. —El tono de voz bajo y persuasivo tan dispuesto a no dejarle escapatoria.

El joven Peter Northwood no pudo evitar sentirse falto de aire. ¿Tenía que elegir entre su hermana y sus deudas? ¿Y podría realmente vender o comprar una persona?

—No pienses demasiado. No tengo todo el tiempo del mundo — dijo Cristopher casi cansado de esperar su respuesta.

Sí. Una persona puede ser vendida.

Y cuando Peter dejó el club, acababa de deshacerse de todas las

cuantiosas deudas de su padre y de vender a su hermana a Christopher Orson, el bastardo más rico de Londres.

En efecto, tenían razón al llamarlo “Diablo”.

Sus ojos, ojos tan negros como un pozo sin fondo, eran realmente los ojos de un Diablo.

Fue otra novedad para él. Era su primer encuentro con el Diablo, y al Diablo nunca se le puede decir que no.

Capítulo 2

Desde que el joven conde salió de su estudio personal, Lucas no había dejado de mirarle acusadoramente.

—Dime la verdad: ¿cuánto tiempo has estado persiguiendo a ese chico?

Cris levantó los ojos para mirar a su amigo y, apagando el cigarro que tenía en las manos, se encogió de hombros y respondió:

—¿Cuánto tiempo ha pasado, Lucas? Desde que lo vi entrar todo nervioso a mi casa llena de perdición.

Y era cierto. Era la primera vez que veía al joven conde. Pero Lucas, el único amigo verdadero que había tenido, lo conocía demasiado bien, y esta vez también tenía razón.

Ya había apuntado a su presa, y durante demasiado tiempo.

Pero su objetivo nunca fue Peter Northwood.

No era más que un peón en su juego, la forma más fácil que le había dado el azar para llegar a ella.

Su presa era ella. La hija del difunto Conde de Northwood.

La hermana de ese niño inocente.

Ella. La joven condesa.

Lucille Northwood.

Había sido su fijación desde que la vio por primera vez en una recepción a la que había sido invitado.

Largos rizos dorados y una sonrisa despreocupada.

¿Le había sonreído alguien así en su vida?

Él, en su vida de —bastardo—, de hijo que nunca quisieron, nunca había tenido nada por lo que sonreír de forma tan natural.

Pero, ¿alguna vez alguien le había sonreído así?

¿Y por qué en ese momento había deseado que ella le sonriera a él y solo a él para siempre?

La razón de ese deseo estúpido y sinsentido no la pudo entender ni siquiera entonces, a pesar de que habían pasado casi cinco meses desde aquel día.

Cinco meses en los que no había podido quitársela de la cabeza.

¿Cómo fue posible?

Miró su reflejo en el espejo del mueble bar junto a su escritorio y se sirvió un whisky. Muchos decían que era guapo.

Era un hombre de treinta años, alto y musculoso. Sus rizos negros y sus ojos oscuros siempre habían roto el corazón de muchas de las mujeres que había conocido y siempre había conseguido conquistar a todas las que quería.

Tanto de joven, cuando no era más que un bastardo sin dinero, como ahora que se había convertido en uno de los solteros más ricos de Londres.

Uno de los solteros más ricos y codiciados de Londres… sin embargo, siempre quiso algo que no podía tener.

Ese algo que siempre se le había negado.

Fue el más sucio y el mayor pecado de su, ahora, recto padre: el Duque de Kent, por lo que lo envió lo más lejos posible de sí mismo. Pero ahora el duque estaba a punto de exhalar su último suspiro y el único hijo varón que había dado a luz era él: su odiado bastardo.

En los últimos días había sido convocado a su cabecera y el duque le había propuesto un chantaje.

«Qué buena jugada de un padre que nunca le había dedicado una mirada», pensó mientras sonreía con amargura.

Podría haberlo tenido todo: el título, las tierras y todas sus posesiones, si solo se casaba con una mujer noble.

Cualquiera, había señalado el viejo moribundo, pero tenía que ser noble.

Tan noble como esa maldita sangre que corre por sus venas.

Y esa propuesta le había gustado.

Pero nunca se casaría con ninguna chica que formara parte de esa aristocracia que no dejaba de mirarle con desprecio y horror.

Desde muy joven comprendió que un título elevado y la riqueza podían abrirle todas las puertas. Y si el destino le había arrebatado su legítimo título, cuando se trataba de dinero nadie podía ganarle.

El dinero, él sabía cómo hacerlo de la nada. Ahora, sin embargo, podría tener ambas cosas.

Una risa profunda y liberadora brotó de su pecho. Había llegado el momento de su venganza.

Venganza contra su padre.

Venganza contra la nobleza que lo despreciaba.

Tomaría su título y todo lo que le correspondía, pero solo él decidiría con quién se casaría.

¿Y cómo no iba a elegir a la chica con la sonrisa más dulce que había visto nunca? ¿La misma sonrisa que incluso ahora seguía persiguiéndolo?

«Podría haberla conquistado con su encanto y haberla llevado a desearle, pero saber que podía comprarla con su dinero ganado con esfuerzo, le excitaba aún más», pensó, mientras se bebía un vaso lleno de whisky.

Capítulo 3

Hacía tiempo que había salido el sol cuando el conde entró en el vestíbulo de su residencia londinense.

Aquella casa, que se alzaba resplandeciente en una de las calles más nobles de Londres, era el orgullo de su madre, la condesa de Northwood, una de las matronas más admiradas y respetadas del lugar, hasta que los rumores sobre las crecientes deudas de su marido empezaron a llegar a los oídos de sus pares.

La misma mujer que vio aquel día, estaba sentada en la gran mesa del salón junto a su hermana y su mayordomo, sacando brillo a los cubiertos. A estas alturas estaban en tal crisis que el único sirviente al que podían pagar, y que aún no les había abandonado a pesar de que su salario llegaba cada vez más tarde cada mes, era su mayordomo de confianza: el señor Higgins.

Conocía a este hombre desde que era todavía un joven con la espalda recta y el uniforme en perfecto estado.

¿Cuánto tiempo hacía que no podían permitirse un nuevo uniforme para su único sirviente? ¿Cuánto tiempo hacía que su madre y su hermana, en lugar de pasar las horas coqueteando y bailando en las mejores recepciones, se dedicaban a pulir esa estúpida cubertería de plata?

Cuando le oyeron volver, los tres levantaron la vista de su tarea y le saludaron con una sonrisa. Al menos eso era cierto para su madre y su hermana. El señor Higgins se limitó a asentir brevemente.

—Buenos días, madre —saludó Peter, dándole un ligero beso en la mejilla.

—Buenos días, Peter. Por fin te has decidido a volver —dijo su madre, mirándole con el ceño fruncido.

Tenía que contarles inmediatamente lo que había sucedido.

Lo más probable es que su madre o su hermana, que siempre le habían sacado de los problemas y siempre tenían la solución en el bolsillo, le ayudaran.

Lástima que esta vez haya sido él quien haya metido a su querida hermana en problemas. ¿Lo odiaría para siempre o entendería la incómoda situación en la que se encontraban?

Supo, por sus brillantes ojos azules, que ella lo odiaría, y para siempre.

Lo sabía.

Cómo sabía por quién había latido su corazón durante la mayor

parte de su vida y qué color había nombrado como su favorito a los cinco años.

El relato de lo ocurrido anoche no podía salir de su boca y se devanaba los sesos para saber cómo decirlo.

Pero, ¿había realmente una manera de endulzar esa píldora?

Probablemente no, nunca habría estado allí.

—Ayer fui a una casa de juego —dijo, agotado y cansado de todo.

Los ojos de Lucy le miraron llenos de dolor.

¿Llorar por él? Muy pronto ella solo se afligiría por su destino.

—No Peter, por favor, tú también no —respondió Lucy con su tono de voz dulce y casi infeliz.

—Quería ganar. Quería ganar la mayor suma posible y pagar todas sus deudas. Te juro que lo deseaba de verdad, Lucy —repitió ante los ojos atónitos de su hermana.

—Nunca se gana en esos lugares. Dime que no has jugado, dime Peter —concluyó Lucy casi suplicándole.

Lucy ya se había levantado de la mesa, su madre miraba fijamente al frente, quizá pensando ya en lo que habían pasado y en lo que seguían pasando ahora por culpa del vicio de su padre, y el señor Higgins había bajado los ojos para no mirarle, pero por su postura rígida y contraída se podía intuir todo su desconcierto.

Solo Lucille, la joven condesa de Northwood a la que todos llaman Lucy, tuvo el valor de hablar. Siempre había tenido valor de sobra.

Ella le había protegido en todas las ocasiones y él… La había vendido a la primera oportunidad.

¡Dios! La vendió. Sin embargo, la idea le provocó arcadas.

—Yo… yo, Lucy, no quería. No quería perder.

—¡Peter! No nos queda nada, ¡no necesitamos más deudas! ¿Cómo has podido ser tan ingenuo? ¿Cómo vamos a pagar esta vez? —le gritó su hermana.

Las arcadas se hacían cada vez más pesadas y la lengua no quería cooperar.

—El propietario del club, el señor Christopher Orson, me ha propuesto un trato. Un acuerdo que nos liberará de todas las deudas de nuestro padre.

Esa última frase pareció despertar a su madre de quién sabe qué mundo lejano.

—¿Todas las deudas de tu padre? —le preguntó ella, indecisa y sorprendida al mismo tiempo.

—Sí, madre. ¡Todas sus deudas! Seremos libres para siempre —le dijo con la esperanza vibrando en su voz.

La esperanza de empezar de nuevo sin esas deudas que pesaban sobre su cabeza como la espada de Damocles.

Sin embargo, Lucy se dio cuenta de que no todo podía ser tan sencillo.

Ni siquiera Christopher Orson, que todo el mundo sabía que era tan rico como Creso, podría estar tan loco como para pagar todas esas deudas sin pedir algo a cambio.

—¿Qué te pidió a cambio, Peter? —le preguntó ella con voz temblorosa.

¿Su vida? ¿Su corazón? ¿Su cuerpo? Peter no lo sabía. Solo sabía una cosa.

—Tú. A cambio, te quiere a ti —fue la única respuesta que encontró Peter en ese momento.

Por primera vez en su vida vio a su hermana desmayarse a sus pies, blanca como un cadáver.

Capítulo 4

¿Realmente su hermano la había vendido al hombre al que todos llamaban el Diablo?

¿Cómo podría? ¿Cómo? No le bastaba con tener un padre maltratador que había dilapidado toda su fortuna, ¿ahora tenía que ser vendida?

¿Qué debía esperar entonces de ese hombre? ¿Qué quería de ella?

Lucy sintió que nunca lo había visto en las ricas y fastuosas recepciones a las que solía asistir cuando la sociedad aún las respetaba y su ropa era de temporada.

Ni siquiera sabía qué aspecto tenía.

Lucy nunca había mirado a otro hombre que no fuera el compañero del que se había enamorado a los doce años y con el que siempre había planeado casarse.

Y su hermano lo sabía.

Lo sabía todo sobre ellos y sus planes.

¿Cómo ha podido tirar todo su futuro en una noche?

Nunca se había desmayado en toda su vida.

Nunca.

Nada la había perturbado tanto como esa pequeña frase pronunciada por su hermano.

«Tú. A cambio te quiere a ti»

Sobre su frente sintió el peso de un paño húmedo y junto a ella sus oídos captaron una lenta letanía.

¿Su madre estaba rezando? ¿No se había dado cuenta todavía de que era inútil seguir arruinando sus rodillas rezando?

No había servido para sacar a su marido de las deudas y no serviría esta vez para salvarla de ese hombre.

Lo único que podía ayudar era ir a hablar con él y esperar hacerle entrar en razón. Sea cual sea el coste.

Cerró los ojos y casi se encontró deseando ser como su madre, dispuesta a creer que una pequeña oración a alguien de allá arriba podría salvarla.

Luego respiró hondo y se levantó de la cama, sin importarle los gritos de su madre de que debería seguir en esa cama recuperándose.

Haciendo caso omiso de la mirada culpable de su hermano. Y pasando rápidamente incluso bajo la mirada acusadora de Higgins.

Él también se había dado cuenta ya de lo que quería hacer, a dónde iba con tanta prisa, y sus pasos se movieron incluso más rápido que los de su viejo mayordomo para llegar a la puerta antes de que

este la cerrara para siempre.

Estaba cansada.

Cansada de que todo el mundo decida sobre su vida.

Cansada pero lista para luchar contra un extraño.

Para que se dé cuenta de que debía de estar equivocado, de que una copa de más se le había subido a la cabeza, de que por muy rico y poderoso que se creyera, no se podía comprar un ser humano.

La vida de un ser humano no podía ponerse en precio… ni siquiera por todas las deudas de su padre.

Y con lágrimas en los ojos se encontró con la esperanza de convencerlo.

No podía perderlo todo.

No podía perder a William.

No podía porque sin William, sabía, también se perdería a sí misma.

Llegó al club más famoso de toda la ciudad cuando la mañana ya daba paso a la tarde, en un momento del día en el que los nobles descansaban para recuperarse de la juerga de la noche anterior.

Y eso fue bueno para ella.

Nadie podría decir que la había visto entrar en un club tan lleno de perdición, nadie podría añadir este jugoso cotilleo a las ya perversas historias que se susurraban entre sí, cada vez que la veían a ella o a su familia.

Los hombres susurraban en voz baja y las mujeres hablaban detrás de sus abanicos, pero ella los oía.

Siempre podía oírlos.

Sintió cada insulto y cada mezquindad en su piel.

El Club no era en absoluto lo que ella siempre había imaginado que era una casa de juego. No había muebles viejos y destartalados y ni siquiera olía a suciedad y vicio. Todo a su alrededor parecía limpio y olía bien.

Desde la alfombra de colores brillantes hasta las vidrieras tan limpias que podía ver su reflejo en ellas.

Y allí, a diferencia de la nobleza, nadie parecía necesitar un descanso.

Ante sus ojos vio un ir y venir de camareras sacando brillo al suelo, de aparcacoches limpiando las mesas de juego y de un hombre bajito y con gafas que, tras verla entrar, corrió hacia ella con los ojos muy abiertos.

¿Que nunca había visto a una joven decente entrar en sus instalaciones?

Si hubiera sabido que no solo era una joven agradable, sino que además tenía un título, casi seguro que también se habría desmayado ese día.

Ese estúpido pensamiento le hizo sonreír. Tal vez la primera sonrisa de esa extraña mañana.

—¿Señorita? ¿Puedo ayudarle?

El hombrecillo la alcanzó a una velocidad sorprendente para su incipiente barriga, pero lo más probable es que fuera la preocupación lo que le había dado tanta prisa.

—Sí, gracias —dijo, mostrando su mejor sonrisa—. Me gustaría hablar con el propietario.

—Señorita, el señor Orson no recibe visitas —contestó el otro obsequiosamente—, y especialmente no recibe a las jóvenes no acompañadas. Eso no sería correcto.

¿Realmente le dijo que su empleador estaba cumpliendo las normas de la sociedad? ¿Lo era? ¿Estaban hablando del mismo hombre que la había comprado esa misma noche?

—Creo que en este caso el señor Orson tendrá que hacer una excepción —insistió.

El hombrecillo la miró a los ojos y asintió repetidamente.

—¿A quién... a quién debo anunciar?

—La condesa de Northwood —respondió y levantó la barbilla como le habían enseñado a hacer desde la infancia.

Era la hija de un conde y tenía que llevar su título con la cabeza bien alta.

Incluso cuando no tenía nada más que eso.

Cuando le vio tambalearse en el lugar, se dio cuenta de que no se había equivocado mucho, después de todo.

Si a ese hombre se le hubiera permitido el privilegio de desmayarse en el trabajo, después de su última frase, se habría desmayado de verdad.

Pero evidentemente su empleador nunca le habría permitido hacer esto, tal vez incluso era una cláusula en su contrato de trabajo, entre correr lo más rápido posible y hacer su negocio lo más rápido posible.

Porque aunque nunca lo había conocido en persona, sobre el Diablo de Londres había escuchado muchas historias y ninguna que no destacara lo dedicado que era a su trabajo.

Lo más repugnante del mundo para cualquiera que formara parte de la aristocracia.

¿Qué necesidad había de trabajar si se podían tener tantos aparcacoches como calcetines en el armario?

En algún momento, ella también lo pensó.

Hubo un tiempo en que ella también susurraba detrás de los abanicos y se reía de los esfuerzos que hacían los nuevos ricos para ser admitidos en su castillo dorado.

Entonces descubrió que el castillo dorado era en realidad un

castillo de arena, que todas sus certezas no eran tan ciertas y que ya no quería ser esa persona babosa y banal que solo se preocupaba por sí misma y por tener ropa de moda.

Desde que se había enterado de las traiciones de su padre, había perdido, poco a poco, cada pedazo de esa pequeña persona vanidosa para hacerse más fuerte. Más real.

Había aprendido que peinarse y vestirse sola era mucho más cómodo que tener a alguien que lo hiciera por ella, había descubierto que charlar en el mercado sobre el tiempo en Londres o sobre lo que sus hijos preferían comer con mujeres sencillas y honestas era mucho más satisfactorio que cotillear con quienes antes consideraba amigos.

Ella misma había conocido a otra y, tenía que ser sincera, esta persona le gustaba mucho más.

¿Sabía el señor Orson que los acontecimientos de su vida la habían cambiado? ¿O esperaba una de esas gansadas que llenan los salones de la buena sociedad?

Lo descubriría muy pronto.

Capítulo 5

El secretario se apresuró a entrar en el estudio personal del señor Orson con la absoluta certeza de encontrarlo sentado en su escritorio.

Era capaz de no detenerse ni un solo momento.

Pasó todas las noches de su vida supervisando las actividades del Club a la perfección y por la mañana estaba inmerso en papeles y cuentas de la recaudación de la noche anterior.

La falta de sueño era una clara manifestación para cualquiera que mirara su rostro: profundas ojeras y un ligero rebrote de barba.

Al verle tan cansado, el señor Smith no dejaba de insistirle para que se tomara unas vacaciones, pero solo recibía una respuesta:

—Después

Después de cinco años de trabajar junto a él, un trabajo que le había llenado de satisfacción, Smith creía conocer bien a su dueño y sabía que más tarde en realidad significaba nunca.

Esas vacaciones, que tanto necesitaba, nunca se las permitiría.

—Una estúpida pérdida de tiempo —fue lo que dijo la última vez. Y Orson nunca perdería un solo momento de su precioso tiempo.

Era un hombre que siempre exigía lo mejor de todos sus empleados.

Pero fue de sí mismo que exigió aún más que el máximo.

En su camino no había obstáculos demasiado difíciles de saltar ni metas imposibles de alcanzar. Los límites para Orson no existían.

No había límites para el dinero que podía acumular, no había límites para las mujeres que podía conquistar, no había límites para el odio que sentía por su padre.

¿El único pasatiempo al que se entregaba? Clases de esgrima, su deporte favorito.

Todos los días, al amanecer, entrenaba durante al menos una hora con el mejor espadachín de Londres.

E incluso el señor Smith, aunque no le gustaban los deportes que consumían toda esa energía, tenía que admitir que su físico esculpido y delgado era el resultado de todo ese duro entrenamiento.

Se aclaró ligeramente la garganta para llamar la atención de su jefe.

—¿Señor?

—¿Sí, Smith? —dijo Christopher sin siquiera levantar la cabeza de sus cartas.

—Hay una visita para usted, señor —le dijo, sabiendo ya lo que se iba a encontrar.

—¿Cuántas veces te he dicho que no atiendo a nadie? — casi le ladró Cris.

—Siempre, señor —respondió amablemente.

Leyendo rápidamente una nota en un pequeño cuaderno, Cris le respondió:

—¿Y qué te hace pensar que esta vez es diferente, Smith?

—Es la Condesa de Nothwood, señor.

Al oír ese nombre, el papel que acababa de tomar en la mano volvió inestablemente al escritorio.

—¿Ya está aquí? Es valiente la chica —susurró Cris para sí mismo, sorprendido por el comportamiento de la joven.

—¿Qué debo hacer, señor? —preguntó el secretario, mirándole con atención.

—Haz que pase, Smith —respondió y le despidió rápidamente.

—Sí, señor.

Christopher se levantó de la silla y trató de recomponerse rápidamente.

No había esperado la visita de la joven condesa tan pronto y ahora se arrepentía de no haber ido a la cama esa mañana o de no haber arreglado el rebrote de su barba.

No necesitaba mirarse al espejo para saber cómo debía estar.

Oscuro y feo como un Diablo.

Un golpe en la puerta le despertó de sus pensamientos.

¿Un golpe en la puerta?

El señor Smith nunca había llamado a su puerta.

Si tenía que hacerle una comunicación, el hombre solía entrar en su habitación sin pedir permiso.

¿Acaso la presencia de esa joven ya estaba alterando las rutinas establecidas en su club?

Ese pensamiento consiguió arrancarle una sonrisa.

Se giró en el momento exacto en que Lucille entró en el estudio. Y no pudo contener un suspiro lleno de expectación.

«Por fin», pensó, y un escalofrío recorrió su poderosa espalda.

Nunca había tenido la oportunidad de respirar su propio aire, siempre separado por una multitud de nobles.

Conocía el color de su pelo y sus ojos, pero nunca había escuchado su voz.

Sabía cómo se curvaba su nariz cuando un pretendiente demasiado intruso la molestaba, pero nunca se había dado cuenta de que había una pizca de pecas en esa adorable nariz.

Un toque de sol.

—¿Es usted el señor Orson? —preguntó con su voz suave, casi musical.

—¿Y usted es seguramente la condesa de Northwood? —le

preguntó, permitiéndose el privilegio de mirarla un momento más.

—Sí, soy yo —respondió ella con dudas.

—No le esperaba tan pronto. Estaba seguro de que a estas horas la nobleza estaría recuperándose de la juerga de la noche —le dijo y una sonrisa burlona se detuvo en sus labios.

—¿Quiere decirme que no sabe que mi familia ya no participa en las juergas de la noche? ¿No sabe que a la nobleza tampoco le gustan las deudas?

«Es la respuesta adecuada a su pregunta irónica y despectiva.» Cris pensó en el momento en que había descubierto su desastrosa situación.

Era un baile al que había asistido con la esperanza de verla una y otra vez, pero ella no estaba allí. Ni ella ni su madre.

Ni siquiera había tenido tiempo de hacer unas cuantas preguntas inocentes que una gorda matrona le había descrito con detalle todos los chismes. La mujer era tan feliz de que los oídos la escucharan, que no se dio cuenta de que él querría estrangularla y hacerle comer todas esas inferencias sobre Lucy.

Y esa noche un pensamiento alucinante le había sacudido: habría estrangulado a alguien por una mujer que ni siquiera conocía y que nunca le habría hablado si no se hubiera aprovechado de su desgracia.

—Me he enterado de su situación y, como ha visto, he tomado medidas para ayudarle —le respondió prácticamente, volviendo al presente.

—De eso he venido a hablarle. Por la ayuda que me ha ofrecido —continuó mientras jugaba nerviosamente con su bolso.

—Dígame —Estaba agitada. Se mordió los labios y le miró con sus grandes ojos azules y desconcertados—. Mi hermano me contó lo de anoche —El tono era apresurado y casi asustado. Cris se limitó a inclinar la cabeza y esperar a que ella continuara—. Me dijo que usted… que usted… —tartamudeó y siguió mordiéndose sus hermosos labios.

—¿Le ha dicho que le he comprado?

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Lucy.

«No pudo soportar que dijera que la había comprado» pensó Cris. Será mejor que se haga a la idea.

—No se puede comprar a una persona —respondió ella ofendida, alejándose lo más posible de él.

Una carcajada brotó del pecho de Christopher.

—¿Lo cree? He aprendido que con el dinero adecuado se puede comprar cualquier cosa. Incluso una persona. Incluso usted —le contestó cínicamente y sin ningún remordimiento.

El hombre no tenía alma, reflexionó Lucy, mientras temblaba en cada parte de su cuerpo y pensaba en cómo salir de aquella desastrosa

situación.

—Mi hermano simplemente me dijo que me quiere a cambio. ¿Pero qué quiere de mí? ¿Mi cuerpo? ¿Mi vida? ¿Qué? —casi gritó la última pregunta mientras intentaba contener las lágrimas de desesperación.

Una profunda convicción le decía que ese hombre alto y musculoso, tan decidido y cínico, nunca la dejaría ir.

«¿Qué quería de ella? Su vida, su cuerpo, su título, su sangre, su propio aliento» pensó Cris, pero no lo dijo.

De ella quería todo.

—Quiero casarme usted —fue su respuesta. Una respuesta sencilla que cambiaría su destino para siempre.

Fue un verdadero golpe para Lucy, que buscó el asidero de una silla y se esforzó por tragar para recuperar una pizca de voz.

—¿Quiere casarse conmigo? —le preguntó confundida—. No me conoces. ¿Por qué quiere casarse conmigo? —continuó, con la voz alta y llena de tristeza.

—Quiero ser aceptado por la aristocracia y su título me abrirá todas esas puertas que siempre han estado cerradas para mí —respondió Cris.

—¿Por qué yo? ¿Por qué no otra chica con un título? —le preguntó de nuevo desesperada mientras le temblaba la voz.

Porque cualquier otra chica no habría sido ella, habría querido responderle.

Porque quería despertarse por la mañana y ver esa sonrisa plena y despreocupada.

Porque desde que la conoció su primer y último pensamiento ya no era el dinero. Y eso le preocupaba cada día un poco más.

Pero Lucy no debía saber eso. Todavía no. Tal vez nunca.

—No hay razón para ello —le contestó en cambio, fingiendo desinterés—. Se me presentó la oportunidad de tenerle y la aproveché. Se lo dije: necesito un título —Y jugó suavemente con una copa de cristal, haciéndola girar entre sus manos.

—Es rico y tiene un negocio próspero. Todo Londres le envidia —le gritó Lucy, que no podía creer que aquello estuviera ocurriendo de verdad—. ¿Por qué quiere formar parte de la aristocracia?

Se dio cuenta, por el relámpago que salía de sus ojos negros, de que había hecho la pregunta equivocada.

Ojos negros como la noche. Ojos negros como el pecado. Lucy estaba casi segura de que nunca había visto unos ojos tan oscuros.

—Eso no es de su incumbencia —la despidió rápidamente.

—¿Y si no estoy en venta? —le preguntó mientras fruncía el ceño confundida.

—Me ofrecí a pagar todas las deudas de su familia y usted es lo

único que quiero a cambio —le dijo, recordándole la enorme deuda que pesaba sobre su familia.

—¿No podemos encontrar una solución? —suplicó desesperada—. Estoy dispuesta a todo, pero por favor, no me pida esto. No me pida que renuncie a mi futuro.

—¿Su futuro? ¿Qué futuro cree que tiene? Las deudas de su padre le han alejado del buen mundo y ni siquiera puede comprarse un vestido nuevo. Unos días más y los acreedores aparecerán en su puerta. ¿A qué espera? ¿Que ya no tenga dinero ni para comprar comida? —casi le gritó.

—Mi prometido —tartamudeó Lucy—. Él podrá ayudarnos...

—¿Su prometido? —respondió Cris cínicamente—. Es el segundo hijo del barón Sherwood, ¿verdad? —Lucy no contestó, se limitó a inclinar la cabeza en silencio y a esperar su respuesta—. Acuda a él —le concedió magnánimamente—. Si se ofrece a pagar todas las deudas de su familia, será libre. Libre de mí —su tono posesivo y seguro, contradecía cada palabra que acababa de decir.

Lucy no podía creer lo que sus oídos habían escuchado. ¿Este hombre realmente le estaba ofreciendo una última oportunidad?

—¿Habla en serio? —le preguntó dudosa pero feliz al mismo tiempo.

Cris quería darse la vuelta y no volver a mirarla.

No mirar sus ojos llenos de amor por un hombre que no era él.

—¿Ve que no soy tan malo como todo el mundo piensa? Vamos, aproveche esta oportunidad —le instó y le dedicó una última sonrisa incierta.

La joven no se dejó repetir y corrió hacia la puerta llena de esperanza.

Por primera vez en su vida, Christopher sintió la necesidad de beber algo fuerte a media tarde.

Tenía que beber.

Tuvo que beber para celebrarlo.

—Corre. Corre mi pequeña presa. De todos modos, ese perdedor nunca te salvará —susurró en la puerta mientras la veía huir de él.

Capítulo 6

Christopher estaba bastante seguro de que el joven Sherwood nunca sería lo suficientemente valiente como para desafiar a su familia por el bien de Lucy. Pero no le bastaba con creer estar seguro.

Tenía que estar seguro.

Por eso, inmediatamente después de hablar con la joven, había abandonado la contabilidad y había llamado a la puerta del barón de Sherwood, uno de los clientes más habituales del club, un joven de gustos especialmente sádicos, de esos que solo disfrutan con la sangre. Mucha sangre.

Para ser un bastardo, Christopher era un bastardo con mucha suerte.

El dinero y su club siempre le habían abierto puertas que otros hijos ilegítimos nunca habrían tenido y poseía más información que la propia policía de Londres.

Y el Barón de Sherwood tenía secretos.

Secretos demasiado incómodos para realizar su sueño de ser miembro del Parlamento británico. Una palabra suya y adiós sueños de gloria para el querido Barón.

—¿Qué quieres a cambio de tu silencio?

Cris pudo percibir su nerviosismo por el tono alto y tembloroso de su voz.

—Tu hermano debe olvidar a Lucille Northwood para siempre —dijo en un tono que no dejaba alternativa. Se levantó rápidamente de su silla y también lo hizo su voz. La voz del Diablo que no deja escapar—. No debe verle, ni hablarle, ni estar en la misma habitación que ella. No me importa cómo lo hagas —especificó cuando el barón intentó interrumpirle—. Recuerda que conozco todos tus secretos. Y no tengo escrúpulos. Nunca he tenido ninguno.

Abandonando rápidamente aquella morada llena de ostentación y baratijas inútiles, Cris pensó que Lucy sufriría por lo que estaba haciendo.

Lloraría y se le rompería el corazón por ese niño sin carácter. Pero ni siquiera este pensamiento fue suficiente para detenerlo. Ella iba a ser suya.

Y su corazón roto también le pertenecería.

Iba a reconstruirlo. Pieza por pieza.

Esa noche, Lucy debía asistir al baile ofrecido por la Reina del Ton, la Duquesa de York, una de las pocas amigas íntimas de su

madre, que había insistido en que ella también asistiera.

Contaba mucho con ese baile y para ello se puso el mejor vestido que pudo encontrar en su armario.

El vestido blanco, como prescribía la etiqueta para las muchachas solteras, abrazaba suavemente sus curvas y resaltaba todos los detalles de su cuerpo que tanto la habían hecho sufrir en su juventud.

Nunca había sido delgada como todas sus compañeras y, a pesar de los reproches de su madre, había seguido montando a caballo durante toda su adolescencia, una actividad que había contribuido a darle un cuerpo atlético y ágil, pero que cuando la inevitable comparación con los cánones de belleza de su época, que imponían la delgadez y la palidez, la había decretado perdedora.

Perdedora para las mujeres y la etiqueta.

Los hombres, en cambio, parecían volverse locos por ella.

Y sobre todo, estaban locos por su escote.

Ciertamente, no había sido tan agraciada por la madre naturaleza como para tener un abundante escote como el de Felicity, la chica más —abundante— de la temporada, pero aparentemente su escote era lo suficientemente interesante como para confundir a los hombres de dieciséis años o más.

Cómo odiaba que la miraran. Odiaba que todo el mundo la mirara fijamente, excepto William.

Fue para él que ella se había puesto ese vestido.

Para él y solo para él.

Todavía recordaba la primera vez que había conocido a su prometido.

Tenía doce años y el barón de Sherwood acababa de mudarse a la casa contigua a la suya con su mujer y sus dos hijos.

La noticia de la presencia de dos jóvenes miembros de la nobleza tan cerca de su casa había puesto a su madre en un estado de euforia. Muy a menudo la pequeña Lucy la encontraba en la ventana, asomándose a sus vecinos, y aunque su padre no hacía más que recordarle que, al fin y al cabo, no era más que un título trivial de barón, un título mucho más bajo en la jerarquía de la nobleza que un conde, no dejaba de fantasear con un posible matrimonio para su adorable Lucy.

Un barón seguía siendo un noble, y por eso su madre había decidido acoger a sus nuevos vecinos.

Y fue amor a primera vista.

Lucy no pudo evitar enamorarse de aquel ángel rubio de ojos claros, y el hijo del barón había dejado de respirar en cuanto aquella muñequita le había sonreído.

Por desgracia, el hijo del barón no era su heredero.

Era solo su segundo hijo.

Qué desgracia para el Conde de Northwood.

Qué decepción para la Condesa de Northwood.

La joven había acudido a la casa del barón después de haberse visitado el club, pero, informada de la ausencia de su prometido, se había visto obligada a comunicarle por carta los desafortunados acontecimientos.

Una larga carta llena de peticiones de ayuda en la que casi le rogaba que la salvara.

No pudo evitar sonreír cuando le vio entrar en el salón de baile.

Alto, con una larga melena rubia y el uniforme rojo del ejército de Su Majestad la Reina de Inglaterra.

Como era el segundo hijo, y no heredaría el título a menos que su hermano muriera prematuramente y antes de concebir un heredero, el joven Guillermo se vio obligado a tomar una decisión: el ejército o una vocación.

Al no sentir vocación y preferir la actividad física al estudio de las Sagradas Escrituras, acabó optando por la carrera militar. Estaba tan guapo y orgulloso cuando llevaba su uniforme.

Él también pareció fijarse en ella inmediatamente, pero se entretuvo en presentar sus respetos a la anfitriona y a su consorte.

Lucy se dio cuenta inmediatamente de que algo iba mal.

No se acercó a ella con la habitual sonrisa en los labios y su andar, normalmente rápido y ágil, parecía lento e inseguro.

¿Por qué perdía tanto tiempo en llegar a ella?

—Lucy —la saludó escuetamente al llegar a su lado.

—Menos mal que has venido, William. ¿Leíste mi carta? —le preguntó inmediatamente, extendiendo una mano para rozar su brazo.

—Sí. He leído tu carta y vengo a decirte que... — pasándose nerviosamente una mano por el pelo, continuó con voz agitada—. Dios... Lucy, lo siento mucho pero he hablado con mi hermano y...

Nerviosa por su estancamiento, Lucy le presionó:

—¿Y qué te dijo, William?

Tragando repetidamente, William siguió evadiendo su mirada. Nunca la había mirado a los ojos desde que llegó. Algo que nunca había ocurrido desde que lo conoció.

—No nos dará ni su bendición ni su dinero. Lucy no podemos casarnos —dijo en un tono de voz bajo y apenado.

A Lucy le hubiera gustado levantar la voz y sacudir a William con fuerza.

Una pesadilla. Esa era su peor pesadilla.

—¿De qué estás hablando, William? Tenemos que casarnos, no hay otra manera. Y tu hermano tiene toda la herencia de tu padre, ¿cómo puede hacernos esto? ¿Cómo puedes hacerme esto?

—Lucy, no seas absurda y baja la voz o todo el mundo nos oirá —

susurró, mirando agitadamente a su alrededor.

Y aunque ella también se había dado cuenta de que muchos de los presentes a poca distancia de ellos empezaban a interesarse por su conversación y les señalaban furtivamente, no podía importarle menos.

¿Él rompía su compromiso y ella debía preocuparse por todo lo demás?

¿La enviaba directamente a los brazos del Diablo sin pensarlo dos veces y su único escrúpulo era no ser objeto de cotilleo?

¿Pero quién era ese William? ¿Quién era este hombre que parecía no tener intención de luchar por su futuro?

—Lucy, piénsalo: ciertamente no podría pedirle a mi hermano que pague todas las deudas que tu padre ha acumulado a lo largo del tiempo. Pero no te preocupes, querida. Ya he encontrado otra solución —dijo alentadoramente.

Un suspiro despertó a Lucy de su desesperación.

Una solución. Había encontrado una solución.

Hizo un esfuerzo por hablar y no parecer demasiado agitada:

—¿Una solución?

—Sí —dijo William con entusiasmo, cogiendo sus manos—. Vamos a huir. Tú y yo. Alejémonos de Londres, de las deudas de tu padre y del Diablo al que te vendió Peter. Alejémonos de todo.

En voz baja, Lucy le preguntó:

—¿Y mi madre y mi hermano? —Una mirada al rostro inexpresivo de William le hizo darse cuenta de todo. Le hizo ver que había puesto su vida en manos de la persona equivocada—. ¿Me estás pidiendo que abandone a mi madre y a mi hermano para que caigan en desgracia? —El tono de su voz se volvió cada vez más agitado—. ¿Cómo puedes pedirme eso? Ni siquiera puedes pedirle a tu hermano tu parte de la herencia, ¿y se supone que debo abandonar a mi familia? —Al pronunciar esas palabras no pudo evitar gritar, sin importarle quién pudiera oírlas, y casi muriéndose de ganas de golpear con los puños su maldito uniforme rojo.

También quiso gritarle que en ese momento solo sentía odio por él, pero William le dio la espalda y huyó hacia la salida.

Ahí estaba de nuevo su paso rápido y ágil.

Un sollozo incontrolado escapó de sus labios.

Respiró profundamente y trató de contener las lágrimas.

Lágrimas que se abren paso. Lágrimas que pronto recubrirían su rostro.

Habría llorado allí delante de todos. Frente a la aristocracia lista para recoger otro chisme.

Habría llorado si Christopher no hubiera llegado.

Un brazo poderoso le rodeó los hombros y un susurro le rozó el

oído.

—No dejes que te vean llorar. Tú vales mucho más.

Se puso a su lado y la condujo fuera de la sala principal hacia la primera salida disponible.

Y en un balcón poco iluminado, el lugar preferido de las parejas que deseaban entregarse a momentos de locura, Lucy se permitió llorar.

Lejos de las miradas indiscretas.

En los brazos del Diablo.

El mismo Diablo que la había estado espiando desde que llegó al baile y que había estado esperando a unos pasos, dispuesto a apoyarla, seguro de que necesitaría su ayuda desde que había visto entrar a su prometido.

Una mirada al hombre de uniforme le bastó para darse cuenta de que la humillaría públicamente.

Qué ganas tenía de darle un puñetazo en su bonita cara.

Un puñetazo por cada lágrima o sollozo que sacudía los hombros de Lucy.

Capítulo 7

Tenía veinte años y estaba a punto de casarse con un desconocido.

¿Cómo ha podido ocurrir esto? Se preguntó mientras pasaba lentamente las manos por el delicado tejido de su vestido de novia.

Lucy aún no podía entender del todo los acontecimientos que le habían sucedido durante aquella larguísima semana.

Solo recordaba que desde el día en que su hermano la había vendido al hombre que todo Londres llamaba el Diablo, toda su vida, una vida tan ordinaria y que ya parecía escrita, había cambiado.

¿Y por qué le llamaban el Diablo?

Con ella nunca había sido un demonio.

¿No había pagado todas las deudas de su padre? ¿No la había apoyado cuando su prometido la había abandonado en un salón de baile abarrotado?

Él había pagado todos los gastos de su boda, incluso el vestido que llevaba ahora y que le quedaba como un guante: la preciosa creación de una de las diseñadoras más famosas de Londres.

En la noche en que toda certeza la había abandonado, él había estado a su lado.

Aquella noche, en aquel balcón oscuro que recordaría el resto de su vida, con lágrimas en los ojos se permitió mirarle por primera vez.

Míralo realmente.

Era alto, mucho más que William, y sus anchos y musculosos hombros ocultaban su vista a todos los invitados del salón.

Nadie podía ver cómo su vestido blanco brillaba en la noche.

Nadie excepto Christopher.

Su cuerpo, al que se aferraba como un ancla en medio del mar, era tan fuerte y atlético que con cada respiración ella podía sentir cómo se contraían y relajaban todos sus músculos, y sus rizos, tan espesos y negros, eran una tentación tan grande para sus manos que tuvo que morderse el labio para recuperar algo de compostura.

Estaba muy ansiosa por saber si eran tan suaves como parecían.

—Cásate conmigo y dame una oportunidad —susurró su voz justo al lado de su oído, y luego mirándola a los ojos, a esos profundos y llorosos ojos azules, volvió a decir—: ¿Por qué no me das una oportunidad? Una oportunidad para ser feliz

¿Quién podría resistirse al Diablo? Su dulce y sensual tono de voz, su promesa tan tentadora...

¿Podría haber resistido Lucy? No en ese momento, no cuando se

sentía tan bien en sus brazos, no cuando el único punto de apoyo en la tormenta de su vida estaba allí frente a ella, secando sus lágrimas.

Sus ojos eran aún más negros que su pelo. Más negro que el carbón. Más negro que la noche.

Nadie podía resistirse al Diablo y a sus ojos inescrutables y hechizantes.

Tampoco lo hizo Lucy, que se refugió aún más en sus brazos e inhaló su aroma.

Olor a frescura y olor a viento.

El único pensamiento que pasó por su mente en ese momento fue que un hombre con tan buen olor no podía ser malo.

Luego, sin hablar, dijo que sí.

Ella le dijo que sí, inclinando la cabeza.

Ella dijo que sí, agarrándose a él.

Ella dijo que sí mirándole a los ojos.

Ella le dijo que sí con sus labios posados brevemente sobre los de él por primera vez, en un beso de labios.

—Dime, Lucy. Dímelo —casi le ordenó Cris.

Él, de hecho, quería escucharlo.

Quería que ese sonido saliera de sus labios. Quería que ese sonido saliera de su voz grave y sensual.

—Sí —dijo en voz baja.

—¿Sí? Sí, ¿qué Lucy? —preguntó mientras sus manos fuertes y musculosas acariciaban lentamente sus brazos desnudos.

—Sí, me casaré contigo —le dijo ella y levantó los ojos para encontrar su mirada.

Entonces Christopher le dio un beso.

Ese beso que había perseguido y anhelado durante muchos meses. Un beso tan apasionado y lleno de posesión que dejó a Lucy sin aliento.

Nunca William la había besado así.

Nunca se le habría ocurrido permitir que alguien se tomara tantas libertades.

Nunca pensó que lo disfrutaría tanto.

Por eso estaba en esa pequeña iglesia a las afueras de Londres.

Por eso estaba a punto de casarse con el Diablo.

Capítulo 8

En un día lluvioso, Lucy estaba a punto de casarse.

En una pequeña iglesia a las afueras de Londres y en presencia de unos pocos invitados.

—Lucy, ¿estás lista sí o no? —La voz de su hermano Peter llegó fuerte y clara por encima del tabique que se había colocado en un nicho de la sacristía.

Se permitió una última mirada a su hermoso vestido de novia, repleto de piedras preciosas y que, con su color marfil, resaltaba sus largos rizos dorados, y comenzó a caminar por el pasillo del brazo de su hermano.

El camino que la llevó a su futuro marido parecía tan corto como el espacio de un suspiro.

O tal vez fue largo y no se dio cuenta porque su respiración se había mantenido desde el momento en que vio a Christopher.

Aquel hombre alto, de tez oscurecida por las horas de trabajo al aire libre, cuyo traje de corte austero y sencillo, tan diferente de la ropa frívola y pomposa de los hombres de la nobleza, la esperó y le dirigió una mirada llena de orgullo.

Bajo esa mirada, Lucy no pudo evitar sonrojarse.

Un rubor tan inocente y adorable que fascinó aún más a Christopher.

A su lado, Lucy vislumbró al padrino del novio, el hombre que Christopher le había presentado como el señor Lucas Pittsburg.

Estaban a punto de pronunciar sus votos cuando una conmoción fuera de la iglesia interrumpió el servicio.

Fue cuando la puerta del edificio sagrado se abrió de golpe que Lucy se puso rígida en el acto y Christopher se volvió con una mirada que habría indignado a cualquiera.

—Lucy —dijo una voz llorosa y desesperada—. Lucy no puedes casarte con él.

—Padre, por favor, adelante —insinuó rápidamente Christopher al celebrante.

—No sacerdote, no puedes seguir. Amo a esta mujer y este matrimonio no debe celebrarse —continuó la voz enfurecida de William mientras se acercaba cada vez más al altar.

El sacerdote atrapado entre los dos fuegos, sin saber muy bien qué hacer, le dijo al recién llegado:

—Hermano, cálmate...

—Lucy, no debes casarte con él —le dijo William mirándola a los ojos—. Es un monstruo. Acabo de descubrir que fue él quien impidió que nos casáramos. Él fue quien convenció a mi hermano para que no nos diera su dinero.

Lucy, mientras tanto, se había vuelto hacia William y negaba con la cabeza.

—William lo estás inventando todo. ¿Te has vuelto loco?

—Puede que esté loco, pero pregúntale a él. Pregúntale al hombre con el que te vas a casar si no ha hecho todo lo posible por separarnos. —Tenía el cuerpo rígido y tembloroso de ira.

Lucy miró a los ojos de Christopher y en sus ojos encontró todas las respuestas.

Se dio cuenta de que William tenía razón.

Se dio cuenta de que el hombre que tenía delante seguía siendo el Diablo y nunca había dejado de serlo.

Ni siquiera con ella.

Solo había llevado una máscara todo el tiempo.

Una máscara perfecta para convencerla de que confiara en él.

—¿Cómo has podido? —le susurró suavemente. Tan suavemente que la risa fuerte y casi desesperada que sacudió el cuerpo de Christopher impidió que el resto de los presentes escucharan su pregunta.

Unos profundos ojos negros se clavaron en los suyos.

—Si realmente te quisiera, si te quisiera aunque fuera una milésima parte de lo que yo te quiero, nada podría haberle detenido. Nada —casi gritó Cris y el miedo a perderla vibró con fuerza en su voz.

Una sola lágrima corrió por la mejilla de Lucy mientras su corazón se partía en dos.

La primera, la parte dolida por un amor traicionado, estuvo de acuerdo con Christopher y admitió que si William la hubiera querido de verdad, habría tenido que luchar por ella igual que el hombre que tenía delante.

La otra parte de su corazón, esa parte tan nueva y desconocida para Lucy, quería que Christopher lo negara todo.

Quería desesperadamente que se defendiera, quería que le dijera que la persona en la que acababa de empezar a confiar existía realmente y, sobre todo, quería que le dijera que su encuentro en aquel balcón había sido dictado por el destino y no por sus maquinaciones.

Pero Christopher no quiso negar nada. Ella podía leer la culpa en sus ojos. Culpa pero no arrepentimiento.

El Diablo no podía arrepentirse de ser un Diablo.

—Lucy huye conmigo —le rogó William una vez más.

Y mientras ella, confundida, intentaba averiguar qué hacer después de escuchar esas palabras, Christopher miró con odio a William y dejó que sus manos la agarraran.

Las manos que hasta entonces había sujetado con fuerza entre las suyas.

Una repentina frialdad se apoderó de ella.

—Vete si es lo que deseas —le dijo con voz tensa mientras se alejaba de ella.

Por el rostro oscuro y duro como la piedra de Christopher, la chica se dio cuenta de que esta vez él no interferiría, la dejaría libre para tomar su propia decisión.

Libre de dejar esa iglesia.

Libre para huir con William.

Libre de elegir.

Y ella eligió.

No por miedo a que Christopher no pagara las deudas de su padre.

No porque William le haya roto el corazón.

No porque alguien la obligara.

Ella eligió a Christopher precisamente porque le dio, por primera vez, la oportunidad de elegir.

Tomó sus grandes manos entre las suyas y le dio la espalda a William. Le dio la espalda a su pasado.

Una pequeña sonrisa iluminó el rostro de Christopher.

Su primera sonrisa.

Capítulo 9

Para facilitar el trabajo de Christopher habían decidido vivir en el piso propiedad de este, que estaba situado justo dentro del Club. Pero cuanto más se acercaban al Club, más pensaba Cristopher que era una mala idea.

¿Cómo se le había ocurrido la idea de darle vida en el club?

Ese lugar estaba bien para él, que era soltero y había visto lo bueno y lo malo que la vida podía ofrecer... ¿pero ella?

Se volvió para mirar a Lucy, que estaba sentada a su lado en el carruaje, y con un profundo suspiro se dijo a sí mismo por enésima vez que estaba equivocado. Ella, con su vestido de novia todavía puesto, su mirada clara y sincera y sus mejillas sonrojadas por el frío, era tan inocente y él estaba a punto de hacerla dormir en un lugar donde los hombres de Londres encontraban todas las formas posibles de divertirse.

Al entrar en el club, Christopher había disfrutado de la vista de ella mientras miraba a su alrededor, curiosa por los detalles y el silencio que les rodeaba. A diferencia de la primera vez que había entrado en su reino, no vio a ningún empleado corriendo de un lado a otro y no había sirvientas para limpiar cada rincón.

—Les di un día libre. Pensé que encajarías mejor sin toda esa gente —respondió como si hubiera leído su mente. Ella sonrió y le agradeció su amabilidad—. ¿Te gustaría ver el piso? —le preguntó Cris con una voz llena de expectación y esperanza.

—Sí, no puedo esperar —respondió ella y le sonrió de nuevo.

Le siguió en silencio por una imponente escalera y luego hacia una alcoba apartada.

—Hice construir mis habitaciones lejos del ruido del club. Necesitaba un espacio donde pudiera escuchar un poco de silencio —dijo como para justificarse.

El piso era tal y como Lucy esperaba.

Los muebles oscuros y lisos y el orden casi maniático reflejaban el carácter del propietario.

Un perfume de fondo, el olor de Christopher, al que había empezado a conocer en esos días, inundaba todas las habitaciones.

Comenzó una pequeña exploración bajo la guía de su marido, que la llevó a descubrir que el baño no solo tenía una enorme bañera, ciertamente para contener todo el gran volumen de Christopher, el agua caliente salía de todos los grifos.

Ríos de agua caliente.

Una carcajada se detuvo en sus labios ante la sola idea.

Una carcajada que llamó inmediatamente la atención de Christopher.

—¿Por qué te ríes? —le preguntó él, curioso y feliz al mismo tiempo de oírla reír.

No podía decirle que en la casa de campo de su familia había que salir a la calle para ir al baño, pensó Lucy que, encogiéndose de hombros, continuó su recorrido por el piso y, de una manera tan natural y a la vez tan nueva para los dos, le cogió de la mano.

Christopher no pudo evitar mirarla con asombro.

Ella no había dado un paso hacia él en la semana anterior a la boda, ni un beso inocente ni un abrazo, y esa misma mañana en la iglesia, cuando llegó William, aunque había tratado de mostrar indiferencia, había pensado seriamente que lo dejaba para siempre.

Lucy parecía no haberse dado cuenta del gesto y siguió rebuscando entre sus cosas, casi arrastrándolo, pero Christopher se había dado cuenta.

¿Empezaba a confiar en ella? Christopher no lo sabía, aún no la conocía lo suficientemente bien como para entender sus pensamientos, pero apretó un poco más su delicada mano.

Tenía un trozo de ella en sus manos y no lo abandonaría.

Le explicó el funcionamiento de los paneles que insonorizaban las habitaciones del caos que se producía en las plantas inferiores, y le mostró lo que sería su sala de desayunos y el salón formal que utilizaba para las reuniones de negocios.

Cuando llegaron frente al dormitorio, sintió que su agarre se tensaba.

Tomando su barbilla entre los dedos, Christopher reflejó aquellos inmensos y preocupados ojos azules.

—No tienes que preocuparte. Nunca he tomado a una mujer por la fuerza y tú no serás la primera. —Y robándole un dulce y apasionado beso en los labios, le dijo—: Quiero que llegues a desearme de la misma manera que yo te deseo a ti. No importa el tiempo que tarde.

Con esta promesa le dio la espalda y se dirigió a su estudio.

Rápido y sin mirar atrás.

Antes de negar cada palabra.

Antes de que la llamada de aquel lecho y los dulces labios enrojecidos por su pasión fueran más fuertes que su propia voluntad.

Antes de hacerla suya para siempre.

Con cada paso que descendía y le separaba más y más de ella, Christopher se daba cuenta de que poseer el cuerpo de una mujer podría no haber sido suficiente.

Se dio cuenta de que de Lucy no quería una caída rápida en una cama sin hacer.

Comprendió que quería su amor.

Y que para ganárselo tendría que hacer lo que había hecho toda su vida.

Luchar.

Capítulo 10

Lucy oyó en el silencio de la mañana el débil tic-tac del gran reloj de pie que decoraba la pared del salón de invitados.

Contó las campanadas en voz baja.

Ocho y luego silencio.

Eran las ocho de la mañana y ni siquiera una sombra de su marido. El sueño la había abandonado por completo mientras esperaba que Christopher regresara, pero no lo hizo.

Ni la noche anterior ni ahora que era de día. Esto no lo esperaba en absoluto.

El día anterior, su madre había intentado explicarle lo que podía esperar de esa primera noche, le había hablado del dolor y del encaje perfecto de dos piezas diferentes, y aunque se había preguntado varias veces qué eran esas dos piezas diferentes, había permanecido en silencio, consciente de la vergüenza de su madre mientras hablaba rápidamente y gesticulaba continuamente.

Estaba preparada para todo. Por el dolor. Por sorpresa. Al desprecio del Diablo ante su ingenuidad. Pero nunca, nunca podría haber imaginado su comportamiento. Acababa de entrar en la que iba a ser su casa y habían empezado a hablar cuando él la había dejado de repente, en un lugar desconocido para ella. Sola y triste.

Con su camisón, el camisón que su madre había mandado hacer especialmente para ella para esa primera noche, lleno de transparencias y encajes, bajó de puntillas las escaleras y se adentró en los pasillos para buscar dónde se escondía.

Su atuendo no era ciertamente el más apropiado para merodear por los pasillos de un club, pero no le importaba... ¿Cómo pudo abandonarla en su noche de bodas?

Esperaba con todo su corazón que la viera el menor número de personas posible, y sus esperanzas se cumplieron.

Se encontró casi inmediatamente en su camino con el hombre que había conocido la primera vez que había visitado a Christopher, el que supuso que era su secretario.

El señor Smith la miró con los ojos muy abiertos.

—Señora, ¿qué? ¿Cómo... cómo puedo serle útil? — Consiguió pronunciar después de un momento de vergüenza.

—Me gustaría que me ayudaras a encontrar a mi marido —le pidió y él la condujo suavemente al estudio de su marido sin que todo el club la viera.

Su marido estaba en su escritorio. Con su ropa del día anterior.

Sus trajes de boda.

No había dormido en su cama, y una mirada a su aspecto eliminaba cualquier duda de que había dormido en la cama de otra persona. No había dormido nada.

—Buenos días —dijo Lucy con una voz baja y suave, casi musical.

Los ojos de Cris, oscuros y rodeados de ojeras, la miraban con asombro.

—Lucy... No te he oído entrar —contestó Cris sorprendido y, levantándose, le acercó una silla para que se sentara—. Buenos días, esposa —Y cuando dijo la palabra "esposa" Cris casi sintió que un estremecimiento de felicidad calentaba sus cansados miembros.

—Anoche no volviste a dormir —dijo, jugueteando con un pisapapeles de cristal finamente decorado que yacía abandonado sobre el escritorio y echándole miradas furtivas.

Masajeando el tabique de su nariz con los ojos cerrados, Cris respondió:

—Nunca duermo por la noche. Tengo que comprobar que todo funciona bien.

¿Y los compañeros de trabajo que le rodean? ¿No podría delegar algo en ellos y dormir unas horas por la noche?

Lucy pensó que aquella frase era exactamente lo que habría dicho una esposa que se preocupara por la salud de su marido, y le molestó tanto que se llevó los dedos a los labios para evitar pronunciar aquellas palabras.

—¿Así que duermes por la mañana? —volvió a preguntar.

Casi tuvo la impresión de oírle suspirar suavemente. ¿Estaba cansado por su falta de sueño o por su aprensión?

—Por la mañana tengo que revisar todas las cuentas —respondió Cris automáticamente, moviéndose incómodo ante la mirada de sorpresa de Lucy.

En ese momento no pudo evitar decir, con el tono de voz que solía utilizar para reprender a su hermano cuando éste tenía una desgracia.

—Señores, ¿también se dan cuenta de que a veces hay que dormir?

—Pero yo duermo —dijo rápidamente a la defensiva.

—¿Sí? ¿Y cuándo, por favor, dime? —le preguntó su marido con los ojos muy abiertos.

Bajando los ojos, Christopher susurró su respuesta en voz baja, casi avergonzado:

—Cuando tengo sueño, duermo. A veces en lugares no muy cómodos, pero duermo.

Aunque estuvo tentada de preguntarle por aquellos lugares no tan cómodos donde solía dormirse, se conformó con hacerle la pregunta

que la había atormentado toda la noche.

Quería pasar tiempo con él y quería conocerlo mejor.

Conocer al hombre que se escondió bajo la armadura del Diablo de Londres.

El hombre que había luchado por ella, a pesar de sus maneras de caballero.

El mismo hombre que por un momento parecía perdido para ella.

El momento antes de darse cuenta de que, a pesar de todo, se quedaría a su lado.

Quería conocer a su marido.

¿Y qué mejor momento que el desayuno? El desayuno siempre había sido su momento favorito del día, el momento en el que todo el mundo parecía un poco más real y no disimulado.

Se permitió un momento de nostalgia al recordar los desayunos en su casa de Londres, entre las sonoras risas de su hermano, el té de su madre y las historias que al señor Higgins le gustaba contar sobre sus vecinos.

Eran pobres, pero eran felices.

¿Cómo serían sus desayunos a partir de ese día?

¿Le afectaría la risa, su risa, o tendría que comer sola en una habitación demasiado grande para ella?

—Me gustaría desayunar contigo —dijo Lucy, esperando que su voz sonara segura y decidida a sus oídos a pesar de su miedo al rechazo de su marido.

—¿Desayuno? —le preguntó Cris casi confundido.

—¿Conoces el desayuno? Ese momento de la mañana en el que comes, quizás untas un poco de mantequilla en un trozo de pan y tomas una buena taza de té.

Una inesperada sonrisa apareció tímidamente entre los labios de Cris y pudo ver sus dientes.

Blancos y perfectos.

—Sé lo que es el desayuno, pero es otra de las cosas de las que casi nunca me doy el gusto —su voz, fuerte y masculina, le dijo que quizás había demasiadas cosas de las que se estaba privando.

Alcanzando una montaña de papeles y atravesando el escritorio, Lucy logró estrechar su mano. Le miró a los ojos y le dijo suavemente

—Me gustaría mucho desayunar contigo.

Christopher se encontró de repente preguntándose si alguna vez sería capaz de negar algo a esos hermosos ojos azules.

Parecía tan importante para ella desayunar juntos.

—Está bien —le contestó él y, como un pequeño regalo inesperado, Lucy le apretó aún más la mano y le sonrió.

La primera sonrisa que le dedicó.

Su corazón dio un salto mortal de felicidad.

—Pero con una condición —dijo Cris, que seguía disfrutando de la serenidad que le daba su sonrisa.

—¿Sí? —le dijo ella, escudriñándolo atentamente.

—No bebo té. Solo tomo café —sentenció Cris antes de levantarse y acercarse a ella.

Una risa se detuvo en los labios de Lucy:

—Ven conmigo y tendrás todo el café que quieras — mientras el eco de las risas hacía que su respuesta fuera alegre y espontánea.

Su esposa y el café... Christopher nunca podría rechazar esa invitación.

Capítulo 11

Christopher avanzó rápidamente al lado de Lucy, de la mano, caminando por el pasillo hacia su piso.

Se puso delante de ella y esperó que nadie más viera el escaso atuendo de su mujer.

En la penumbra de su estudio, no se había dado cuenta de lo poco que ocultaba su camisón, pero nada más salir de su estudio, cuando la luz había inundado la figura de Lucy, había visto más de lo que esperaba.

Mucho más de lo que su cuerpo podía soportar por el deseo de ella.

Dios... ¿Era esta cosa escasa la que usaba por la noche?

No pudo evitar maldecir y pensar para sí mismo que ahora tendría otra razón para no dormir por la noche.

A través de aquella tela impalpable podía verlo todo: piel lechosa, caderas suaves y redondas y, para salvaguardar su cordura, se obligó a no mirar lo que había más allá de su cuello.

La necesidad de ella, que ya le dejaba sin aliento, se hizo aún más fuerte.

Se reunió con su secretario y tratando de ocultar en lo posible la figura de su esposa detrás de sus grandes hombros le dijo:

—Smith, trae el desayuno a mi piso.

El hombre le miró sorprendido como si le hubieran salido tres cabezas o le hubiera pedido que caminara sobre brasas.

—¿Desayuno, señor? —le preguntó dudoso y confuso.

—Mi mujer quiere desayunar conmigo esta mañana, así que Smith... —No le dio tiempo a terminar la frase porque el secretario le interrumpió.

—Ahora mismo le subo el desayuno a su habitación, señor. —Una gran sonrisa se dibujó en el rostro del señor Smith y mientras Cris lo veía salir a toda prisa oyó decir a Lucy:

—No esta mañana. Todas las mañanas.

Volviéndose hacia su mujer, le preguntó en voz alta y sorprendida:

—¿Qué?

—No solo quiero esta mañana. Quiero todas tus mañanas —dijo Lucy, y sus mejillas se sonrojaron de una manera tan encantadora.

¿Todas las mañanas? Cris no estaba seguro de lo que Lucy le pedía... ¿Realmente quería compartir todas sus mañanas con él?

¿Desayunar juntos y hablar de su día como personas normales? No recordaba haber compartido nunca el desayuno con nadie, si se excluye a Lucas y a sus amigos del internado.

¿Cómo debería haberse comportado?

Nunca había desayunado.

No había hablado con nadie de sus planes para ese día.

Nunca había tenido una esposa.

Nunca había tenido a Lucy, pensó, sonriendo.

Y era a Lucy a quien parecía no poder decirle nunca que no.

Para conseguirlo, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa.

Incluso para darle todos los desayunos de su vida. Aunque lo más probable es que ella deseara la normalidad y él ni siquiera sabía lo que era la normalidad.

Entraron en el piso y cuando un rayo de luz le dio a los ojos, Christopher se encontró pensando que nunca había visto su casa a la luz del día.

—Preferiría comer en el salón privado, pero si prefieres el salón grande... —dijo su mujer en voz baja, casi insegura.

—Lo que sea, Lucy. Nada cambia para mí —la tranquilizó inmediatamente.

Quitándose los zapatos, Lucy le invitó a unirse a la mesa.

Siguiéndola, no pudo evitar mirar sus pequeños y delgados pies que se movían con rapidez y soltura por el parqué.

Estaba seguro de que no había visto a otras mujeres nobles caminando descalzas, ni en lugares públicos ni en su casa, y tragó saliva y se preguntó si era normal encontrar los pies excitantes. Nunca le había sucedido.

Pero nunca había visto los pies de Lucy.

Sacudiendo la cabeza pensó que necesitaba un vaso de agua. Agua fría.

O mejor aún, una ducha fría.

Tal vez eso hubiera sido suficiente para apagar sus espíritus hirvientes.

Cuando le acercó la silla y la ayudó a sentarse, su perfume, un delicado olor a flores, inundó sus fosas nasales y no pudo evitar inhalar ese dulce aroma a pleno pulmón.

Tal vez la lluvia de hielo no sería suficiente.

Ni siquiera la vez que había perdido su virginidad en un granero desnudo y oscuro había estado tan excitado... ¿Cómo es posible? Y Lucy ni siquiera lo había tocado.

Afortunadamente, Smith llegó para salvarlo de sus espíritus hirvientes. Una mirada a su secretario y al pequeño carrito que había traído le distrajo. ¿Realmente pensaba Smith que él y Lucy podrían comer todo lo que había traído?

—Señora —dijo Smith, limpiando sus lentes con la tela de su chaleco y mirando a su esposa con una sonrisa en su redondo rostro—, quería felicitarla por su matrimonio —Y cuando Lucy aceptó su felicitación con una sonrisa, la misma sonrisa que Christopher esperaba que iluminara todos sus días juntos, Smith se inclinó hacia ella y le susurró—. Y felicitarla por convencerle de que desayune.

—Smith. —Cris le llamó inmediatamente.

—Nadie lo había hecho nunca... ni siquiera el señor Lucas —continuó Smith, dirigiéndose a su mujer en un tono casi confidencial.

—Smith... ¿has terminado de traer el desayuno? —preguntó Cris.

—Sí, señor —dijo el hombre inmediatamente.

—Entonces supongo que será mejor que nos dejes solos —respondió Cris, mirándole con el ceño fruncido.

Con una sonrisa socarrona y conspiradora, el señor Smith salió de la habitación, se llevó a todas las criadas con él y dejó que empezaran a desayunar en privado.

El pequeño tamaño de la mesa le obligó a sentarse justo al lado y su larga pierna se encontró tocando la de Lucy, que, aparte de esa fina capa de tela, estaba desnuda.

Casi podría jurar que podía sentir el calor de su piel. Incluso a través de la tela de sus pantalones.

—¿Crees que...? —le preguntó tartamudeando torpemente.

—¿Sí? —le animó ella.

—¿Crees que deberíamos hacer esto todas las mañanas? —se decidió finalmente a preguntarle.

—¿Esto qué? —preguntó Lucy.

—El desayuno —le respondió, señalando con la mano la mesa, los platos y finalmente a ellos dos.

—¿Todas las mañanas? No, no todas las mañanas — respondió su mujer.

Cris suspiró aliviado y Lucy no pudo evitar sonreír en secreto detrás de su servilleta.

—Algunas mañanas podríamos desayunar en el parque o en la finca de mi familia en el campo. O podemos despertarnos más tarde e ir directamente al almuerzo... Pero si te refieres a pasar tiempo juntos, sí, pasaremos tiempo juntos todos los días —fue su respuesta tranquila e implacable.

Por sus ojos negros y su postura rígida, Lucy percibió lo poco preparado y temeroso que se sentía Christopher ante la situación.

Dándole tiempo a recuperar la compostura, Lucy se hizo cargo de la cafetería y le preguntó:

—¿Quiere su café, señor?

Cuando él asintió, comenzó a verter un líquido oscuro y humeante en una taza de porcelana cuidadosamente decorada.

—No me llames señor. Nadie más que tú diría que soy un caballero —le dijo cansado de tanta formalidad.

—¿Y cómo debo llamarte? —preguntó Lucy con las cejas fruncidas y la mirada fija.

—Llámame Christopher o Cris. —Luego, como si se replanteara algo que llevaba días dándole vueltas, dijo—: Y llamémonos por el nombre, ¿vale? —La miró.

—Christopher… —lo dijo en voz baja, casi como si estuviera saboreando el sonido de su nombre en sus labios, luego, como si recordara su pregunta, respondió—: Sí, está bien que nos llamemos por nuestros nombres de pila. —Un ligero rubor nubló sus suaves y aterciopeladas mejillas.

Ella se encontró con su mirada y sonrió, señalando con la cabeza la taza que él tenía en sus manos.

—Cris nunca he tomado café… ¿a qué sabe? —preguntó Lucy, mordiendo uno de los bollos de miel.

Cris, concentrado en la taza de café, y no en sus labios cubiertos de miel, contestó, aclarándose la garganta.

—¿Quieres probarlo?

Al ver que sus ojos azules se iluminaban con curiosidad, le entregó suavemente una taza de café y esperó su comentario.

Ante la mueca que hizo, Christopher no pudo evitar reírse.

—Pero… pero es amargo —dijo ella casi sorprendida por el sabor fuerte y asertivo de su café.

—Muchas de las cosas de la vida son amargas, Lucy —respondió casi filosóficamente, y sonriéndole volvió a decir—: Además, me gusta. A ti, en cambio, te gusta el té.

La vio removerse en su silla y acercar su rostro lo más posible al suyo para hablarle en voz baja. Como si le estuviera confiando algo prohibido. Su primer secreto.

—¿Quieres saber la verdad? —Ante su asentimiento, Lucy continuó—: Me encanta el chocolate. Caliente y dulce —Cerró los ojos, suspirando, pensando en ese dulce recuerdo.

Entonces ella volvió a abrir los ojos y mientras Christopher jadeaba ante la imagen de ella suspirando de placer, por desgracia para él debido al chocolate, algo en ella cambió. Ya no era la chica despreocupada que bromeaba con él hace unos segundos.

—Pero luego nuestra vida cambió y adiós chocolate. —Le miró y sonrió.

Estaba aprendiendo a reconocer sus sonrisas y esa no era una sonrisa de felicidad.

No era una sonrisa de satisfacción.

Era la sonrisa más triste que él había visto en su rostro.

Quería preguntarle de cuántas cosas más se había despedido para

luego devolverlas todas.

—¿Chocolate, entonces? —le preguntó él, sorbiendo su café lentamente.

—Sí —respondió su mujer con convicción, removiendo el azúcar en el té.

—¿Y por qué no lo has pedido esta mañana? —le preguntó confundido y deseoso de conocer su respuesta.

—Yo... no lo sé —le contestó ella tratando de evitar su mirada inquisidora.

—Ahora eres la dueña aquí. Puedes pedir lo que quieras —le dijo Cris, mirándola atentamente.

Sin embargo, Lucy apartó inmediatamente la mirada y empezó a juguetear con una cuchara de azúcar.

—Tal vez tenga miedo de acostumbrarme —respondió ella en voz baja, todavía sin mirarle a los ojos.

Christopher la observó detenidamente y volvió a preguntarle:

—¿A qué? ¿A beber chocolate todos los días? ¿A tener todo lo que deseas?

—A ser tu esposa —dijo Lucy, volviendo a mirarle a los ojos.

Christopher se levantó de repente de la mesa y fue a llamar a Smith, que regresó a los pocos minutos con un chocolate humeante.

—No era necesario —le dijo ella cuando volvieron a estar solos.

—Será mejor que te acostumbres a ser mi esposa —respondió, con la voz teñida por un sutil nerviosismo.

—¿Y crees que una taza de chocolate será suficiente? —le preguntó su mujer, mirándole con una ceja levantada.

—No. Pero es un dulce comienzo, ¿no? —le respondió con una sonrisa casi inocente.

Lucy habría gritado. ¿Cómo pudo pensar que un chocolate sería suficiente? Sin embargo, la tentación era demasiado fuerte y no pudo evitar probarlo.

Sonrió para sus adentros.

En efecto, era el mejor chocolate que había probado nunca y, por su rico aroma, solo podía ser uno de los más caros del mercado.

¿Cómo podía ese hombre tener un control tan insoportable de cada situación, pero a la vez ser tan cariñoso con ella?

Mientras ella disfrutaba lentamente de su bebida favorita, Cris terminó casi todas las tortillas y el bacón, el café y untó con mantequilla dos rebanadas de pan.

¿Por qué nunca desayuna?

Tenía hambre. Y Lucy no pudo evitar mirarle con una sonrisa en los labios.

Este era el Christopher que nadie había visto, ni siquiera ella antes.

Un Christopher real y desaliñado, con la camisa manchada de tinta, con profundas ojeras y con una mirada anhelante hacia el último trozo de tocino que quedaba en la fuente. ¿Estaba esperando a que se lo comiera?

—Puedes comerlo si lo deseas. Ya estoy llena.

No tuvo tiempo de decir esto porque Cris ya lo había devorado.

Cuando ya no había nada que comer, Cris le cogió la mano, que estaba a pocos centímetros de la suya. La mano en la que brillaba su anillo de bodas.

—¿Quieres una visita al club?

Sus ojos, tan llenos de expectación, expresaban todo lo que su tono neutro y desenfadado podía enmascarar tan bien.

Podría haberle dicho que no, seguir enfadada con él por haberle dado a probar el mejor chocolate de Londres y haberle defraudado en todos sus planes.

O podría apretarle la mano con más fuerza, sonreírle y encontrarse con su garrote.

Conocerlo.

«Acostúmbrate a ser su esposa.»

Por quién sabe qué razón no pudo soportar que se apagara la luz de la felicidad que había visto brillar durante unos segundos en sus ojos.

—Me gustaría mucho, Cris —le dijo sinceramente.

Cris le dedicó una sonrisa espontánea y sujetó su mano todavía con fuerza entre las suyas, como si fuera la más preciada que había tenido nunca.

Lucy, llena de curiosidad, sintió que corría en ella algo tan diferente.

Hacia alguien tan diferente.

Diferente pero hermoso.

Tan hermoso que empezó a preguntarse si no era todo un extraño giro del destino.

¿Era posible que ya empezara a sentir afecto por aquel hombre prepotente con los ojos más hermosos que jamás había visto?

Cuando Smith llegó para interrumpir sus pensamientos, se encontró con una sonrisa. Debería haberle pedido que aumentara las porciones.

Al parecer, su marido que no desayunaba, terminó devorándose el desayuno.

Capítulo 12

Lucy miraba indecisa la ropa que había sacado del gran armario de su nuevo dormitorio y se preguntaba cuál le gustaría más a Christopher. El verde, más elegante y con puños bordados con encaje, o el azul, más sencillo y adecuado para los días de casa.

Mientras se mordía el labio y esperaba no hacer esperar demasiado a su marido, un pensamiento pasó por su cabeza: ¿no era el Club su nuevo hogar ahora? ¿Qué sentido tenía deambular por sus pasillos vestida como una invitada?

El vestido verde, por muy nuevo y elegante que fuera en su armario, y por mucho que se muriera de ganas de causar una buena impresión a los ojos de Christopher, simplemente no encajaba.

Y cepillándolo con una mano con nostalgia, lo puso en su lugar. Cogió el otro y se apresuró a ponérselo.

El vestido tenía pequeños botones del mismo color que el vestido que abotonaban la parte delantera, por lo que no necesitó llamar a una doncella.

No había tenido sirvienta desde que su padre había abrumado a la familia con sus deudas, y aunque a veces le pedía a su madre que la ayudara en las veladas importantes en las que estaba indicado un vestido con cordón en la espalda, para ser sincera, no echaba de menos ni aquellos tontos y voluminosos vestidos ni a una sirvienta.

Le gustaba vestirse sola.

Terminó de vestirse y se miró por última vez en el espejo para comprobar que su peinado también estaba perfectamente en orden, luego miró su reloj y con un sobresalto corrió hacia la puerta. Había quedado con Cris en encontrarse en el salón del club dentro de media hora y ya se había retrasado.

Su primer retraso con su marido.

De hecho, se corrigió, su primera cita con su marido.

Una sonrisa se posó suavemente en sus labios y su corazón comenzó a latir más rápido.

Su primera cita.

No importaba que tuviera lugar en su club, a primera hora de la mañana y quizá delante de sus empleados. Se sentía llena de vida y no podía explicar por qué.

Un pensamiento pasó rápidamente por sus neuronas... ¡Nunca le había pasado con William!

Su corazón nunca había latido tan rápido, las palmas de sus manos nunca habían sudado y su respiración nunca se había acelerado

como si acabara de terminar una carrera loca.

¿Por qué se sentía así? ¿Por qué la idea de Christopher la hacía tan feliz?

Vio a su marido incluso antes de que él la viera a ella. Estaba en medio del vestíbulo, hablando densamente con uno de sus empleados. Su chaqueta negra se colocó en una silla delante de él para preservar el decoro.

¿Le había visto alguna vez con chaqueta? Estaba bastante segura de que, desde que se conocieron, la única vez que Cris había adoptado un estilo más formal fue el día de su boda.

Todas las demás veces que ella lo había visto vestido casualmente.... que no le gustaba rodearse de trastos inútiles?

La camisa blanca con las mangas remangadas para revelar sus poderosos brazos, los musculosos hombros que seguían cada movimiento de su cuerpo y luego el aplomo... Nunca había visto a nadie que caminara con tanta elegancia como Cris, a pesar de su imponente altura. También se había dado cuenta de que con un simple arqueo de cejas podía hechizar hasta al más reticente de sus empleados.

¿Él también podía hechizarla?

Seguía disfrutando de su observación secreta cuando, después de dar quién sabe qué tarea, se volvió de repente.

Como si sintiera su mirada en su piel.

Como si la percibiera.

Por la forma en que sus ojos se iluminaron y se volvieron aún más profundos cuando su mirada se posó en ella, Lucy supo que había tomado la decisión correcta. Ese vestido, a pesar de su sencillez o quizá sobre todo por eso último, le gustó mucho a Cris.

¿Será que la miraba con ojos llenos de deseo? Con un movimiento de cabeza, Lucy se dijo a sí misma que estaba equivocada, que Cris no la deseaba.

Solo se había casado con ella para tener un título del que alardear ante la nobleza, se lo había dejado claro, sin embargo esa mirada... esa mirada, que no la abandonó hasta que se acercó a unos pasos de él, era una mirada que había visto antes.

Lo había visto en los ojos de los amantes que se reunían en los salones acomodados de Londres, lo había visto en los ojos de los ancianos lascivos que se asomaban al escote de las mujeres más jóvenes, la había visto en los ojos de dos jóvenes amantes la última vez que habían ido al mercado.

Era una mirada llena de deseo. Incluso una mujer inexperta como ella, fue capaz de reconocerlo.

—¿Empezamos nuestro recorrido, Lucy?

Unos traviesos rizos negros se movían inquietos ante sus ojos y su

piel, de color bronceada más que la de cualquier hombre que ella hubiera conocido, brillaba suavemente bajo la luz natural del sol. ¿Se había dado cuenta de lo hermoso que era?

Su belleza, poco refinada y desvaída, pero fuerte y masculina, con esos músculos tan evidentes y esculpidos por el duro entrenamiento, que ella nunca había visto ni siquiera en las estatuas masculinas que había observado detenidamente en el Museo Británico, le quitó todas las palabras de la boca y, avergonzada, se limitó a mover la cabeza afirmativamente.

Ella le siguió por un largo y luminoso pasillo y él la dejó entrar por primera vez en la sala principal del club.

Una sala imponente llena de estucos, decoraciones y estatuas de mármol. El color principal de la sala era el dorado y a su alrededor había varias mesas de juego verdes.

—Aquí es donde Londres dilapida sus fortunas —oyó decir a Cris en tono cínico.

En un momento miró con ensueño la habitación llena de encanto y elegancia… al siguiente recordó que era en habitaciones como esa donde su padre había dilapidado todas sus posesiones.

—¿Y estás orgulloso de haber construido un lugar así? Mi padre, por culpa del juego, lo perdió todo.

—No obligo a nadie a venir aquí y perder sus riquezas. Ofrezco entretenimiento barato y me limito a coger lo que otros tiran —respondió con cinismo y realismo.

—¿Solo todo? —preguntó al encontrarse con su mirada, Cris se acercó a ella con un paso rápido, casi felino, y su mano rodeó su brazo para evitar que huyera de él.

—Soy un bastardo, Lucy. Estos hombres, que vienen a divertirse, son los mismos que me quitaron todo lo que era mío por derecho. ¿Qué importancia crees que puede tener para mí quitarles algo? Solo estoy recuperando mi parte. —Los ojos oscuros brillaron siniestramente en su rostro tenso por la rabia.

—¿Y sus hijos? ¿Sus esposas? ¿No piensas en ellos? Todos son víctimas inocentes —volvió a insistir, hija y víctima.

—No hay ninguna víctima inocente en este mundo, querida.

Tratando de liberar su muñeca, Lucy se preguntó cómo era posible que Cris hubiera cambiado tan bruscamente… ¿Qué le había hecho transformarse?

—Suéltame, por favor —le suplicó ella, tratando de liberarse de su agarre.

Con una última mirada, Cris le soltó el brazo y se dirigió a la mesa de juego más cercana.

—No puedes entenderlo. Eres tan joven, tan pura… tan ingenua. Si naces bastardo nadie te da nada. He aprendido que si hay algo que

deseo, lo tomaré. No importa el medio que tenga que usar —su voz baja y sin fuerza, casi como si se hubiera rendido a esa triste realidad.

—¿Yo también? —susurró Lucy en voz baja.

Ahí estaba de nuevo esa mirada profunda y anhelante.

—Tú también, Lucy —le respondió clara y directamente. Despiadado.

Y mientras Lucy reflexionaba sobre lo equivocada que había estado al pensar que la elección había caído sobre ella por casualidad, Cris se puso a jugar con unos dados que habían quedado sobre la mesa.

—¿Continuamos ahora con nuestro recorrido o quieres volver corriendo asustada a tus habitaciones? —El tono de su voz era desinteresado pero sus ojos, oscuros y profundos, la escudriñaron con atención.

Sin dejar de mirarlo, Lucy ya no podía discernir en él ni un ápice del hombre con el que había compartido el desayuno hacía unas horas.

Ese no era Christopher.

Ese era el Diablo de Londres.

Y aunque se decía a sí misma que debía tenerle miedo, miedo a su actitud, la joven no pudo evitar sentirse aún más fascinada por él.

Reprimiendo un escalofrío por la columna vertebral, se preparó y le indicó que continuara mostrándole el Club.

Cris se encontró admirando su valor.

Ella no había escapado antes del Diablo. A pesar de todo, había tomado la decisión correcta, se dijo a sí mismo, sonriendo.

Lucy. Su única opción.

Capítulo 13

Empezaron a explorar juntos el club.

La primera sala que visitaron fue aquella en la que los clientes del club jugaban a las cartas.

Cris, a su lado, le explicó que en todas esas mesas verdes, de aspecto tan similar, se realizaban actividades diferentes. Había una mesa para jugar a los dados, otra para jugar a las cartas y al final estaba la mesa de la ruleta francesa, la primera que Londres había visto, le dijo con los ojos llenos de orgullo.

«Y tú pensabas que todos los problemas venían de las cartas.»

Al parecer no podía estar más equivocada, no había límites para los vicios... y ese club estaba lleno de ellos. Lucy se dio cuenta inmediatamente de la ostentación que llenaba las habitaciones que la rodeaban. Las largas y brillantes arañas que descendían de los tejados con frescos de Sátiros y Ninfas danzantes, los suelos tan brillantes que reflejaban los zapatos, los espejos que devolvían copia tras copia de su imagen.

Nunca había visto su imagen junto a la de Cris.

Eran los opuestos del otro.

Él tan alto, moreno y poderoso y ella pequeña, rubia y con curvas.

Una chica inocente y el dueño de un club solo para hombres.

Un bastardo y la hija de un conde.

El ying y el yang.

En blanco y negro.

No podían estar más en desacuerdo el uno con el otro y, sin embargo, allí, ante sus ojos, reflejados en aquel espejo, vio a las dos personas más hermosas que había visto nunca.

¿Eran hermosos porque estaban juntos?

Se apartó rápidamente de ese espejo y continuó siguiendo a su marido.

Sus empleados trabajaban rápida y silenciosamente, pero a veces se oía un zumbido seguido de risas.

Todos los empleados con los que se habían encontrado durante la visita parecían adorar a Cris y se disputaban su atención.

Todos estaban deseando charlar con su jefe, felicitarle y mostrarle su trabajo y sus propuestas para mejorarlo. Hablaron y él los escuchó a todos, atento a sus necesidades.

—Lucy, ¿puedo presentarte al señor Murphy? Es el croupier más experimentado del club —le dijo con una voz llena de orgullo.

Lucy se encontró frente a un hombre que no podía tener más de

treinta años. Al lado de su marido parecía pequeño y menudito, con su larga melena pelirroja recogida en una coleta baja.

—Señora. —Se inclinó ligeramente y le dedicó una sonrisa.

—Señor Murphy, es un placer conocerle —contestó amablemente, y para entablar algo de conversación le preguntó—: ¿Lleva mucho tiempo trabajando en el Club?

—Desde que llegué de Irlanda. Tenía que encontrar un sueldo que me permitiera ayudar a mi familia y su marido fue el único que me dio una oportunidad. —Se volvió para mirar agradecido a Cris.

—Murphy ¿cuántas veces tengo que decirte.... A fuerza de contar esta historia no dejaré de ser el Diablo de Londres y me convertiré en el Santo de Londres? —respondió su marido casi burlándose de aquellos inesperados cumplidos.

La mirada de respeto del señor Murphy se posó en Cris.

—Pero es la verdad, señor. Nadie quería a un tonto campesino irlandés.

Con un suspiro molesto, Cris le interrumpió inmediatamente.

—Nunca has sido tonto. Los que no te ayudaron, esos fueron tontos.

Una sonrisa abierta y sincera se dibujó en el rostro del señor Murphy.

—Justo lo que estaba diciendo, señor. Nos ha salvado a todos un poco —respondió el empleado, sonriendo.

—En realidad no he salvado a nadie —insistió Cris mientras un ligero rubor se instalaba en sus mejillas.

—¿Dice usted, señor? —Ni siquiera tuvo tiempo de terminar su pensamiento porque un ruido repentino hizo que Lucy jadeara—. ¿Y qué hay del joven Matt? —le dijo, suspirando ruidosamente.

Lucy escuchó por primera vez la risa de Christopher. Reír a carcajadas.

—Sabes... Matt es mi croupier favorito. —Sin dejar de sonreír, la condujo hasta un joven que no llegaba a los dieciséis años, a unos pasos de ellos, que miraba a Cris con ojos llenos de admiración.

—Matt, ¿recogemos las fichas juntos? —le dijo animado.

—Señor, no tengo ni idea de cómo me ha podido pasar esto. —Al ver que el chico se agachaba para recoger las fichas, Lucy estaba casi segura de haberle oído susurrar con desánimo—: ¡Otra vez!

—No importa Matt... A mí también me pasaba mucho —le dijo Cris, con un tono de voz tranquilizador, casi paternal.

—¿De verdad, señor? —preguntó el joven, que seguía recogiendo las fichas y de vez en cuando lanzaba a su marido miradas de confianza incondicional.

—Sí, Matt. Solo tienes que tomártelo con más calma y escuchar los consejos de tus superiores —concluyó mientras sus manos se

movían con las del chico para reordenar las fichas.

—Sí, señor. Lo haré —fue la respuesta, de nuevo orgulloso, del chico que seguía intentando poner en práctica los consejos de su jefe.

Lucy vio una mirada orgullosa y cariñosa en los ojos de Cris mientras hablaba con el joven.

Estaba dando una oportunidad a aquel chico pequeño y algo desgarbado, tendiéndole una mano para sacarlo de la calle, y mirando a todos los empleados que sonreían y bromeaban con él, se preguntó a cuántos otros de ellos les había echado ya una mano.

A los que había dado otra oportunidad.

Un pensamiento triste hizo que se formara un nudo en su garganta... ¿Alguien le había dado una oportunidad a Cris?

Con los ojos vidriosos le miró. Las ojeras bajo sus ojos oscuros, los bíceps construidos no por deporte sino para defenderse de la vida, la cicatriz que ella había visto a lo largo de su brazo cuando se había remangado para desayunar, su sonrisa siempre un poco triste.

Una sonrisa que nunca llegó a los ojos. La sonrisa de alguien que ha luchado con la vida.

Tuvo que construir su propia oportunidad.

Seguían recorriendo los pasillos cuando Cris vio a un empleado que llevaba al hombro una carga de material de cocina que estaba a punto de acabar sobre Lucy.

Rápidamente se puso delante de ella y la salvó del enfrentamiento que habría tenido lugar poco después si no hubiera tenido sus reflejos a punto.

—Maldita sea Miller... ¿Por qué no miras por dónde vas? —le gritó con la voz temblorosa por el miedo.

El empleado, que no se había dado cuenta de nada, los miró desconcertado y culpable.

—Señor... señor, ni siquiera le he visto.

—Me he dado cuenta, Miller. Ten más cuidado la próxima vez —dijo con un tono de voz más alto que el habitual.

—No tengo ni idea de cómo ha podido ocurrir esto, señor. Lo siento mucho —siguió murmurando el otro en tono mortificado. Ante un asentimiento de Cris, el empleado se disculpó por última vez y luego se dio la vuelta y continuó su trabajo, con cuidado de mirar por dónde pisaba.

Cuando se quedaron solos, Cris tomó su barbilla entre las manos y le preguntó con dulzura y reflexión.

—¿Estás herido?

—No —respondió inmediatamente, reflejando sus ojos llenos de preocupación.

—¿Estás segura? ¿No te golpeaste en algún lugar o te aplasté con mi peso?

—No, Cris. Estoy bien. Estoy a salvo —aseguró acariciando su mejilla—. Y no me has aplastado. Me has protegido.

Siguió mirándola, quizá todavía escéptico de que estuviera bien, y entonces su mirada se posó en sus labios por primera vez.

Labios rojos y carnosos. Unos labios que había probado pocas veces. Unos labios que parecían pedir a gritos sus besos.

Y no pudo resistirse. Había esperado demasiado tiempo antes de poder saborearla de nuevo.

Un sabor dulce y cálido.

Como el chocolate que acababa de beber.

Como un día soleado.

La mano de Cris se apoyó en su cadera en un gesto tan nuevo para los dos pero también tan natural, como si su mano siempre hubiera conocido su lugar, como si ya lo hubiera hecho. Todos los días de su vida.

Y el calor de él sobre su cuerpo aumentó aún más el deseo de Lucy.

Cuando Cris se apartó de sus labios, Lucy le susurró:

—No te casaste conmigo por accidente… me deseas.

Los ojos negros de Cris la miraban intensamente.

—Sí. Desde la primera vez que nos conocimos —admitió finalmente mientras la miraba a los ojos.

—Cuando… —Lucy se humedeció los labios y lo miró con sus hermosos ojos azules—. ¿Cuándo nos conocimos?

—Estaba en un baile cuando te vi por primera vez y pensé que te deseaba —respondió, alargando una mano para rozarle suavemente la cara—, que te quería a toda costa.

—¿Por qué yo? —le preguntó tan confundida y excitada por su afirmación.

A su pregunta le siguió un largo silencio por parte de Cris y Lucy empezó a creer que no respondería a su pregunta cuando sus brazos la atrajeron aún más y sus ojos atraparon los de ella.

—Todo se debe a tu sonrisa —dijo en un tono ronco y apasionado.

—¿Mi sonrisa? —le preguntó ella.

—Nunca había visto algo tan real en un mundo tan falso —le susurró suavemente.

Su voz excitada y sus ojos que no dejaron de mirarla por un momento le dijeron que era sincero.

Entonces fue ella quien le besó. Por primera vez.

Y mientras lo besaba, Lucy, allí segura en sus brazos, esperaba tanto que, en algún lugar, hubiera una oportunidad para ellos también.

Capítulo 14

Era la primera vez que Lucy tomaba la iniciativa de besarle y Cris estaba sorprendido y excitado.

Las otras veces que se habían besado él había dado el primer paso y siempre llevaba la iniciativa y aunque siempre había disfrutado besándola, ese beso era mejor.

Más cierto. Más sincero.

Sus manos se posaron en las caderas de ella y acariciaron suavemente su cuerpo, sintiendo bajo las yemas de sus dedos todos esos pequeños botones que lo separaban de la suavidad de su piel.

Cómo se moría por desabrocharlos uno a uno, ver sus ojos nublados por la pasión y oír su respiración apresurada.

—Smith me dijo que estabas desayunando. —La divertida voz de Lucas interrumpió de repente su beso—. Habría apostado mis pelotas a que habías estado bebiendo pero ahora entiendo lo que te hizo salir de tu agujero.

Cris se apartó a regañadientes de Lucy y dirigiéndose a su amigo de toda la vida, le saludó y dándole una palmadita le dijo:

—No creo que este sea el lenguaje a utilizar delante de una dama.

El amigo que se pasaba la mano por su larga melena rubia sonrió a Lucy y acercándose a ella.

—Mis disculpas, querida. Soy Lucas Pittsburg y estoy seguro de que su marido no le ha dicho que soy su mejor amigo —susurrando lo suficientemente alto como para que Cris lo oyera—, tal vez el único que puede soportarlo.

—Te he oído, Lucas —dijo Cris, abrazando a Lucy.

—No hace falta que te ofendas, Cris. Acabo de decir la verdad —dijo el que guiñaba el ojo a Lucy.

Esto provocó una carcajada de Lucy, cuyas mejillas seguían enrojecidas por la vergüenza de haber sido sorprendida en brazos de su marido intercambiando efusiones... pero ¿por qué avergonzarse?

Cris era su marido... y le gustaba besarlo. Le gustó más de lo que hubiera esperado.

—Es un placer volver a verle, señor —contestó amablemente, sonriéndole.

—No señor. Solo Lucas —la cortó y mirándola fijamente con sus ojos grises, como si quisiera escudriñar en su alma, continuó—, me ofrezco voluntario la próxima vez que quieras desayunar. Soy mejor compañía que él y, además, sé cómo encantar a las mujeres hermosas. —Se atrevió a decir mientras los ojos de su Cristopher se abrían de par

en par.

—Lucas pero cómo te atreves… —dijo Cris acercándose a él, dispuesto a estampar a su dandi amigo contra la pared, cuando escuchó la firme respuesta de Lucy.

—Gracias por tu invitación, Lucas. Pero creo que sigo prefiriendo el encanto de mi marido.

Una carcajada sacudió los hombros de Lucas mientras se dirigía a Cris.

—Una elección perfecta, Cris. No podrías haberte casado con una mujer mejor. Hermosa e irónica.

Dirigiendo una sincera sonrisa a su esposa, Cris se volvió hacia su amigo.

—Iba a enseñarle el estudio… ¿quieres venir con nosotros?

—¿Interrumpir tu paseo romántico? No es posible —haciendo una elegante reverencia en presencia de Lucy, les dio la espalda y, con paso desgarrado, se alejó.

Observando su andar orgulloso y nada cojo, Lucy se preguntó por qué llevaba un bastón.

Lucy miró a los ojos de Christopher y acercándose a él y cogiéndole la mano le dijo riendo.

—Es realmente extraño.

—Sí… lo sé —respondió Cris con complacencia, luego se puso serio, siguió con la mirada la salida de su amigo y continuó—: Pero es la única persona que nunca me ha traicionado.

Con un asentimiento silencioso, Lucy aceptó esa breve explicación.

—¿Y el bastón? —preguntó, expresando su curiosidad.

Otra sonrisa se posó en los labios de Cris mientras rodeaba su cintura con el brazo y continuaba guiándola por el laberinto del club.

—Es solo una moda. Ese bastón cuesta más que un anillo ducal, querida.

Lucy se volvió y le miró con los ojos muy abiertos de asombro.

—¿De verdad?

Ante su asombro, Cris no pudo evitar asentir, reír y apretarla aún más.

Dios… la inocencia de esa mujer le hacía sentir tan puro.

Tan libre de pecado.

Siguió abrazándola con fuerza hasta que llegaron a su despacho.

—De nada, Lucy —le dijo, abriendo galantemente la puerta de su mundo. Su estudio.

La mujer entró en la habitación llena de dudas.

—Ya he visto tu oficina varias veces… No entiendo esta visita.

Una sonrisa inteligente iluminó el rostro de Cris cuando se acercó a una cortina cerca del bar móvil.

—Todavía no has visto todo lo que hay en este estudio. —Y con un chasquido abrió la cortina.

Ante los ojos incrédulos de Lucy, se abrió la mayor y más espectacular vidriera que jamás había visto.

—Nunca he visto nada igual —suspiró llena de emoción y se acercó a la obra de arte hasta tocarla suavemente con la punta de los dedos.

—Lo encargué directamente a los maestros vidrieros de Murano en Italia —dijo con una voz llena de emoción y regocijo por su asombro—. Pedí lo más hermoso y majestuoso que pudieran hacer.

—Y realmente es la cosa más hermosa que he visto nunca —susurró Lucy en un tono casi reverencial.

Un haz de luz atravesó la ventana y un charco de luz roja la iluminó por completo.

Frente a sus ojos había una representación en proporciones gigantescas de un Diablo que, divertido, jugaba a las cartas. Un Diablo que se alzaba sobre la sala principal del Club y se cernía sobre los jugadores.

La obra parecía casi viva con sus colores fuertes y atrevidos. El Diablo, el punto central de toda la escena, con esa sonrisa plena y una mano extendida hacia los visitantes, parecía invitar a todos a seguir su ejemplo, disfrutando de todos los vicios y depravaciones que el Club tenía que ofrecer.

—Es mi lugar favorito del Club —dijo Cris en voz baja a unos pasos de ella—. Puedo estar aquí, detrás de este cristal, y ver todo lo que pasa abajo sin que nadie me vea —concluyó mientras su mano rozaba suavemente el frío y liso cristal.

Lucy se volvió para mirarlo y preguntó casi con incredulidad:

—¿Nadie puede ver a través de este cristal?

Con un gesto de asentimiento, Cris lo confirmó.

—Nadie puede ver aquí.

Al seguir observando aquel espectáculo, Lucy se encontró pensando que aquella habitación podría convertirse también en su habitación favorita.

Pero no por la vidriera.

Era la habitación donde su marido pasaba la mayor parte del tiempo y, por alguna extraña razón, el tiempo que pasaba con él le parecía cada vez más necesario.

Tan necesario como respirar.

—¿Hemos terminado nuestro recorrido por hoy? —le preguntó mientras observaba atentamente lo que se desarrollaba debajo de ellos, justo en la sala de juego principal.

—Sí, Lucy. Pero debes hacerme una promesa —le pidió.

—Dime —respondió inmediatamente, volviéndose para mirarle.

—Nunca dejes nuestro piso sola. No sin mí, ni sin Lucas ni sin el señor Smith —continuó, acariciando suavemente su suave y fragante mejilla—, eres tan inocente... no tienes ni idea de los peligros que acechan en este Club.

Su tono serio y el suave toque de su áspera mano casi tenían el poder de confundirla.

—Lo prometo —susurró ella, reflejándose en sus ojos negros.

Entonces Cris se acercó lentamente a ella, casi hasta dejar solo unos milímetros de distancia entre sus cuerpos, y acercando sus labios a su oído le susurró con su aliento caliente.

—Nadie puede vernos. Estamos solos tú y yo —el tono de su voz era apasionado y pecaminoso—, y quiero besarte... y espero que nadie nos moleste todavía —con una última sonrisa la besó.

Besó los labios de Lucy, que se curvaban de risa.

Le besó la nariz llena de pequeñas y brillantes pecas.

Besó el cuello con el que había fantaseado más noches de las que podía contar.

La saboreó lentamente y por primera vez la olió, un olor a flores y a limpieza.

El olor de su esposa. No podía pensar en nada más íntimo y excitante.

Y le enseñó a besar como se besan los amantes.

Se entregaron con lenguas juguetonas, respiraciones entrecortadas y mordiscos suaves en una carrera continua hacia el placer.

Le mostró una pequeña parte del placer que podían darse juntos y deseó no tener que esperar mucho más.

La quería. La deseaba desesperadamente.

Capítulo 15

Había llevado a Lucy de mala gana a su piso y ahora estaba revisando el programa de la noche con el señor Smith. Tenía que tomar decisiones importantes, pero lo único en lo que podía pensar era en la suavidad de su larga melena dorada y en lo dulces que eran sus labios. Con un movimiento furtivo se tocó los labios con los dedos: ¿será que su Lucy sabía a cerezas maduras?

Con una sonrisa socarrona, pensó que tal vez otro beso podría ayudarle a encontrar una respuesta.

Otro beso. No podía esperar a robarle otro beso.

Una mirada al señor Smith le bastó para darse cuenta de que su secretario esperaba la respuesta a una pregunta que le había hecho mientras estaba ensimismado con su mujer.

Nunca se le había ocurrido distraerse en el trabajo.

¿Qué le estaba pasando? ¿Qué le estaba haciendo Lucy?

¿Podía entender la influencia que tenía sobre ella? Lo más probable es que no.

Su mujer, tan pequeña y pura, nunca habría entendido hasta qué punto el mero hecho de pensar en ella le sumía en una confusión total.

—Disculpe Smith, ¿podría repetir su pregunta? —le preguntó mientras trataba de concentrarse en su trabajo.

Su secretario le miró con cara de sorpresa y repitió su pregunta.

—Le estaba hablando del nuevo chef que tiene. Es demasiado presuntuoso, si me permite decirlo, señor —concluyó él, levantando la voz y mirándolo con el ceño fruncido.

Tratando de mediar en la situación, Cris intentó razonar con su empleado de confianza.

—Smith sabes todo el dinero que invertimos para conseguir a este maldito chef francés. —Ante un asentimiento de su empleado continuó el argumento—: Y no nos importa que sea vanidoso. Nos importa si sus creaciones son tan buenas como él dice.

Un suspiro de resignación salió del pecho de Smith. Sabía que el maestro tenía razón, pero ese cocinero era realmente insoportable.

—Sí, señor. He probado personalmente sus creaciones. —Tras un momento de ajustarse las gafas redondas en la nariz, admitió de mala gana—. Y son buenas. Muy buenas de verdad.

Cris le dio una palmadita en el hombro y sonrió.

—Eso es exactamente lo que quería oír, Smith. Estoy orgulloso de ti.

—Pero no se queje si un día necesita caracoles o esas horribles

ranas. Ese hombre es arrogante e ingobernable. Os he advertido —profetizó Smith al final.

Un rítmico tic-tac en el pulido suelo impidió a Cris responder.

—¿Vamos a comer ranas? ¿De verdad Cris? No puedo esperar a probarlas.

Al oír esa voz, el señor Smith no pudo evitar poner los ojos en blanco y rezar para que el señor Lucas no le involucrara en una de sus muchas excentricidades.

Como la vez que había aterrorizado a todos los clientes del Club trayendo un enorme perro al mismo, o cuando lo llevó en una loca carrera en un pequeño carruaje por las concurridas calles de Londres.

Con solo recordarlo, aún sentía el viento en la cara, la risa incontenible del señor Lucas y el miedo a morir sin haber escrito un testamento.

Orson pareció leerle la mente y lo despidió diciendo que resolverían el problema más tarde.

Lucas se acercó a él y con la elegancia que corría por sus venas, junto con la sangre azul de su padre, igualmente noble, tomó asiento en el pequeño sofá situado cerca de la ventana que daba a las principales calles de Londres.

—¿Cómo se te ocurre dejarla vivir aquí? —le preguntó a bocajarro y en un tono que no admitía excusas.

Su actitud chulesca, su afición a las locuras y sus rarezas podrían engañar fácilmente a cualquiera de sus interlocutores.

Todo el mundo estaba convencido de que Lucas Pittsburg estaba loco.

Todos excepto Cris.

Lucas nunca había conseguido engañarle. Eran pequeños y estaban abandonados.

Cris no tardó en darse cuenta de que ese niño tímido que siempre prefería estar al margen era en realidad inteligente y perspicaz.

El único aliado en su pequeño y cruel mundo. El mundo de los bastardos.

Cris sabía que sus ojos, esos ojos grises heredados de su padre, eran capaces de sondear las almas.

Y los dos se conocían demasiado bien y siempre se habían conocido. No necesitaban palabras, bastaba una mirada, un movimiento de cabeza o el levantamiento imperioso de una ceja y el otro lo entendía todo.

Quizá fue esta constatación la que despertó en Cris la fuerte tentación de huir de la habitación. Lo más rápido posible.

No se sentía preparado para ello. Nunca lo habría estado. No cuando Lucy estaba involucrada.

—Te hice una pregunta, Cris. ¿Te has quedado sordo? —le

preguntó su amigo, sin dejar de mirarle fijamente.

—Yo... Yo... —Cris se pasó desesperadamente una mano por sus gruesos rizos negros y le dio la espalda—. No puedo alejarme de ella —decidió admitir.

—¿No puedes o no quieres? —instó Lucas, que mientras tanto se había levantado del sofá y se servía una copa—. Tienes muchas de esas propiedades repartidas por Londres y sus alrededores. Siempre puedes mandarla a paseo.

—Me gustaría que se quedara en una casa bonita. En cualquiera de mis propiedades. Lejos de mí. De toda esta suciedad. —El tono de voz excitado que reflejaba su estado de ánimo, luego hizo una pausa y un suspiro escapó de sus labios regordetes mientras comenzaba a pasearse nerviosamente por la habitación—. Pero no puedo. No puedo, Lucas. No puedo imaginarme vivir lejos de ella, sin verla, sin abrazarla, sin reírme de lo que la hace reír. —Y agarrando el vaso que le tendió su amigo concluyó diciendo casi con rabia—. Dios, ¿por qué soy tan débil?

Una luz de victoria iluminó la mirada de Lucas.

—Era tal y como me lo imaginaba —juzgó mientras Cris le miraba confundido.

—¿De qué estás hablando, Lucas?

—Tenía razón todo el tiempo. Estabas persiguiendo una presa. Pero no era su hermano. Era ella. Fue ella todo el tiempo, ¿no? —la pregunta sonó casi retórica incluso para los oídos de Cris.

Ante el asentimiento de Cris, Lucas fue a sentarse en el sofá que ocupaba su amigo y poniendo una mano en su hombro le preguntó:

—¿Por qué no me lo dijiste? Soy tu mejor amigo. Lo habría entendido.

Cris le sacudió la mano y le gritó, mirándole con sus grandes ojos negros. Con los ojos muy abiertos y confundidos.

—¿Qué? ¿Qué habrías entendido tú? Yo tampoco lo entiendo. ¿Por qué la necesito tanto? ¿Por qué la quiero siempre conmigo?

—Amigo, amigo —dijo Lucas, sacudiendo la cabeza—. La quieres, eso es lo que es.

—¿Amarla? —Una risa cínica y triste sacudió los hombros de Cris —. No sé lo que es el amor.

Lucas volvió a mirarle fijamente a los ojos y luego, como si despertara de quién sabe qué mundo, le dijo:

—Sabes lo que es el amor. Lo has conocido, lo has sufrido y has intentado evitarlo. —Y dando un sorbo a su bebida continuó—: Pero aun así el amor te encontró y te trajo a Lucy.

—El amor duele —contestó Cris, que seguía torturando su pelo.

Una palmadita en el hombro y una sonrisa se dibujó en el rostro de Lucas.

—No siempre, Cris. No siempre.

Capítulo 16

Lucy miraba aburrida cómo los carruajes pasaban lentamente por debajo de su ventana.

Hacía una semana que se había convertido en la señora Orson, y el único entretenimiento en su nueva vida habían sido las visitas que recibía del señor Smith y de la señora Robinson, el ama de llaves.

Incluso había intentado entablar amistad con las camareras que se ocupaban de poner orden en el Club, pero estas la habían mirado llenas de timidez y respeto, limitándose a darle la razón en todo.

Había prometido a su marido que nunca saldría del piso sin que alguien la acompañara, pero no quería agobiar a nadie ni pedir permiso para salir del piso.

¿Por qué iba entonces a pedir permiso?

Tenía veinte años y ya era una mujer casada. ¿Dónde estaba la tan cacareada libertad de las mujeres casadas?

Parecía que desde que se había casado con Cris, había perdido incluso la poca libertad que había ganado, a pesar de los reproches del difunto conde.

Se sentía como una prisionera, encerrada en una cárcel dorada y llena de comodidades, pero todavía prisionera.

No permitiría que la situación continuara así.

Un profundo suspiro se le escapó de los labios.

Cómo echaba de menos cabalgar a velocidad de vértigo por el campo.

Si solo pudiera hablar con su marido.

Desde que habían intercambiado el mejor beso de su vida, un beso que la hacía temblar con el mero recuerdo, Cris se había vuelto distante y distraído.

Como si algún pensamiento se le quedara en el cerebro y no pudiera pensar en otra cosa. Y no había vuelto al piso ni una sola vez.

Las pocas veces que se lo había encontrado en sus rondas con el ama de llaves, aunque ella se moría de ganas de oír su voz y hacía todo lo posible por llamar su atención, él se limitaba a asentir con elegancia e indiferencia y seguía su camino.

¿Dónde estaba el hombre que la había besado contra aquella hermosa vidriera?

¿Será que se equivocó con el deseo que leyó en sus ojos?

La enésima mirada al reloj le confirmó que el tiempo corría demasiado lento. Estiró el brazo y tocó el timbre para llamar al señor Smith.

Iría a hablar con su marido y esta vez él no podría evitarla ni fingir que no la veía. Le explicaría que no podía encerrarla en esas habitaciones y esperar que se quedara allí. Y que lo entendiera.

Tenía que entenderla. Por las buenas o por las malas.

Justo fuera de su piso, otros habitantes del club también discutían la inaceptable situación.

—¿Qué le ha pasado? Desde que la trajo al club parecía que las cosas habían mejorado —dijo el señor Murphy, el croupier, que se había reunido con el señor Smith y la señora Robinson en las cocinas.

—Su comportamiento con ella es realmente monstruosa. Cuando se encuentran, él ni siquiera la dignifica con una palabra. Smith, tienes que hacer algo —dijo la señora Robinson, que miró al señor Smith con agresividad.

Este último se ajustó el cuello de la camisa y miró a los otros dos criados, devanándose los sesos para saber cómo resolver el problema que parecía afligir a todo el Club.

¿Por qué no pudo ser una tubería de agua rota o una pelea entre miembros del club? Estaba acostumbrado a esos problemas y sabía cómo tratarlos, pero ¿la vida privada del señor Orson? Eso era otro asunto totalmente distinto y no sabía qué hacer al respecto.

—Es realmente encantadora. Una joya rara —continuó la señora Robinson mientras colocaba las manos en sus grandes caderas.

—Sí, señor Smith, es encantadora. Siempre habla con nosotras también y siempre nos pide nuestra opinión —dijo una de las criadas que se había entrometido en su charla, y luego, volviéndose hacia la otra chica que estaba a su lado, preguntó—: Maggie, ¿no es cierto que una vez quiso ayudarnos a ordenar la habitación? —La otra criada respondió con un movimiento de cabeza y miró al señor Smith con lágrimas en los ojos—. No hará que se vaya, ¿verdad, señor Smith? Siempre nos lee hermosos libros, e incluso me ayudó a escribir una carta a mi familia. —El afecto que sentían por la joven se podía leer en sus miradas apenadas.

Si se le hubiera permitido, él también habría llorado. Lucy siempre había sido amable con él y desde la primera vez que los vio juntos, no pudo evitar pensar que ella era la única persona que podía alejar los demonios que acosaban a su jefe.

—Si sigue así, Smith, la perderá, escúchame —dijo la señora Robinson después de enviar a las criadas de vuelta a su trabajo—. Y si realmente quieres saber, también hay más.

Smith, que se paseaba nervioso por la cocina, se congeló y Murphy se acercó aún más al ama de llaves.

—Vamos mujer, escúpelo. ¿Qué sabes? —le ordenó el irlandés.

—El señor Orson no se está comportando como un buen marido —concluyó el ama de llaves con aire de saberlo todo.

Una carcajada sacudió los hombros del señor Murphy, que trató de disimularla con una tos.

—Creo que eso es lo que estábamos hablando, señora.

—¿Sí, Murphy? ¿Entonces sabes que el matrimonio no ha sido consumado?

El señor Smith dio un respingo y sus orejas se pusieron moradas.

—Señora Robinson, usted sabe muy bien que el señor no tolera los chismes y, sobre todo, no tolera los chismes sobre él —casi gritó asustado, pero luego, tras un momento de silencio y un intercambio de miradas con Murphy, bajó el tono y se acercó al ama de llaves—. ¿Está usted segura?

—Sí, señora Robinson, ¿cómo puede estar tan segura?— preguntó Murphy también con escepticismo, mirándola con los brazos cruzados sobre su delgado pecho.

Con un resoplido y un murmullo que a sus oídos sonó a —qué ingenuos son los hombres—, la señora Robinson dijo simplemente:

—Las sábanas. No hay rastro de un matrimonio consumado.

El señor Smith la miró completamente escandalizado.

—Estáis espiando al señor. —Y moviéndose de un lado a otro de la habitación continuó—: No podemos. Hagamos como si nunca hubiéramos tenido esta conversación.

—Smith, sé menos mojigato. ¿No ves que lo hacemos por su propio bien? —El crupier trató de sofocar su ataque de pánico y, dirigiéndose al ama de llaves, que parecía la más lúcida, preguntó—: Y ahora, señora Robinson, ¿qué se propone hacer?

En tono de conspiración, el ama de llaves dijo:

—Están hechos el uno para el otro. —Ante un breve asentimiento de Murphy y Smith continuó con entusiasmo—. Solo necesitan un poco de estímulo.

—Y seremos nosotros los que se lo demos —concluyó Murphy con una sonrisa socarrona.

Mientras el señor Smith caminaba cada vez más nervioso, el timbre del piso de Orson sonó en la cocina.

—Es ella —dijo Smith, casi saltando por los aires con los nervios a flor de piel—, ¿qué hacemos? —preguntó emocionado a sus dos futuros cómplices.

—Deberíamos obligarla a hacer algo —murmuró pensativo el señor Murphy—, encontrarle un pasatiempo mientras pensamos en un plan.

Mientras pasaba el tiempo y los tres seguían mirando inmóviles el timbre, la señora Robinson se iluminó de repente.

—La biblioteca. —Y con una sonrisa tomó al señor Smith del brazo—. A la señora le encantan los libros y estoy segura de que nunca la ha visitado. Llévala allí, pensaremos en algo y te

informaremos.

El señor Smith hizo lo que la señora Robinson le aconsejó, pero no pudo evitar decirse a sí mismo que no le gustaban todos esos tejemanejes.

No le gustaban nada.

Capítulo 17

Smith se acercaba cada vez más a la puerta de su señora.

Cómo envidiaba la confianza de Murphy y la señora Robinson. Estaban tan seguros de estar haciendo lo correcto, mientras que a él le temblaban las manos ante la sola idea de que el señor Orson se enterara.

Lo último que quería era traicionar a la única persona que había confiado en él, incluso cuando todos los demás le despreciaban.

Sin embargo, por otro lado, Orson necesitaba realmente que alguien le ayudara y se desviviera por él.

Ajustándose las gafas, se preparó para llamar a la puerta. Cuando oyó un débil golpe, entró en el piso y, por primera vez desde que la conocía, vio los ojos azules de Lucy llenos de nerviosismo.

—Smith, quiero que me lleves con mi marido ahora. Necesito hablar con él.

Por su tono perentorio y su ceño fruncido, Smith pensó que tal vez no era apropiado contradecirla, pero le habían encomendado la tarea de acompañarla a la biblioteca y él solía cumplir con todas las tareas que le encomendaban.

Acercándose a ella, le entregó una taza de té humeante y, a pesar de todas sus protestas, consiguió que tomara unos sorbos, y luego le dijo con indiferencia.

—En realidad, hoy quería mostrarle un lugar que seguramente disfrutará.

Un suspiro impaciente y un rápido pisotón en el parqué dejaron claro su descontento.

—Smith, de verdad, me gustaría hablar con mi marido.

¿Cómo convencerla? ¿Cómo? Un hilillo de sudor frío resbaló por su frente y, mientras hacía lo posible por ocultarlo, se le ocurrió una idea.

—¿Está segura? Es un lugar mágico y casi nadie tiene la oportunidad de visitarlo.

Cuando volvió a levantar sus magníficos ojos hacia él, ya no había ira sino una pequeña luz de curiosidad.

—¿Qué lugar? —preguntó mientras se acercaba cada vez más, casi atraída por la inesperada diversión que la alejaba de aquellas habitaciones solitarias y aburridas.

Bingo, quiso gritar el señor Smith, que sonrió para sí mismo.

—Sígame y tendré el placer de mostrárselo.

Lucy siguió mirando al señor Smith, mordiéndose el labio.

Realmente quería hablar con su marido y resolver el problema de una vez por todas, pero tuvo que admitir que la tentación del señor Smith era demasiado fuerte.

Un lugar mágico.

Se moría por seguirle y embarcarse en una nueva aventura.

Una aventura sin duda más tentadora que la pelea que le esperaba cuando por fin consiguiera hablar con Cris.

—¿Y luego me llevarás con mi marido? —le preguntó con dudas.

«Esperando que su ira se haya calmado», Smith pensó.

—Entonces la llevaré donde quiera, señora —dijo en tono conciliador.

Una sonrisa, quizá la primera del día, iluminó el rostro de la joven.

—Muy bien, enséñame este lugar mágico —dijo con su dulce voz llena de expectación.

Cuando Lucy entró en la biblioteca, pensó que si la magia existía, residía en esa misma sala. Todo estaba limpio y pulido, los muebles de madera de cedro brillaban a la luz del día y un aroma a madera mezclado con el olor a papel impregnaba cada rincón.

Filas y filas de libros decoraban todas las paredes y, para llegar a los libros más altos, se había instalado una escalera de caracol que, mediante un sofisticado mecanismo, rodeaba toda la sala.

En el centro de la habitación había un sofá en tonos blancos y azules y un cómodo escritorio con un sillón a juego.

Le encantaba leer pero, desde que su padre se había endeudado, el gasto en libros había sido uno de los primeros en ser amortizados, por lo que tuvo que contentarse con releer sus viejos y queridos libros hasta que se los sabía casi de memoria.

La biblioteca de Cris, sin embargo, estaba repleta de libros y muchos de los títulos que consiguió leer rápidamente eran libros recién editados, imposibles de conseguir incluso en las librerías de Londres.

Estaba tan contenta que quería gritar, pero trató de contener toda su alegría.

Volviéndose hacia Smith, le tomó la mano y con una sonrisa le dijo con entusiasmo,

—Gracias Smith por compartir este magnífico lugar conmigo.

Las mejillas del secretario se pusieron rojas y con una reverencia le respondió:

—Ha sido un placer, señora.

Y fue un placer.

La señora estaba tan entusiasmada que casi volaba de pared a pared, hojeando los libros, leyendo algunos pasajes y riendo.

La señora Robinson había tenido, en efecto, una brillante

intuición y debía ser felicitada. Lucy parecía haber recuperado toda la vitalidad que había perdido poco a poco durante esos días.

También subió la escalera para alcanzar los libros colocados más arriba, y el señor Smith estaba a punto de sentarse en el sillón, cerca de la gran ventana que iluminaba toda la habitación, cuando el sonido de la madera rompiéndose perturbó la tranquilidad que reinaba en aquella estancia.

Escuchó el sonido de su caída incluso antes de verla.

Un grito de miedo y luego el sonido silencioso de la carne chocando contra una superficie dura.

El señor Smith corrió rápidamente para alcanzarla y, cuando la vio inconsciente en el suelo de mármol blanco de la biblioteca, gritó que llamaran inmediatamente al señor Orson.

Y luego, tomando su mano, rezó.

Dios... no puede haber sucedido realmente.

La mano que agitaba estaba fría y su tez pálida. ¿De qué altura había caído? ¿Cuántos escalones había subido antes de que la escalera les jugara esa mala pasada?

El señor Orson nunca le perdonaría haber puesto en peligro a su esposa.

Una lágrima recorrió el rostro redondo de Smith.

Nunca se lo perdonaría.

Era él quien la había llevado a ese lugar tan lleno de paz y belleza.

En menos de unos minutos vio entrar en la biblioteca a un señor Orson completamente desaliñado y sin aliento.

Se levantó y, con la eficacia que le caracteriza, le describió rápidamente el incidente.

Cristopher se arrodilló junto a su mujer y la tomó suavemente en sus brazos y, tras ajustar el agarre de su cuerpo indefenso, comenzó a correr enloquecido por los pasillos gritando que llamaran a un médico inmediatamente.

Cuando llegaron a su piso, el señor Orson le gritó de nuevo que buscara al médico y con una última mirada de sus profundos ojos negros le cerró la puerta en las narices.

Entre las órdenes a las camareras de turno, Smith se encontró enjugando más lágrimas y rezando para que no hubiera ocurrido nada desafortunado.

Capítulo 18

Detrás de la puerta esperaban el veredicto del médico Smith, Murphy y la señora Robinson.

Cris, a pesar de todas las invitaciones del médico a salir, se había negado rotundamente a dejarla sola.

Un grito fue el único sonido que se escuchó.

—Señora Robinson, deje de llorar o me dará dolor de cabeza —dijo un impaciente Murphy.

—Todo es culpa mía —dijo el entre lágrimas—, culpa mía—.

Smith se acercó a ella, le puso una mano en el hombro y le dijo:

—No es tu culpa. No podías saber que la madera de la escalera había sido atacada por carcomas.

La señora Robinson le dirigió una mirada llorosa de agradecimiento y siguió secándose las lágrimas, tratando de convencerse de que Smith tenía razón.

No podía saberlo, pero ni siquiera esto era suficiente para hacerla sentir menos culpable.

Con solo pensar que la señora estaba allí dentro y quién sabe lo que estaba sufriendo, sintió que el pecho se le apretaba y las lágrimas caían.

—Señor Smith, ¿qué le dijo a ella? Se puso a llorar aún más fuerte —dijo su otro cómplice, tapándose los oídos.

—No quería que se hiciera daño —dijo el ama de llaves por enésima vez, y con otro sollozo concluyó—: Lo siento mucho.

Smith se apoyó en la pared y miró alternativamente a Murphy, que se movía de un lado a otro en su silla, y a la señora Robinson, que seguía enjugándose las lágrimas, mientras intentaba captar las palabras del médico dentro de las habitaciones del señor Orson.

Cuando oyeron un grito femenino procedente de las habitaciones contiguas, los tres agudizaron el oído y se pusieron en pie de un salto.

Dentro del piso, Cristopher también se puso en pie de un salto y corrió hacia la cabecera de su mujer.

—¿Ha visto eso, señor? Solo había que presionar en el punto de mayor dolor y se despertaba —dijo el médico, al que sus ayudantes habían conseguido encontrar.

Un viejo médico de aspecto tranquilo y demasiado delgado, que llevaba una bolsa que parecía más pesada que él.

Cris al ver a Lucy dolorida no pudo evitar mirar con recelo al médico y preguntarse si la práctica que adoptó para devolverle la conciencia era la correcta.

Acariciando su pelo, ahora empapado de sudor, la miró a sus grandes ojos azules llenos de sufrimiento.

—No te preocupes, Lucy. Ya estoy aquí.

Ella, tal vez temiendo que él volviera a marcharse, le apretó la mano e incluso cuando él volvió a acostarse no insinuó soltarla.

—¿Puedo saber qué le pasa a mi mujer? —preguntó el médico de espaldas a él.

—Un simple esguince de tobillo —respondió el hombre, encogiéndose de hombros con indiferencia.

—¿Y los desmayos? —insistió Cristopher aún preocupado por Lucy.

El médico lo miró apresuradamente y la sometió a un largo examen para asegurarse de que no había otras lesiones.

Luego la hizo recostar de nuevo, le dio unas gotas de sedante y se dirigió a la ventana, indicándole a Cristopher que se uniera a él.

—Se cayó desde muy alto. Se golpeó la cabeza y también hay moratones aquí y allá, pero por las investigaciones puedo asegurar que no sufrió ningún daño cerebral. —Lavándose bien las manos en la bañera de agua caliente, que la señora Robinson se preocupó diligentemente de hacer traer—. Solo tienes que controlar que no mueva demasiado el tobillo y evitar cualquier estrés. Si siente dolor, en unas horas, dele más calmantes. En tres o cuatro días podrá retomar sus actividades normales.

Cris siguió inclinando la cabeza, escuchando atentamente sus recetas, y mirando a su mujer, que seguía demasiado pálida y dolorida, le volvió a preguntar:

—¿Está seguro de que está bien?

El médico le miró por primera vez desde que había entrado rápidamente en la habitación.

Vio en sus ojos la preocupación propia de alguien que acaba de arriesgarse a perder lo más preciado de su vida.

Dándole la espalda, se permitió recordar por un momento a su difunta esposa y pensó que los ojos de aquel joven eran iguales a los que veía reflejados en el espejo cada mañana.

Ojos enamorados.

—Le aseguro que está bien. Solo necesita que esté cerca de ella —intentó tranquilizarle.

Cuando Christopher volvió a sentarse junto a su esposa, el médico se despidió de ambos.

Al salir dejó su tónico en las sabias manos del ama de llaves para calmar el dolor en caso de que la joven lo necesitara.

Salió rápidamente del club y se dirigió a su casa.

Ese día todavía tenía que regar las orquídeas de su mujer.

Después de que el médico les tranquilizara también sobre el

estado de Lucy, Murphy se levantó y, lleno de vida de nuevo, se acercó a Smith y, dándole un codazo.

—Dígale algo. Este es el momento adecuado.

Smith le miró a través de sus gafas redondas y sucias.

—¿Qué debo decirle? —preguntó el secretario confundido.

—No lo sé. Lo conoces mejor que nadie. Seguro que sabrás decirle que debe dedicar más tiempo a su mujer.

No fueron las palabras de Murphy las que le convencieron para llamar a su puerta. Eran los ojos llenos de lágrimas de la señor Robinson. Era el miedo que le invadía desde que la vio caer de aquella maldita escalera.

Era la certeza de que ambos se necesitaban mutuamente para ser finalmente felices.

Capítulo 19

Cris velaba por el sueño de su mujer.

Aunque el médico le había asegurado que no había ocurrido nada grave y su sueño parecía profundo y tranquilo ahora que le había administrado el sedante, no pudo evitar escuchar su respiración o apretar con fuerza sus delicadas manos.

Se había arriesgado a perderla esa tarde.

Perder a la mujer por la que había luchado y luego abandonado en sus habitaciones sin dignificarla con una mirada.

Cuánto tiempo habían perdido por culpa de su orgullo.

Oyó distraídamente que alguien entraba en sus habitaciones personales, pero no apartó la vista del rostro de Lucy ni un momento.

—¿Señor? —le llamó suavemente su secretario.

—¿Sí, Smith? —respondió, sin dejar de mirar a su mujer.

—Si puedo darle un consejo. —Ante el breve asentimiento de Cris, continuó—: Debería encargarle una tarea. Un pequeño trabajo. La señora odia estar en este piso sin hacer nada.

—Conozco mujeres a las que les encantaría estar en un piso lleno de todas las comodidades y con un grupo de criadas a su lado —respondió Cris cínicamente.

Smith levantó la cabeza y miró la espalda de su jefe.

Era muy inteligente cuando se trataba de dinero, pero si su esposa estaba involucrada, Cris parecía no pensar con claridad.

—No creo que estemos hablando del mismo tipo de mujer, señor.

—Smith, créeme, incluso las mujeres nobles pueden ser ese tipo de mujeres.

—Su esposa no, señor —insistió Smith.

Apretando un poco más la mano de Lucy, se encontró con que lo admitía.

—No mi esposa, tienes razón. ¿Y qué?—

—Entonces no puede encerrarla aquí y pensar que está bien para ella. No le gusta estar de brazos cruzados. —Tras un momento de silencio lanzó la estocada final—. Y lo habría sabido si hubiera pasado tiempo con ella esta semana. Le hemos hecho compañía, yo, la señora Robinson y las criadas. No es en absoluto lo que una joven novia esperaría —le regañó sin rodeos.

Cris tuvo que admitir a regañadientes que Smith también tenía razón esta vez.

No era lo que una joven novia merecía.

No era lo que su Lucy merecía.

Pero Smith no pudo entenderlo. Cada vez que la veía, cada vez que incluso sus miradas se cruzaban, sentía que algo surgía de su interior, un fuego que no podía apagar, un ansia que un beso no podía saciar y el miedo que se apoderaba de sus miembros y le hacía huir de ella.

No quería amar.

Otra vez no.

No cuando el dolor del amor no correspondido seguía ardiendo en sus cicatrices.

Lucy, en cambio, quería amor.

Lo supo desde la primera vez que sus ojos se posaron en ella. Sin embargo, no la había dejado ir.

Y ahora, por su culpa, estaba tumbada en esa cama con un esguince de tobillo.

Ante la mera idea de que pudieran ocurrirle cosas peores, sintió un impulso desesperado de gritar.

—¿Qué debo hacer? —preguntó, sintiéndose cansado y perdido.

—Dele algo que hacer. Algo para mantenerla ocupada. —Mientras abría la puerta para dejarle por fin a solas con su mujer terminó lo que quería decir—. Y pasar tiempo con ella.

Cuando Smith se fue por fin, Cristopher alargó un dedo para acariciar el perfil suave y nacarado de Lucy.

—¿Es eso lo que realmente quieres? ¿Pasar tiempo conmigo? —le preguntó en voz baja y áspera para no perturbar su sueño.

La única respuesta que recibió fue otra respiración tranquila y serena que escapó de sus labios.

Cris, sin soltar sus manos, acercó un sillón a la cama y se sentó en él, abriendo sus largas piernas.

Mientras corría gritando con Lucy en brazos había pensado que no dejaría que nadie se la arrebatara ahora que era suya, ni siquiera un maldito escalón roto, y que si le bastaba con pasar tiempo con ella, lo intentaría.

Iba a ser el marido que no se había permitido ser todos esos días, el marido que suspiraba por una mirada de ella y que solo esperaba que ella dirigiera todas sus sonrisas hacia él.

El tiempo, como había aprendido aquella tarde, era muy valioso y no lo volvería a perder.

Siguió observándola y escuchando su respiración hasta que se quedó dormida allí, junto a su cama, y sin soltar sus manos.

Durmió el sueño más tranquilo de su vida.

Tal vez porque su vida, aunque todavía no estaba dispuesto a admitirlo ni siquiera a sí mismo, estaba allí mismo, y podía tenerla en sus manos.

Y él no la dejaría. Nunca más.

Lucy se despertó aturdida y con un dolor punzante en la pierna izquierda.

Lo último que recordaba era que había subido las escaleras de madera de la biblioteca y que luego todo estaba en blanco.

¿Qué le ha pasado?

¿Por qué le dolía tanto la pierna?

Al girar la cabeza sobre la almohada, vio que su marido descansaba justo al lado de su cama, en un sillón, en una posición que a primera vista parecía cualquier cosa menos cómoda.

Al bajar la mirada a las sábanas blancas, vio las grandes manos de Cris que estrechaban las suyas con un apretón firme y tranquilizador.

Era casi como si no quisiera dejarla ir.

Era la primera vez que lo veía dormir y se permitió el lujo de observarlo de cerca sin que él se diera cuenta.

Parecía tan relajado.

Sus altos pómulos delineaban su rostro fuerte y musculoso, sus pestañas negras, tan largas como para despertar la envidia de cualquier mujer, sombreaban sus mejillas secas, y su piel parecía lisa y luminosa, excepto alrededor de sus labios carnosos, donde podía verse un ligero rebrote de barba que añadía un toque aún más salvaje y fascinante a su aspecto.

Cómo quería tocarlo, sentir su piel bajo las yemas de los dedos y volver a saborear el tacto de sus labios... pero no se movió por miedo a despertarlo.

Estaba durmiendo muy bien.

Su pecho subía y bajaba con un ritmo tranquilo y tranquilizador y en su rostro no aparecían músculos contraídos ni su habitual expresión de concentración. Parecía casi más joven e inocente.

Un Diablo Inocente, ese pensamiento casi le hizo sonreír.

Una sonrisa que se convirtió en un pequeño grito de dolor cuando intentó mover la pierna.

—Shhh... no te esfuerces —dijo su marido ahora despierto y atento a todos sus movimientos.

Intentaba soportar las punzadas de dolor.

—Cris, ¿qué me ha pasado? Me duele la pierna.

Su marido se colocó en la cama junto a ella y, rodeándola suavemente con sus musculosos brazos, le dijo

—Te caíste de la maldita escalera en la biblioteca y te torciste el tobillo. —Y acariciando sus brazos con suavidad le preguntó mirándola con preocupación en sus ojos—. ¿Te duele mucho? Si quieres, puedo darte más calmantes.

Un poco inquieta por su cercanía y sus caricias, preguntó:

—¿Tendré que descansar mucho tiempo?

—Tres o cuatro días, a criterio del médico —le respondió

inmediatamente.

Un fuerte suspiro escapó de los labios de la mujer.

—¿Qué te preocupa tanto, Lucy? —le preguntó su marido, sondeando cada uno de sus movimientos con una mirada atenta.

Un par de ojos azules llenos de tristeza se reflejaron en los suyos y entre sollozos escuchó a su mujer balbucear.

—Odio estar encerrada —dijo, casi llorando—, estaba a punto de ir a tu estudio y decírtelo. Decirte que odio estar aquí sola sin hacer nada. —Enjugando furtivamente una lágrima, dijo con convicción—. Tal vez incluso hubiéramos tenido nuestra primera pelea.

Cris sacó el pañuelo del bolsillo del chaleco para limpiar las lágrimas que salpicaban sus mejillas, de nuevo sonrosadas.

—Hubiera preferido pelear contigo y no llevarte inconsciente por el club, recuérdalo —dijo Cris lleno de fervor.

El miedo que le pareció leer en el fondo de sus ojos negros y el agarre de sus brazos que parecían cada vez más protectores dejaron a Lucy sin palabras.

¿Podría ser que su marido estuviera preocupado por ella?

¿Dónde estaba el hombre frío que no la había mirado durante una semana?

¿El mismo hombre que ahora le sostenía la mano y le secaba suavemente las lágrimas?

La confusión y la emoción se agolparon en su mente mientras su cuerpo, casi movido por la voluntad, se aferraba más a ese cuerpo cálido y musculoso, buscando apoyo y afecto.

Su marido era poco más que un desconocido para ella, pero allí, en sus brazos, Lucy se dio cuenta de que lo echaba de menos más que nada, incluso más que la ansiada libertad.

Su presencia llena de carisma, su agarre capaz de infundir confianza, su voz autoritaria, su olor.

A él.

Cerrando los ojos y respirando con fuerza su aroma, se preguntó qué era el amor.

¿El amor era esa búsqueda constante del otro? ¿Fue el miedo que se apoderó de ella ante la mera idea de que la dejara sola de nuevo?

No lo sabía.

Con William, el hombre que siempre había considerado el hombre de su vida, no había sentido ni un ápice de lo que sentía ahora.

Parecía sentir el mismo dolor que escribían los poetas, el mismo dolor que hasta hace poco creía que era un mero montaje, una ficción para agarrar a un público cada vez más amplio.

Un dolor que pasaría si solo pudiera seguir en sus brazos. En los brazos del Diablo de Londres.

Un fuerte suspiro lleno de desesperación escapó de sus labios.

Afortunadamente, Cris pensó que ese suspiro estaba dictado por el dolor de su pierna y le dio más calmantes.

Lástima que ese sedante no funcionara tan bien con el dolor de su corazón, pensó Lucy, sintiendo que el sedante hacía efecto, cayendo de nuevo presa de un sueño sin sueños.

Antes de seguir cayendo en la oscuridad total, le agarró las manos y casi le suplicó con lágrimas en los ojos.

—No me dejes.

—Estoy aquí, Lucy —le dijo y le pasó suavemente las manos por el pelo. Solo cuando estuvo seguro de que se había dormido, Cris se permitió susurrarle al oído—. Y nunca más te dejaré.

Capítulo 20

Lucy se despertó por los fuertes ruidos de la habitación de al lado.

Aunque Cris le había aconsejado que no se levantara de la cama y su pierna aún palpitaba un poco por el dolor, no pudo reprimir su curiosidad y con un poco de esfuerzo se levantó.

Abrió la puerta y encontró al señor Smith y a la señora Robinson enfrascados en una acalorada discusión.

Cuando se dieron cuenta de su presencia, ambos se congelaron como niños atrapados en alguna travesura.

Solo después de que recuperaron de la conmoción, el señor Smith buscó una silla para que se sentara y el ama de llaves la miró con los ojos brillantes por las lágrimas.

—¿Has visto lo que has hecho? La has despertado —dijo el señor Smith a la mujer en tono de reproche y luego, volviéndose hacia ella, le preguntó—: ¿Cómo se siente? ¿No debería quedarse quieta?

Lucy, resistiéndose a admitir que efectivamente le dolía mucho la pierna, se acercó a la señora Robinson y le apretó cariñosamente la mano.

Ante ese simple gesto, la señora Robinson comenzó a llorar y a murmurar una disculpa y a asumir toda la culpa de su caída.

—Señora Robinson, no es en absoluto su culpa que el escalón se haya roto. Fue un accidente. —Luego, entregándole su pañuelo bordado, le sonrió—. No quiero oír más excusas ni verle llorar. —Solo cuando vio que el ama de llaves se había calmado se aventuró a preguntar—: ¿Qué hace?

El señor Smith siguió moviendo un escritorio hacia la luz que entraba por el gran ventanal.

—El señor quiere un escritorio propio aquí. —Después, como si le estuviera revelando un gran secreto, continuó en un tono un poco más confidencial—: Quiere pasar más tiempo cerca de usted.

Un jadeo sacudió el pecho de Lucy.

—¿Quiere pasar más tiempo conmigo? —preguntó la joven confundida y feliz al mismo tiempo.

Un movimiento de cabeza afirmativo y una rápida mirada a los serenos ojos del ama de llaves confirmaron que Smith decía la verdad.

Su marido quería pasar más tiempo con ella.... por la emoción quería correr por la habitación o reírse de alegría.

¿Y cuándo llegaría? ¿Qué aspecto tenía? Una mano corrió rápidamente a tocar su pelo y todas sus dudas se confirmaron. Tenía un aspecto terrible. Se acercó vacilante al gran espejo del dormitorio y

el reflejo de su imagen empañó toda la felicidad que acababa de sentir.

Su cara estaba pálida y marcada por las ojeras, su pelo era una mata sin forma y había pequeños moratones repartidos por la cara y los brazos para completar su imagen.

La señora Robinson comprendió toda su angustia porque se puso a su lado y le apretó cariñosamente la mano.

—Un baño caliente y estará como nueva.

A un breve asentimiento de ella, el ama de llaves comenzó todos los preparativos y, en poco tiempo, se encontró sumergida en un mar de agua caliente.

La bañera de proporciones gigantescas, el agua caliente que alcanzaba y calmaba cada pequeño dolor, y el olor fresco y limpio del jabón de su marido la hicieron sentirse mucho mejor.

Estaba como en trance, en un momento de paz total, podía oír la voz de la señora Robinson en la distancia y los ruidos que hacía el señor Smith, pero el único sonido que realmente podía oír era el de su corazón.

Su corazón latía como loco ante la sola idea de volver a ver a Cris. ¿Era esto amor?

¿Era el dolor de la ausencia, era la necesidad constante del otro, era la expectación por el regreso, era la emoción que hacía latir más rápido su corazón, era el deseo loco de sentir a Cris en cada parte de ella?

Con un suspiro casi soñador, Lucy se dijo a sí misma que tal vez el amor era todo eso y más.

Y se moría de ganas por saber qué había detrás de ese mucho más.

Capítulo 21

Habían empezado a seguir una rutina totalmente nueva para ellos.

Cada vez pasaban más tiempo juntos, compartían un desayuno íntimo y sereno, se sentaban cerca el uno del otro para discutir algunos de los problemas del club o Cristopher le contaba historias divertidas sobre sus clientes.

Cuando él trabajaba en su pequeño salón, a Lucy le gustaba sentarse en el sofá frente a su escritorio y fingir que leía, mientras que en realidad, la mayor parte del tiempo, se encontraba mirándolo.

Cris trabajaba todo lo que podía, casi completamente abrumado por los papeles extendidos sobre el gran y robusto escritorio de madera, y especialmente en los momentos de mayor luminosidad.

Una luz que le permitía disfrutar plenamente de la miríada de mechas de su cabello, de cada pequeña arruga que delineaba su frente, de su imponente nariz no del todo recta, tal vez rota en alguna aventura de su pasado, de sus manos que se movían veloces para examinar los documentos que reposaban sobre su escritorio, de sus imponentes hombros y de sus musculosos brazos que siempre parecían demasiado apretados en sus camisas de primera calidad.

Sin embargo, era el rostro el que atraía cada vez más su atención.

Había días en los que su rostro estaba sereno, en paz consigo mismo, y a veces Cris incluso le mostraba una de sus esporádicas sonrisas llenas de dientes blancos y espontaneidad que hacían que su corazón se acelerara.

Pero también estaban los otros días. Días en los que Cris suspiraba constantemente, cambiaba constantemente de posición en su silla y tenía el rostro fruncido.

Eran los días en que Lucy había aprendido a aborrecer... Odiaba ver a su marido en problemas y saber que no podía hacer nada para ayudarle.

Y ese día fue, efectivamente, uno de ellos. Lucy vio cómo Cris apartaba su silla del escritorio y se masajeaba a la fuerza la frente.

¿Sufría una fuerte migraña? Preocupada, la joven abandonó el libro que ni siquiera había abierto y corrió a su lado.

—¿Puedo ayudarte, Cris? —habló suavemente y le rozó el hombro izquierdo.

Cristopher la miró con sus ojos negros y parecía perdido. Empezó a preocuparse seriamente porque desde que le conocía nunca le había visto en apuros o sin la confianza que le caracterizaba. Tras un largo

silencio, Cris se obligó a responderle.

—Ya no recuerdo un dato. Una información muy importante.

Lucy se sentó en una silla a su lado.

—Estoy segura de que si buscamos en los libros encontraremos todo lo que necesitas.

Cris negó con la cabeza y con una mirada llena de vergüenza.

—Nunca puse nada por escrito. Lo guardo todo en mi cabeza —pasándose la mano por el pelo, ya bastante torturado, dejó escapar un larguísimo suspiro—. Todo. Hago cálculos astronómicos en mi cabeza, recuerdo cada cifra, cada actividad del club, pero apenas pongo nada por escrito.

—¿Por qué? —le preguntó su mujer, escudriñándolo de cerca.

Cris se levantó bruscamente y se alejó de ella dándole la espalda.

No tenía intención de mirarla a los ojos mientras revelaba lo que nunca había contado a nadie.

—No me gusta mi letra. Y soy zurdo —dijo con disgusto, atento a cada reacción de Lucy mientras fingía interesarse por el tráfico de la calle de abajo.

—¿Nunca te enseñaron a escribir porque eras zurdo?

Cristopher se volvió hacia ella y casi ofendido le dijo:

—Por supuesto que me enseñaron a escribir. Fui uno de los mejores en esa maldita escuela a la que me enviaron.

—¿Pero has escrito alguna vez con la mano izquierda? —insistió Lucy.

—No —casi gritó indignado—. El que escribe con la mano izquierda es hijo del diablo —lo dijo de forma tan convincente y llena de resignación que Lucy se convenció de que incluso esa pequeña lección la había aprendido en esa —maldita escuela—, por usar sus propias palabras.

Al acercarse a él, su mujer hizo algo que casi le hizo dar un salto de sorpresa: le acarició suavemente la mano izquierda, la misma mano que había sido insultada y burlada repetidamente, la mano en la que brillaba su anillo de boda.

—Si quieres, tendré el honor de enseñarte a escribir —le dijo ella con su voz dulce y serena que inmediatamente tuvo el poder de calmarlo.

Cristopher miró a su mujer, tan dispuesta a ayudarle, con su cuerpo, su hermoso cuerpo, extendido hacia él.

Lucy le estaba dando una oportunidad, le sonreía alentadoramente y seguía sosteniendo su mano en sus pequeñas y cálidas manos.

Pero ella no podía entenderlo.

Ella no entendía que era un caso perdido. Nunca aprendería a escribir como un caballero.

—Mi letra es tan horrible que evito escribir todo lo que no sea lo esencial —dijo Cris y estuvo a punto de alejarse de nuevo de ella, enfadado consigo mismo, pero Lucy no estaba dispuesta a soltar su agarre.

Lucy no lo dejaría escapar.

—Porque eres zurdo y nunca se te ha permitido escribir con la mano izquierda —insistió ella, esperando demostrarle que el error no era escribir con la mano izquierda sino insistir en escribir con la mano equivocada. En un último intento desesperado le dijo—: Deja que te enseñe a escribir con la mano derecha. —Y acercándose una y otra vez hasta que sus brazos se rozaron y su pecho quedó muy cerca de su dulce y tierna boca, tan tierna que Cris casi sudaba por el esfuerzo de mantener sus manos en su sitio, manos que ardían en deseos de acariciar cada parte de ella, le dijo en un tono bajo y ronco, demasiado seductor para sus oídos—. Soy buena, ¿sabes?

Tragando repetidamente y viendo cómo la parte delantera de su vestido se hinchaba con cada respiración que Cris le pedía.

—¿En qué, mi señora?

Su tono algo apresurado, o quizás algo más que estaba un poco por debajo de su cintura, debió delatarle porque Lucy se rio suavemente.

—Soy buena enseñando. —Sin moverse ni un centímetro—. Ayudé a mi hermano, puedo ayudarte a ti también.

En ese momento Cris sintió realmente la necesidad de ser ayudado, pero no de escribir.

Cómo quería besarla. Besar su cuello blanco como la nieve, donde sabía que olería su dulce y celestial aroma, besar sus labios y enrojecerlos con sus besos.

Besar cada parte de ella y no parar hasta que ella se lo suplicara.

Hacerla suya.

Hacer que ese matrimonio fuese un matrimonio de verdad.

¿Pero qué pasaría con ella? ¿Cómo podría reaccionar?

—Me gustaría que me ayudaras, Lucy —su tono era el de un hombre desesperado.

Estaban tan cerca que Cris pudo ver una luz de felicidad encendida en sus ojos.

—¿No crees que deberíamos sellar nuestro pacto? —preguntó en un tono casi ingenuo.

Cris sintió que cada poro de su piel se calentaba. ¿Cómo habían pasado de hablar del problema que le aquejaba cada día de trabajo a burlarse el uno del otro?

¿Y era posible que su mujer, por primera vez desde que se casaron, estuviera coqueteando con él? ¿Ella también lo deseaba? Extendió una mano hacia su rostro casi sin saber su reacción y,

cuando se dio cuenta de que Lucy no se alejaba sino que, por el contrario, se acercaba aún más a él, Cris no pudo evitar sonreír.

—¿Tienes idea de cómo sellarlo? —le dijo con voz burlona a pocos centímetros de su oído.

Un escalofrío sacudió el cuerpo de Lucy e inflamó aún más el suyo.

—¿Un beso? —La voz de Lucy ahora era incierta y tartamuda.

Jugando casi ociosamente con su larga cabellera, tan cercana al color del oro, el metal más precioso de la naturaleza, e intentando ocultar lo mucho que esta nueva Lucy lo enloquecía.

—Un beso… Creo que es una buena idea. —Se acercó aún más a ella y esperó, sin dejar de juguetear con su pelo.

Esperó quizá demasiado tiempo porque Lucy le miró, impaciente y llena de su propio deseo.

—¿Vas… a besarme?

—No, Lucy. Me gustaría que fueras tú quien me diera un beso. —Luego extendió una mano para acariciar el borde de su corpiño—. ¿Recuerdas lo que te enseñé contra la vidriera?

Un movimiento de cabeza afirmativo y sus mejillas repentinamente sonrojadas le hicieron comprender que ella tampoco lo había olvidado.

Quería desesperadamente que ella diera el primer paso, que le mostrara con su cuerpo lo que sentía por él.

La vio ponerse de puntillas y rodear sus hombros con los brazos, acercarse a él y lamerse los labios.

«Pequeña tentadora», pensó Cris mientras maldecía para sí mismo, sabía exactamente qué hacer para excitarlo.

El beso comenzó suave y gentil, casi romántico, pero cuando la pasión calentó sus cuerpos, fue la propia Lucy la que exigió más.

Abrió lentamente los labios bajo la imperiosa presión de la lengua de Cris y se entregó libremente a él.

Las manos buscaban sus cuerpos y los labios se perseguían en un juego eterno.

El beso se hizo cada vez más apasionado, él se embriagó con su dulce y pura fragancia y su cuerpo empezó a pedir más y más.

Los labios que buscaban lugares inexplorados en su boca, las manos que recorrían rápidamente su corpiño y los suspiros que le arrancaba eran como música para sus oídos.

—¡Tócame, Lucy! —le imploró.

Con la respiración acelerada y los labios rojos por sus besos, Lucy le miró confundida.

—¿Cómo? ¿Dónde debo tocarte?

Con un movimiento de su brazo, todos los papeles del escritorio cayeron al suelo y tomándola en brazos, la depositó allí, en medio del

desorden, encima de su poderoso escritorio.

Lucy le miró con los ojos muy abiertos, pero no tuvo tiempo de protestar porque la mano grande y bronceada de él descendió para acariciar su cuello, luego el escote del vestido y después otra vez sus pechos, dulces y firmes protuberancias.

La vio contener la respiración y echar la cabeza hacia atrás.

—¿Te gusta que te toque? —le susurró suavemente. Ante su rápido asentimiento, Cris le dijo al oído—. Entonces hazlo. Tócame a mí también —bajó suavemente el tirante de su vestido para acariciar su suave y lechosa piel, casi le suplicó—. Donde quieras, Lucy. Tócame.

Lucy estaba llena de deseo.

Nunca nadie la había hecho sentir así.

Tan femenina.

Ella extendió sus manos sobre su poderoso pecho y le devolvió el favor. Le tocó suavemente la cara y cuando sus dedos llegaron a sus cálidos y carnosos labios no pudo reprimir el impulso de besarlo.

Cuando sus labios volvieron a unirse, la mano de ella descendió insegura por el cuerpo de él. Tocó las venas elevadas de su fuerte cuello y luego descendió a su esculpido pecho y sus dedos jugaron con sus abdominales contraídos hasta que arrancó un gemido de deseo de los labios de su marido.

Qué fuerte y musculoso era y qué agradable era tocar su cuerpo. Casi tan placentero como la sensación que le producían sus expertas manos.

Cuando los besos cesaron y ambos volvieron a respirar, frente a frente, Cris no pudo reprimir una carcajada mientras la miraba a los ojos.

—Entonces también soy bueno en la enseñanza —le dijo.

Capítulo 22

Todos los días, tras comprobar que todas las actividades del Club funcionaban, Cris volvía siempre a su piso para dedicarse a las clases de escritura.

No importaba lo cansado que estuviera o cuántas otras actividades exigieran constantemente su atención. No estaba dispuesto a renunciar a su lección.

O tal vez no estaba dispuesto a dejar de pasar tiempo con Lucy. Cada momento que pasaban juntos le hacía sentirse un poco más sereno.

Lucy podía darle la calma que nunca había formado parte de su vida, una vida que había sido una loca carrera siempre en busca frenética de algo. Algo que le parecía inalcanzable. Algo que ahora podía sostener en sus brazos tal como sostenía a su esposa en ese momento.

De hecho, habían decidido, tras varios intentos, que la posición más cómoda para acompañar su insegura y reticente mano en el papel era que ella se pusiera en su regazo y guiara su mano.

Más cómodo, pero también más arriesgado.

El cuerpo cálido y suave de Lucy tocaba cada centímetro del suyo y el deseo era tan fuerte que sus manos ardían de ganas de tocarla y su hombría palpitaba como loca dentro de sus ajustados pantalones.

Su vestido, rosa pálido y lleno de tul, la hacía parecer aún más deseable, y la tela era tan suave e impalpable que casi se sentía como si tocara su propia piel.

Piel lechosa y perfumada. Cómo ansiaba pasar sus manos oscuras y fuertes por su cuerpo blanco como la nieve y deleitarse observando el evidente contraste.

Su mirada se dirigía continuamente al escote del vestido, casto como corresponde a un vestido de día pero aún provocativo, y su mano, apoyada suavemente en la cadera de la mujer, captaba a veces un movimiento demasiado brusco o un suspiro desesperado, casi dictado por el deseo insatisfecho.

¿Esa posición también le ponía nervioso?

La vio intentar explicarle cómo sujetar mejor la pluma y, en lugar de seguirle la corriente, se encontró pensando a qué sabían sus labios esa mañana.

Con la luz del sol iluminando suavemente la cara de Lucy, se fijó en una pizca de pecas que hacía su pequeña nariz aún más adorable y también vio que un ligero rubor coloreaba sus mejillas.

—¿Cris me estás escuchando? —le preguntó Lucy por segunda vez.

Ajustando su posición y tratando de ocultar su erección de todas las maneras, la miró a los ojos.

Incluso sus ojos azules parecían nublados por el deseo y sus labios separados estaban desesperados por un beso.

—Te estaba escuchando. —Y acercando su cara a la de ella—. Siempre te escucho.

Estaba tan cerca que Lucy podía sentir su aliento como una caricia en su acalorada piel. Llevaba una camisa sencilla, como de costumbre, la chaqueta abandonada en quién sabe qué habitación, y las mangas de la camisa, cómodamente remangadas, resaltaban sus brazos musculosos. Con dificultad para apartar la mirada de sus músculos en exhibición, señaló la hoja de papel donde Cris estaba escribiendo una carta con su mano izquierda.

—¿Has visto eso? Tu letra ya ha mejorado mucho.

—Pero no es suficiente —dijo casi con desgana.

—Acabamos de empezar —intentó animarle—, no puedes esperar aprenderlo todo de inmediato.

—No sé... tal vez me vendría bien un poco de ánimo.

—¿Un estímulo? —repitió Lucy vacilante.

—Creo que un beso por cada letra que escriba bien podría ayudar —dijo desafiante, con una extraña luz en los ojos.

—¿Quieres un beso por cada letra? —le preguntó ella, volviéndose para mirarle a la cara—. ¿Quieres veintiséis besos?

Cristopher pudo oír la expectación y la sorpresa en su voz y le sonrió con fingida inocencia para convencerla de que aceptara su propuesta.

Era tan inocente que no sabía que había besos y besos, y que todos los que habían intercambiado hasta ahora no eran más que un agradable entremés.

—Creo que empezaré por la A. —Y tras escribir una elegante y revoltosa A, se volvió hacia ella, casi sin pensar—. ¿Por dónde debería empezar a besarte ahora?

Tras un suspiro de sorpresa, cogió la mano de Lucy y se la llevó a los labios.

Besó lentamente todos sus largos y elegantes dedos, respirando profundamente su limpio olor, una mezcla de aroma a rosas e inocencia.

Disfrutó viendo el rubor de sus mejillas que aumentaba con cada beso que dejaba en su piel, y justo cuando iba a depositar otro beso ella retiró rápidamente su mano.

Un suspiro tembloroso se le escapó de los labios.

—Para una letra este beso es suficiente —dijo moviéndose

inquieta sobre sus rodillas—. ¿Seguimos?

Tomando de nuevo la pluma con la mano izquierda, escribió una B perfecta rápidamente y sin pensarlo dos veces. Cuando dejó la pluma y se volvió hacia ella, parecía que ambos habían contenido la respiración esperando otro beso.

En un arrebato de loca pasión, le desenredó su larga cabellera rubia y le besó su tierno cuello blanco.

Para mayor accesibilidad, le puso una mano en la espalda y la hizo inclinarse hacia él, aún más abierta a él, aún más suya. Su cuello era suave y con cada beso que depositaba en ella lleno de pasión, sentía que su respiración se aceleraba.

Cuando levantó las manos para acariciar su rostro, sintió caricias de las manos de Lucy entre sus cejas y no pudo evitar estrecharla más entre sus brazos y disfrutar de ese contacto tan inesperado pero también tan placentero.

Esta vez fue él quien rompió el beso y se hizo cargo del juego.

Fingiendo pánico, le llamó la atención y jugueteando con su plumilla le dijo:

—¿Crees que podré escribir también en C?

Ella también lo miró sorprendida y fascinada y carraspeando dijo en un tono casi apresurado.

—Creo que vale la pena intentarlo.

Sin dejar de mirarla a los ojos azules aún más oscuros por la pasión, cogió la pluma y sin mirar el papel dibujó una C perfecta.

La reacción de Lucy fue suficiente para confirmarle que él también había escrito bien esa letra.

La vio agitarse como si estuviera inquieta, anhelando otro contacto y otro beso.

Vio que sus manos temblaban de deseo y una sonrisa se asomó a su perfecto rostro.

Parecía más que dispuesta a disfrutar de otra aventura.

¿Qué otra parte de su cuerpo besaría? Su oreja, decorada con diminutos diamantes, y a pocos centímetros de sus propios labios era, en efecto, una gran tentación, pero la visión de sus labios, enrojecidos por sus constantes mordiscos para contener sus gemidos, era tan irresistible que sin darse cuenta se encontró devorándolos.

Su sabor se fundía ahora, su lengua presionaba contra los labios de Lucy para encontrar su propio espacio entre los cálidos meandros de su boca, y un gemido de pasión escapaba de sus labios finalmente unidos.

Jugó con su lengua para burlarse de ella y mientras disfrutaba de cada una de sus reacciones de asombro ante su despiadado asalto, sintió que su cuerpo se rendía suavemente contra él, indefenso y totalmente a merced de la pasión.

Con sus dientes siguió torturando su labio inferior y disfrutó de su habilidad para seguir sus enseñanzas mientras su lengua se movía tímida pero curiosamente dentro de su boca.

Apartándose de ella con una pasión casi loca, trató de calmar su respiración y tomando de nuevo la pluma, con manos temblorosas, dibujó rápidamente una D.

Mirándola, no se podía decir que fuera tan perfecta como las letras anteriores, pero ya no podía concentrarse en escribir, no cuando su único pensamiento era cuántas otras partes de su cuerpo le gustaría besar.

A Lucy tampoco pareció importarle mucho, ya que se volvió hacia él y ajustando su posición en los brazos le preguntó con voz áspera:

—¿Dónde... dónde crees que vas a besarme ahora?

Mirando su corpiño ornamentado, sus manos se posaron con audacia en el primero de los pequeños botones que le atraían como la miel a las abejas.

Mirándola a los ojos como para pedirle permiso, sus oscuros dedos comenzaron a juguetear con el primer botón sin llegar a abrirlo.

La vio tragar y abrir los ojos de par en par mientras acercaba más y más su cuerpo caliente al suyo, impaciente y deseoso de volver a descubrir algo nuevo.

—¿Me dejarás, Lucy? —le preguntó con la necesidad de que le dijera que sí y con su pecho musculoso expandiéndose en busca de aire.

Un firme movimiento de cabeza y un estremecedor suspiro confirmaron que Lucy también quería algo más.

El primer botón, pequeño y rosado, se rindió con dificultad a su ataque, estoico y casi inmóvil hasta que ella tiró de él con fuerza mientras que, por otro lado, el segundo y el tercero sucumbieron fácilmente a sus halagos.

Sus respiraciones se hicieron cada vez más apresuradas, los ojos de Lucy seguían atentamente cada movimiento de sus manos y Cris empezó a ver el inocente color de sus enaguas. Inclinando la cabeza hacia sus pechos, comenzó a besar su pecho aún cubierto por su lencería blanca como la nieve y a deleitarse con el propio olor de su piel, tan dulce y embriagador.

Depositó pequeños y rápidos besos o lentos y apasionados mientras sentía que el cuerpo de Lucy se arqueaba hacia el suyo, en calientes temblores, buscando más y más contacto.

Quién sabe cuántos botones habría seguido desabrochando si la puerta del piso no hubiera sido abierta repentinamente por Smith.

Su secretario, con las mejillas sonrojadas, al darse cuenta de la escena que había presenciado accidentalmente, les dio la espalda, arrepentido.

Lucy, con un aullido alarmado, buscó refugio en sus poderosos brazos, continuando aferrada a él y tratando de cerrar todos los botones posibles.

Al mirarla, embelesado por su belleza, pensó que era una pena la inesperada visita de Smith.

—Cuéntamelo todo, Smith —se dirigió al empleado mientras Lucy le apretaba.

—Si quiere, señor, también puedo pasarme más tarde.

Sin decir que ya los había interrumpido, e incluso en el momento más bonito, Christopher volvió a animar a su empleado a hablar y este, todavía de espaldas, dijo en tono casi de disculpa.

—Hice llegar el otro escritorio a su estudio, señor, y pensé que querría verlo de inmediato.

Al oír la palabra escritorio, Lucy se apartó lentamente de su agarre y le miró a los ojos dolida y confusa por la noticia.

—¿Un escritorio, Cris? —su pregunta y su voz casi tartamudeante —, ¿quieres irte de nuevo?

Lucy no lo dijo, pero a Cris casi le sonó como si dijera: ¿quieres volver a dejarme sola?

Mientras acariciaba su delicado perfil con una mano, dio las gracias a Smith y le dijo que podía irse.

Solo cuando este los dejó solos, dijo en voz baja:

—Acompáñame. —Pero al ver que ella negaba lentamente con la cabeza y reprimía sus sollozos, volvió a decir—: Quiero enseñarte algo.

—No quiero ver tu estudio —soltó un suspiro estremecedor, mientras le miraba a los ojos—, y tampoco quiero que volvamos a ser como antes.

—¿Cómo eras antes, Lucy? —le preguntó con un tono de voz bajo, curioso y tranquilizador al mismo tiempo.

Escapando de su mirada, cerró también el último botón de su vestido.

—Triste. Solías ser triste. —Dirigió una mirada ofendida hacia él —. Solías evitarme. Siempre.

La única respuesta que consiguió darle fue un brusco movimiento de cabeza y un firme agarre de su mano.

—Precisamente por eso debes venir conmigo y ver lo que quiero mostrarte.

Tal vez fue su tono, firme y decidido, o su mirada dolida y arrepentida, lo que convenció a Lucy de seguirle por los pasillos del Club hasta su estudio.

La habitación en la que su marido se había refugiado, tratando de evitarla. Deseó no volver a ver esa habitación y llevarse a su marido a su piso, donde eran felices y donde él no la ignoraba. Donde habían

aprendido a ser marido y mujer.

Al entrar, notó inmediatamente algunos pequeños cambios.

Unas cuantas luces adicionales, el sol brillando en la habitación que siempre estaba demasiado oscura, un pequeño sofá de color crema que parecía muy cómodo y un pequeño escritorio blanco colocado junto al de su marido.

—Pensé que te gustaría tener tu propio escritorio —escuchó la voz segura de Cris.

Lucy se acercó a tocar la brillante y robusta madera.

—¿Es para mí?

Un asentimiento y una sonrisa en la cara de Cris confirmaron que era suyo.

—Ya no podría pasar tanto tiempo en esta habitación sin verte, ni oírte, ni... —dijo acercándose cada vez más a ella—, ni tocarte —empezó a rozar suavemente sus brazos—. Te necesito, Lucy. Para aprender a escribir, para hacer el libro de cuentas —susurrándole suavemente al oído le confesó de nuevo—. Para ser feliz.

Sus palabras le robaron una sonrisa entre las lágrimas de alegría que intentaba ocultar.

Al final, ese estudio no le había arrebatado a su marido. Seguirían pasando los días juntos y ella intentaría ser feliz.

Juntos.

Capítulo 23

Era temprano en la mañana de un lunes tranquilo. El club estaba tranquilo y parecía que todos se estaban recuperando de la juerga de la noche anterior. Todos, incluyendo a Cristopher.

Lucy, por su parte, se había levantado temprano esa mañana y, moviéndose lentamente, había tenido cuidado de no despertar a su marido, que estaba profundamente dormido en el sofá del salón.

Mientras con una sonrisa pensaba en cómo Cris iba a meterse en su cama, se dirigió al estudio y ocupó su lugar en el escritorio.

Cada día que pasaba, amaba más su pequeño rincón.

El escritorio era elegante y funcional, con cajones para guardar todo lo necesario, de madera blanca, brillante y fragante.

También le gustaba porque podía trabajar y ver el avance de su marido al mismo tiempo.

Estaba tan absorta en los libros del club y en el pensamiento de Cris que no se dio cuenta de que alguien más había entrado en la habitación hasta que oyó una tos molesta.

—Buenos días, Lucy —dijo Lucas mientras tomaba asiento en la pequeña silla frente a su escritorio, tratando de mirar sus papeles.

—Buenos días, Lucas —Y acercando cada vez más los papeles le dijo—: si buscas a Christopher está en el piso.

Sus extraños ojos grises seguían mirándola fijamente. ¿Por qué siempre se sentía examinada delante de él?

—No, no estoy buscando a Cris —dijo el otro y jugueteando con su fiel bastón continuó—: Solo quería hablar contigo.

—¿Conmigo? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Me gustaría ser absolutamente honesto contigo —comenzó, y tras arrugar la frente le preguntó sin rodeos—. No le harás daño, ¿verdad?

—¿Por qué iba a hacerle daño? —dijo Lucy con voz ofendida.

—La vida ya le ha hecho demasiado daño y yo no he podido hacer nada. Esta vez no lo haré. No permitiré que le hagas daño —sentenció y la miró con los ojos entornados.

—Das por hecho que le voy a hacer daño —dijo Lucy, escudriñándolo de cerca.

—Exactamente. Solo estoy esperando ese momento — concluyó, casi resignado.

Lucy se levantó del escritorio y acercándose a él, nerviosa y ofendida, le preguntó de nuevo:

—¿Por qué? ¿Qué he hecho para merecer este juicio injusto?

Lucas también se levantó y, imponiéndose a ella con toda su altura.

—No la conozco, señora. Te casaste con uno de los hombres más ricos de Londres y también con mi mejor amigo. No estoy dispuesto a que le hagas daño —le gritó.

—No le haré daño. Dame la oportunidad de demostrártelo. Cris es muy importante para mí —confesó acariciando el anillo de bodas—. Y cada día que pasa lo es más.

Una vez más se sintió escudriñada por esos ojos.

Otra persona que viera su pelo rubio, su sonrisa fácil y sus bromas galantes podría haber pensado que era una persona alegre.

No lo era.

Parecía lleno de tormento y oscuridad, igual que Cris.

Sus ojos le decían que podría haber ganado una prueba, pero que no la dejarían ganar la guerra.

Sus ojos le comunicaron que la vigilarían.

Asintiendo rápidamente, Lucas se alejó hacia la puerta, y luego, como si lo hubiera pensado mejor, se volvió hacia ella y le dijo, con su habitual porte elegante y desganado.

—Y recuerda que este lugar también es mío.... No trabajo aquí como él, es cierto, pero tengo mis intereses aquí y tengo que protegerlos, ¿lo entiendes? —Para Lucy casi sonó como una amenaza.

No estaba dispuesta a dejarle decir la última palabra. No podía permitirse mostrar debilidad delante de él.

—Si no supiera que Christopher es el Diablo de Londres, pensaría que lo eres tú —continuó sin bajar la mirada a pesar de sentirse intimidada por su actitud—. Eres, en efecto, un Diablo perfecto. Pérfido y atormentado.

Una carcajada sacudió los musculosos hombros de Lucas.

—Tiene usted mucha razón, señora. Cris es demasiado bueno para ser el Diablo —alegó mirando al frente como si pensara en algo que debió ocurrir hace mucho tiempo—. Es la mejor persona que he conocido.

—Entonces, ¿por qué? —le preguntó atormentada.

—¿Porque qué, Lucy?

—¿Por qué le llaman el Diablo? No es malo —De nuevo con más convicción—. Nunca ha sido malo conmigo.

—¿No te lo ha dicho? —Otra carcajada volvió a sacudir a Lucas —. Eso es demasiado bueno. En serio Lucy, no me he reído así en no sé cuánto tiempo.

—¿Me vas a decir algo? ¿O te vas a reír? —respondió ella, cansada de su actitud.

Lucas la miró a los ojos por última vez, ahora serio y sin un ápice de diversión, antes de salir finalmente de la habitación.

—Tendrás que hacer que te lo diga. Nunca podría revelar sus secretos.

Era tarde en la noche cuando Lucy sintió que la sacudían suavemente.

—Lucy.

Le pareció oír la voz de Cris, pero se dijo que debía ser un sueño.

Su marido nunca la habría llamado a esa hora tan tardía.

—Lucy. —De nuevo Cris, aún más fuerte y más insistente.

Abrió los ojos y, convencida de que no seguía soñando, vio a su marido sentado en el borde de la cama.

—¿Cris? —arrugando los ojos repetidamente—. ¿Ha pasado algo grave? ¿Estás enfermo?

Una risita salió del pecho de su marido.

—No, Lucy. Todo está bajo control. —Con un extraño brillo en los ojos continuó—: Veo que tienes el sueño pesado.

Lucy sintió que cada parte de su cuerpo se sonrojaba de vergüenza.

—Yo... siento no haberme despertado.

—Lucy. —Apoyó un dedo bajo su barbilla para obligarla a mirarle a los ojos—, estaba bromeando. —Se acercó aún más a ella—. Puedo ver tu rubor incluso en la oscuridad. Y tú eres tan hermosa.

Una brillante sonrisa se dibujó en el rostro de Lucy, mientras levantaba una mano para rozarle la mejilla y un poco desgreñada por el rebrote de la barba.

—Ven a montar conmigo en Hyde Park.

—¿A estas horas? —preguntó asombrada.

Le vio asentir con convicción.

—Te garantizo que no habrá nadie.

—Hyde Park —susurró Lucy debatiéndose entre el loco deseo de dar un paseo y el miedo a ser descubiertos—. No podemos. Definitivamente vamos a causar un escándalo, Cris.

—¿Realmente te importa? —le preguntó con su voz baja y persuasiva.

Había pasado su joven vida pensando en lo que estaba bien y en lo que estaba mal, obedeciendo los dictados de la aristocracia y ocultando su inteligencia, tan poco elegante para el Londres aristocrático, convencida de que eso era suficiente para ser mejor persona.

Para ser feliz.

Cuando el mundo se le vino encima, no importaba lo buenos que fueran sus modales o lo bien que siguiera las reglas. Entonces, ¿por qué no romperlas?

¿Por qué no darse a sí misma lo que su corazón realmente

deseaba?

Expresar cada uno de sus pensamientos sin tener que preocuparse por sonar demasiado inteligente, reír a carcajadas y con ganas, un paseo nocturno alocado... su marido.

Más que nada y que todo, quería a su marido.

El mismo hombre que, con su oscuro e imponente encanto, la miraba con sus grandes y profundos ojos oscuros.

Tomando la mano de Cris entre las suyas, una mano fuerte que hablaba de lo acostumbrado que estaba el hombre a trabajar, le dijo con felicidad en los ojos.

—Ya no me importa. —En su afán por salir a la oscura noche confirmó—: Quiero ir contigo.

Cris también parecía contento con su elección y, cuando se levantó de la cama, lo vio iluminado por la luz de la luna. Ya llevaba puesta su ropa de montar y los pantalones ajustados resaltaban cada centímetro de sus fuertes y musculosas piernas.

—Vístete y te espero fuera. —Luego, lanzándole una última mirada anhelante—. Te prometo que no te arrepentirás.

Salieron a hurtadillas del club, con cuidado de no ser descubiertos, susurrándose palabras dulces y riendo con complicidad, como si estuvieran haciendo algo prohibido.

Hyde Park, el parque favorito de la nobleza para sus paseos, estaba desierto y en la oscuridad cada árbol y cada animal parecían ser dueños de cada rincón.

Vieron a un zorro que corría velozmente en su madriguera y Lucy dio un salto al oír el ulular de un búho. Se retaron a una temeraria carrera y ella espoleó a su propio caballo para que corriera más rápido que el gran semental y su marido, que eran tan elegantes y armoniosos juntos que parecían un solo cuerpo.

Con la respiración entrecortada, la risa robada a la oscuridad y el viento alborotando su cabello, se encontró feliz.

Feliz a pesar de haber perdido el desafío.

Cuando Cris volvió a su lado, sintió que él también estaba sin aliento.

Le vio acariciar su caballo y cerrar los ojos.

—¿La oyes, Lucy? —dijo en voz baja en medio del silencio nocturno.

—¿Qué?

Todavía con los ojos cerrados e inhalando profundamente, Cris le dijo:

—Libertad. —Luego se volvió hacia ella con los ojos completamente limpios de toda preocupación—, ¿no sientes la libertad?

Ella también se encontró cerrando los ojos y respirando

profundamente el aire fresco de la noche.

Todo parecía estar quieto y en reposo. Solo percibió los leves movimientos de su montura, la respiración de su marido cerca de su oído, el susurro de los árboles movidos por el viento y el fuerte latido de su corazón.

Ella también lo sintió.

La libertad.

Nadie podría ser más libre que ellos dos en ese momento.

En esa noche oscura y solitaria, los únicos que existían eran ellos dos.

Lucy se sintió tan libre que cuando subieron a su piso, le cogió la mano, besando sus labios fríos por el aire de la noche.

—Quédate —suplicó acariciando sus musculosos hombros le miró necesitada de su cuerpo, de su atención.

—Lucy no sabes lo que me estás pidiendo —dijo con agonía.

—Por favor —volvió a suplicar Lucy, acercando su torneado cuerpo al de su marido e inclinándose para robarle otro anhelante beso.

—No puedo, Lucy. No sería capaz de resistirme —dijo desesperado, apartándose de ella y pasándose las manos por el pelo, nervioso.

—Cris lo sé y lo quiero —declaró acariciando su cara bordeada por su barba desgreñada—. Quédate y hazme el amor.

El único sonido que escucharon sus oídos fue el suspiro sorprendido y excitado de su marido mientras se apoderaba de sus labios en un beso apasionado y posesivo, su lengua buscando ansiosamente la de ella y disfrutando de cada uno de sus gemidos, sus poderosas manos temblando al acariciar su joven cuerpo.

—No sabes cuánto tiempo he esperado este momento —dijo Cris, mirándola emocionado.

Lucy se acercó aún más a él y, cogiendo su mano, le llevó a su dormitorio.

Se pertenecerían el uno al otro. Finalmente, Lucy pensó para sí misma.

Capítulo 24

Por primera vez entraron juntos en su dormitorio.

Como marido y mujer.

Había anhelado ese momento desde la primera vez que la vio, cuando ni siquiera sabía su nombre, cuando solo era una cara bonita entre la multitud.

Desde aquel primer encuentro había querido que fuera suya.

Completamente suya.

Pero él quería que ella también lo deseara. Que ella también lo deseara tanto como él a ella, y por sus manos ávidas y sus besos llenos de pasión, Cris se dio cuenta de que ella así lo quería. Lucy lo deseaba.

Bajó a besar su cuello y luchó contra los cordones de su vestido de montar.

Las manos de Lucy, temblorosas de deseo, corrieron a ayudarle y él sintió que inclinaba cada vez más su cuello para permitirle un mayor acceso.

Rápidamente se dirigieron a los pies de la cama y cogiendo su ligero cuerpo en brazos, la depositó ante sus ojos.

Su larga cabellera dorada la cubría como un manto.

Sus manos se posaron sobre el corpiño y con un golpe firme lo hizo pedazos.

Filas de pequeños botones como perlas y trozos de tela volaban a su alrededor.

Inhalando profundamente, la miró con los ojos muy abiertos y con una sonrisa de disculpa.

—Te compraré otros mil.

—Solo si prometes arrancártelos todos —la oyó susurrar sensualmente en su oído. Tragando varias veces con una excitación cada vez mayor, continuó rápidamente desnudándola y, una vez superado el obstáculo del corpiño, su vestido cayó a sus pies.

Lucy se despojó rápidamente de sus botas de montar y se mostró a sus ojos en todo su esplendor.

Su cuerpo desnudo era una visión que le dejaba sin palabras.

La timidez de la joven esposa, empañada por la pasión, volvió a recordarle lo inocente que era. Con las mejillas rojas y los ojos muy abiertos, Lucy había cubierto sus dulces pechos ante su lujuriosa mirada.

Se acercó lentamente a ella y a su cuerpo asustado y le dijo:

—Eres hermosa, Lucy. —Y acariciando esas manos que le impedían disfrutar de su vista continuó—: Déjame mirarte. Solo

mirarte, lo juro.

Lucy lo miró a través de sus ojos azules y, con inseguridad, apartó lentamente las manos.

Vio cómo la mano fuerte y bronceada de Cris se posaba lentamente sobre sus pechos y no pudo evitar soltar un gemido.

Nadie la había tocado nunca en esos lugares, ni siquiera su criada, y sentir las manos de Cris acariciando suave y sensualmente su cuerpo la impactó por completo.

Se sintió presa del deseo como nunca antes.

Extendiendo una mano le tocó la camisa y haciendo acopio de todo el valor que pudo reunir.

—Creo que ahora estás demasiado vestido.

Cris la miró de nuevo y luego apretó las manos en su fuerte y musculoso pecho.

—¿Quieres ayudarme a resolver el problema?

Respirando profundamente y tratando de controlar el temblor de sus manos, se levantó de la cama y se concentró en la tarea de abrir uno a uno los botones de su camisa que impidió que sus cuerpos entraran en pleno contacto.

Estaban los dos a los pies de la cama, ella completamente desnuda, él quieto frente a ella para permitirle desnudarlo a su tiempo y que se familiarizara con su cuerpo.

La camiseta le apretaba el gran pecho y cada vez que sus dedos se encontraban con la piel caliente de Cris, Lucy suspiraba de excitación.

Nunca había visto a un hombre desnudo, aparte de las estatuas griegas del Museo Británico, pero su marido era una historia completamente distinta.

Su pecho era musculoso y entrenado, sus abdominales, perfectamente delineados y secos, subían y bajaban al ritmo de su acelerada respiración, su piel sedosa y suave era cálida y viva bajo sus dedos.

Cuanto más botones abría, más se vislumbraba una espesa y oscura cabellera que le hacía cosquillas en la punta de los dedos.

Su presencia era tan masculina e indómita que casi le daba pánico.

¿Qué podía ofrecerle? No tenía experiencia y ni siquiera sabía por dónde empezar.... ¿Cómo podría satisfacer a este hombre?

Al notar cierta vacilación en sus gestos, las manos de Cris corrieron en su ayuda para completar el trabajo. Confiado y sin abandonar su mirada, se despojó de sus pantalones y calzoncillos en un instante.

Ahora ambos estaban desnudos, uno frente al otro.

Sus cuerpos estaban sudados y calientes por el viaje y el fuerte olor de la noche se desprendía de su piel. Era tan grande y fuerte en

cada parte que Lucy se preguntó cómo podría contenerlo dentro de ella, pero ni siquiera tuvo tiempo de formular sus temores cuando su marido la tomó en brazos y la depositó suavemente a su lado en la gran cama de cuatro postes.

La besó de nuevo, con pasión y deseo, pidiendo permiso para que sus labios entraran en ella y cuando lo recibió, la lengua de Cris bailó una danza prohibida con su propia lengua, retrayéndose y entrando un poco más y un poco más y luego de nuevo en un suave tirón.

Cuando ella también comenzó a explorar su boca, las manos de Cris subieron ligeramente para rozar su cuerpo, sus pechos hinchados y necesitados de atención, sus hombros suaves y lisos, su vientre contraído y tenso.

Sus labios se cerraron en un pequeño y excitante mordisco mientras esa mano descendía más por su vientre. Abriendo los ojos, Lucy rompió el beso e intentó apartarlo de aquel lugar que nunca había violado.

—Cris, por favor... yo —intentó hablarle.

—¿Qué, mi amor? —preguntó él, mirándola fijamente a los ojos.

—Estoy avergonzada —dijo ella, evitando su mirada—. No tienes que tocarme ahí, por favor.

Cristopher continuó con su suave exploración.

—Tengo que tocarte ahí. Quiero tocarte ahí. Puede sentirse tan bien, Lucy — con la voz cada vez más ronca—. Nunca habrá vergüenza en nuestra cama. —La miró solemnemente a los ojos—. Nunca, Lucy. Solo placer. —Para demostrarlo su dedo se deslizó suavemente dentro de ella y su boca se posó vorazmente en sus pechos.

Un grito de placer escapó de su garganta.

—Al principio dolerá. Pero solo al principio, lo juro. —Mientras seguía preparándola para su entrada y susurrándole lo hermosa que era y lo mucho que la deseaba al oído—. Y solo esta vez. Entonces no volverás a sufrir.

Ella miró sus ojos negros, aún más profundos y oscuros por la pasión que se había apoderado de ambos, y confió en él.

Pasó las manos por su musculoso pecho y luego bajó y bajó, deteniéndose a la altura de sus esculturales abdominales.

Le hubiera gustado encontrar el valor para bajar un poco más, para agarrar su imponente hombría, aunque solo fuera para oírle emitir los mismos gemidos incontrolables que él era capaz de arrancarle, pero no lo encontró y mordiéndose el labio apartó la mirada cuando él se inclinó para besar la parte más secreta de ella.

Se cubrió la cara sonrojada con las manos e intentó tapar sus gritos de placer. Pero Cris no estaba dispuesto a dejarla, no quería que le ocultara nada, quería todo de ella. Incluso sus sonrojos y gemidos.

—Quiero sentirte —pidió descubriendo su rostro con sus cálidas manos, le dijo en tono perentorio—, y quiero verte. Siempre.

Lo anhelaba tanto que le faltaba el aliento, tanto que sentía una carencia, un vacío, que solo él podía llenar.

Le vio abrir un hueco entre sus muslos y situarse allí, con sus piernas musculosas y oscuras contrastando con su piel lechosa, y mirarla a los ojos como si le pidiera permiso.

Su permiso para reclamarla para siempre como su mujer.

Y ella se lo dio.

Ella estiró su cuerpo suavemente curvado y abrazando sus fuertes hombros lo besó.

No un beso suave, sino uno de esos besos que él le había enseñado.

Esta vez fue su lengua la que pidió permiso para entrar en la boca de Cris y saciarse con su dulce y tentador sabor.

Sus labios se apretaron contra los de Cris y buscaron más y más contacto, más y más acceso, y le deleitó con pequeños mordiscos en sus labios carnosos que le hicieron suspirar, sorprendida y excitada.

Fue Cris quien rompió su beso y, mirándola a los ojos, penetró poco a poco en su cuerpo apretado e inviolable.

Al comprobar que la barrera de su virginidad obstruía su entrada, gotas de sudor resbalaron por su frente ya perlada.

No quería hacerla sufrir, no en sus manos, pero el dolor, en esa circunstancia, era inevitable.

Sus caderas se levantaron un poco y con un firme empuje la penetró.

Un grito de sorpresa y dolor escapó de los labios de Lucy. Rápidamente se inclinó para besarla y asegurarle que ya no sentiría dolor sino solo placer, y se quedó inmóvil, para darle tiempo a acostumbrarse a su intromisión.

Estaba tan apretada y caliente que tuvo que morderse el labio para resistir la tentación de empujar y disfrutar de su cuerpo.

Solo cuando sintió que el cuerpo de ella empezaba a relajarse y a buscar instintivamente el contacto con el suyo, comenzó a moverse lentamente dentro de ella y a introducirse cada vez más profundamente.

Era tan grande que por un momento Lucy pensó que nunca sería capaz de contenerlo por completo, sintió que cada parte de sí misma ardía y se expandía mientras él pasaba, y aún no estaba completamente dentro de ella.

Se movía lenta y suavemente, le acariciaba el pelo y le daba besos en la cara y en los labios.

Cada empuje era un poco más profundo y un poco más excitante.

Corrían juntos hacia la meta, el placer aumentaba en su interior

cada vez más rápido, más exigente, y ella sentía una extraña sensación de calor y satisfacción entre sus piernas.
Su cuerpo, como movido por un instinto primario, se acercó cada vez más al duro y musculoso de Cris y, presa de la pasión, no pudo contener más sus gemidos.
Cuando él encontró el punto de su disfrute y comenzó a empujar cada vez más fuerte, mientras cada músculo de su entrenado cuerpo se contraía, Lucy pensó que no podría resistir todo ese placer que inundaba cada miembro de su cuerpo y la hacía temblar.
Cris esperó hasta que estuvo a punto de reventar de deseo para darle la última estocada que la llevó a su primer orgasmo. Sintió que cada parte de Lucy se contraía en torno a su hombría y, también presa de un afán irrefrenable, sintió que estaba cerca de alcanzar su propio placer, y tras más empujones impetuosos y apasionados, su cuerpo se vio sacudido por temblores incontrolables y un chorro caliente y líquido fluyó por sus piernas aún entrelazadas.
Con la respiración entrecortada y su cuerpo completamente agotado por el placer tanto tiempo retenido Cris se apoderó de sus labios por última vez y la abrazó con fuerza.
Para que no le pesara demasiado, él se puso de lado y se encontraron mirándose a los ojos, encerrados en los brazos del otro, con las piernas aún sujetas..
Ambos, sudorosos y acalorados, se miraron como si no se hubieran visto en todo ese tiempo.
El pelo rubio de Lucy estaba revuelto, sus labios estaban rojos por los besos de él, sus ojos azules estaban brillantes y felices y sus mejillas aún estaban impregnadas de un suave rubor.
Aunque se había acostado con muchas mujeres, y muchas indudablemente bellas y deseables, podía jurar que nunca había visto una mujer más hermosa que la que tenía entre sus brazos.
Tenía esa belleza especial tan difícil de encontrar.
La belleza que viene del interior.
Y ninguna de esas mujeres había sido lo suficientemente importante como para que él compartiera su cama con ellas. Su propia vida.
La vio sonreír y se aferró aún más a él, buscando el refugio cálido y seguro de sus brazos.
Nunca la había visto tan a gusto. Con una mano le tocó el pecho y la oyó suspirar de nuevo de placer.
—¿Crees que esto es correcto? —le preguntó con una voz cargada de pasión.
—¿Qué? —preguntó él, llamando su atención.
—Que me guste tanto que me toques —dijo respirando profundamente como para darse valor—. Que me guste hacer esto

contigo.

Con una carcajada de pura alegría Cris le contestó, perdiéndose en su mirada.

—Así es, Lucy —declaró acariciando su cuerpo aún caliente y dulcemente satisfecho con una mano abierta—. Debe gustarte que te toque. Debe gustarte hacer el amor conmigo. Y haré todo lo posible para que así sea.

Lucy seguía con cara de duda y siguiendo con la mirada la mano que no dejaba de pasearse por encima de ella dejando dejar estelas de fuego por todo su cuerpo.

—He oído a mujeres casadas hablar de sacrificio. Mi propia madre solo hablaba de dolor y de cómo tenía que sacrificarme por su placer.

La ira endureció su rostro.

—Esas mujeres deberían cambiar de marido —dijo mirándola fijamente a los ojos—. No lo hagas nunca, Lucy.

—¿Qué? —preguntó confundida.

—Sacrificarte para mi placer. No quiero. —Besó sus labios y bajando a acariciar su flexible cuerpo continuó—: Quiero que disfrutes de cada momento —le pidió haciéndola tumbarse debajo de él, se estiró sobre su cuerpo y se dedicó a besar cada rincón de su suave y perfumada piel.

Con cada beso una petición.

—Quiero oír tus gritos de placer. —Un beso en la clavícula—. Quiero ver cómo se calienta tu piel. —Un beso en su oreja—. Quiero que tu cuerpo desee el mío con tanta locura como yo te deseo a ti. —Un beso en sus pechos que, con sus pezones turgentes estirados hacia sus labios, parecían exigir toda su atención—. Quiero cada parte de ti —dijo mientras descendía más y más—. Y lo quiero ahora.

Los besos eran tantos y tan excitantes que Lucy pensó que moriría de placer si él no la hacía suya inmediatamente.

—Lo quiero. Lo quiero. Lo quiero —le repetía con cada petición mientras el placer aumentaba cada vez más, más rápido, más irresistible.

Capítulo 25

La luz de la mañana los encontró todavía abrazados en la cama sin hacer. Lucy abrió los ojos, al estirarse sintió un poco de dolor, aun así se volvió hacia la silueta dormida de su marido.

Lo único que pudo ver de él fueron sus grandes y musculosos hombros.

Hombros llenos de profundas cicatrices blancas.

Azotes.

La imperfección en un cuerpo perfecto.

Alargó lentamente la mano para tocar esas cicatrices cuando su marido se despertó de repente.

—¿Quién te ha hecho esto? —le preguntó y su voz estaba tan alterada que ni siquiera ella la reconoció como propia.

Él, todavía de espaldas a ella, se aclaró la garganta y dijo en voz baja:

—Realmente no quieres saber, Lucy.

—Quiero saberlo —insistió su mujer, inflexible en su elección, mientras le rozaba suavemente la espalda que ya no le dolía.

Entonces, ¿cómo era posible que cada toque de él fuera el bálsamo perfecto para sus viejas heridas?

—¿Por qué? —preguntó convulsivamente aferrando la almohada entre sus manos y sin volverse hacia ella.

—Me gustaría saber más sobre ti. Sobre tu pasado.

Cris nunca supo si fue el tono tranquilizador de su voz, sus caricias, lo que le convenció o si fue el deseo de contarlo todo a alguien que lo entendiera.

Alguien que no lo juzgue.

Alguien que era tan capaz de hacerle sentir mejor.

Menos sucio. Menos bastardo.

Suspirando con fuerza y volviéndose para mirarla a los ojos, comenzó a relatar todo su pasado.

Lo que nadie sabía. Nadie excepto Lucas.

—¿Sabes que Lucas y yo somos dos bastardos? —Ante su gesto de afirmación continuó—: y nuestros padres pensaron que era más apropiado enviar los frutos de su pecado lejos. Lo más lejos posible —cogió su mano para apoyarse—. Al infierno.

—¿Infierno? —preguntó Lucy, que empezaba a darse cuenta de lo triste que había sido su pasado.

—Era un internado al que los nobles enviaban a sus bastardos —tragó con amargura—. Muy a menudo, después de unos años, el

problema se eliminaba —confesó mirando al frente como si el pasado le absorbiera—. Definitivamente

Lucy sintió que unas lágrimas silenciosas mojaban su rostro al pensar en todos esos niños inocentes, víctimas de sus propios padres, e imaginó a Cris, pequeño e indefenso, obligado a enfrentarse a todas esas pruebas.

—Todo ocurrió en ese lugar olvidado de la mano de Dios. —Su respiración entrecortada hizo que su pecho subiera y bajara rápidamente—. Nos azotaban si nos reíamos demasiado fuerte. Nos torturaban si jugábamos. Todos los días nos mataban de hambre y nos castigaban gritándonos los peores insultos. —Hizo una mueca de dolor, como si los recuerdos aún pudieran herirle—. Ni siquiera sabía lo que significaba la palabra bastardo. —Una risa triste desfiguró los rasgos de su rostro.

Lucy acercó su cuerpo al de él y trató de reconfortarlo con su cercanía.

Acarició sus rizos negros y lo acercó a ella. Ella escuchó el resto de la historia en sus brazos, la voz de Cris susurrando suavemente en su oído.

—Yo y los otros niños estábamos sufriendo las penas del infierno. Odiaba ese lugar y habría hecho cualquier cosa por escapar. —Tras un par de segundos de silencio dijo sin sentimiento—: Escapar o morir.

Lucy no pudo ocultar sus jadeos ante él y se aferró más a su cuerpo fuerte y tranquilizador.

¿Cómo había logrado Cris superar todo esto? ¿Pequeño y solo en un lugar de pesadilla?

—Allí conocí a Lucas. —La esperanza y la emoción volvieron a aparecer en su voz—. Nos salvamos mutuamente. Escapamos a Londres llenos de deseos de conquistar el mundo y demostrar a nuestros padres que, a pesar de sus esfuerzos, no nos destruirían. Que éramos mejores que ellos.

Cris volvió a mirarla a los ojos y, secando suavemente las lágrimas que brillaban en su rostro, inclinó la cara para besar sus suaves labios.

—Empezamos a trabajar en la calle, ahorrando nuestros ahorros —dijo orgulloso, con los ojos brillantes—. Y así construimos el club. Lucas siempre fue bueno para ganarse a la gente, siempre supo convencerlos de que hicieran lo que él quería, y en cuanto abrimos trajo muchos clientes. Siempre se me han dado bien los números y así es como hicimos fortuna —Le regaló una sonrisa encantadora y astuta —. Y el Club empezó a ser famoso. Muy famoso.

Enjugándose las lágrimas y sintiéndose muy orgullosa de su marido, un hombre hecho a sí mismo que había desafiado y vencido muchas tormentas en su vida.

—¿Cómo surgió el apodo de El Diablo? Siempre has sido muy bueno conmigo.

—Contigo, Lucy. No te engañes, yo también soy así con los demás. —Le lanzó una mirada cómplice—. Cuando quiero algo, nadie me puede parar. Nadie puede enfrentarse al Diablo.

Lucy lo sabía bien. Nada ni nadie podía interponerse entre el Diablo y su presa.

Sin embargo, recientemente había descubierto que le encantaba ser su presa.

—Dime la verdad —pidió sondeando su profunda y oscura mirada —. Debe haber una historia detrás de tu apodo.

Le oyó reír bajo su bigote y sus brazos se extendieron para estrecharla contra su cuerpo.

—Una noche Lucas y yo teníamos mucha hambre. En ese lugar a menudo nos dejaban morir de hambre mientras nuestros carceleros comían. Siempre estaban comiendo. Incluso delante de nuestros ojos. —La desesperación y el hambre se reservaron en sus músculos contraídos—. Aquella noche nos escondimos detrás de una columna en la cantina y les vimos comer. No sé cómo me vino a la cabeza, tal vez el hambre, tal vez la ira, pero me puse a gritar y fingí ser el Diablo. El Diablo que había venido a buscarlos para que pagaran por todas sus fechorías. —Una risa divertida sacudió sus hombros y su voz fue más alegre al continuar—: Huyeron asustados y comimos. Comimos tanto que incluso nos sentimos mal después. A partir de ahí Lucas empezó a llamarme el Diablo. Y nunca se detuvo. Cuando creamos el club pensamos que era un buen apodo y que tendríamos más éxito y el Diablo… bueno, se hizo público. —Se encogió de hombros como si todo fuera muy natural—. Y así dejé de ser el Diablo solo para Lucas. Me convertí en el Diablo de Londres. —Luego, le sonrió con orgullo—. Como puedes ver, lo hicimos bien. Fue una buena publicidad.

Cada vez más fascinada por su historia, le preguntó con ojos brillantes de curiosidad.

—¿Y por qué decidiste crear un club?

—Siempre tuvimos hambre —dijo, su voz lenta, como si estuviera acostumbrado a esa condición—. Incluso ahora tengo hambre. Un hambre que a veces creo que nunca podré saciar. Hambre de comida. Hambre de dinero. Hambre de poder. Teníamos que hacer algo grande. Algo que nos saciara durante mucho tiempo.

—¿Y hambriento de amor? —preguntó Lucy, sentándose frente a él mientras la sábana se deslizaba lentamente, descubriendo su cuerpo.

—Antes de ti no sabía lo que era el amor. —Mientras una mano corría a acariciarla su voz le susurraba al oído—. Y ahora solo te quiero a ti. Eres real. Brillas en una habitación oscura. Tú eres la luz.

—Con un suspiro casi desesperado continuó—. Y yo te quería. Quería tu luz en mi vida. Quería que tu luz iluminara mi oscuridad. —La acariciaba suavemente—. Mi luz. La mía.

Mientras se aferraba a su cuerpo fuerte y ansioso, Lucy se encontró pensando en lo mucho que amaba a este hombre fuerte con un pasado engorroso.

No sabía exactamente cuándo había empezado a amarlo.

Ella solo sabía que lo amaba. Cada día más.

Capítulo 26

Después de aquella mañana llena de confesiones, ni Lucy ni Cris volvieron a tratar el tema que tanto había marcado la infancia de su marido, y también el resto de su vida.

Nunca había conocido el amor, ni siquiera el de sus padres, y Lucy sabía que ese detalle debía haber contribuido a formar el hombre que era ahora.

Un hombre fuerte e imponente, insaciable en los negocios como en la vida. El mismo hombre que siempre hacía que su corazón latiera un poco más rápido y suspirara de placer. El hombre que, a pesar de todas las predicciones, era perfecto para ella.

Solo el espacio entre sus escritorios los separaba y al verle atento a unos documentos, ella no pudo evitar sonreír. Una esperanza cada vez más fuerte surgió en su corazón: juntos podrían ser felices. Un suave golpe la distrajo de sus pensamientos.

Un joven lacayo entró en la habitación y entregó a Cris un gran paquete de correspondencia.

—¿Quieres que te eche una mano con todo ese correo? —le preguntó inmediatamente dispuesta a ayudar.

—No, gracias —dijo, tomándolo rápidamente en sus manos—, son solo facturas y unas cuantas invitaciones inútiles para una recepción. Nada que me interese realmente.

—¿Recepción? —con un tono de expectación y anhelo.

Hacía meses que no salía del club y ver otras caras y volver entre la nobleza como una mujer felizmente casada con un hombre guapo y rico, mucho más rico que los que se habían reído de ella, era de repente una perspectiva muy atractiva. Su marido asintió distraído—. Me gustaría asistir a una de estas recepciones. —Y cuando Cris la miró sorprendida—. Solo una —le rogó.

—Creía que las odiabas —le dijo su marido mientras seguía observándola de cerca.

—Odio las recepciones. Los odio a todos. Pero me encantaría vengarme de sus infames susurros y calumnias. Ojalá pudieran vernos —fue la respuesta convencida de Lucy.

—¿Y qué crees que verían?

—Una pareja feliz —respondió la chica con ojos brillantes.

Una sonrisa amarga apareció en los labios de Cris.

Sabía que nunca lo verían.

Su amor y felicidad serían ignorados deliberadamente y ella era demasiado ingenua e inocente para saber cuánta maldad había en el

mundo.

Incluso en la siguiente recepción a la que asistirían, habría susurros infames que la herirían.

Ya no era la hija de un conde endeudado hasta el cuello. Era la esposa de un bastardo.

De un rico bastardo. Ninguno de los nobles los aceptaría.

Lucy se acercó a él y se sentó en su regazo.

—Llévame a una recepción, cualquier recepción, por favor.

—¿Lucy y tu tobillo? No quisiera que lo forzaras demasiado. —Aferrándose desesperadamente a su última esperanza.

—No... Hace muchos días que no siento dolor.

Suspirando con fuerza y acariciando suavemente sus hombros, besó sus tentadores labios y consintió. Y se prometió a sí mismo que nadie humillaría a su mujer. No si podía evitarlo. No si él estaba allí para protegerla.

Lucy oyó su suspiro, vio su cara de contrición y se preguntó por qué se producía esa reacción. ¿Qué era lo que preocupaba a su marido?

—¿Tal vez no sepas bailar? —Ella ni siquiera le dio tiempo a replicar, agarrando sus manos con los ojos llenos de expectación—. No tienes que preocuparte. Te enseñaré cada paso.

Una sonrisa socarrona brotó en los labios de Cristopher al pensar en lo excitantes que podían ser las clases de baile con Lucy, sus cuerpos juntos, apretados el uno contra el otro, con todos sus puntos más sensibles rozándose en un crescendo de sensaciones y deseo.

Bailar, con la persona adecuada, podría ser el preludio perfecto para la intimidad y su mujer no tardaría en descubrirlo.

Juntos se dirigieron a la sala principal del club donde la sociedad londinense derrochaba su riqueza cada noche.

Era tan grande y espaciosa que era una sala perfecta para bailar.

Lucy comenzó a explicarle los pasos básicos entre las risitas de las camareras y el interés de los croupiers que observaban a su mujer moverse con elegancia y trataban de imitar sus pasos innatamente gráciles.

Cris hizo todo lo posible para disimular sus habilidades de baile: fingió ser torpe, olvidó sus pasos y siempre la apretó un poco más de lo que la etiqueta permitía.

Cuando su mujer le miró con las mejillas sonrojadas, la respiración entrecortada y los ojos oscurecidos por el deseo, Cris trató de ocultar la sonrisa de satisfacción que se abría en su rostro.

—¿Ves, Lucy? Soy un torpe —se quejó.

Ajustando su vestido, su esposa se apresuró a consolarlo. Lástima que su voz también sonara ronca y excitada.

—No digas eso, Cris. Ya has aprendido muchos pasos y tienes

sentido del ritmo.

Justo cuando estaban a punto de reanudar la clase, el inconfundible golpeteo de un bastón precedió a la entrada de Lucas en la sala. Pudo sentir que su mujer se ponía rígida entre sus brazos y entrecerrando los ojos y mirándola detenidamente la vio un poco alterada.

Se preguntó qué había pasado entre los dos y por qué ni Lucy ni Lucas le habían mencionado nada.

—Cris —Lucas saludo señalando a la jover—. Lucy, es un placer verte levantada tan temprano.

—Lucy me estaba enseñando a bailar —se apresuró a decir Cris.

Con una ceja levantada y una mirada hacia su amigo de toda la vida.

—¿Es así? —preguntó con un ligero tono irónico.

—De verdad —le respondió Lucy con prontitud—, y además es muy bueno en eso.

El hecho de que Lucy estuviera casi inconscientemente dando la cara por él, hizo que Cristopher se sintiera aún más orgulloso de su mujer. Mientras ella recibía ayuda para mover un sofá que aparentemente se interponía en sus planes de enseñarle a bailar el vals, se acercó a Lucas y juntos se sirvieron una copa.

—Cris pero sabes bailar —le susurró Lucas al oído y bebiendo el whisky de un tirón dijo más alto—. Y muy bien también.

Fingiendo saborear su bebida y continuando con la mirada, Lucy se limitó a contestarle:

—Sí… pero nunca le quitaría este placer a mi esposa.

Un grito de desaprobación escapó de la garganta de Lucas.

—Te has vuelto loco como todos los demás maridos.

Una sonora carcajada sacudió los hombros de Cris, tan fuerte que la propia Lucy se volvió hacia ellos con una mirada interrogante.

—Cuando tengas una esposa también lo entenderás, Lucas.

—No creo que me case nunca —sentenció el convencido.

Dejando su bebida aún sin tocar, empezó a acercarse a su mujer y luego, como si lo hubiera pensado mejor, se volvió hacia Lucas.

—Un día la encontrarás

—¿Quién? —le preguntó Lucas con impaciencia.

—La mujer adecuada. La mujer por la que estarás dispuesto a hacer locuras —luego sonrió con seguridad—. La mujer que te volverá loco.

El día de la recepción había llegado y Lucy miró su armario, todavía mordiéndose el labio.

No pudo evitar preguntarse cómo era posible que hubiera olvidado que no tenía el vestuario adecuado para una ocasión tan

elegante.

No podía llevar su ropa informal y la única ropa elegante que tenían era blanca, pura y de doncella.

Y ahora era todo menos pura y soltera.

—¿Y si le ponemos un fajín de color a ese vestido? —preguntó Mary, la criada personal que Cris había insistido en asignarle.

Volviéndose a mirar a la criada, una joven de la campiña inglesa a la que había cogido cariño de inmediato, sacudió la cabeza y suspiró suavemente.

Siempre será un vestido blanco

Mientras ambas se lamentaban impotentes observando cómo se vestían las demás, oyeron una leve tos que anunciaba la presencia de Cristopher.

—¿Hay algún problema, mi señora?

Lucy se volvió para mirarle, conteniendo su instinto de correr a sus brazos y llorar de desesperación.

—No tengo el vestido adecuado.

Estaba apoyado en la puerta, con los brazos cruzados sobre su poderoso pecho, mirándola, mesándose pensativamente el ligero rebrote de su barba.

—¿Te refieres a un vestido elegante adecuado para una salida nocturna?

Ante el breve asentimiento de Lucy, abrió la puerta de su vestidor y, disfrutando de la cara de asombro de ella, dijo:

—¿Quizás esta ropa te sirva?

Gritos de felicidad precedieron a la llegada de Lucy y Mary a su guardarropa.

Ambas miraron la ropa hecha a medida con ojos brillantes, riendo felices y emocionadas.

Lucy se dirigió hacia él, sonriendo.

—¿Cómo lo haces?

Una de las cejas de Cris se levantó.

—¿Hacer qué?

—Hacerme tan feliz —respondió alargando la mano para darle un rápido beso—, más y más feliz.

Una carcajada asomó a los labios de Cris mientras abrazaba a su mujer.

—Acabo de llamar a una costurera y he elegido algo de ropa para ti.

La mirada escéptica y divertida de Lucy le hizo sentirse bien.

—Me has comprado toda una boutique.

Fingió arrepentimiento.

—Siempre he sido un insufrible indeciso.

Sin dejar de mirar las montañas de ropa de moda que Mary

esparcía sobre su cama, se acercó al cuerpo de su marido y le susurró al oído:

—Gracias. Gracias de verdad. —Entonces sus manos descendieron más y más en caricias burlonas—. Quizá esta noche me enseñes a mostrarte toda mi gratitud.

Tragando repetidamente y respirando profundamente, Cristopher detuvo el descenso de sus manos.

—Esta noche. —En su voz era evidente toda la expectación y el deseo que le devoraba.

El sentimiento era tan fuerte que se obligó a salir de la habitación antes de poseer a su mujer ante los ojos de su criada.

Capítulo 27

La noche caía en un Londres y Cristopher se tomaba su primer, y seguramente no último, whisky.

Para enfrentarse a esa prueba, incluso él, que no era aficionado a la bebida, sintió la necesidad de tomar alcohol.

Mientras el sabor fuerte y decidido calentaba su cuerpo, sus ojos se vieron atrapados por la visión de su esposa.

Llevaba un vestido rojo que hacía resaltar aún más su piel de nívea.

El escote pronunciado desnudaba buena parte de sus hombros, el corpiño delineaba su estrecha cintura y sus torneadas caderas y, como había comprobado la noche anterior, era condenadamente suave, estaba cubierto con capas y capas de volantes y encaje.

Respirando entrecortadamente, pensó que era hermosa. Más hermosa que la primera vez que la vio.

Más hermosa porque es suya.

—Creo que falta algo —le dijo cuando estaban a pocos pasos el uno del otro y casi se sorprendió de su voz ronca.

—¿De verdad? —le miró con ojos muy abiertos y apenados. Mirando su vestido, trató en vano de entender a qué se refería su marido.

Fue cuando lo vio acercarse a ella y sacar una bolsa de terciopelo del bolsillo del pecho cuando se dio cuenta.

Conteniendo la respiración, le vio abrir el estuche y pedirle que le diera la espalda.

Sentir sus manos rozando su cuello y su cálido aliento acariciando su piel la hizo suspirar de placer.

Al mirarse en el espejo, vio el collar que su marido acababa de regalarle y no pudo evitar quedarse con la boca abierta: un parure de diamantes adornaba ahora su garganta y era tan precioso y luminoso que le dolían los ojos cuando la luz de las velas se extendía desde la preciosa joya.

Sus manos se movieron hacia la gargantilla, mientras miraba a los ojos de su marido.

—No deberías haberlo hecho. Es demasiado —dijo casi tartamudeando—, no puedo aceptar un regalo tan precioso.

—Debes aceptarlo. —Su marido le tocó las manos—. Nunca habrá nada más precioso que tú a mis ojos.

Conmovida por los cumplidos y la generosidad de Cristopher, se sintió feliz y dispuesta a pasar una velada memorable.

Cris, abrazado a su mujer en el carruaje, mientras recorrían las calles de la capital, pensó que nunca podría evitar que las juzgaran y murmuraran sobre ellos, pero al menos podría hacer que todas esas mujeres la envidiaran.

Era sin duda la mujer más bella y luminosa de todo Londres.

La recepción que tanto había anhelado era exactamente igual a las otras a las que ya había asistido, pensó Lucy con tristeza.

La aristocracia seguía siendo vacía y superficial y escondía todos sus defectos detrás de sus títulos nobiliarios como si estos pudieran hacerlos mejores.

Se había hecho la ilusión de que la riqueza de Cris y el título de nobleza de su padre eran suficientes. Pero, ¿a quién se supone que le bastan? ¿A esas matronas que no esperaban más que cotillear detrás de sus abanicos? ¿O a las jóvenes debutantes que la desairaron como antes?

Ni siquiera los hombres saludaron a Cris, a pesar de que muchos de ellos eran habituales del club.

Todo había sido un error y cuanto más pasaba la noche, más se convencía de ello. Un error creer que esa gente los aceptaría.

Todos los presentes vivían de apariencia y a sus ojos, ella y Cris siempre serían la hija de un conde caído en desgracia y un maldito rico bastardo. Suspirando con fuerza, se volvió para mirar a su marido, que no se había separado de ella y seguía lanzando miradas de advertencia a quien se atrevía a cruzar la línea.

—Lucy —pronunció en voz baja y trató de mirar sus hermosos ojos azules.

—Lo siento, Cris —respiró profundamente y tratando de calmar el temblor que se había apoderado de ella—, lo siento mucho.

—Maldita sea —dijo, bebiendo una copa de champán de golpe, y con la cara oscura se dirigió a la salida.

¿Qué ha hecho? Esa ya no era ella, no era la vieja y vana Lucy. ¿Cómo pudo permitir que le hicieran daño?

¿Que esas personas tan insignificantes para ella estaban haciendo daño a la persona más importante de su vida? Corriendo rápidamente tras Cris, pensó que él nunca la perdonaría.

Que nunca se perdonaría por haberle hecho esto.

El collar y el vestido que habían parecido tan hermosos y perfectos para esa noche, eran ahora tan pesados como una jaula que la atrapaba.

Odiaba toda esa pompa y toda esa falsa apariencia; sin embargo, se había vestido de pies a cabeza.

Se despojó de sus zapatos de tacón para correr aún más rápido y alcanzarle lo antes posible.

Llegó al oscuro y solitario jardín y, calmando sus latidos, trató de

divisar la oscura y elegante silueta de Cristopher.

Lo vio casi inmediatamente, alto y poderoso.

Miró al frente e intentó en vano deshacerse de la corbata que le apretaba el cuello.

Se acercó a él lentamente y apartó suavemente sus manos de él en unos segundos.

Oyó su respiración liberadora y vio que su pecho subía y bajaba rápidamente como si le hubiera faltado aire para respirar hasta entonces.

—Desde luego, no soy su invitado favorito —fueron sus palabras y una risa cínica le sacudió los hombros.

—No me importa. Fui una tonta al darles tanta importancia —susurró ella, tratando de captar su atención.

Le oyó maldecir y le vio extender las manos hacia ella, luego, como si se lo hubiera pensado mejor, dio un paso atrás y se alejó.

Se sintió muy humillado.

Pero no para sí mismo.

Nunca se había preocupado por esos estúpidos individuos.

Odiaba a la aristocracia. Sus bromas inútiles. Su presunción de que eran los mejores.

Siempre. Incluso odiaba olerlos.

Pero él no quería esto para Lucy.

No quería que la trataran tan mal. Con tanto desprecio. Lucy no se lo merecía.

Lucy se merecía montones de rosas para iluminar su camino. Ella solo se merecía lo mejor del universo.

—Nunca querría que te avergonzaras de mí. Que te avergüences del hombre con el que te casaste, sin título. Un cabrón —dijo de un tirón, sin atreverse a mirarla.

Lucy se acercó inmediatamente a él y, abrazándolo con fuerza, lo miró a los ojos.

—Cris, mírame. Eres más noble que todos esos nobles de ahí. Eres noble en el único lugar que importa. Eres noble de corazón —dijo besando sus labios—. Y te quiero. Solo te quiero a ti.

—¿Me quieres? —preguntó confundido y excitado.

—Te quiero y solo me importas tú —susurró suavemente, estirando la mano para sujetar sus hombros y seguir besándole—, solo me importa nuestra felicidad.

Cris río en sus labios y su felicidad se volcó también en Lucy, la estrechó entre sus brazos y cuando la pasión finalmente se calmó, vio que había algo extraño en su aspecto. Sus pies descalzos se hundieron en la hierba helada.

—¿Y tus zapatos?

Lucy tensó los hombros y un delicioso rubor se extendió por sus

mejillas.

—Fue difícil perseguirte con tacones.

—Yo también te quiero, Lucy —dijo él, cruzando su mirada y acariciando suavemente su rostro.

Riendo de nuevo y mucho más de lo que había hecho en toda su vida, se agachó para tomarla en brazos y cruzaron juntos el oscuro jardín hasta llegar a su carruaje.

Lucy se movió para alcanzar la posición más cómoda posible y apoyando la cabeza en su hombro, miró el perfil de Cris a la luz de la luna.

Era el hombre más bello y lleno de vida que ella había visto.

Ya no trataría de ser perfecta para los extraños.

Le bastaba con ser perfecta para él.

Una sombra, después de observarlos en silencio, salió de la oscuridad y volvió a la fiesta y al clamor.

Capítulo 28

A la mañana siguiente, cuando la señora Robinson le dijo que Lucas quería hablar con ella, casi estuvo tentada de esconderse en su habitación y evitarlo.

Estaba esperando a su marido para desayunar y Cris era la única persona a la que quería ver.

Intentando reunir algo de compostura, le dijo al ama de llaves que dejara entrar al señor Pittsburg.

El hombre llevaba un traje que parecía más apropiado para una noche de gala y su camisa blanca estaba toda arrugada.

Las profundas ojeras que marcaban su rostro eran una confirmación más de que lo más probable es que no hubiera dormido esa noche.

Con el pelo rubio y los ojos grises, no podía ser más diferente de su marido, pero en ese momento Lucy sintió como si volviera a ver a Cris.

El Cris de los primeros días de su matrimonio, el hombre que nunca dormía lo suficiente, temeroso de amar y herido por el pasado.

—Debes perdonarme, Lucy —exclamó Lucas al entrar en la habitación.

—¿Perdón? —preguntó casi confundida.

—Te juzgué sin conocerte —dijo jugueteando distraídamente con su bastón—. Pensé que eras una de esas mujeres que solo se interesan por el dinero de Cris, pero me equivoqué.

Reprimiendo un suspiro de alivio, Lucy se aventuró a preguntar:

—¿Puedo saber qué te hizo cambiar de opinión?

—Ayer te vi. —Por fin la miró a los ojos—. Yo también iba a ir en ayuda de Cris, pero te adelantaste y te vi. Eres... eres especial. Lo haces feliz.

Un rubor agradecido y emocionado iluminó sus mejillas y le tendió la mano, indicándole que tomara asiento a su lado en la mesa del desayuno.

—¿Podemos... podemos ser amigos? —le preguntó mirando sus ojos cansados.

Una tímida sonrisa se posó en los labios de Lucas.

—Amigos —dijo, estrechando una pequeña mano entre las suyas poderosas.

—¿Lucas? —le llamó mientras tomaba asiento.

—¿Sí? —le respondió inmediatamente.

—¿Cómo crees que Cris es feliz? Cuando le miro siempre veo una

profunda tristeza en sus ojos. Incluso cuando se ríe —concluyó absorta.

—¿Triste? —preguntó Lucas sorprendido—. Cuando le miro a tu lado solo veo felicidad en sus ojos, nunca le he visto tan feliz en toda su vida. Y créeme: él y yo hemos compartido una vida.

—¿Qué has compartido? ¿Qué te han hecho? —insistió, acercándose a Lucas.

Se produjo un extraño silencio entre ellos.

El Lucas alegre e irreverente capaz de ganarse a toda la buena sociedad con una sonrisa ya no existe.

Tal vez ese Lucas no existía realmente.

Quizás el verdadero Lucas era esa alma triste y perdida.

—Somos hijos de nobles nacidos fuera del matrimonio y condenados al infierno —dijo Lucas, encogiéndose de hombros casi sin miramientos—. Nada podría hacernos más daño que ese lugar.

Un jadeo sacudió los hombros de la joven.

El infierno.

Cristopher también le había llamado así.

Estaba a punto de seguir diciéndole que ellos también merecían más: felicidad, amor y todo lo que deseaban, pero justo entonces llegó su marido y se alegró de ver a su amigo.

—Lucas, me alegro de verte —se acercó a ellos sonriente—, pasa a desayunar con nosotros.

—Sí, detén a Lucas —le suplicó ella cuando lo vio titubear.

Lucas aceptó su invitación y desayunó en silencio mientras los otros dos seguían hablando y burlándose en secreto.

Nunca había visto a alguien tan enamorado como ellos.

Tan profundamente, tan sinceramente.

No podían apartarse el uno del otro y no dejaban de mirarse y reírse.

La parte más solitaria de su corazón se preguntaba si también había esperanza para él.

Hundió los dientes en un bollo de miel, apartó ese pensamiento y siguió disfrutando de los reflejos de su felicidad.

Capítulo 29

Ruidosa y festiva como siempre, llegó la Navidad.

Lucy había decidido decorar el Club y para ello había recurrido a la ayuda de los fieles Smith y la señora Robinson.

—Nunca habíamos decorado el Club —dijo el señor Smith, ajustando un muérdago sobre una puerta.

—¿De verdad? —preguntó asombrada.

—El señor seguramente se sorprenderá. —Animó el ama de llaves, y Lucy no pudo evitar sonreírle.

Se sintió muy feliz y no solo porque se acercaban las vacaciones de Navidad y Londres, incluido el Club, se vestía de nieve y adornos navideños.

Cada día se encontraba un poco más feliz que el día anterior.

Le encantaba la vida tranquila y agradable al lado de Cristopher y el ambiente siempre animado del Club. Vitalidad que parecía brotar del interior de su infatigable marido.

Nunca había visto a nadie trabajar tan duro como él.

Nunca se detenía: no había día demasiado agotador ni noche demasiado insomne que pudiera mantenerlo quieto. Siempre parecía haber demasiados documentos que comprobar y demasiados clientes que satisfacer, y sin embargo nunca se cansaba.

Nunca se quejaba.

Y también se las arreglaba para encontrar tiempo para ella, pensó mientras se sonrojaba y recordaba la noche anterior.

Smith miró a las dos mujeres atareadas y excitadas y pensó que como había dicho Robinson, todos estos preparativos sorprenderían a su jefe pero no sabía si para bien o para mal.

Nunca habían celebrado la Navidad en el Club, nunca había habido decoraciones ni siquiera platos típicos.

El 25 de diciembre transcurría como cualquier otro día del calendario, entre el trabajo y los clientes insatisfechos con sus vidas que buscaban entretenimiento, lujo y una buena partida de póquer.

—Lucy, ¿qué haces en lo alto de esa maldita escalera? —se dejó escuchar la voz enfadada y preocupada de Cris, a la vez hizo que el señor Smith se congelara también.

Ya está, se dijo, ahora el señor Orson pedirá su cabeza.

En bandeja de plata.

La mujer bajó la escalera muy lentamente y, mostrando sus torneados y elegantes tobillos ante los ávidos ojos de su marido, se limitó a contestar:

—Estamos decorando el club.

—¿Decoración? —dijo Cris confundido.

—Dentro de unos días será Navidad y he pensado que te gustaría ver el Club decorado para las fiestas.

El señor Smith y el ama de llaves, haciendo el menor ruido posible, salieron de la habitación dejándolos solos.

—Nunca he celebrado la Navidad —dijo Cris con cansancio mientras se frotaba las sienes con las manos.

—Smith me ha dicho que es una novedad para el Club pero, al fin y al cabo, Cris, no son más que unos cuantos arcos aquí y allá y un árbol en el salón principal —concluyó Lucy, tomándole la mano y acariciándole las sienes, con la esperanza de quitarle el dolor de cabeza.

Por el suspiro de satisfacción que escapó de sus labios y el abrazo en el que la encerró, Lucy dedujo que Cris realmente disfrutaba de su atención.

Escondiendo su cara en el cuello de ella y aspirando ávidos bocados de su dulce perfume, Cris volvió a decir:

—El problema no son las decoraciones. —Muy lentamente y casi con vergüenza admitió—: El problema soy yo. Nunca he celebrado la Navidad.

Lucy se aferró fuertemente a él y trató de ocultar las lágrimas que corrían por sus mejillas.

Nunca había celebrado la Navidad. Nunca.

Qué desgraciada se sintió por él y por el niño que debió ser.

¿Qué tipo de infancia tuvo?

Todavía recordaba la felicidad de aquella época de niña, su madre decorando la casa, las carreras por la nieve recién caída, con su hermano y los regalos bajo el árbol.

A Cris le quitaron todo.

Incluso en Navidad.

Se lo iba a devolver, pensó mientras se aferraba a él.

Ella le devolvería cada momento de todo lo que le habían quitado, y empezaría por la Navidad.

—Celebraremos esta Navidad y todas las demás Navidades de nuestra vida. —Luego, secándose rápidamente las lágrimas—, y todas las demás fiestas.

Una sonrisa incierta y asombrada apareció en el rostro de Cris.

—No conozco las tradiciones, no me sentiría cómodo.

—No importa, Cris. Crearemos nuestras propias tradiciones. —Su entusiasmo era tan contagioso, que luego, suspirando casi con pesar, concluyó—: Aunque tenga que enseñarte algunas. —Como dictaba la tradición, lo besó.

Justo debajo del muérdago que acaba de colocar el señor Smith.

Un beso apasionado y dulce, con sus labios separados y sus lenguas persiguiéndose en una loca y alegre carrera.

Un beso lleno de promesas y expectativas.

Su primer beso de Navidad.

Era la víspera de Navidad y Lucy había conseguido preparar todo para la primera fiesta de Navidad de su marido.

Había organizado hasta el más mínimo detalle, había decorado un pequeño árbol junto a la ventana, había hecho preparar un fastuoso banquete y había elegido el vestido más elegante que logró encontrar en el armario.

Incluso había conseguido comprarle un regalo y, también gracias a la ayuda de Lucas, lo había escondido tan bien que estaba segura de que Cris no había notado nada.

Sin embargo, era tarde en la noche y todavía estaba sola en su piso. Mirando su reflejo decepcionado, Lucy se esforzó por contener las lágrimas y se volvió hacia su dormitorio.

Nunca sería capaz de conciliar el sueño.

Desde que pasaron su primera noche juntos, Lucy ya no podía conciliar el sueño si Cris no estaba a su lado.

Le encantaba tener el cuerpo cálido y poderoso de su marido a su lado y dormirse en sus brazos. ¿Quién sabe dónde estaba en ese momento?

Sin siquiera pensarlo, decidió salir a buscarlo.

Era Navidad y quería pasarla con él.

A la salida de su tranquilo y resguardado piso la sorprendieron unos gritos salvajes y el sonido de unos cristales que se rompiéndose.

Cuanto más se acercaba a la sala de juego, más fuertes y molestos eran los ruidos.

¿Qué estaba pasando? Se asomó al balcón y no le dio tiempo a ver a Cris y Lucas intentando solucionar una discusión, cuando escuchó que la agarraban por los brazos y la golpearon contra la pared.

—¿Qué hace una chica tan buena como tú sola? —preguntó el hombre de aliento apestoso agarrando su muñeca.

Tenía un aspecto terrible, su rostro desfigurado por los excesos y su cuerpo fornido y con sobrepeso no le permitían liberarse.

Lucy se encontró gritando con pánico y miedo de que nadie escuchara su voz en medio de toda la conmoción.

Los gritos rasparon su garganta y las lágrimas inundaron sus mejillas cuando sintió las manos del bruto introducirse en su vestido.

Entonces, los únicos ruidos que escuchó fueron un grito feroz y el sonido sordo de un cuerpo golpeado repetidamente.

Ya no había ningún hombre que la forzara contra la pared y, cuando volvió a respirar, vio la imagen tranquilizadora y orgullosa de

su marido castigando a su agresor.

El rostro de Cris estaba completamente desencajado y sus puños se ensañaban sin descanso con un cuerpo ahora inerte.

Ese hombre, de ojos oscuros y loco, no era su marido.

El hombre era el Diablo.

Y la certeza y el terror de que el Diablo podría haber matado al atacante se apoderó de Lucy.

Lucas se esforzaba por calmar a Cris y hacer que se detuviera, pero nada parecía ser suficiente: sus puños caían rápidamente y su respiración era cada vez más pesada.

Los gritos de Lucas eran cada vez más fuertes y el señor Murphy intentó sin éxito separarlos.

Nada le habría disuadido de matarlo.

Nada más que su voz agitada y aterrorizada.

—Cris —llamó en voz baja y temblorosa.

Ese sonido pareció devolver a Cris al presente.

Con la misma rapidez con la que había atacado al desconocido, se encontró al lado de su mujer y, cogiéndola en brazos, se aseguró de que no estuviera herida de ninguna manera.

—¿Te ha hecho daño? —le preguntó con voz apresurada por el terror a llegar demasiado tarde.

Lucy le miró a los ojos oscuros que la tranquilizaban mientras se refugiaba en sus brazos protectores.

—No, has llegado a tiempo. Me has salvado.

Cris también temblaba, de miedo y de rabia, y agarrando sus brazos aún más fuerte, empezó a respirar de nuevo.

Su dulce perfume parecía calmarlo.

Estaba a salvo, estaba bien y nadie podía hacerle daño.

No lo habría permitido.

Mirando sus muñecas ya cubiertas de moratones rojizos, la miró a los ojos y la arrastró a su estudio.

Tratando de calmarse, se sirvió una gran dosis de whisky y evitaba mirarla.

—Te lo dije. Te dije que nunca debías dejar el piso sola. —Luego, como si despertara de una pesadilla, casi susurró para sí mismo—. Es demasiado peligroso para ti, tengo que encontrar otra solución.

—¿Otra solución? —preguntó Lucy mientras le ponía un vaso de alcohol en los labios y le decía que bebiera.

—Bebe, te ayudará a calmarte —su voz profunda y segura ya la estaba calmando.

Después de que el sabor acre del licor bajara por su garganta, Lucy volvió a preguntar:

—¿Qué solución, Cris?

Un suspiro sacudió los hombros musculosos y aún contraídos de

Christopher.

Con la mano se acarició nerviosamente el pelo. Todavía tenía miedo de perderla o de que fuera víctima de una terrible violencia.

—Dejarás el club. Te enviaré a una de mis fincas. Allí estarás a salvo.

—¿Y tú? —preguntó Lucy alarmada—, ¿vas a venir conmigo?

Sus ojos profundos y oscuros la miraban con sufrimiento.

—Sabes, Lucy. No puedo alejarme del club.

—Y no quiero alejarme de ti.

—No me importa lo que quieras Lucy. —Levantó la voz cada vez más fuerte—. ¿Cómo no puedes entender eso? Se trata de tu seguridad y, como se ha visto esta noche, este lugar no es seguro para ti.

Unas lágrimas calientes e imparables corrían incesantemente por el rostro de su esposa mientras corría a refugiarse en sus brazos y le abrazaba con fuerza como una mujer desesperada.

—No me eches, por favor —le rogó entre lágrimas.

Cris le apartó lentamente el pelo de la cara y le secó las lágrimas con rápidos y temblorosos besos.

Miró sus ojos azules, tristes y perdidos, y tuvo la certeza de que nunca podría apartarla de él.

Ninguno de los dos podría vivir lejos del otro.

—Si hubieras hecho lo que te pedí nadie podría haberte hecho daño. —La ira sacudió tanto su cuerpo como sus palabras.

La mera idea de llegar demasiado tarde, de no poder salvarla o de someterla al dolor, amenazaba con volver a convertirlo en un monstruo.

El diablo.

—Maldita sea, Lucy —casi gritó y cogiéndola en brazos se dirigieron juntos a sus habitaciones.

La mera idea de que alguien pudiera hacerle daño era suficiente para dejarle sin aliento.

Con su cuerpo suave y ligero entre sus brazos, se encontró pensando que nunca se había sentido tan vulnerable. Tan desesperada y tan aterrorizada. Tendría que encontrar una solución.

La depositó suavemente en la cama e inmediatamente se acercó a ella, abrazándola con fuerza.

—Hablaremos de ello mañana. Ahora estás demasiado molesto.

La oyó suspirar suavemente y luego la vio acercarse a su mesita de noche.

Un pequeño paquete yacía en sus manos.

—¡Feliz Navidad! —le deseó ella, besándole suavemente.

Sin dejar de sostenerla a ella y al paquete en sus manos, la miró confundido y admitió avergonzado:

—Yo... no conseguí nada para ti. No tenía ni idea.

Una sonrisa estiró los labios de Lucy y se encogió de hombros

—No importa. —Lo miró con entusiasmo—. Vamos. Ábrelo.

Con las manos temblando de emoción, Cris abrió el primer regalo que había recibido en su vida.

Un elegante reloj con agujas de oro brillaba en sus manos.

—Te di tiempo —le dijo Lucy—, para recordarte el tiempo que tenemos que pasar juntos.

Cris se acercó a besarla con pasión mezclada con desesperación.

Tiempo… siempre parecía pasar muy poco tiempo con ella.

Le encantaba estar cerca de ella, le encantaba compartir cada pequeño momento con ella.

¿Cómo podía pensar en separarse de su mujer? ¿Y cómo podría mantenerla a salvo para siempre?

Luego se acurrucó junto a él y, apoyando la cabeza en su pecho, bostezó suavemente. Cristopher apagó las velas y, abrazándola, se acostó también junto a ella.

—Y mañana te daré la Navidad. —Se aferró a él con más fuerza.

—¿Navidad? —preguntó Cris con incertidumbre.

Pero nunca le llegó una respuesta. Lucy ya estaba durmiendo en sus brazos.

Mirando su rostro completamente abandonado al sueño, con los labios entreabiertos y las mejillas suavemente sonrojadas, pensó en lo inocente y pura que era.

Ese lugar era demasiado peligroso para ella.

Aunque su corazón se desgarró y sus brazos no aflojaron su agarre, la parte más racional de sí mismo ya lo sabía.

Sabía que no podía seguir dejándola sola y abandonada, encerrada entre aquellas paredes.

Le daría una vida al aire libre y la libertad de poder salir de su habitación sin el peligro de ser atacada por pícaros.

Pronto, se dijo, muy pronto.

Capítulo 30

Todavía era de madrugada cuando Cristopher volvió a casa.

Su primer pensamiento nada más despertarse fue correr a buscar un regalo para Lucy, y mientras se perdía entre los escaparates de la capital se preguntaba cuál sería el regalo perfecto para su mujer.

Tan perfecto como el reloj que pesaba en su muñeca.

La hora.

Esperaba estar de vuelta antes de que Lucy se despertara.

Quería verla despertar y quería que lo primero que viera fuera su regalo.

Un débil gemido le hizo detenerse justo delante de la entrada trasera del club.

Un pequeño perro de pocos meses le miró con los ojos muy abiertos. Parecía tan hambriento y solitario.

Él también había estado solo y hambriento por Navidad.

—Maldita sea. —Se agachó para recogerlo y esconder el pequeño saco de pulgas bajo su chaqueta.

Sonrió al pensar en el sermón que le daría la señora Robinson si viera a ese pequeño lleno de tierra.

El pequeño, que estaba helado, trató de acercarse lo más posible al calor de su cuerpo y su carita helada lo olfateó con confianza.

Subió rápidamente las escaleras con el pequeño peso de su chaqueta y encontró a Lucy envuelta en una larga bata blanca.

—Buenos días y feliz Navidad, Lucy —le dijo más alegremente que de costumbre.

Una sonrisa somnolienta lo recibió junto con un beso.

—Buenos días y feliz Navidad, Cris —le contestó su mujer aún caliente por el sueño—. ¿A dónde has ido tan temprano?

Le entregó el pequeño paquete.

—He comprado tu regalo

—No deberías haberlo hecho —dijo, mirándole con los ojos abiertos.

—Me gusta hacerte regalos. —La abrazó por detrás—. Me gusta saber que llevas algo mío. —Le mordió el cuello, dejándole una marca roja en su piel blanca como la nieve.

Su signo rojo. La señal de que ella le pertenecía.

Jugando con el regalo en sus manos Lucy se aventuró.

—El único regalo que me gustaría es que cambiaras de opinión. —Se giró para mirarle a los ojos—. Que no me alejaras de ti. De tu vida.

Cris se puso rígido y se apartó de ella.

—Abre el regalo.

—Cris... —Su voz era cada vez más insegura.

—Abre ese paquete, Lucy. Y no me pidas algo que no pueda darte. —Acarició su pelo con nerviosismo—. No me pidas que te ponga en peligro.

—Pero no estoy en peligro. No si estás a mi lado.

Cris le respondió con un gruñido y la miró con el ceño fruncido. Parecía que su paciencia estaba a punto de ser puesta a prueba.

Sin dejar de mirarlo, arrancó el costoso papel de regalo y abrió la caja de terciopelo.

Cerró los ojos y respiró superficialmente, dividida entre la ira y la resignación.

Otro precioso collar.

Esmeraldas.

El regalo perfecto para que un amante se despida y se aleje de su vida.

Pero ella no era una de sus muchas amantes, no podía comprarla con un collar, por muy caro que fuera.

Empezaba a odiar todas esas estúpidas joyas que le regalaba... ¿no se daba cuenta de que no le importaban las joyas?

¿No se daba cuenta de que lo único que ella necesitaba era un beso o un fuerte abrazo de los que él podía dar?

Un abrazo en el que sentirse segura. En el que sentirse como en casa.

Porque era su casa.

Y nunca dejaría que la echara.

—No lo quiero —dijo, colocando el precioso sobre una mesita.

—¿No lo quieres? —preguntó Cris sorprendido.

—No si es una forma de despedirte de mí —Se acercó a él, que estaba inmóvil junto a la chimenea—. No si luego me mandas lejos de tu vida.

—Lucy. —Estaba a punto de decir cuando un estornudo sacudió su cuerpo y recordando de repente lo que escondía bajo su chaqueta sacó al cachorro.

—Cris, ¿qué tienes ahí? —preguntó acercándose a ellos llena de curiosidad.

—Solo es una estúpida bola de pelo —Mientras acariciaba suavemente su oscuro pelaje—. Lo encontré fuera y lo traje dentro. Pero no te preocupes, le daré de comer, le lavaré y lo devolveré a dónde lo encontré.

Lucy se arrodilló junto a los dos y tomó suavemente a ese perro en sus brazos y la vio sonreír y hacerle caritas.

—No lo vas a llevar solo — Mientras el cachorro le lamía la cara

y le arrancaba alegres carcajadas—. Es tan adorable. —Levantó la vista para mirarlo con sus ojos brillantes—. Es el regalo más bonito que he recibido.

Al ver a su mujer jugando con aquel vagabundo, no pudo evitar arquear una ceja asombrado.

¿El regalo más bonito?

¿Ese perro de pelo desgreñado y lleno de pulgas?

¿Incluso más bonito que tu collar de esmeraldas?

Por la forma en que ella lo abrazaba y le sonreía, mientras el collar yacía olvidado en algún lugar, pensó que sí, que para Lucy ese montón de pelo era realmente más hermoso.

Con un suspiro, se sentó en un sillón y los miró.

Parecía que la discusión había terminado y Lucy se concentraba en lavar al perro.

Su primera pelea.

Sonrió, pensando que cuanto más tiempo pasaba, más se parecían a un matrimonio normal.

—Tendremos que arreglar eso antes de salir —dijo su mujer.

—¿Salir?

Lucy, con el bulto que se meneaba en sus brazos, lo miró.

—Te voy a regalar la Navidad, ¿recuerdas? Y no hay mejor Navidad que la que pasas con tu familia.

—¿Familia? —repitió, confundido y tragando varias veces, extrañamente tenso.

—Me gustaría que visitaras a mi familia. No los he visto desde la boda y hay que vivirlo.

—¿Qué?

—El cariño de una familia —concluyó su esposa con una sonrisa.

Después de limpiar al perro y anudar una de sus corbatas al cuello como una elegante pajarita, Cristopher se encontró llamando a la puerta de la casa del Conde de Northwood.

Como si llevaran mucho tiempo esperando, la puerta se abrió de inmediato y un mayordomo alto y elegante, a pesar de su gastado uniforme, hizo los honores.

—Señor Orson —dijo inclinándose hacia él y luego con una sonrisa se dirigió a Lucy—. Contessina.

—Señor Higgins —le saludó su mujer al entrar en el desnudo vestíbulo—, ya no soy condesa. Ahora soy la esposa del señor Orson.

Con un apresurado movimiento de cabeza, el mayordomo tomó sus abrigos y Cris estuvo casi seguro de oírlos susurrar.

—Siempre serás la pequeña condesa para mí.

Echó una rápida mirada al perro que olfateaba con curiosidad y luego los acompañó al vestíbulo donde los esperaban.

Al entrar en la casa, la idea de no conocer prácticamente a nadie

de su familia le dejó inquieto.

Solo había intercambiado algunas palabras intimidatorias con su hermano y su madre había sido una figura marginal desde que la conoció.

Se sentó en un largo sofá y escuchó a su hijo hablar, con ojos brillantes y alentadores, extendiendo de vez en cuando la mano para ajustar el cuello de su chaqueta.

El ambiente era cálido y lleno de amor, la casa estaba decorada igual que Lucy había decorado el Club, y la chimenea estaba encendida e iluminaba suavemente la habitación.

Un débil olor a cítricos invadió sus fosas nasales.

Lucy fue recibida por su familia con una sonrisa y un torrente de palabras y emociones.

Y a pesar de sus temores, también le acogieron con los brazos abiertos y le hicieron sentir parte del conjunto.

Parte de algo que solo había soñado.

Parte de una familia.

Acababan de terminar de comer y estaban jugando a un pequeño juego de mesa cuando Cris empezó a sentirse completamente a gusto y con una sonrisa serena pensó que aquella era realmente su familia.

Lucy y Peter se reían y bromeaban mientras intentaban explicar las reglas del juego, su madre los miraba con una tierna sonrisa y de vez en cuando los llamaba al orden y el señor Higgins les ayudó a montar la mesa de juego.

Nunca había tenido una familia y nunca había conocido lo que significaba ese amor incondicional que inundaba a todos los presentes en aquella sala y que incluía tanto al señor Higgins como a él.

El calor de la chimenea y el amor calentaron otra parte de su corazón, que había estado congelado durante demasiado tiempo.

Dios, pensó, Lucy era realmente su salvación.

Y no porque fuera incuestionablemente bella y amable.

Ella era su salvación porque lo amaba. Porque cada día era capaz de darle lo que la vida le había quitado injustamente.

Y al tenerla cerca y respirar su dulce y limpio aroma, pensó que él también la amaba.

Como nunca había amado a nadie.

En el camino a casa, con el cuerpo cálido y dormido de Lucy a su lado y los fuertes ronquidos del nuevo miembro peludo de la familia, Cris se encontró pensando en la Condesa.

Era tan noble... y no lo era por el título.

Noble en la forma en que logró ser valiente, fuerte y cariñosa a pesar de la pobreza que los cubría a todos como un polvo fino pero evidente.

Evidente en sus ropas, en la pobre comida que se servía, en las

arruinadas manos de la madre y el hermano de Lucy, en el elegante mayordomo, en la ausencia de sirvientes.

Había salvado a Lucy de las penurias y la vergüenza, pero ¿su familia?

¿Cómo ha podido borrarlos de su mente?

De repente ya no eran personajes marginales, los había conocido, había comido en su mesa, había reído sus bromas y se había calentado junto al fuego de su amor.

Tenía que remediarlo… y de inmediato.

Así que le prometió a Peter revisar juntos las cuentas de la familia, estar a su lado en los primeros tiempos y ayudarle a aprender a ser un buen conde.

Así que abrazó fuertemente a su suegra y le susurró al oído que se ocuparía de todos: le daría una renta vitalicia y todas las criadas que considerara necesarias.

Y también compraría un par de uniformes nuevos y brillantes para el diligente Higgins.

Porque la Navidad también fue eso.

Dar sin pedir nada a cambio.

Dar por amor.

Y ese día se sintió amado como nunca antes en su vida.

Navidad.

Prometía ser su fiesta favorita.

Lucy, observando cómo la nieve caía velozmente por las calles de Londres, podría haber jurado que vio al señor Higgins rozar el hombro de su madre, desconcertado y feliz, mientras ella se volvía hacia él y le devolvía el apretón con un leve suspiro.

Una sonrisa se le dibujó en el corazón.

¿Se dio cuenta Cris de todo el bien y la felicidad que pudo dar?

El día había empezado como un regalo de ella a Cris y mágicamente, bajo sus ojos atónitos, se había convertido en un regalo de Cris a todos ellos.

—Te quiero —le susurró suavemente.

—Lucy —murmuró acariciando su mejilla con dedos cálidos—, pensé que estabas durmiendo.

—Te quiero —le dijo de nuevo, deleitándose con sus caricias.

Una risa surgió del pecho de Cris y él también le susurró al oído:

—Yo también.

Y el viaje en carruaje nunca fue lo suficientemente largo para sus almas anhelantes.

Capítulo 31

Lucy se puso delante de la vidriera del estudio de Cristopher. La vidriera representaba magistralmente a un Diablo que la invitaba a entregarse a todos los pecados.

Era una barrera elegante y sofisticada que impedía que todos vieran lo que hacía el Diablo.

Pero permitía que el Diablo lo viera todo.

—¿Qué ves todo el tiempo?

—Quién pierde y quién gana —respondió desganado.

—¿Y cómo se hace eso? —preguntó aún curiosa.

Cris la abrazó por detrás y, abrazándola aún más fuerte, escudriñó a la multitud y luego señaló una mesa a unos metros de ellos.

—Ese hombre sin pelo —dijo cuando estuvo seguro de que ella lo había localizado, continuó—: Tiene la cara pálida y mira a su alrededor desconcertado. Juraría que también está empapado de sudor. Tiene una fuga.

Mientras Cris besaba sensualmente su cuello, Lucy intentaba recordar los detalles que él le había descrito.

Pero no pudo.

No con él sabiendo cómo distraerla. No con él jugando con sus dientes a mordisquear el lóbulo de su oreja.

Se le escapó un gemido y se retorció para acercar su cuerpo al de Cris lo más posible.

—¿Podéis dejar de hacer eso, tortolitos? —preguntó impaciente Lucas, que estaba revisando unas cuentas en su mesa.

—No sé de qué estás hablando —respondió Cris con impertinencia.

—Acabo de escuchar gemidos y susurros. —Los miraba con el ceño fruncido—. Realmente no tienen respeto por la gente trabajadora.

La risa estruendosa y espontánea hizo vibrar el pecho de Cris y se derramó como una ola dentro de ella.

Lucas le dijo que nunca había visto a Cris tan feliz antes de que ella entrara en su vida.

Tampoco se había sentido tan feliz antes de Cris.

Ella rozó suavemente la mano de él que estaba apoyada en su cintura. Esa mano fuerte con los dedos largos que la hacían soñar cada noche.

La mano del hombre que amaba, pensó, sonriendo.

Su tranquilidad fue interrumpida por un aparcacoches.

—Una carta para usted, señor Orson.

Christopher se apartó de su mujer y fue a buscar la carta.

Solo una persona podía escribirle en mitad de la noche, pensó mientras sopesaba la carta y dudaba en abrirla.

—¿Es él? —preguntó Lucas, que comprendió inmediatamente.

Respondió con un rápido movimiento de cabeza y rompió el sello con un abrecartas.

Cada palabra era un golpe en el bajo vientre y en el corazón.

El odio le apretó el corazón en un puño y el impulso de arrojar la carta al fuego de acceso le quemó las manos.

—¿Estás bien, Cris? —preguntó Lucy, que se había acercado a él, preocupada por su repentina palidez.

No, no estoy bien, quiso responderle.

—Es mi padre —respondió en su lugar—. El duque Kent quiere vernos. Ahora mismo.

Ella lo miró confundida y con los ojos muy abiertos.

—¿Tu padre? —tartamudeó—. ¿Tu padre es el Duque Kent?

Cris levantó la vista de la carta y miró a su mujer.

Sus ojos expresaban todo el sentimiento de traición que invadía cada pequeña parte de su alma.

—¿Por qué? —Se sentía decepcionada y traicionada por lo que inquirió con un tono cada vez más alto—. ¿Por qué nunca me dijiste nada?

¿Por qué no le había dicho nada?

No lo sabía, pensó Cris.

Quizá porque cada día intentaba olvidar ese detalle, porque ese desconocido nunca había sido su padre.

Tal vez porque quería que ella lo amara por lo que realmente era y no por ser el hijo de un duque.

El duque más rico y poderoso de Inglaterra.

En un ataque de rabia quemó la carta en el fuego abierto de la chimenea y con un improperio le dio la espalda.

—Nunca vas a responderme, ¿verdad? —Apenas conteniendo su ira Lucy preguntó tirando de sus hombros—. ¿Cuántos secretos más tienes? ¿Qué más me ocultas?

—Creo que debería salir —dijo Lucas muy avergonzado.

—¿Por qué Lucas? —instó mirándolo también dolida—, apuesto a que ya sabes lo que va a decir.

Y Lucas se encontró impotente viendo cómo explotaba el caldero de mentiras que Cris había construido.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó Cris volviéndose hacia Lucy y estrechando sus pequeñas y delicadas muñecas entre sus grandes manos—. ¿Quieres que te diga que ese maldito quería que me

casara con una noble? ¿Es eso lo que quieres oírme decir?

Sacudiendo a Lucy y frunciendo el ceño, nervioso y desesperado al mismo tiempo, las palabras fluyeron de sus labios.

—Su título y su nombre a cambio de un matrimonio con una noble. —Una risa triste, casi histérica, sacudió a Cris por todo su cuerpo—. Como ves, yo también tenía un alma que vender. Los demonios también tienen alma.

—¿Y por qué yo? —preguntó Lucy, que apenas podía contener las lágrimas.

—Si tenía que casarme con un noble, tenía que ser libre de elegir. —Con ojos feroces y posesivos—, y te quería a ti. Te quería desesperadamente.

Intentando liberarse de su agarre, Lucy escuchó un sollozo desesperado que se le escapó de la garganta y casi habló consigo misma:

—¿Cómo he podido olvidar quién eres realmente? ¿Cómo me engañé a mí misma? —Sin fuerzas para oponerse a él y a la realidad que caía violentamente sobre ella—. Eres exactamente como todos los demás.

—No te atrevas —le gritó Cris mientras se estremecía—, no me compares con esos pusilánimes.

—¿Dónde está la diferencia entre tú y ellos? ¿Dónde está? Como ellos, luchas por un estúpido título —le espetó Lucy, suspiró con fuerza y se dirigió a la puerta—. Como si eso fuera suficiente para definir a un hombre. Como si un título pudiera hacer que uno sea mejor.

—¿Cómo, Lucy? —preguntó, todavía lleno de ira, ira contra sí mismo, contra su padre y contra el mundo que lo alejaba de nuevo de ella—. ¿No eres feliz? Al final te convertirás en duquesa. Toda la nobleza, incluso el perdedor que te abandonó, tendrá ahora que arrodillarse ante ti y llamarte Alteza.

La mirada traicionada de Lucy le hizo darse cuenta inmediatamente de lo equivocado que había estado al hacerle esa pregunta.

Ella no era ese tipo de mujer.

Ella lo había aceptado y amado cuando era un bastardo sin perspectivas y con una reputación completamente arruinada, siempre había logrado ver más allá de las apariencias y de su coraza.

¿Y él? La comparó con esos simplones que solo se preocupan por un estúpido título.

Como si no la conociera realmente, traicionando su confianza por enésima vez.

La vio correr hacia su piso con los hombros sacudidos por fuertes sollozos.

—Maldita sea —gritó, barriendo al suelo todos los objetos de porcelana que decoraban la chimenea.

Esos preciosos pequeños se rompieron ruidosamente en mil pedazos. Como su corazón.

—Lo has entendido todo mal. —Las palabras de Lucas interrumpieron el silencio.

—Lo sé, maldita sea, lo sé —dijo nervioso pasándose las manos por el pelo.

—¿Por qué nunca le dijiste nada?

—Porque quería que me amara. No por mi título. — Respiró con fuerza aún con rabia—. Este estúpido título.

Lucas se acercó a él y, apartando todos los fragmentos afilados con sus botas de cuero, le puso la mano en el hombro y le preguntó exactamente cómo podía haber pedido su alma negra.

—Y ahora te quiere. —Luego como si estuviera meditando las palabras para decirle—. ¿Y quién eres tú realmente? ¿Eres Cris? ¿Eres el Diablo? ¿Es usted el Duque?

—No lo sé —murmuró mirándole con ojos perdidos y confusos—, ya no sé quién soy.

—Eres todas esas cosas juntas. Eres Cris, eres el Diablo, y dentro de poco también serás el Duque —le contestó sabiamente Lucas—. Pronto Lucy se dará cuenta también.

Lucy lo amaba, amaba al Diablo, y entonces, como si estuviera derrotado, agachó la cabeza lleno de confusión y se encontró con la esperanza de que ella también amara al Duque.

Capítulo 32

—¿Lucy? Lucy, ¿dónde estás?

Había oído a Cris entrar en el piso y escuchó sus pasos apresurados.

Le hubiera gustado cerrar su puerta y no volver a verlo.

No después de descubrir todo lo que le había ocultado.

—¿Quiere que le deje entrar, señora?

Mary, su criada, que había corrido a consolarla cuando la había visto llorando, miraba su triste reflejo en el espejo mientras intentaba arreglar su peinado completamente arruinado.

Lucy se mordió el labio, indecisa y aún dolida.

Se moría por refugiarse en sus grandes brazos y olvidar cada palabra.

Olvidarse de todo.

Olvidar que pronto será duquesa.

Oyó los fuertes puñetazos con los que Cristopher golpeó la puerta y su voz desesperada rogándole que le escuchara.

Secándose apresuradamente las lágrimas, se encontró con la mirada de María.

—Déjalo entrar y déjanos solos.

La criada, con los ojos muy abiertos, tan sacudida como la puerta por los puños, no quería dejar sola a su ama.

—¿Está segura? —Con un terror apenas contenido.

Lucy le sonrió tranquilizadoramente y le estrechó su mano.

—Nunca me hará daño, no tienes que preocuparte —dijo señalándole la puerta—. Déjalo entrar, por favor.

Todavía insegura, Mary abrió la puerta y Cristopher entró furioso en la habitación, cerrando rápidamente la puerta.

Apartándola de su intimidad.

Mary se sentó junto a la puerta y, susurrando una oración, se encontró con la esperanza de que el señor no le hiciera daño.

Cristopher se apoyó en la puerta y, con la respiración agitada por la prisa que había hecho para llegar a Lucy lo antes posible, la miró fijamente a los ojos.

Ojos vidriosos por las lágrimas.

¿Cómo pudo herirla? ¿Y cómo podría compensarla?

—Lucy… Fui un tonto —dijo pasándose nerviosamente las manos por el pelo—. Lo siento —murmuró las palabras que nunca le había dicho a nadie

No dejaba de mirarle y, presa del nerviosismo, seguía sintiéndose

traicionada y herida.

El temor de que esta no fuera la única mentira que le había dicho le atenazó el corazón con un apretón doloroso.

—Tengo miedo —admitió en un susurro.

—¿Miedo? —preguntó Cris acercándose lentamente a ella.

—Me temo que esta no es la única mentira que me has dicho.

Ahora estaba lo suficientemente cerca como para tocarla.

—Tienes razón: me casé contigo por interés, pero me enamoré de ti. Sabes que te quiero —le recordó sentándose a su lado con los ojos muy abiertos—, debes saber que te quiero. Después de lo que hemos vivido juntos no deberías dudarlo.

Lucy pareció tranquilizada por sus declaraciones y la intensidad que leyó en sus ojos, y un suspiro liberador escapó de sus labios.

—No habría podido soportarlo —confesó apoyándose en él como si buscara un punto de apoyo seguro en medio de la tormenta que sacudía su mundo—. No habría podido soportar vivir en una ilusión. No podría haber soportado que no me quisieras.

—Siempre, Lucy —aseguró abrazándola fuertemente a él—, siempre te he amado. —Unos sollozos aún más fuertes sacudieron los hombros de Lucy mientras se aferraba a él casi desesperadamente—. ¿Lucy? —preguntó buscando sus ojos y acariciando sus hombros temblorosos—. Lucy no puedo ver que te sientas tan mal.

Al contrario de lo que pensaba Cristopher, el suyo era un grito liberador.

Era un grito de felicidad.

La certeza de que realmente la amaba había irradiado como un cálido rayo de sol dentro de su corazón.

Aceptando el pañuelo bordado que le entregó Cris, le miró con una sonrisa orgullosa, ajustándole la chaqueta.

—Te convertirás en duque —su voz era a la vez orgullosa y triste.

—Y tú en duquesa.

Lucy ese mordió el labio nerviosamente, sin dejar de acariciarlo con manos temblorosas.

—¿Si no pudiera?

—¿Sino pudieras qué, Lucy?

Un escalofrío le sacudió los hombros y, mientras buscaba las palabras adecuadas para expresar cada uno de sus temores, escuchó su incierta voz pronunciando las dudas que la atenazaban.

—¿Si no fuera capaz de ser duquesa? Si no fui capaz de honrarte de la manera correcta... Si solo quisiera ser tu esposa? —Se dio tiempo para recuperar el aliento—. ¿Si solo quisiera ser la esposa del señor Orson? La mujer del diablo de Londres.

Las fuertes manos de Cris le acariciaron suavemente su rostro.

—Serás la mejor duquesa de todo el mundo. Y seguirás siendo mi

esposa. La mujer del señor Orson, la del diablo y la del duque Kent —aseguró robándole un beso a sus suaves labios, rojos por los mordiscos nerviosos que se había infligido a sí misma—. Y mía, siempre serás mía.

Parecía tan frágil y perdida.

Las ganas de abrazarla aún más y fundirse en un solo cuerpo eran tan fuertes para Cristopher que tuvo que recurrir a todo su autocontrol.

—¿Pero por qué me has mentido? —le preguntó con voz temblorosa, sus grandes ojos azules, confusos y preocupados, se reflejaban en los de él.

Un largo y cansado suspiro escapó de los labios de Cris.

Estaba a punto de revelarle el tormento que había acompañado su vida y una sensación de casi liberación se apoderó de él.

Por fin, no tendría más secretos.

—No podía hacer otra cosa —confesó apretándole los hombros con fuerza—. Si te hubiera contado mi historia, la verdadera, nunca te habrías casado conmigo.

—¿Por qué? —volvió a preguntar—. ¿Qué es lo que te da miedo de tu pasado? ¿Por qué no puedes hablar conmigo de ello?

—Debo convertirme en duque —le confió el último secreto de su pasado, le dijo lleno de ardor—. Se lo debo a mi madre.

—¿Tu madre? —preguntó Lucy, levantando los ojos para mirar la cara de sufrimiento de Cris.

—Es correcto que lo sepas todo. Y lo sabes desde el principio.

Cris ya sabía que el relato sería largo y doloroso.

La cogió en brazos y juntos se dirigieron a su gran cama. Solo cuando ambos estuvieron abrazados y ella apoyó la cabeza en su pecho, él comenzó a hablar.

Con las manos acarició su larga cabellera dorada y con la mirada se fijó en un punto lejano, en un pasado nunca olvidado.

—Mi madre... cuando pienso en ella veo a una hermosa mujer morena de pie en la ventana esperando.

—¿A quién estaba esperando? ¿Estaba esperando a tu padre?

La única respuesta de Cris fue un asentimiento silencioso. Luego, recuperando el aliento y el valor, continuó.

—Estaba esperando a ese hombre alto y elegante que siempre llegaba los lunes. Lleno de regalos y comida. Él era el único que la hacía sonreír. Era el único al que amaba. Lo amaba tanto que no sentía nada por mí —susurró mirándola a los ojos, unos ojos que ya no podían ocultar su dolor—. Todo su amor tenía que guardarlo para él. Siempre pensó que un día se convertiría en su duquesa. Pero, ¿te imaginas? Ella, la hija de dos campesinos, una duquesa. —Una risa triste y amarga sacudió su pecho—. Ella le creyó hasta que se casó con

la que realmente se convirtió en su duquesa. Y mientras él celebraba felizmente su matrimonio con una mujer de su mismo rango, mi madre se tiró por la ventana desde la que siempre le había esperado.

Lucy extendió los brazos y trató de consolarle abrazándole con fuerza.

Pero no hubo contacto ni palabras que pudieran consolarlo.

—Volví con mis abuelos al campo. Estaba bien allí. Estaba feliz. Hasta que mi padre se acordó del pequeño bastardo que había tenido con la pobre campesina. Ese pequeño tan parecido a él. —Suspirando suavemente como si aún le doliera—. Yo era una molestia para él. Me alejó de mis abuelos y me envió a ese infierno. Con la esperanza de deshacerse de mí de una vez por todas. Esperaba que muriera entre privaciones, penurias y castigos corporales. Pero yo era más fuerte. Siempre he sido más fuerte.

—¿Y por qué te quiere ahora? —susurró Lucy suavemente, acariciando el pelo que cubría su frente.

—¿Por qué? —dijo mirándola a los ojos—, porque ese maldito viejo solo ha tenido mujeres de su perfecta y noble esposa. —Con un brillo diabólico en los ojos—. Solo tres putas hembras. Y en su lecho de muerte descubrió lo mucho que lamentaría que todas las posesiones pasaran a un primo lejano suyo.

—Y se acordó de ti —concluyó Lucy por él mientras levantaba la cabeza de su pecho para mirarle a la cara.

—Qué conveniente es que solo se acuerde de mí ahora. Ahora que quiere un heredero de su propia sangre. Pero quiero su nombre. Quiero su título. Quiero toda su propiedad. Lo quiero todo. Y lo quiero para mi madre. Ella nunca llegó a ser duquesa, pero su hijo se convertirá en duque. —Como movido por algo más grande que él mismo le dijo, estrechando sus manos—. Qué extraño es el destino.

El mismo destino que había puesto al Diablo en su propio camino, pensó Lucy.

—¿Por qué yo? ¿Por qué me elegiste? —Ña misma pregunta que ella le había hecho hace tiempo.

Sin embargo, la respuesta de Cris esta vez fue muy diferente.

Finalmente, la verdad fluyó de sus labios.

—Hace meses me hizo llamar a su cabecera. La muerte se apoderaba de él y me hizo una propuesta que sabía que no rechazaría. Me propuso reconocerme, darme todo con la condición de que me casara con una mujer noble. Una mujer que fuera digna de convertirse en la próxima duquesa de Kent. —La determinación oscureció sus grandes ojos—. Nadie podría haber sido más digna que tú. Después de verte solo te quería a ti —aseguró acariciando su cuerpo con sus cálidas y posesivas manos—. Solo te quiero a ti —dijo en un susurro lleno de pasión.

Reprimiendo un escalofrío de deseo, detuvo sus manos.

—¿Y ahora qué?

—Ahora se está muriendo. Quiere que esté allí para firmar los documentos que su abogado ha redactado. Todo lo que necesito es una firma y mi venganza estará cumplida.

La palabra venganza resonó como un latigazo entre sus labios.

Venganza, pensó Lucy, y cerrando los ojos recordó con el corazón lleno de tristeza a su madre, esa pobre mujer que se había suicidado por culpa de un amor demasiado grande.

Ella estaba muerta y ellos… ¿Qué habría pasado con ellos?

¿Adónde les llevaría todo su deseo de venganza?

Se encontró esperando y rezando para que su final no fuera tan trágico.

Capítulo 33

La residencia ducal era una enorme finca rodeada de vegetación y árboles centenarios.

Era una rareza encontrar toda esa vegetación y espacio en medio de Londres y cuanto más se acercaba a la casa, más incómoda se sentía Lucy.

E incluso las responsabilidades que estaban a punto de golpear a Cris parecían cada vez más reales.

En efecto, era el hijo de un duque.

Su perfecto porte a pesar de su inmensa altura, su importante nariz y su orgulloso temperamento, ya deberían haber revelado su pertenencia a la nobleza.

Bajaron del carruaje y el mayordomo vestido de negro los acompañó a las habitaciones ya alineadas con los dolientes.

Todo parecía oscuro. Las habitaciones, las cortinas, los muebles, los sirvientes, el aire. ¿Será que a plena luz del día no había ni un hilo de luz?

Agarrada fuertemente a su marido, tembló suavemente y esperó que pronto volvieran al Club.

A su casa. Su hogar.

—El Duque quiere verle a solas —casi ordenó el mayordomo.

La mano con la que seguía sujetándolo no insinuaba soltar su agarre. Una sensación incómoda oprimió el pecho de Lucy.

Temía con locura estar en peligro. ¿Cómo podría un hombre grande como Cris estar en peligro?

Sin embargo, siguió abrazándolo y lo miró con los ojos muy abiertos.

La gran mano de Cris le acarició suavemente su mejilla y le otorgó una mirada tranquilizadora.

—Vuelvo enseguida, Lucy.

—No quiero que entres solo.

—No importa. No puede hacerme más daño. —Tras ser llamado de nuevo por el mayordomo dijo—: Lo único que necesito es saber que estarás aquí. Que me esperes —susurró, apoyando su frente en la de ella.

—Te esperaré —le susurró Lucy y su tono dulce e inocente le llegó como el viento. Suave y capaz de infundir fuerza.

En la oscuridad de la antesala del Duque, Lucy oyó una respiración forzada que no había notado hasta entonces.

Respiraciones de tres chicas que la miran con los ojos muy

abiertos.

Las hermanas de Cris. Una masa oscura en toda esa oscuridad.

—¿Sois las hijas del Duque? —preguntó aunque ya sabía la respuesta.

—Sí —contestó rápidamente la mayor, y como las galanterías lo permitían—. ¿Y usted es la esposa del futuro duque?

—Sí —respondió también ella.

—La mujer del diablo —susurró una vocecita llena de curiosidad.

Aunque Lucy se esforzaba, entrecerrando los ojos, la oscuridad era demasiado oscura para distinguir sus figuras o para saber qué edad tenían.

No las percibió como tres chicas por separado. Parecían una sola entidad oscura.

Y cuando el sonido de los gritos y los cristales rotos superó las robustas paredes e invadió su quietud, creyó ver cómo se apretaban.

Como si fuera presa de un instinto primario, Lucy se acercó a las chicas y, sentándose junto a ellas, estrechó una joven mano.

Unos rizos negros descansaban suavemente sobre su hombro.

—Gracias —susurró la que debía ser su hermana mayor.

Parecía tan cansada y triste, que necesitaba que alguien la ayudara. Para ayudarla a sobrellevar la carga de la pérdida y la responsabilidad de tener dos hermanas menores que parecía colgar en sus brazos. Con lágrimas en los ojos, Lucy la abrazó aún más fuerte y lloró.

El silencio descendió tranquilamente sobre todos ellos, hubo un rápido ir y venir de sirvientes y luego Cristopher salió de aquellas habitaciones.

—Está muerto —dijo con voz cansada y parca.

Un jadeo sacudió a la chica apoyada contra ella y Lucy casi podría jurar que la oyó susurrar una oración de agradecimiento.

Con un improperio, Cris se movió rápidamente para abrir las persianas del pasillo y una luz fuerte y serena descendió sobre ellos.

La tranquila luz de la mañana.

Vio que el cuerpo de su marido estaba completamente rígido y que sus hombros se movían como si estuvieran sacudidos por los sollozos. Quiso correr hacia él y consolarle, pero la chica seguía sujetándola con fuerza.

Cuando lo oyó reír se dio cuenta de que no estaba llorando. Se volvió hacia ellas y su risa siguió resonando con fuerza en las paredes desnudas.

—El bastardo dilapidó toda su riqueza —dijo, mirándola fijamente—, pensó que no tenía dinero para pagar sus deudas —De nuevo esa extraña e infeliz risa—. Lo defraudé una vez más.

Cris hizo girar entre sus dedos el anillo de sello de oro macizo,

sobre el que se posaban los rayos del sol.

Era un duque.

La venganza que había estado esperando durante tanto tiempo por fin se había hecho realidad.

Entonces, ¿por qué seguían resonando en sus oídos los fuertes gritos de su padre?

Quién sabe lo que esperaba escuchar de él.

Pedirle afecto a ese hombre habría sido una herejía, pero por alguna extraña razón se había ilusionado pensando que a punto de morir hasta un bastardo podía cambiar.

Podría arrepentirse de todos sus errores.

No su padre.

No el Duque de Kent.

Sus únicas palabras hacia él eran acusaciones y maldiciones.

¿Cómo puede ser tan rico? ¿Cómo podría ser su único heredero? ¿Por qué Dios no le había dado un hijo varón legítimo?

Y luego, en su última rabia, le había visto destruir todo lo que tenía en sus manos.

Sintiendo el peso del anillo ducal y el calor que aún desprendía, se encontró rezando para no llegar a ser nunca como él.

Nunca un monstruo.

Se acercó a Lucy. La vio sentada junto a las que dedujo que eran sus hermanas.

Las hijas legítimas de su padre.

Las nacidas en el lado derecho de la cama.

Qué pena, casi se dijo a sí mismo. Lástima que ninguna de ellas haya sido varón, ya se habrían ahorrado más humillaciones.

Las cuatro se sentaron en un viejo banco de madera y no había espacio para él.

Un vistazo a las miradas tristes y desesperadas de las hermanas le bastó para darse cuenta de que, aunque hubiera sitio para él, no le dejarían sentarse.

Apoyó la espalda en la fría pared de mármol y, con un inelegante estruendo de miembros impactando contra una superficie dura, se sentó en el también frío suelo.

¿Será que todo en esa casa era frío y sin alma?

¿Cuánto de su padre había llenado esas habitaciones?

Sintió que la mano de Lucy le acariciaba suavemente el pelo y poco a poco sus nervios empezaron a relajarse.

Cogió la mano que le acariciaba, la sostuvo entre las suyas y se la llevó a los labios.

Besar su delicadeza y respirar su dulce y fresco olor casi parecía devolverle la vida.

—¿Eres nuestro hermano? —una pregunta susurrada llegó a sus

oídos. Era una niña la que hablaba. Parecía pequeña y delicada con su vestidito negro y era la única que parecía tener el valor de mirarle.

—Sí —respondió, mirando hacia ellas. Hacia sus hermanas.

Incluso cuando estaban sentadas seguían un orden preciso, de la más grande a la más pequeño, y parecían poseer una elegancia tranquila y ordenada que nunca le perteneció.

Todos estaban inmóviles excepto la más pequeña.

La primera, que estaba sentada junto a Lucy, era la mayor, la más alta y tenía el porte severo de sus hermanas menores.

Luego vino la segunda, la hermana que estaba en el medio, que seguía agarrando a la niña a su lado para que no se alejara, y luego la niña que parecía no poder quedarse quieta.

La chica siguió inclinándose sobre el banco para verlo mejor más allá de las hermanas y luego, como si recordara algo muy importante, se volvió hacia ellas.

—Entonces el primo Dawson no podrá echarnos de la casa.

—No —respondió el mayor.

—¿Nos echará, Johanna? —volvió a preguntar la chica.

Esa pregunta no fue respondida.

—¿Cuántos años tienes, niña? —preguntó en un arranque de curiosidad.

—Tengo cinco años —le dijo, mostrándole su pequeña y suave mano abierta con el número de sus años, y tras ofrecerle una sonrisa desdentada—. ¿Puedo sentarme también en el suelo?

Él respondió con un gesto de negación.

—¿Por qué? —preguntó la niña con un tono triste, casi llorando —. ¿Por qué? ¿Johanna? —volvió a preguntar con un tono de voz cada vez más quejumbroso.

Al no obtener respuesta por parte de las hermanas, la niña se levantó, a pesar de las apagadas protestas de las demás, y fue a sentarse a su lado.

—Me llamo Madeleine, pero todo el mundo me llama Mindy y tú... —El tono volvía a ser sereno.

—Me llamo Christopher pero todo el mundo me llama Cris.

—Tú también tienes un apodo —le dijo entusiasmada y levantó una mano para cepillar sus rizos negros—. Y también tenemos el mismo pelo. —Mientras una risita sacudía sus pequeños hombros.

Entonces, al ver su cara de tristeza y la forma en que apretaba la mano de su mujer, le susurró suavemente.

—Has hablado con nuestro padre.

No era una pregunta. Lo de Mindy fue una declaración.

Cuando él inclinó la cabeza en señal de sí, ella se acercó aún más a él y, como si tratara de consolarle, le preguntó en voz baja y aterrada.

—¿Y te hizo daño?

Un grito ahogado lo sacudió hasta el fondo y la mano de Lucy tembló en la suya.

Miró a sus hermanas mayores y en voz alta y llena de asco por la inmensa maldad de su padre les preguntó:

—¿Les ha hecho daño alguna vez?

Ambas se estremecieron en sus asientos, sacudidas por la insólita pregunta y su fuerte voz, pero guardaron silencio y se obstinaron en no encontrar su mirada.

Se volvió hacia Mindy casi gritando.

—¿Te ha hecho daño alguna vez? —La niña le miraba aterrada y casi parecía estar esperando el momento adecuado para correr hacia sus hermanas—. Dios —dijo, pasándose las manos por el pelo—, ese gran...

—Cris, no digas esas palabras delante de las niñas —le recordó su mujer, cogiéndole la mano con fuerza.

Ese triste y sórdido descubrimiento la había conmocionado incluso a ella.

Solo tuvo que alargar una mano para acariciar los rizos de la pequeña Mindy para ver cómo se apartaba rápidamente de él con los ojos azules muy abiertos.

El bastardo realmente las golpeó.

Miró a su mujer, su único punto de referencia en aquel mar de injusticias.

—Creo que fue bueno crecer sin él —dijo con una voz veteada de ira.

Lentamente y mirando a los ojos de la pequeña, su mano fue a posarse delicadamente sobre sus hombros y estrechó aquel cuerpecito asustado contra sí.

La niña le miró con incertidumbre y todavía un poco asustada.

Le acarició el pelo y al sentir que su cálido pecho subía y bajaba ligeramente Mindy se dio cuenta de que le gustaba.

Le gustaba su hermano.

Nunca su padre le había acariciado el pelo.

—¿Sois Johanna y tú? —preguntó Cris mientras Mindy se acurrucaba cada vez más cerca de él.

—Elizabeth —dijo suavemente la hermana del medio, con los ojos fijos en los de él.

Ojos grandes y negros. Los mismos ojos que le miraban cada día en el espejo.

Como si el hecho de que fueran hermanos se le viniera encima de repente, Cris encontró sorprendentes similitudes entre ellos.

Las tres tenían el mismo pelo negro y rizado, en Johanna encontró su temperamento orgulloso y Elizabeth tenía los mismos

ojos.

Eran sus hermanas. Y la idea de que alguien pudiera haberles hecho daño le dolía por dentro. Hería su alma.

—Me habría encantado protegerte —dijo con una voz llena de pesar, y un repentino sentimiento de afecto invadió todo su cuerpo.

¿Era tan extraño sentir afecto por extrañas? se preguntó Cris, mientras su corazón, que latía como un loco, le daba ya la respuesta.

No eran extrañas.

Eran una parte de él y su corazón las reconoció inmediatamente.

No fue el único que fue herido por su padre.

Ellas también fueron víctimas. Víctimas exactamente como él.

Víctimas de un padre incapaz de amar.

No solo se había convertido en duque ese día.

Aquel día se había convertido en hermano, pensó mientras abrazaba con más fuerza el cuerpecito dormido de Mindy, y de repente el mayor reto ya no era convertirse en un buen duque.

El mayor reto fue ser un buen hermano.

Capítulo 34

Ninguno de ellos asistió al funeral del Duque.

Cristopher pensó que era hipócrita pretender sentir dolor por el hombre que había abusado de él y de sus hermanas.

Nunca había sido padre y no derramarían lágrimas por él.

Habían pasado dos semanas desde que él y Lucy se habían mudado a la casa del Duque y Cris había llegado a conocer a sus hermanas.

Johanna y Elizabeth lo miraron un poco intimidadas al principio y solo le dirigieron algunas palabras dubitativas, quizá por su imponente tamaño, quizá por su indudable parecido con el bastardo que les había arruinado la vida, pero ver que Mindy lo seguía como una sombra y, sobre todo, ver lo mucho que confiaba Lucy en él, pareció ayudarlas a abrirse a él.

Johanna era la hermana mayor, tenía diecinueve años y desde la muerte de su madre, debido a otro trágico parto, había empezado a ocuparse de la casa y de sus hermanas menores.

Era la más tímida y relajada de las chicas, se sabía al dedillo todas las reglas del Ton y daba instrucciones a sus hermanas sobre cómo comportarse.

Su aspecto era siempre pulcro y su voz tranquila y elegante la convertían en la perfecta hija de un duque.

Cada vez que Cristopher la miraba, no podía evitar pensar en lo desafortunado que era esto.

Era una pena que todas esas responsabilidades la hubieran privado tan pronto de diversiones, de juegos. De la juventud.

Ella no estaba acostumbrada a delegar sus tareas y aún no podía confiar plenamente en él, pero día a día su relación parecía progresar. Cada vez que se encontraba ante un problema difícil, él era la primera persona a la que acudía y, con el tiempo, Cris estaba seguro de que ella también lo entendería.

Entendió que él se encargaría de todo y ella podría empezar a relajarse. Por vivir.

Elizabeth, por su parte, tenía dieciséis años y era un desafío constante.

Por muy pija que fuera Elizabeth, era un auténtico terremoto. Y cuanto más se familiarizaba con él, más crecía en ella la certeza de que no era como su padre, más se hacía patente su naturaleza indómita.

Por su mirada fuerte y decidida, Cris no dudó de que la joven

había defendido repetidamente a sus hermanas de los arrebatos de su padre.

Era a ella a quien más se parecía Cristopher.

No había castigo que pudiera doblegarlos.

Mindy era entonces la más pequeña pero también la más exigente. Corría hacia él por cada problema, ya fuera un monstruo escondido bajo su cama, la aparición de una nueva ardilla o una rodilla desollada.

Y siempre era él quien tenía que resolver todos los problemas.

Ni Lucy, ni Johanna ni Elizabeth.

Tenía que ser él.

Él, su héroe, como dijo con sus grandes ojos seguros.

Así que había cazado un monstruo, perseguido a su hermana pequeña por los bosques que rodean la casa ducal y besado sus heridas.

Y cuanto más tiempo pasaba con ella, más le gustaba, pensó Cris con una sonrisa.

Lucy estuvo perfecta y los ayudó a todos.

Al igual que había hecho con él, les prestó a las tres toda la atención que nadie les había prestado.

Les hablaba, les escuchaba con el corazón en la mano y lloraba abrazándolas.

En uno de sus viajes de vuelta al Club para asegurarse de que todo funcionaba bien, había decidido llevarse al vagabundo con él.

La idea de traer al perro a casa también fue buena y pareció hacerles muy bien a las niñas.

Oyó a Johanna reírse por primera vez y vio a Mindy correr despreocupada de la mano de Lucy.

El perro también fue capaz de vigilar bien a Elizabeth sin que esta se sintiera demasiado controlada.

En una tranquila velada familiar, fueron las niñas las que encontraron el nombre perfecto para el pequeño cachorro que no paraba de corretear alrededor de ellas en busca de mimos.

—¿Cómo es posible que aún no tenga nombre? — preguntó Elizabeth frunciendo el ceño.

—No hemos tenido mucho tiempo para pensar en ello — respondió su mujer, que le sonrió con complicidad.

Y mientras los dos pensaban en cómo había pasado el tiempo desde su primera Navidad, las chicas seguían hablando entre ellas.

—Es tan suave —dijo Mindy mientras lo acariciaba—. ¿Podemos llamarlo suave?

—No —le respondió Elizabeth lapidariamente.

—¿Por qué no? —preguntó la pequeña, curiosa y apenada al mismo tiempo.

—Porque no es un nombre para un perro —le respondió amablemente Johanna mientras cacareaba la elección del mejor nombre para aquel adorable saco de pulgas—. ¿Qué tal Eureka? —dijo después de pensarlo.

—¿Eureka? —preguntó Mindy tratando de pronunciar esa extraña palabra.

—Significa: he encontrado —dijo Johanna, que cogió a Mindy en brazos y dándole un beso en su suave frente sonrió con confianza a Elizabeth—. Ha encontrado el amor. Como nosotras.

—Como nosotras —susurró Elizabeth complacida y feliz, estrechando las manos de sus hermanas.

Capítulo 35

Aquella casa era tan lúgubre y con un pasado tan engorroso que Cristopher pensó que cada día se volvía más loco.

Se sentía falto de aire y no podía pensar en construir un futuro entre aquellas paredes.

—No la vendas, Cris. Sería una verdadera lástima —intentaba convencerle Lucy en un raro momento de intimidad que habían conseguido forjar para ellos.

—La odio —le dijo con toda la rabia que sentía por su padre—, odio toda esta oscuridad.

Los brazos de Lucy le rodearon y parte del dolor desapareció de repente.

—Derriba todo. Deja entrar toda la luz del mundo. Abre todas las habitaciones y conviértelas en un hogar —le dijo alentadoramente, y cruzando su mirada le susurró—: Que sea el hogar de nuestra familia. Una familia llena de amor.

Una sonrisa incierta se detuvo en los labios de Cristopher.

—Tendrá que ser muy grande, entonces.

—¿Por qué? —preguntó Lucy confundida.

Abrazándola a su vez y besando sus suaves y dulces labios.

—Nuestra familia parece crecer cada día. —Apoyó su frente en la de ella comenzó a contar—: Primero el extraviado y luego mis hermanas. Sin embargo, cuanto más grande es nuestra familia, mayor es el amor que siento. Para ti. Para las chicas.

—El amor no divide, Cris. El amor se multiplica —Mientras Cris pensaba en lo perfectamente que esa frase reflejaba su situación, Lucy comenzó a acariciar su musculoso pecho y con una sonrisa feliz y cómplice le imploró por última vez—. No vendas esta casa. Esta ha sido la casa del Duque de Kent durante generaciones. Tú eres el Duque de Kent. Nuestro hijo será el próximo Duque de Kent. No vendas tu pasado. Mejóralo, pero no lo vendas.

Una luz de emoción iluminó su rostro.

—¿Nuestro hijo? —preguntó tartamudeando.

Lucy entrelazó sus manos con las de él y juntas acariciaron su vientre aún plano pero tan lleno de vida.

—Creo que estoy esperando un hijo. —Sonrojada por la timidez bajó la mirada—. Los síntomas los experimento todos los días.

En un arranque de felicidad la tomó suavemente en sus brazos y juntos comenzaron a girar, hasta que lo único claro y nítido fue el rostro sonriente del otro mientras todo lo demás fluía rápidamente a

su alrededor.

Los muebles, la casa, el pasado.

—Más grande aún, Lucy —gritó Cris entre risas—, te haré la casa más grande del mundo y juntos la llenaremos de amor.

Lucy refugió su cara en la camisa de su marido, respirando su aroma limpio y masculino, la propia felicidad de Cris la sacudía por dentro, entre risas de alegría y un corazón hinchado de amor.

El mismo amor que se multiplicaba dentro de ella.

Cris llamó al mejor arquitecto que pudo encontrar, gracias en parte a la inestimable intercesión de Lucas, y cuando el proyecto empezó a tomar forma, se llevó a las hermanas al Club.

El único lugar que había considerado su hogar en todos esos años. Y al encontrarse compartiendo el carruaje con todas las mujeres de su vida, no pudo evitar maldecir en silencio en su interior.

En lugar de poner a Lucy a salvo del Club, ahora también llevó a sus hermanas a ese lugar lleno de peligro y depravación.

Señor Smith y el ama de llaves habían organizado un pequeño comité de bienvenida para que las chicas se sintieran lo más cómodas posible, y la señora Robinson no podía ocultar su emoción: tres personas más para atiborrarles de comida y amor.

Las chicas se paseaban por el club con los ojos muy abiertos y abrazándose con fuerza.

Para todo buscaban la aprobación de Lucy y corrían a él si necesitaban ayuda.

Todos en el club parecían estar contentos con las recién llegadas.

Todos excepto Lucas.

Ya le había tomado por tonto por llevar a Lucy al Club, ¿llevar a las chicas solteras al Club? Eso fue una auténtica locura.

Se encontraron en el estudio, y Cris no tuvo tiempo de cerrar la puerta tras de sí que las palabras de su amigo ya le abrumaban.

—¿No fue suficiente con Lucy? Tenías que traer a tus hermanas también —protestó acercándose rápidamente a él—. ¿Has olvidado que esto es un club de hombres? Y tú eres un Duque, maldita sea. No deberías seguir trabajando.

—Lucas, cálmate —le pidió después de servirles a ambos una generosa dosis de whisky—. Es solo una solución temporal. Nos iremos pronto.

—¿Te vas a ir? —Lucas estaba a punto de atragantarse con su licor y le miró con los ojos muy abiertos.

—Como has dicho, el club no es el lugar para las mujeres.

—¿Y a dónde vas a ir? —preguntó él, dándole la espalda.

—Nos instalaremos en mi finca a las afueras de Londres. Luego, cuando las obras de la casa ducal estén terminadas, volveremos a Londres.

Lucas siguió bebiendo su licor y mirando hacia la ventana, inclinando de vez en cuando la cabeza en señal de asentimiento.

Nunca, pensó, suspirando con tristeza. Nunca se habían dividido.

Desde que se conocieron en el internado siempre habían sido la fuerza del otro.

Cristopher fue la única familia que tuvo.

Pero ahora Cris tenía realmente una familia.

Tenía una esposa, tres hermanas e incluso un perro ruidoso.

Y tampoco era ya un simple bastardo.

Era un duque y era justo que siguiera su camino.

Todo lo que les había unido estaba desapareciendo a la velocidad del rayo.

—Me alegro mucho por ti —le dijo, y se alegró mucho.

Cristopher era la persona más buena que había conocido y si había alguien en este mundo que merecía ser feliz, era él. Entonces, ¿por qué estaba tan solo? Mientras Cris ordenaba los papeles en el escritorio, le oyó decir con una voz cargada de orgullo:

—Dejo el club en tus capaces manos —Con una alentadora palmada en los hombros—. Eres el único en el que confío. El único que manejará todo a la perfección.

Brindaron juntos por el futuro mientras los recuerdos de su pasado y sus aventuras les arrancaban sonoras e incontrolables risas.

Al parecer, se puede llorar de felicidad y reír de tristeza, pensó Lucas mientras salía del estudio.

—¡Cristo! —maldijo, tropezando con una de las hermanas de Cris —. ¿Cuántas sois, se puede saber? —casi gritó mientras la ira invadía su voz.

—Tres, señor —respondió la Johanna, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¿Solo tres? Parece que siempre tienen que chocar conmigo —dijo, arrugando la frente con cansancio.

—Tal vez es usted el que choca con nosotras —le contestó Johanna, sorprendiéndose a sí misma por la rapidez con que le contestó y arrepintiéndose inmediatamente de su descortesía.

Ojos grandes y oscuros reflejados en una inmensidad gris.

Si se fijaba bien, podía ver el parecido entre ella y su hermano.

Pero también había algo más. Ahí estaba su rostro dulce e inocente, la larga cascada de rizos oscuros y los pechos que estiraban la ligera tela de su vestido justo bajo sus ansiosos ojos.

Respiró entrecortadamente, tratando de apartar la mirada de sus gracias.

—¿Qué haces aquí sola? —le preguntó con voz áspera.

—No creo que eso sea de su incumbencia —respondió insolente.

—¿De verdad, pequeña? —Sus ojos la miraban intensamente y

parecían incomodarla cada vez más.

¿Qué le había hecho ese hombre para ser tan antipático? se preguntó Johanna mientras miraba el largo cabello rubio que le rozaba la frente y se preguntaba cómo era posible que un hombre tan grosero fuera amigo de su hermano.

—Necesito hablar con mi hermano.

Oh Dios, pensó Johanna mientras se sonrojaba, le había dado otra respuesta descarada. Nunca había sido tan grosera con nadie, ni siquiera con Mindy cuando la agotaba con sus interminables porqués, y sin embargo aquel desconocido parecía capaz de sacar lo peor de ella.

—¿Sabes que deambular sola por el club es peligroso? —preguntó Lucas, acercándose a ella dispuesto a darle un castigo que no olvidaría fácilmente.

—¿Peligroso? —preguntó Johanna mientras daba un paso atrás, tratando de alejarse lo más posible de él. Retrocedió hasta que sus hombros chocaron con la pared.

—No tienes ni idea de lo que le puede pasar a una chica tan buena como tú en estos pasillos —le dijo lleno de una extraña sensación de protección.

—No… —Johanna no pudo terminar la frase que los labios de Lucas se apoderaron de los suyos.

Su primer beso, pensó Johanna, al sentir su cálido aliento en la cara.

Lucas, como un sediento que encuentra agua después de mucho tiempo, asaltó sus labios.

Unos labios tan suaves y complacientes que le hacían gemir de deseo y su sabor, dulce y jugoso, era como un afrodisíaco para él que parecía pedir más.

Cada vez más.

Y Johanna, con toda su inocencia, le respondió.

Ella le respondió siguiendo sus movimientos y suspirando ante las cálidas y prohibidas caricias de sus manos, acariciando su rostro y devolviendo sus besos.

Como si saliera de un estado de trance, Lucas se alejó rápidamente de ella y de su irresistible cuerpo.

Los grandes ojos oscuros y los labios rojos por sus besos eran una tentación demasiado fuerte.

Huyó de ella mientras sus miembros aún temblaban de deseo.

Un improperio subió a sus labios.

Lo que había empezado como un castigo para demostrarle que ninguno de ellos estaba a salvo allí, le había salido el tiro por la culata.

Lástima, pensó Lucas mientras se apresuraba, que se diera cuenta



demasiado tarde de que era él quien estaba en peligro.

Capítulo 36

Con el sol iluminando suavemente sus cuerpos, Lucy y Cris se sumergieron en la abundante agua caliente.

Habían decidido tener un momento para ellos, porque aunque amaban a las chicas, sintieron la necesidad de pasar tiempo juntos.

La bañera tenía unas proporciones gigantescas para contener la masa muscular de su marido y podía albergar cómodamente a los dos.

El mayor tanque que había visto nunca, pensó Lucy.

Una risita sacudió sus hombros cuando el agua hirviendo tocó su cuerpo.

Deleitándose con la visión de su desnudez, Cristopher no pudo evitar mirarla a los ojos.

—Incluso la primera vez que viste la bañera te reíste —dijo mientras se acercaba a ella—, dime por qué.

Una risa aún más fuerte y un auténtico rubor colorearon sus mejillas.

—De estos grifos salen chorros y chorros de agua caliente —comentó pasando la mano por la superficie de la espuma que los rodeaba suavemente—, en la finca de mi padre solo hay servicios exteriores.

La mueca de asco que deformó el rostro de Cristopher hizo que Lucy se riera aún más.

—Recuérdame que nunca visite a tu hermano en el campo —le susurró al oído, abrazándola.

Acariciando el cuerpo dispuesto de su marido, respondió:

—Tal vez él también pueda entender los innumerables beneficios de una bañera —dijo posicionándose por encima de él—. Los aprecio. Y mucho.

Una sacudida estremeció el cuerpo de Cris.

El cuerpo mojado de su esposa bañado en agua perfumada era una tentación demasiado grande para que él se acercara a acariciarla.

Lucy también jadeó mientras se acercaba aún más a él.

—Te deseo tanto —le dijo en un susurro desesperado.

—Yo también —fue la respuesta emocionalmente ahogada de su esposa—. Hazme el amor.

A pesar de que el deseo se volvía cada vez más impetuoso, Cristopher no podía evitar preocuparse.

Su hijo, lo más preciado que habían hecho juntos, estaba creciendo dentro de ella y él nunca haría nada que perjudicara su salud. O la salud de Lucy.

Incluso a costa de vivir meses y meses de castidad.

—¿Y el bebé? —le preguntó con un tono de voz preocupado.

—El niño está bien. El médico me aseguró que este tipo de actividad no le hará daño. —Mientras sus mejillas se enrojecían aún más le dijo—: Debes complacer a la madre.

Una risa serena sacudió el cuerpo de Cris y se derramó en el excitado de Lucy, las manos de su marido acariciaron sus dulces curvas, al tiempo que acercaba su rostro al de ella.

—Estoy deseando cuidar de ti —su áspera voz le provocó escalofríos de anticipación.

Las grandes manos de Cris acariciaron su cuerpo, deslizándose rápidamente y explorando todos sus puntos débiles.

Cuando encontraba un punto especialmente receptivo, se quedaba allí sin piedad y se deleitaba con el sonido de sus gemidos.

El sonido más excitante del mundo, pensó Cris, que intentaba retrasar su placer para preparar mejor a su mujer.

Gotas de sudor caían por su musculosa espalda mientras trataba de aplazar lo más posible el momento en que la haría suya de nuevo.

Todo su cuerpo temblaba de deseo y no sabía cuánto tiempo más podría esperar.

Sus dedos encontraron el centro de su feminidad.

Estaba caliente, mojada y sus músculos palpitaban como locos.

Ella estaba lista. Preparado para él.

—Por favor, Cris —le imploró su mujer con el rostro transfigurado por la pasión—, por favor. —Siguió retorciéndose bajo él.

Su voz dulce y desesperada suplicándole lo volvía loco.

Dios, pensó, nunca había sentido ese deseo loco e irreprimible por ninguna otra mujer.

Nunca había sentido tanta necesidad de fusionarse con una mujer que le desgarraba por dentro.

Como un dolor.

Dolor por el alejamiento de ella, de su cuerpo suave y acogedor, de su corazón puro y lleno de amor.

Entró en ella lentamente, moviéndose con suavidad y disfrutando de cada centímetro que conquistaba.

Lucy bajo él se estremecía y le suplicaba, loca de amor.

—Shh —susurró en sus labios abiertos—. Deja que el placer aumente lentamente dentro de ti, mi amor. No te apresures. —Mientras la empuja una y otra vez—. Ríndete al placer. Entrégate a mí.

Cris se inclinó para besar su cara, sus mejillas sonrojadas, sus ojos cerrados de placer, su cuello perfumado y sus dulces y altos pechos inclinados hacia él, buscando caricias y atención.

Y le prestó toda la atención posible.

La piel lechosa de Lucy era tan suave y agradable al tacto y sus grandes y oscuras manos parecían no cansarse nunca de ella.

La llevó al borde del precipicio y cuando sintió que su cuerpo empezaba a tensarse en torno a él, necesitando explotar, frenó una y otra vez.

Cris continuó aquel juego pecaminoso, entreteniéndose en lánguidas caricias y lentos y profundos empujones, mientras su cuerpo temblaba.

Solo cuando ambos estaban desesperados por el deseo y las firmes y tersas piernas de Lucy se entrelazaron a su espalda, comenzó a moverse con toda la pasión que hasta entonces había contenido.

—Más —le suplicó ella mientras sus labios dejaban marcas de mordiscos en sus hombros.

Una carcajada sacudió a Cris cuando vio que sus ojos azules estaban completamente empañados por el deseo.

—¿Más? —le preguntó con voz ronca por la pasión—, ¿quieres más?

Y cuando ella respondió inclinando repetidamente la cabeza y alargando la mano para besar sus labios, sus empujones se volvieron fuertes e impetuosos, rápidos y profundos.

El orgasmo largamente anhelado se elevó en su interior con una furia implacable, como una brillante explosión, sin dejar escapatoria.

Se encontraron temblando en los brazos del otro mientras el chorro caliente de su semilla fluía entre ellos, entre los muslos aún abiertos de Lucy.

—¿Siempre es así? —le preguntó Lucy mientras la estrechaba contra él.

—Entonces, ¿cómo? —le preguntó él, estirándose indolentemente.

Lucy le miró con ojos soñadores y serenos, con el cuerpo aún agitado por el orgasmo y los miembros agradablemente cansados.

—¿Así de bien? ¿Tan fuerte? —curioseó torturando sus labios en la vacilación—. ¿Es siempre un anhelo tan desesperado? ¿Tan desesperado que se siente morir?

—Nunca así. Nunca —le respondió impetuosamente mientras acariciaba suavemente su larga cascada de pelo rubio—. Nunca tan hermoso —mientras sus labios se deleitaban con su dulce y apasionado sabor y su lengua bailaba en lo más profundo de su boca —. Nunca tan desesperada.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en los labios de Lucy, que se acurrucó aún más cerca de su marido y disfrutó de cada lánguida caricia. A ninguno de los dos pareció importarle que el agua comenzara a enfriarse.

Nada era más importante que estar en los brazos del otro.

Las manos de Cris se apoyaron ligeramente en su vientre y un suspiro de felicidad escapó de los labios del hombre.

La misma felicidad que invadía su vida.

Primero Lucy y las niñas y ahora ese otro regalo de Dios.

Un hijo. Un hijo de la mujer que amaba y que a su vez le correspondía.

Cada parte de sí mismo se fusionó con cada parte de Lucy para dar a luz a ese pequeño milagro.

No sabía qué había hecho para merecer tanta fortuna, pero por nada del mundo renunciaría a ella. De hecho, habría seguido aferrándose a ella con fuerza.

Exactamente como sostuvo a su esposa.

Una repentina conmoción les despertó del estado de calma total en el que se habían sumido.

Unos pasos rápidos y pequeños y un ladrido festivo precedieron a la entrada de Mindy y Eureka, el cachorro al que le encantaba seguir a sus hermanas.

—Mindy —se escuchó la voz apresurada y avergonzada de Elizabeth—. Te dije que no los molestaras.

La hermana menor miró a su hermana que intentaba llevarla con una mirada suplicante.

—Pero quiero estar con Lucy y Cris.

—Después pasarás tiempo con ellos —le susurró Elizabeth mientras la cogía en brazos y, sin mirar aún en su dirección, dijo en voz alta para asegurarse de que Cris también la oía—. No volverá a ocurrir.

Y mientras Lucy intentaba disimular todo lo posible, una risa liberadora sacudió a Cris.

—¡Gracias, Beth! —gritó él, reprimiendo la risa en el cálido y sonrojado hombro de su esposa.

Cuando Lucy se encontró con la mirada de su marido, vio que la alegría brillaba en sus ojos.

—¿Te imaginas si hubieran entrado hace siquiera cinco minutos? —le susurró al oído y se rio aún más fuerte mientras cada parte de su cuerpo se sonrojaba aún más.

Capítulo 37

Lucy también había decidido introducir otra tradición en su familia.

Todas las noches se reunían en el salón de su piso y pasaban tiempo juntas, mientras ella leía un cuento con su melodiosa voz antes de darles las buenas noches.

Mindy siempre se acurrucaba en sus brazos y la miraba con los ojos muy abiertos y llenos de serenidad, Johanna y Elizabeth siempre fingían ser demasiado mayores para este ritual pero siempre se sentaban a su lado y disfrutaban de las sonrisas que Lucy les regalaba, Eureka movía la cola y Cristopher las observaba con admiración desde unos pasos más allá.

Cuando se corrió la voz en el Club de que la dama leía historias y que cualquiera podía escucharla, muchos de los sirvientes y trabajadores del Club comenzaron a abarrotar sus habitaciones para seguir las aventuras del valiente e intrépido Ulises.

El señor Smith y el señor Murphy negociaban con el héroe griego, mientras que la señora Robinson y las jóvenes criadas se compadecían de la pobre Penélope, obligada a coser y descoser continuamente su telaraña.

De vez en cuando también pasaba Lucas, pero el hombre siempre se colocaba en el punto más alejado de la sala, con el rostro oscuro y concentrado.

Aquella lectura nocturna fue una auténtica tortura para el soltero que no pudo evitar mirar a Johanna y recordar aquel único beso que habían intercambiado.

Se prometió a sí mismo que no volvería a tocarla ni a hablarle, no podía hacerle esto a su mejor amiga, pero un deseo sordo y ciego invadía su cuerpo cada vez que la miraba.

Cuando el capítulo terminó, la multitud se dispersó, continuando con la charla sobre lo valiente que era la protagonista, y Cris tomó el dulce peso de Mindy en sus brazos.

Dio las buenas noches a sus hermanas mayores y luego, junto con Lucy, arropó a la pequeña.

Cuando volvieron a estar solos, Cris la miró con ojos de admiración.

—¿Cómo lo haces? Siempre eres tan buena con ellas. Tan perfecta.

Ella le miró con los ojos muy abiertos.

—¡Nunca fui perfecta!

—¿De verdad? —preguntó él, cogiéndola en brazos y sonriéndole con confianza—. Cuéntame un momento en el que no hayas sido absolutamente perfecta.

Lucy de dedicó una mirada desafiante.

—Ahora te voy a contar las cosas que nunca le he contado a nadie —dijo jadeando, pensó angustiada que ni siquiera se lo había contado a William.

Nunca había sido tan importante como lo era ahora Cris para su corazón.

Inclinándose hacia él como si estuviera a punto de confesarle un secreto, le reveló todo su pasado.

—Fue mi hermano quien me llamó Lucy. De niña no podía pronunciar mi nombre completo y lo acortó. —Una sonrisa de nostalgia iluminó su rostro—. Como bien puedes imaginar, nadie corregiría a un futuro conde. Ni aunque este siguiera galopando en su caballo balancín —jugando con un cojín del sofá en el que estaban sentados—. Solo mi padre seguía llamándome Lucille.

Su voz sonó de repente triste y Cris le levantó suavemente la barbilla para poder mirarla a los ojos.

—¿Y tú?

Con un encogimiento de hombros, Lucy pasó a enumerar la lista de defectos que su padre no dejaba de recordarle.

—Camino descalza. Tengo la nariz llena de pecas porque me gusta estar al sol y ninguna tintura blanqueadora de mi madre ha funcionado. Monto demasiado rápidamente para una mujer y siempre expreso mi opinión en una discusión, sobre todo si tengo que defender a alguien —alegó mordiéndose los labios con vacilación, apartó la mirada de Cris—. Nunca fui la hija perfecta de un conde. Incluso antes de que mi padre muriera. Incluso antes de que sus deudas pesaran sobre nosotros. Nunca fui Lucille. Lo intenté, lo juro… pero siempre fui Lucy.

Con una carcajada besó su pequeña nariz llena de pecas tan perfecta a sus ojos.

—No creo que me hubiera gustado Lucille. —Le robó otro beso—. Para llenar mi casa te quiero a ti. Te quiero a ti, Lucy.

Y Lucy se sentía tan feliz por sus pequeñas imperfecciones.

Imperfecciones que la habían traído a sus brazos.

Imperfecciones que le habían mostrado el verdadero amor.

Capítulo 38

Lucy y las chicas recorrieron las calles del centro de Londres para comprar algo para las jóvenes que parecían no tener más ropa que la negra y aburrida que llevaban.

Mindy la sostenía con fuerza, con su pequeña y cálida mano, y se detenía frente a cada escaparate con los ojos muy abiertos y preguntándose para qué servían todos aquellos extraños objetos.

Todo era nuevo a los ojos de las niñas y parecían tener miedo de pedir lo que querían, a pesar de los ánimos de Lucy.

«Lástima que Cris no esté aquí con nosotros», pensó Lucy, que miró hacia un hosco Lucas, que se vio obligado a acompañarles, mientras miraba desconcertado a su alrededor.

Se suponía que iba a acompañar a Cris, pero en el último momento surgió algo en la renovación de la casa y envió a Lucas a sustituirle.

Mirándolo, con los hombros caídos y el paso desganado, no sabía si la ausencia de Cris disgustaba más a las chicas o a él.

Entraron en una tienda de moda de ropa de mujer y se las arreglaron para comprar ropa para todas las ocasiones, ignorando las protestas de Johanna y Elizabeth, que no querían gastar demasiado dinero, y los resoplidos de Lucas.

La única entusiasmada por gastar y probarse decenas de prendas era Mindy, que se reía haciendo piruetas frente al espejo.

—¿Podemos conseguir un vestido para Eureka también, Lucy? — preguntó mirándola con sus inmensos ojos azules.

—Eureka es un niño, no necesita un vestidito —respondió, acariciando su cabeza y acomodando un largo rizo detrás de su oreja.

La niña pareció encontrar convincente la respuesta y volvió a jugar con la muñeca que habían comprado en una de las tiendas que ya habían visitado.

Mientras se dirigían al carruaje al final del camino, ocurrió el desastre.

Un hombre borracho y maltratado se acercó a ellos y le gritó.

—Lucy —su nombre dibujado y pisoteado—. Lucy ¿no te acuerdas de mí?

Al mirar hacia el desconocido, sus ojos revelaron el uniforme rojo arrugado y el pelo rubio desordenado.

A pesar de su barba y su aspecto aterrador, Lucy lo reconoció inmediatamente.

—¿William? —preguntó sorprendida—. ¿William en qué te has

convertido?—

Una risa malvada sacudió sus ahora delgados hombros y la miró con una mirada nublada por el alcohol y quién sabe qué otra sustancia.

—¿Quién es esta mujer? Ya no eres tú. Te encantaban los bailes, las galas. Venerabas a la nobleza y nunca habrías andado con bastardos. —Lanzando una mirada de desprecio a Lucas y alargando una mano para cogerle la muñeca de forma prepotente—. Me venerabas —dijo con una voz cargada de ira.

Mientras el agarre de William en su muñeca se hacía cada vez más fuerte y el nauseabundo olor a suciedad que salía del cuerpo de William perturbaba su olfato, Lucy no pudo evitar pensar en lo equivocada que estaba.

Incluso cuando estaban juntos, ella había empezado a cambiar y él nunca lo había notado.

Había seguido engañándose a sí mismo con que ella seguía siendo esa arrogante criaturita interesada solo en poseer el vestido más a la moda. Nunca la había conocido realmente.

Nunca había conocido a la nueva Lucy, la que odiaba la falsedad y el vacío de la nobleza, la que ayudaba a las criadas a limpiar el club, la que reía con los criados, la que consideraba a su mayordomo la única figura paterna de su vida.

Y ella tampoco lo había conocido realmente.

El hombre al que creía amar no había existido más que en sus sueños de niña.

El caballero sin mancha ni pecado nunca había existido, nunca había sido lo suficientemente valiente como para arriesgarlo todo por ella y ella nunca le había amado de verdad.

Ella no lo había amado con ese amor loco, enloquecido, profundo y desesperado con el que amaba a Cris.

Ese hombre testarudo, fuerte y valiente que se levantaba cada día a su lado y le brindaba sonrisas y amor.

El hombre que había luchado por ella, que conocía sus defectos y la amaba también por ellos, y, pensando en el niño que crecía dentro de ella, el hombre que le había dado la vida.

El hombre al que quería volver, pensó mientras luchaba por liberarse de su agarre.

—Basta ya. ¿No ves que estás aterrorizando a todo el mundo? —Una pequeña multitud comenzó a reunirse cerca para observar la escena.

Mindy empezó a gritar y a llorar, aterrorizada, y Johanna y Elizabeth la miraron con los ojos muy abiertos mientras Lucas intentaba apartarlo.

—No os preocupéis, chicas. —Calmar a las chicas fue el único

pensamiento de Lucy, a pesar de que el agarre de William era cada vez más fuerte y la convicción de que había un loco desesperado frente a ella se abría paso en su interior—. Déjala en paz —soltó Lucas de inmediato mientras ella intentaba alejarse de él sin éxito.

—Cállate cabrón, no puedes ni hablar conmigo —gritó William, mirando a Lucas.

—Amigo, te lo pido educadamente: déjala ir. —La voz de Lucas apenas contenía su ira.

—No soy tu amigo —se burló William, riendo y temblando juntos.

—Créeme, nunca querrías ser mi enemigo —le susurró Lucas con los ojos encendidos de furia, y como el hombre no hizo ninguna señal de soltar a Lucy, giró su bastón y golpeó repetidamente la pierna de William.

El soldado la soltó tan rápidamente que Lucy se habría desplomado al suelo si Johanna no se hubiera apresurado a sostenerla.

Los únicos sonidos que se escucharon fueron los gritos de dolor de William y la amenaza no tan velada de Lucas de deshacerse de él la próxima vez que sus caminos se cruzaran.

Subieron al carruaje y se dirigieron al Club tan rápido como el viento.

Mindy lloraba suavemente en los brazos de Elizabeth y Johanna seguía sosteniéndola en sus brazos.

—¿Estás bien? —preguntó Lucas con voz ansiosa.

—No, no está bien —respondió Johanna molesta—. La acaban de atacar, no puede estar bien.

Lucy les sonrió a los dos y le cogió las manos de Johanna.

—No te preocupes, estoy bien —aseguró mirando a Lucas, que jugaba nervioso con su bastón—. Gracias a ti y a tu fiel bastón estoy bien.

El hombre la miró y, tras asegurarse de que no tenía ninguna herida, dio un suspiro de agradecimiento.

—Sabía que tarde o temprano, este maldito palo me sería útil. —Sus ojos brillaron de satisfacción y orgullo.

A la entrada del club encontraron a Cris esperándoles y todos se quedaron paralizados en el umbral, sin estar aún preparados para enfrentarse a la furia que le invadiría en cuanto se enterara de lo ocurrido.

Todos menos Mindy, que corrió a refugiarse en sus brazos y le contó todos los detalles.

«Una maldita buena memoria para una niña tan pequeña», pensó Lucas maldiciendo.

—Una persona muy mala —le decía Mindy mientras Cris fijaba su mirada en Lucy y en él.

—Ahí está. —Se inclinó Lucas para susurrarle a Lucy.

—¿Qué? —preguntó la mujer, apoyándose en él.

—La mirada del diablo —su voz era a la vez resignada y divertida.

—Lucas —la tensa voz de Cris resonó en el pasillo.

—¿Qué, Cris? —preguntó Lucas mientras hacía señas a las mujeres para que se adelantaran—. ¿No te ha dicho la pequeña lo bueno que soy con el bastón? —comentó mirando a Mindy con ojos llenos de decepción—. ¿No es bueno? ¿Por qué siempre lo prefieres a él? —Su voz ofendida y triste también hizo sonreír a Mindy.

—Chicas, id a casa de la señora Robinson. Os ha preparado una merienda. —Cuando los tres salieron de la habitación—. Y vosotros dos me lo vais a contar todo —pidió acercándose a Lucy y abrazándola protectoramente—. No hasta que hayas visto a un médico.

Lucy levantó sus brillantes ojos azules y le dedicó una sonrisa, tranquilizándole.

—Estoy bien, Cris. No hace falta el médico. —Luego mirando hacia su amigo continuó—: Lucas nos defendió.

Agradeció a su amigo con la mirada, mientras respiraba el dulce aroma de Lucy, trataba de contener su furia.

—Todavía quiero saber todo y quiero que un médico te examine.

Escuchó la historia mientras abrazaba a su mujer con fuerza y observaba el hematoma que se estaba formando en su muñeca.

Un silencioso improperio se formó en sus labios al pensar que le hubiera encantado ser él quien defendiera a sus mujeres.

El pequeño cobarde habría tenido un castigo aún peor que los golpes de Lucas.

Pero seguía estando orgulloso de su amigo y de la forma en que había conseguido defenderlos sin asustar a ninguno y llevarlos a casa sanos y salvos.

Cuando hicieron el amor esa noche, él la poseyó con una energía nueva y desesperada.

Como si quisiera dejar su huella en ella y dentro de ella.

La marca de su posesión.

Con cada empuje que le llevaba más y más dentro de ella, susurraba:

—Eres mía —un empujón, un beso y un susurro—: Eres mía. Mi mujer. Mi mujer. Eres solo mía —como una letanía que acompañó toda su noche de pasión.

Lucy se aferró a él con su cuerpo satisfecho por el disfrute y mirándolo a los ojos y besándolo como él le había enseñado, moviendo sus labios para hacer más espacio en su boca y entrelazando su lengua con la de él en una dulce búsqueda de amor, le dijo:

—Te elegí a ti. Siempre te he elegido a ti. El día de nuestra boda y

todos los días de nuestra vida juntos. —Tomó su cara entre las manos —. Cuanto más te conozco, más feliz soy de haberte elegido. Siempre te elijo a ti. Todos los días de mi vida te elegiría a ti. — Luego, como respondiendo a sus palabras, le dijo antes de que el sueño descendiera sobre ellos—. Y yo soy tuya. Tuya como tú eres mío.

Los celos y la furia ciega, que se habían apoderado de él cuando se enteró de lo sucedido, fueron borrados por la dulzura de sus palabras.

Se quedaron dormidos así, abrazados, disfrutando del calor de su amor.

Capítulo 39

La casa de Londres seguía siendo inhabitable, a pesar de todos sus recordatorios al arquitecto, y cuanto más tiempo pasaba más se convencía Cris de que la opción correcta para su futuro era abandonar el Club.

Sus afortunados años en el Club les habían permitido adquirir varias propiedades repartidas por Inglaterra, y la finca de Dorset les parecía perfecta.

Las niñas y Lucy serían más libres y ningún hombre sin escrúpulos podrías molestarlas en su propia casa.

Sabía que era la única decisión correcta que podía tomar, pero, sin embargo, una repentina sensación de tristeza le invadió cuando cruzaba el umbral.

Nunca había vivido en otro lugar y, después de todos esos años, el Club se había convertido en su verdadero hogar.

Había pasado los mejores, pero también los más difíciles años entre esas mismas paredes, conocía cada rincón, habitación o pasadizo secreto, sabía qué puerta crujía más y qué ventana estaba reparada.

Había contado los escalones que separaban el estudio de su piso todos los días, y la cicatriz de su pulgar derecho era un recuerdo de cuando él y Lucas habían instalado el parqué.

El señor Smith le esperaba de pie en la puerta y tenía los ojos vidriosos.

Varias veces esa semana su asistente había intentado convencerle de que le llevara con él, pero aunque había contado con él durante mucho tiempo y confiaba enormemente en sus capacidades, no era tan egoísta como para no darse cuenta de lo mucho que el Club, especialmente ahora que se iba, necesitaba su presencia.

Cuánto lo necesitaba Lucas.

Su amigo también estaba al lado de Smith, esperando para despedirlo.

Su porte orgulloso y su elegante vestido consiguieron arrancarle una sonrisa.

Más que esas cuatro paredes, Lucas había sido su hogar.

Desde entonces se habían encontrado solos y maltratados.

La señora Robinson seguía abrazando a Lucy y aconsejando a las niñas que se comportaran mientras se secaba las lágrimas en secreto.

Parecía que todos sus empleados se habían reunido para despedirse por última vez.

Cuando por fin consiguieron meter a toda la familia en el

carruaje, la lluvia había empezado a amainar y Londres había comenzado a fluir rápidamente ante sus ojos.

Todo parecía tranquilo, Mindy descansaba plácidamente en sus brazos, el cuerpo dormido de Lucy utilizaba su brazo como almohada y Elizabeth leía un libro.

Incluso Eureka, tan vital, dormía a sus pies.

Sin embargo, sus ojos no podían apartarse del rostro de Johanna.

Tenía un aspecto triste y desolado, mirando por la ventana y siguiendo el camino de las gotas de lluvia con los dedos.

¿Estaba triste por dejar la capital?

Durante los preparativos de la partida no había parecido importarle irse, pero quizá no había prestado atención, atrapado en mil compromisos.

—Johanna —la llamó suavemente.

La chica se encontró con su mirada y la visión de las lágrimas que corrían por su joven rostro le estrujó el corazón.

Extendió una mano hacia ella y Johanna la apretó con fuerza como si buscara apoyo y protección.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué lloras? —Esa pregunta pareció hacerla llorar más fuerte y Cris suspiró desesperado.

Moviéndose lentamente para no despertar a Mindy, buscó el pañuelo que guardaba dentro de su chaqueta y se lo entregó a su hermana. Mientras se secaba las lágrimas y respiraba profundamente, se volvió hacia Elizabeth y la interrogó también.

—¿Por qué está llorando?

Elizabeth cerró su libro con un movimiento firme y parecía dispuesta a contárselo todo cuando Johanna la fulminó con la mirada.

—¿Qué secreto intentas ocultarme? —preguntó con las cejas arqueadas en señal de asombro.

Con un fuerte suspiro y abriendo de nuevo el libro, Elizabeth le dijo.

—Me gustaría contarlo todo, pero ella no quiere — recibió otra mirada amenazadora de su hermana.

Apretando con más fuerza la mano temblorosa de Johanna, la miró a los ojos oscuros.

—¿Por qué no me lo dices? —Al ver que ella luchaba contra la tentación de confiar en él—, sabes que puedes confiar en mí.

—Sé que puedo confiar en ti —le respondió y una oleada de calor golpeó a Cris.

Saber que su hermana confiaba en él era la mejor noticia del día.

—Pero no me vas a decir nada, ¿verdad? —preguntó resignado.

Una sonrisa iluminó el rostro de Johanna.

—No te diré nada —confirmó, y después de secarse las lágrimas una vez más, se dirigió a Elizabeth—. Y alguien más tampoco dirá

nada.

—¿Por qué no puedo decírselo a Cris? —preguntó Beth con obstinación, y en ese momento parecía una copia idéntica de Mindy cuando se fijaba en algo.

—Porque me lo prometiste, y las promesas entre hermanas son sagradas —dijo Johanna, mirando hacia ella.

Una conversación silenciosa parecía tener lugar entre las dos hermanas, y después de un rato Elizabeth se volvió hacia él y, sin poder evitarlo, se encogió de hombros.

—Lo siento Cris, pero una promesa es una promesa.

Con un suspiro derrotado, Cris se recostó fuertemente en el asiento, las miró ofendido.

—¿Sabes que para saber la verdad podría torturarte? —Una risita sacudió a Elizabeth y pareció que incluso Johanna ya no estaba tan triste—. O podría matarte de hambre. —Una mirada cómplice entre las hermanas y Johanna y Elizabeth volvieron a reírse—, o pedirle a Mindy que te llene de por qué. —Johanna escondió una risa detrás de su pañuelo—, quizá hacer que Eureka te lama la cara. —El perrito, como si se lo pidieran, levantó una pata.

Todo aquel alboroto despertó a Lucy, que mirándole primero a él y luego a las chicas preguntó con voz somnolienta.

—¿Por qué se ríen?

La primera en responder fue Isabel que, conteniendo la risa.

—Cris intenta amenazarnos.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Lucy mientras se aferraba aún más a él.

—¿Tú también te ríes? —le preguntó fingiendo ofensa.

—No harías daño ni a una mosca —respondió su mujer, mirándole con sus profundos ojos azules.

Era tan hermosa, pensó, maldiciendo la presencia de las chicas.

Hermosa incluso cuando está despierta.

Hermosa aunque cansada por el viaje.

Cuando ella le miraba así, siempre le parecía sentir que su corazón latía más rápido y en sus ojos podía ver toda su belleza interior y su confianza incondicional en él.

Su rostro delicado y elegante se extendía hacia él, con sus mejillas suaves y sonrosadas y la salpicadura de pecas en su pequeña nariz, y él sintió que crecía en su interior la necesidad de besarla.

«Besa sus suaves labios y piérdete en su sabor.»

Con un suspiro de resignación se contentó con abrazarla más fuerte y acariciar su larga cabellera del color del sol. No podía esperar a llegar a casa.

Al ver a su hermano y a Lucy juntos, Johanna no pudo contener un pequeño sollozo y más lágrimas silenciosas rodaron por sus

mejillas.

Estaba haciendo las maletas cuando Lucas se acercó a hablar con ella y, mientras intentaba calmar los locos latidos de su corazón, Lucas parecía molesto y murmuraba algo sobre el olvido.

—¿Olvidar? —le había preguntado ella.

Espaciosamente, Lucas se había acercado a ella.

—Tendremos que olvidarlo todo —dijo mirándola con sus ojos grises, cansados y desganados—, olvida el beso.

Johanna le había mirado con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué? ¿Por qué debería olvidarlo todo? —El tono se volvió cada vez más agitado.

—Fue una estupidez por mi parte besarte —dijo jugueteando con sus rizos—. No volverá a ocurrir.

—¿Y si quiero que se repita?

—No, Johanna. No podemos tener un futuro —aseguró tomándola por los hombros y sacudiéndola enérgicamente—. No sabes en qué te estarías metiendo. No me conoces. No tienes ni idea de lo mucho que podría hacerte daño.

—¡Salvaste a Lucy de ese atacante, nunca me harías daño!

Una risa triste había sacudido los hombros de Lucas.

—¿De verdad lo crees, Johanna? —Sus ojos grises se habían oscurecido y su agarre se había vuelto aún más fuerte. Más doloroso aún. Tan doloroso como el sonido de su corazón rompiéndose.

—¿Esto es una despedida? —le preguntó ella con lágrimas apenas contenidas.

—Es una despedida —confirmó él, aún abrazándola con fuerza.

Si era una despedida, ¿por qué no la dejaba ir? ¿Por qué la sujetaba con tanta fuerza? ¿Por qué sus ojos estaban tan tristes?

Ella había visto su rostro acercarse y como una ráfaga de viento los labios de Lucas se habían apoderado de los suyos.

En un beso posesivo y desesperado, el sabor salado de sus lágrimas, con él tratando de encontrar un hueco entre sus labios y ella aferrándose desesperadamente a sus musculosos hombros.

Olas de tristeza y rabia sacudieron su cuerpo mientras intentaba alejarse lo más posible de él y comenzó a golpear repetidamente su pecho duro como el mármol.

—¿Por qué me besas si tenemos que olvidar? —le había preguntado ella con los labios hinchados por sus besos. Su única respuesta fue darle la espalda y acercarse a la puerta—. Te odio, ¿entiendes? —Mientras recuperaba el aliento entre sollozos había gritado aún más fuerte—. Te odio.

No se había vuelto hacia ella.

—Prefiero tu odio a tu amor —le susurró en un tono casi de satisfacción.

—¿Por qué? —su voz sonaba cada vez más desesperada.

—Odio a lo que estoy acostumbrado. —Sus ojos magnéticos habían reflejado su estado de ánimo.

Ojos perdidos y solitarios como se sentía ahora.

Sola a pesar de que el carruaje estaba lleno de las personas que más quería en el mundo.

Contemplando el paisaje, que se volvía más y más rural cuanto más se alejaba de él, rezó para que algún día Lucas se acostumbrara al amor.

A su amor.

Capítulo 40

Llegaron a la finca tras un largo y agotador viaje que había puesto a prueba la resistencia de toda la parte femenina de la familia.

Mindy estaba harta de estar encerrada en el carruaje, Johanna y Elizabeth le señalaron que una dama necesitaba una posada que cumpliera con ciertas características para llevar a cabo sus necesidades, y esas características eran realmente difíciles de encontrar en la campiña inglesa, y Lucy a pesar de no quejarse nunca durante las cuatro horas de viaje, parecía cada vez más pálida y cansada.

Implorando en silencio, se culpó por no haberse ido antes de que el embarazo pusiera a prueba a su mujer.

A mitad de camino, se sintió tan agotado que bajó del carruaje y se dirigió a su semental.

Los únicos que parecían estar bien eran él y Eureka, que seguía moviendo la cola alegremente y corriendo a su lado en medio de todo ese verde.

Acariciando su espeso y suave pelaje, Cris pensó que era un compañero de viaje excepcional.

Cuando por fin pudo ver el contorno de la villa, respiró aliviado.

Una exuberante hierba verde rodeaba la finca, el camino principal estaba sembrado de pequeñas flores de todos los colores y grandes árboles daban sombra al jardín.

Cuando Lucy vio la casa a través de la ventana, no pudo contener un grito de asombro.

Esta no era una simple casa de campo como la había descrito Cris.

Era una verdadera casa solariega.

Nada más bajar del carruaje, todos los detalles le llamaron la atención: desde los escalones exteriores de mármol que conducían al interior de la villa hasta las altas y majestuosas ventanas que dominaban la fachada de la casa.

El exterior de la villa estaba recubierto de una piedra tan clara que parecía brillar al sol, y pequeños árboles en flor coloreaban alegremente cada rincón.

En la entrada fueron recibidos por el mayordomo y todo el personal vestido con sus mejores uniformes.

—Bienvenidos, Sus Gracias —dijo el mayordomo que se inclinó ante ellos.

Su marido no solo era el dueño de un club en Londres tan rico como Croesus.

Su marido era también el duque de Kent, lo que la convirtió en duquesa de Kent.

Eran Sus Gracias, pensó mientras tragaba ansiosamente y abrazaba a Mindy con fuerza.

Pasaron por todo el personal, se sonrieron y se dieron la mano, y mientras Lucy intentaba recordar todos los nombres posibles, no pudo evitar mirar a su marido.

Cris, con su porte elegante, su voz tranquilizadora y su porte orgulloso, parecía completamente a gusto en su nuevo papel.

Ese era realmente su lugar en el mundo.

A pesar de que su padre había intentado deshacerse de él en repetidas ocasiones, Cris había nacido así.

Nació para ser duque.

Podía encantar a todo el mundo con su sonrisa y con su inteligencia podía ganarse a todos los que le rodeaban.

Una oleada de orgullo calentó su corazón al pensar que ese hombre extraordinario la amaba.

Ella era la que él había pedido que fuera su duquesa.

Y aunque ese papel todavía la hacía sentir un poco incómoda para él, lo intentaría.

Intentaría ser la duquesa que él necesitaba, ayudándole en los momentos más difíciles y amándole cada día de sus vidas.

Y amaría a sus hijos, pensó con una sonrisa mientras acariciaba su barriga que empezaba a asomar por debajo de la túnica.

El ama de llaves les mostró sus habitaciones y les asignó a cada una un cuarto en tonos rosas y lilas, y las tres estaban tan cansadas y agotadas por el viaje que se quedaron profundamente dormidas sobre suaves sábanas con aroma a lavanda.

Cuanto más avanzaban, más adoraba Lucy la casa.

Cada detalle era perfecto y la luz que entraba por las ventanas era cálida y dorada, iluminando cada rincón.

El jardín era grande y completamente seguro, incluso para Mindy y Eureka, los miembros más pequeños y revoltosos de la familia.

La finca era tan espaciosa que Lucy suspiró de placer pensando en la cantidad de cabalgatas salvajes que podría hacer. Después del embarazo, por supuesto.

El aire era puro y ligero, tan diferente del aire contaminado de Londres.

Era el lugar perfecto para criar a su familia.

Cuando el ama de llaves los dejó por fin solos, Lucy corrió rápidamente a refugiarse en sus brazos y se abrazó fuertemente a él.

—Gracias, gracias, mil veces gracias.

—¿Te gusta? —le preguntó con los ojos iluminados de alegría.

—¿Me gusta? Me encanta. Olvídate de Londres. Aquí es donde

quiero vivir —dijo mirando las vistas desde el pequeño balcón del dormitorio principal que daba al jardín—. Es el paraíso.

Cris se acercó a ella y, tras abrazarla por la espalda, dijo respirando el dulce aroma de su pelo.

—Es un paraíso solo si estás conmigo.

—Siempre —respondió ella y se volvió hacia él.

Sus labios se fundieron en un dulce y atormentado beso.

Por fin estaban en casa, pensó Cris.

Capítulo 41

Los días en el campo continuaron llenos de serenidad y momentos familiares.

Cristopher, al no tener ya la responsabilidad de dirigir el club, pudo pasar mucho más tiempo con Lucy y sus hermanas y cada momento que pasaron juntos fue una verdadera bendición.

Ese día, había decidido llevarlas con él al arroyo que rodeaba toda la finca y, a pesar de sus protestas, se esforzó por convencerlas de que se bañaran.

—Nunca nadaremos en este arroyo, Cris. —Su mujer le había mirado casi escandalizada y trataba de mantener lo más lejos posible de la orilla a las impacientes Mindy y Elizabeth.

Completamente sumergido en el agua clara y fresca, le sonrió a su mujer.

—Es magnífico, Lucy. No encontrarás agua más clara en toda Inglaterra.

Una mirada a Johanna y vio que ella también tenía ganas de nadar. El deseo de divertirse estaba en sus pupilas.

Ya no era la niña llena de responsabilidades y preocupaciones que había conocido el día de la muerte de su padre.

Ahora era una joven dispuesta a emprender el vuelo, con largos rizos volando salvajemente a su alrededor y ojos brillantes. E incluso la tristeza que la había afectado durante el viaje parecía haber desaparecido.

—No sé nadar —le había casi susurrado Lucy con las mejillas rojas de vergüenza.

—Nosotras tampoco sabemos nadar —respondió Johanna con derrota mientras seguía mirando con añoranza el agua clara.

Como si hubiera sido derrotado, se acercó en la orilla y salió del agua.

La visión del cuerpo musculoso de su marido completamente desnudo, excepto por un pantalón que le servía de bañador, había provocado un temblor en Lucy, que se esforzó por no sonrojarse y apartar la mirada.

Llevaban meses casados, ella conocía cada parte de su cuerpo y, sin embargo, su deseo por él no daba señales de disminuir.

Cada vez que lo veía se sonrojaba como una adolescente y sentía que cada parte de su cuerpo se tensaba hacia él, como si buscara desesperadamente el contacto.

Algo dentro de su corazón le decía que toda esa excitación nunca

desaparecería. Esa búsqueda constante nunca cesaría.

—¿No es la natación parte de la educación de las niñas de la nobleza? Qué pena —les había dicho, riendo a carcajadas.

—Qué pena —le había dicho la pequeña Mindy, acercándose cada vez más.

Estaba casi seguro de que su hermana pequeña ni siquiera sabía lo que significaban esas palabras, pero le encantaba repetir cada palabra nueva que oía y lo había descubierto a su costa, pensó con una sonrisa, cuando Mindy había repetido con orgullo uno de los improperios que él solía decir.

De esa experiencia había aprendido que tenía que tener mucho cuidado con lo que decía cuando sus orejitas le escuchaban.

Le habría encantado abrazarla y deleitarse con la visión de su dulce carita, pero no pudo.

Lucy nunca le habría perdonado si hubiera mojado el vestido nuevo que llevaba.

—Lucy debes aprender a nadar —dijo al encontrarse con la mirada de su esposa.

—¿Tenemos que hacerlo? —preguntó su mujer con las cejas, largas y rubias, fruncidas y la mirada atenta sobre el agua.

—¿Si alguna de ustedes se cae accidentalmente al agua? ¿Si Mindy jugara cerca y terminara en el agua? ¿Si nuestro hijo terminara en el agua? No saber nadar podría ser una tragedia. —Ahora ya no parecía tener ganas de bromear y su tono era serio y rotundo—. Y ninguna de vosotras podría ayudarles.

Con una mirada vacilante y preocupada, Lucy miró a las tres chicas.

La idea de no poder salvarlas si alguna vez se presentara la trágica ocasión la hizo quedarse sin aire.

—La finca está demasiado cerca del arroyo para que no aprendas a nadar. No pondré en peligro ni a ti ni a las niñas. O a nuestro hijo —continuó Cris, mirándola fijamente a sus profundos ojos negros, capaces de fascinar y convencer—, confía en mí.

Tal vez era el miedo a perder a una de las niñas en aquella agua clara y tranquila, tal vez era la tentación de sumergirse en aquel manantial puro, o tal vez era el tono desesperado con el que su marido le pedía que confiara en él.

Cada día le demostraba lo especial que era y lo mucho que le importaba.

Y, desde luego, no podía defraudarle por no confiar en él.

—¿Qué debemos llevar? —preguntó, y la sonrisa que iluminó el rostro de su marido le calentó el corazón y disminuyó su preocupación.

La clase de natación resultó ser divertida y por momentos

relajante.

En algunas partes del arroyo el agua no era muy profundo y todos podían alcanzar, excepto la pequeña Mindy, y Cris les enseñó a cada una de ellas a mantenerse a flote y algunos pequeños rudimentos para aprender a nadar.

Cuando las niñas empezaron a perseguirse y a jugar con el agua, Cris nadó lentamente hasta llegar a Lucy, que estaba apoyada en la orilla.

Llevaba un sencillo slip blanco que dejaba ver todas sus formas y con el agua se había vuelto tan transparente que Cris sintió que la pasión subía en su interior.

Pudo vislumbrar sus pezones rosados y turgentes y su vientre suavemente redondeado.

Solo el agua helada del arroyo amortiguó parte de su excitación.

Se acercó lentamente a ella y la estrechó entre sus musculosos brazos.

Lucy le sonrió con los ojos y acercándose le susurró contra la piel sudorosa de su cuello.

—Las chicas nos verán

—No, están jugando. —Tras lanzar una rápida mirada a las hermanas, se acercó aún más y estrechó su cuerpo contra él.

Cada centímetro de su piel estaba en contacto, piernas contra piernas, la sangre corriendo por sus venas y la respiración acelerada que sacudía el pecho de Lucy.

Sus manos se posaron sobre sus suaves protuberancias y de sus labios escaparon gemidos incontrolados. Solo una fina capa de agua los separaba.

Le depositó pequeños besos por toda la cara y detrás de las orejas. Las palabras de Cris susurradas al oído y las caricias de sus expertas manos hicieron que Lucy se estremeciera deliciosamente por todo su cuerpo.

—¿Ya te he dicho que eres hermosa? —Mientras ella reía él le besaba toda la cara—. Hermosa es tu naricita. —Y bajando a sus mejillas—. Hermoso es tu rubor. —Al tiempo que ella cerraba los ojos y sentía que el deseo despertaba cada mínima parte de su cuerpo—. Hermosos son tus ojos azules. —Le besaba los párpados cerrados—. Hermoso tu cuello suave y perfumado. —Sus labios asaltaron la suavidad de su cuello, dejándola totalmente sin aliento mientras sus manos jugaban con el dobladillo de su enagua.

La pasión crecía en Lucy, con cada beso y caricia de sus grandes y cálidas manos, y un torrente caliente se deslizaba por sus piernas.

Entonces Cris se alejó de ella, tan repentinamente que su cuerpo lo echó de menos inmediatamente y se tensó hacia él en una necesidad casi desesperada.

Él también debió notar la pasión que encendía su cuerpo porque la miró con sus profundos ojos oscuros y le dijo con una sonrisa socarrona.

—Tan hermosa que no puedo esperar a la noche —prometió tras darle un último y apasionado beso en sus labios separados se marchó.

Dejándola sola y con el sabor de él en los labios.

Cris estaba tumbado en la gran cama de matrimonio, con el pecho musculoso completamente desnudo, las manos detrás de la cabeza y los ojos atentos al espectáculo que su mujer le ofrecía sin saberlo.

Estaba sentada en su tocador y tarareaba suavemente con su melodiosa voz, se pasaba un pequeño peine de madera por el pelo, sus manos se movían expertamente y con ligereza y él no pudo evitar mirarla como si estuviera hechizado.

Nunca había pensado que ver a una mujer peinarse pudiera excitarle tanto, y sin embargo, cuanto más la miraba, con la suave luz de las velas de la habitación cayendo sobre su rostro sereno, más sentía crecer su excitación hasta dejarle sin aliento.

—Me gusta mirarte cuando te peinas —dijo con una voz teñida por el deseo—. Es tan íntimo. Y tú eres tan mía.

La vio ponerse rígida en su silla y lanzar una mirada furtiva hacia él.

Se acercó a ella lentamente y, colocándose detrás de sus hombros, sus manos le acariciaron su larga melena rubia. Tan suave y fragante.

Tenían un aroma alimonado y dulce.

El aroma de Lucy, pensó, inhalando bruscamente.

Los ojos azules de Lucy reflejados en el espejo siguieron el camino de las grandes manos de Cris, y cuando descendieron desde su pelo hasta sus hombros, tocando suavemente la fina y transparente bata que llevaba, no pudo evitar que su cuerpo temblara de deseo. Un tirón de sus manos y estaría desnuda, pensó Lucy.

Y como si Cris le hubiera leído la mente, le vio sonreírle en el espejo y juguetear con el borde de su bata justo a la altura de sus pechos.

El deseo que se encendió en la orilla del arroyo, cuando él la había dejado desesperadamente deseosa, estaba a punto de ser satisfecho por fin, y Lucy se regocijó al ver las manos temblorosas de Cris y el sonido de su respiración fuerte y agitada cerca de sus oídos.

Por lo visto, no era la única que estaba presa de la excitación y, con una sonrisa, pensó en lo mucho que le habría gustado jugar como él lo había hecho aquella mañana.

También quería excitarlo hasta la locura.

Cruzando sus profundos y lujuriosos ojos en el espejo, alargó una mano y desató lentamente un fino tirante de su camisón.

Sus ojos parecieron oscurecerse aún más y siguieron el movimiento de su mano hasta que su hombro quedó totalmente expuesto.

Un suspiro bajo y las manos de Cris corrieron a acariciar su piel desnuda.

Con una risita apenas contenida se levantó del tocador y escapó de sus brazos dispuesta a atraparlo.

Mirándole y mordiéndose los labios, jugueteó con el otro tirante sin llegar a bajarlo del todo.

Cris la miró con avidez, dispuesto a saltar hacia ella como un felino, y tratando de calmar su respiración con una sonrisa.

—¿Quieres jugar?

Una sacudida de pasión estremeció el cuerpo de Lucy cuando escuchó su voz áspera y llena de deseo.

Acercándose cada vez más a la cama le miró.

—Sí, quiero jugar —le contestó y se sorprendió de su propia audacia cuando, con un rápido gesto, se desnudó completamente ante los ojos abiertos de él.

—Lucy no sabes lo que me estás haciendo —susurró mientras se acercaba a ella tan rápido como el viento.

Extendiendo las manos hacia el pecho desnudo de ella, sintió cálidos escalofríos que le recorrían la columna vertebral.

Era tan fuerte y musculoso y se sentía tan bien tocar cada parte de su cuerpo: su cálido pecho, sus esculpidos abdominales y sus largas y musculosas piernas.

Cuando sus manos recorrieron su entrepierna, ella sintió que él contenía la respiración y, sin ningún esfuerzo, con un gruñido casi animal la tomó en sus brazos y la arrojó sobre la cama en un delicioso revoloteo de almohadas y sábanas de seda.

Extendiendo una mano, le invitó a unirse a ella en la cama y cuando se tumbó a su lado, lo montó.

Esa noche ella estaba a cargo y quería hacerle temblar de deseo.

Y cuando él, con un empujón de sus caderas, trató de invertir su posición, ella se rebeló aferrándose a sus hombros y rio en sus brazos. Mirándole a los ojos.

—Quiero explorar cada parte de ti —le susurró al oído.

Al sentir que él contenía la respiración, bajó sobre su cuerpo y comenzó a besar su pecho musculoso.

Sus caderas se elevaron y la suave tela de sus pantalones le hizo cosquillas en sus partes íntimas desnudas en una caricia llena de tentación. Pero ella continuó su exploración y descendió para besar sus abdominales tensos y contraídos.

Cuando llegó a la altura de su ombligo, sintió que se ponía rígido y contenía la respiración. Cris se mordió los labios para contener sus

gemidos.

Sus ojos llenos de deseo contenido la miraron y su fuerte cuerpo se tensó hacia ella, pero Lucy siguió su camino y su piel pareció calentarse cada vez más.

Su miembro era grande y turgente y se alzaba alto e imponente, buscando el contacto con su piel.

Con una mano temblorosa comenzó a acariciarlo y sintió que Cris se ponía aún más rígido mientras apretaba la sábana que tenía debajo con sus manos.

Estaba caliente y duro bajo sus manos mientras lo acariciaba suavemente y lo apretaba, y era tan placentero complacerlo a él y verlo disfrutar bajo su contacto.

Le vio cerrar los ojos y bajo su bronceado un ligero rubor coloreó sus mejillas.

Por una vez tenía el control y era una experiencia tan estimulante que sintió un repentino calor entre sus piernas.

Era tan excitante darle placer, pensó Lucy, mientras se mordía los labios.

Cuando Cris vio que se mordía el labio no pudo resistirse más y levantándola de su cuerpo invirtió su posición.

Ahora estaba completamente a su merced y se recostó rápidamente sobre su suave y excitante cuerpo.

Unas pocas caricias más de su mujer y se habría corrido en sus manos como un niño en su primera experiencia, se dijo Cris, mientras las gotas de sudor le recorrían la espalda.

Se inclinó sobre ella y también disfrutó explorando cada rincón de su cuerpo mientras intentaba llevarla a su propio nivel de pasión.

Sintió que las manos de Lucy se colaban por su pelo y que los gemidos se escapaban de sus labios semicerrados, pero no estaba dispuesto a ceder.

Quería hacerla venir como ella lo había hecho con él.

Sus manos jugaban con sus pezones duros y cachondos y, cuando ella se lo pedía, cubría su piel blanca y perfumada con besos y pequeños mordiscos.

Su cuerpo no tenía secretos para él, sabía dónde le gustaba que sus labios se detuvieran y cómo un simple toque podía llevarla a la cima del máximo placer.

Descendió lentamente hacia su centro de placer y, besando sus labios rojos y atrayentes, sus dedos empezaron a hacerse un hueco en su interior.

Estaba tan caliente y húmeda que Cris tuvo que recurrir a todo su autocontrol para no entrar en ella inmediatamente y hacerla suya.

Respirando entre dientes apretados, continuó su lenta exploración mientras Lucy se aferraba a sus hombros y le suplicaba que la

poseyera.

Solo cuando el placer estaba a punto de desbordarlos, él abrió un hueco entre sus piernas y la rodeó completamente con su cuerpo. Lucy, tumbada debajo de él, levantó la vista y vio el cuerpo grande y poderoso de su marido apoderándose de cada parte de ella y su silueta oscura imponiéndose por completo.

Cada empuje era profundo y lento al mismo tiempo, cada golpe era una reivindicación, cada beso que depositaba en la piel era su marca de posesión.

Se aferró a los musculosos hombros de Cris y levantó las caderas, acompañando sus movimientos mientras la oscuridad y sus gritos se apoderaban de la noche.

La visión de él, tan fuerte y grande, entre sus muslos, era tan excitante que le producía escalofríos por todo el cuerpo mientras el placer surgía rápidamente con sus olas dentro de ella.

Sintió que su cuerpo se contraía como si estuviera enloquecido alrededor de su dureza mientras el orgasmo la sacudía hasta los huesos.

Su placer se derramaba tembloroso alrededor del miembro de Cris y cada contracción iba acompañada de un empuje cada vez más apresurado, buscando espasmódicamente la consecución del placer, hasta que Cris también empezó a temblar entre sus brazos y se tensó en un último empuje febril mientras un torrente caliente de placer se deslizaba por sus piernas aún entrelazadas.

Con la respiración todavía agitada y el sudor brillando a lo largo de sus bíceps, el poderoso cuerpo de Cris se abandonó totalmente a su merced.

Piel contra piel.

Aliento contra aliento.

Poniéndose de lado para no agobiarla, siguió abrazándola y, apartándole el pelo del cuello, le besó la tierna piel expuesta.

Cada beso es una lenta caricia a lo largo del cuerpo aún tembloroso.

—Me vuelves loco —susurró con su voz aún ronca y la miró con los ojos brillantes.

Lucy levantó su rostro sonriente y satisfecho hacia el de él, y en sus labios respondió:

—Tú también. —El beso que intercambiaron fue uno descarado, de labios abiertos, en el que cada uno parecía alimentarse desesperadamente del otro, en un juego de lenguas y pequeños mordiscos, en una constante búsqueda y degustación de sabores primordiales mientras sus cuerpos seguían buscándose y rozándose sin saciarse.

Nunca se saciaban.

Y el sueño los sorprendió así, uno todavía en brazos del otro, la cama sin hacer y el corazón lleno de amor.

Capítulo 42

Llegaron invitados inesperados para perturbar su paz. Del gran carruaje con el escudo de armas del conde de Northwood descendieron el conde y la condesa madre, acompañados por Lucas.

Su atuendo formal y elegante, tan inapropiado para el campo, provocó una sonrisa en Cristopher.

Bajando rápidamente los escalones para saludarlos, se preguntó qué había pasado para mover a su amigo del club.

Odiaba el campo, demasiado tranquilo y aislado para su gusto, y en su rostro casi se podía ver la desgana con la que miraba una hermosa rosa en ciernes.

Los recibió con los brazos abiertos, y en medio de toda la algarabía que Eureka olfateaba y ladraba a los recién llegados, estrechó las suaves y cansadas manos de su suegra.

—Tenía ganas de conocer a tus hermanas —le dijo la condesa, y por su sonrisa sincera y abierta Cris se dio cuenta de que aquella mujer realmente quería conocer a las chicas.

—¿Y ustedes? —preguntó a los dos hombres que dudaban en entrar en la mansión.

—Tengo que hablar contigo de asuntos importantes relacionados con Londres —dijo el cuñado, tratando de alejar a Eureka, que quería jugar.

Cris inclinó la cabeza y les invitó a dirigirse al salón donde Lucy había preparado un ligero refrigerio.

—Estoy seguro de que estará encantada con su visita —dijo, sonriendo una vez más a su suegra.

Solo cuando Peter y la condesa se habían alejado, miró a su amigo y acercándose a él.

—¿Y tú, Lucas? ¿Qué te trajo tan lejos de Londres?

Un destello de duda pasó rápidamente por los ojos grises del amigo.

Cris lo miró fijamente, frunciendo el ceño.

Lucas parecía perdido y distraído y nunca le había visto dudar.

Al menos nunca con él.

—¿Hay algún problema en el club? —preguntó preocupado al verle dudar.

—Ningún problema en el club —se apresuró a responder Lucas, casi ofendido, por su pregunta.

Suspirando de alivio, le puso una mano en el hombro fuerte y musculoso y lo miró fijamente a los ojos.

—Sabes que puedes hablar conmigo de cualquier cosa, ¿verdad?

Una risa corta y cínica sacudió a su amigo, que le devolvió la mirada y se encogió de hombros.

—Maldita sea, Cris. Solo he venido a ver a mi amigo que se ha mudado al campo —dijo mirando a su alrededor—. Y considérate afortunado. Sabes cuánto lo odio.

Entre risas, Cris abrazó a Lucas y, invitándolo a entrar.

—Quién sabe, quizás esta vez te empiece a gustar.

Lucas siguió a su amigo al interior de la finca y siguió mirando a su alrededor, buscando con la mirada algo que pudiera revelar la presencia de Johanna.

Su perfume o una de esas estúpidas cintas para el pelo.

Su dulce y musical risa.

Si hubiera podido verla una vez más, también habría amado esa maldita campiña.

Dios, pensó mientras se pasaba la mano por el pelo, se había despertado sudando cada noche desde que ella se fue de Londres, solo en su gran cama, pensando en lo suaves y dulces que eran sus labios.

Lucy se sorprendió y se alegró de volver a ver a su madre, y mientras servía un rico banquete, observó cómo la mujer impresionaba inmediatamente a las chicas.

Su elegancia innata, su vestido, tan nuevo y reluciente gracias al apoyo de Cris, y su voz calmada y tranquilizadora la conquistaron y no dejaron de llenarla de preguntas.

—Tienes que ver mi guardería y jugar conmigo —casi le rogó la pequeña Mindy.

Vio a la madre acariciando sus largos rizos y sonriendo a la pequeña de la casa.

—No, tienes que hablarnos de Londres —dijo Beth.

—Y enséñanos a ser especiales —le dijo Johanna mientras se acercaba a ella—. Especiales como Lucy — concluyó, mirándola con ojos llenos de admiración.

Un ligero rubor pintó sus mejillas al sentir que una emoción fuerte e inesperada crecía en su interior.

Nunca nadie había querido ser como ella y nunca nadie la había mirado con tanta admiración.

Esas tres niñas, ese regalo inesperado, le daban tanto amor cada día, pensó, abrazando fuertemente a Johanna y sonriéndole.

Una lágrima de felicidad recorrió su rostro mientras intercambiaba una mirada cómplice con su madre.

—Cada una de vosotras ya sois especiales —dijo despeinando el pelo de Mindy y sonrió—. Sois muy especiales. —Al ver que Beth la miraba dubitativa se rio—. Y ser especial no consiste en ser la más guapa, la más elegante o la más deseada del Ton.

—¿De verdad, Lucy? —preguntó la pequeña Mindy, que extendió las manos para que la cogieran.

—De verdad —respondió mientras se acurrucaba contra ella—, ser especial es saber amar y ser amado. Es reírse en un día de lluvia. Es conocer tus defectos y estar orgullosa de ellos. —Mientras Johanna y Beth la miraban con los ojos abiertos, concluyó—. Es ser tú misma. Siempre. Y eso lo dice alguien que nunca ha sido la más guapa ni la más elegante, y mucho menos la consentida del Ton.

—Siempre pensé que todos esos nobles no te merecían —respondió su madre con una voz llena de orgullo.

—¿De qué hablas, madre? —Esta vez fue Lucy quien miró a su madre con los ojos muy abiertos—. Insististe tanto en que aprendiera todas las reglas de su buena sociedad y en que hiciera un buen matrimonio.

—¿Y no lo hiciste? —le preguntó su madre mientras daba un sorbo a su té y miraba la lujosa habitación—. Te casaste con el duque más rico y guapo de toda Inglaterra. Y voy a enseñar a estas chicas a ser especiales —dijo sonriéndole—, tan especiales como tú.

Lucy le devolvió la sonrisa y estuvo casi segura de ver un brillo de expectación en los ojos de su madre al mirar a las niñas.

Quién sabe cuánto había echado de menos arreglar matrimonios, pensó mientras bebía su té.

Estaban en el estudio de Cris, una habitación grande y acogedora con una chimenea siempre encendida.

Estaba amueblada de forma elegante y sobria con todos sus muebles de madera oscura.

Reflejaba su gusto y se asemejaba tanto al estudio del Club que en los momentos de fatiga, después de concentrarse completamente en sus asuntos, él mismo apenas podía distinguir dónde estaba realmente.

Afortunadamente, el gran ventanal, por el que entraba una luz fuerte y dorada, le recordaba dónde estaba.

Aquel paisaje verde y apacible y las risas despreocupadas de Lucy y las niñas le devolvieron al presente.

Lo traerían a casa.

Se acercó al bar móvil y preguntó a Lucas y a Peter si querían tomar algo.

—Un whisky para mí —dijo Lucas.

—Para mí también —respondió el cuñado.

Y mientras llenaba los vasos miró a Lucy.

Con su vestido azul y su pelo largo recogido en una trenza parecía tan joven e inocente.

«No es tan inocente», se dijo a sí mismo al recordar la noche anterior, y no pudo evitar sonreír.

Y como si ella pudiera leer sus pensamientos, la vio sonrojarse y

morderse el labio.

Lucy tomó asiento en uno de los cómodos sofás de cuero, calentado por el fuego de la chimenea, y Cris tomó asiento a su lado.Tan cerca que podía sentir su pierna fuerte y musculosa contra la suya, a pesar de las capas de ropa que los separaban.

Un calor, ahora familiar, comenzó a surgir dentro de ella.

Sin que su hermano y Lucas se dieran cuenta, los dedos de Cris empezaron a dibujar pequeños círculos en su nuca y un escalofrío de anticipación recorrió rápidamente su columna vertebral.

Intercambió una mirada de advertencia con su marido y se apartó un poco de él.

Cris dio un sorbo a su bebida, casi distraído, y luego, cuando los demás se volvieron para mirar el jardín, se acercó de nuevo a ella. Incluso más que antes.

Una sonrisa juguetona y despreocupada iluminó el rostro de Cris y una carcajada sacudió los hombros de Lucy al estar tan cerca de ella que incluso podía oír su respiración.

Peter se volvió hacia ellos al oír la risa de Lucy y con un movimiento de la tos intentó llamar su atención.

Vio que su hermano caminaba nervioso por la habitación.

—Debes volver a Londres

—¿Qué? —preguntó Cris, que sintió que la emoción abandonaba su cuerpo mientras se giraba para mirar a su cuñado, que de repente se había terminado todo el whisky.

—Debes volver a Londres y ocupar el lugar que te corresponde —dijo mientras intercambiaba una mirada con Lucy—. La nobleza quiere a los duques de Kent. —Y cuando Lucy apretó aún más a Cris, oyó a su hermano decir de nuevo—. No puedes esconderte más, Lucy.

¿Era esto lo que habían hecho? se preguntó Lucy. ¿Realmente se habían escondido del mundo?

Mirando el perfil noble y orgulloso de su marido, se dio cuenta de que nunca se habían escondido.

Solo habían decidido vivir sus vidas en paz.

Y mientras aún recordaba la humillación que la misma nobleza a la que su cuñado quería entregarles, Cris pensaba que a pesar de que odiaba a casi todos los nobles, debía ser agradable vengarse también de ellos.

Tan agradable como el sabor del buen vino que fluye cálidamente por la garganta.

Casi tan agradable como saber que había destruido todos los planes de su padre, pensó mientras terminaba su whisky.

Lástima, sin embargo, que su mujer no pareciera tan entusiasta.

Una mirada a su rostro y a la forma en que torcía los labios le bastó para darse cuenta de lo mucho que la perturbaba esa

perspectiva.

Podía oír a Peter hablar sin parar de lo importante que era para ellos salir, ser vistos, reclamar su lugar en el bello mundo, pero su atención estaba completamente centrada en su mujer.

Cris le apretó las manos y la obligó a mirarle.

Nunca había visto ese terror en sus ojos.

Ni siquiera cuando se conocieron.

Ni siquiera cuando todavía era solo el Diablo de Londres para ella.

—Si no lo quieres, no haremos nada.

—¿Qué dices, Cris? No puedes... —Peter fue inmediatamente interrumpido por una mirada amenazante de Cris.

—¿Lucy? —la llamó de nuevo, con un tono suave y preocupado.

—Debemos —la voz resignada y triste golpeó a Cris hasta la médula.

—No —soltó con fiereza—. No si no es lo que quieres.

—Debes hacerlo —insistió Peter—. Eres noble. Debes cumplir con tus deberes.

—Si Lucy no quiere no haremos nada. —Con una mirada de enfado Cris miró a su cuñado.

—Lucas díselo también —imploró Peter, pidiendo el apoyo del amigo de Cris.

—Confío en Lucy, ella siempre tiene razón —dijo el distraído mientras seguía dándoles la espalda.

Cris y Lucy estaban perdidos hablando entre ellos pero Peter no pudo evitar volverse hacia él y mirarle sorprendido.

¿Qué respuesta fue esa? Le hubiera gustado preguntarle. ¿Y por qué no estaba escuchando?

Pero el hombre se mantuvo de espaldas a la habitación, todavía vuelto hacia el jardín.

Por un momento se preguntó qué era tan importante ahí fuera como para captar toda su atención, pero luego volvió a centrarse en el problema que tenía entre manos y acercó una silla al sofá y se sentó junto a su hermana y su cuñado.

—Lucy, ¿por qué no quieres? —le preguntó suavemente.

Lucy dudó, mirando alternativamente a Cris y a su hermano, y luego, mordiéndose el labio.

—Tengo miedo —tartamudeó.

—¿Miedo? —preguntó Cris, que se acercó a ella y la tomó en brazos. A pesar de todas las protestas de Lucy, que se avergonzaba de toda aquella intimidad bajo la mirada de su hermano y de Lucas, a Cris pareció no importarle y siguió abrazándola con fuerza—. ¿Miedo de qué? —Su aliento, del mismo sabor dulce y embriagador que el licor, la calentó.

—Temo que te hagan daño.

Cris se reflejó en sus ojos azules, en esas profundidades llenas de miedo y sufrimiento, y sintió la necesidad casi dolorosa de expulsar a todos de la habitación para dedicarse totalmente a ella.

—No tienes que tener miedo por mí —le susurró al oído, agarrando su cuerpo tembloroso.

Lucy suspiró profundamente y cerró los ojos.

Todavía recordaba bien la noche en que le obligó a acompañarla a un baile.

El desprecio en los ojos de los invitados, los murmullos detrás de los ventiladores y la mirada dolida de su marido.

—Lucy tienes que hacer esto —dijo de nuevo Peter, que parecía inflexible en su posición—. Eres la hija de un conde. Fuiste criada para esto.

Al levantar la vista, Lucy no pudo evitar mirarle con furia.

¿Educada para eso? ¿Cómo se atreve a hablar? Él que la había vendido a un extraño.

¿Olvidaba que solo por un extraño giro del destino se había convertido en duquesa?

Pero entonces miró a Cris y el brillo del anillo ducal que adornaba su dedo anular pareció indicarle el camino correcto.

Su marido, el hombre al que más amaba, era el duque de Kent y las niñas, especialmente Johanna, estaban en edad de casarse e iban a debutar en sociedad.

Ella nunca les quitaría esa oportunidad.

Esa recepción solo sería la primera de una larga serie.

Aferrándose con fuerza a su marido y respirando su aroma, fresco y limpio como el aire después de la lluvia, su respuesta quedó amortiguada por su elegante camisa blanca.

—Lo haré.

Oyó a su hermano emitir un sonido victorioso y los musculosos brazos de Cris abrazándola aún más fuerte.

Eso era todo lo que tenía que pensar. Qué bien se siente estar en sus brazos.

Capítulo 43

Lucas escuchó distraídamente su conversación mientras seguía mirando por la ventana.

Las niñas, junto con la condesa-madre, se habían puesto a jugar a la persecución allí mismo, delante de ellos, y su visión ofrecía un espectáculo verdaderamente pintoresco.

Las tres hermanas en medio de todo ese verde eran tan hermosas como un cuadro, pero él no podía apartar los ojos de Johanna.

Su cuerpo era tan femenino y agraciado, su largo pelo negro acariciaba su cara como a él le hubiera gustado hacerlo. Su pecho subió y bajó rápidamente sin aliento, y una visión de ella completamente desnuda bajo él le secó la boca.

Había esperado tanto tiempo para volver a verla que cuando se encontraron en el vestíbulo no pudo evitar sentarse lo más lejos de ella y mirarla con furia.

¿Por qué no se le pasó el deseo por ella?

¿Por qué no perdió el interés exactamente como lo hizo con todas las demás mujeres de su vida?

¿Por qué tenía que ser tan bonita?

Desde la última vez que la vio en el club, parecía más serena y despreocupada, como si la calma de los alrededores la hubiera envuelto también. ¿Será que esa necesidad desesperada solo lo sacudió?

Maldita sea, pensó, agarrando su vaso con fuerza para resistir el impulso de correr hacia ella y saborear de nuevo sus labios y acariciar ese cuerpo tan atrayente.

Como si supiera que él la estaba mirando, se levantó el vestido y dejó al descubierto sus tobillos para perseguir mejor a la pequeña Mindy.

Inhalando profundamente y bajó la mirada al vaso.

Todavía no había tocado una gota de alcohol. Entrecerrando los ojos, levantó su vaso y se bebió todo el whisky de un tirón.

Y mientras el licor le quemaba la garganta, salió de la habitación y se dirigió al jardín.

Justo cuando se abría paso a través del denso bosque de pinos. Al quitarse la chaqueta, la vio volverse hacia él y sonreír. La pequeña tentadora no tenía ni idea de dónde se estaba metiendo.

Si quería que la persiguieran, podía correr muy rápido.

Se adentró impaciente en el pinar y trató de averiguar dónde estaba Johanna.

El verdor le rodeaba por todas partes y los árboles centenarios le cerraban el paso.

Concentrado, pudo oír el suave piar de un gorrión y también vio un pequeño zorro cruzando su camino, pero nada que indicara la presencia de Johanna.

—¿Dónde estás? —preguntó con voz apresurada y expectante—. ¿Dónde has ido?

Estaba casi seguro de haber oído risas detrás de él, pero cuando se volvió no encontró a nadie.

Maldita sea, susurró para sí mismo, y miró sus caras botas completamente manchadas de barro.

Siguió buscando como un loco su traje azul cuando la duda de que lo había imaginado todo empezó a apoderarse de él.

Estaba a punto de darse la vuelta y volver a la finca lleno de deseos insatisfechos cuando oyó el sonido de una ramita que se rompía.

—Te atraparé —gritó con fuerza y lleno de emoción.

Miró a través de la espesa maleza, entrecerrando los ojos, y finalmente la vio. Estaba bien escondida detrás de un árbol y miraba hacia él de vez en cuando, como para cerciorarse de su presencia.

Lástima que su espesa cabellera la traicionara, pensó mientras sonreía y se acercaba en silencio a ella.

Habría reconocido ese pelo en cualquier lugar, solo unos pasos más y podría haberla estrechado entre sus brazos.

Era tan silencioso que Johanna no se fijó en él hasta que lo vio justo delante de ella.

Ver que sus ojos oscuros se abrían de par en par con la sorpresa y la anticipación fue como una descarga electrizante que amenazó con conmocionarle.

Dios, cuánto tiempo había esperado para estar con ella de nuevo, para tocar su suave piel una vez más, para perderse en su dulzura.

Sintió que el sudor resbalaba por sus musculosos hombros y que la emoción de la caza corría por sus venas.

El sonido de su respiración apresurada era el único ruido que llegaba a sus oídos con fuerza.

La vio sonreírle y apartarse de sus manos extendidas, listas para agarrarla.

Johanna empezó a correr entre todos esos árboles, riendo a carcajadas y volviéndose constantemente hacia él para asegurarse de que era cierto.

Que realmente anhelaba estar a su lado.

Ver a Lucas tan cerca de ella la dejó sin palabras. Era tan guapo y su belleza era tan masculina y desbordante que la dejaba sin aliento.

Su larga melena rubia caía rebelde sobre su frente y sus grandes

ojos grises parecían enviar destellos de deseo.

Aquella emocionante cacería pronto terminaría, pensó con un suspiro lleno de emoción.

La única ventaja que tenía sobre él era que conocía a fondo aquellos bosques, pero el sonido de sus pasos largos y apresurados le confirmó que se estaba acercando a ella.

Cuando llegaron frente al gran roble que dominaba el pinar, se giró para mirarlo.

—¿No se suponía que lo habíamos olvidado? —le preguntó con voz ronca por la pasión, jugueteando con el encaje que decoraba el corpiño de su vestido—. Espera, ¿qué has dicho exactamente? Debemos olvidarlo todo y no debe volver a pasar nada entre nosotros —dijo ella imitando su voz fuerte y masculina.

Lucas cerró los ojos y reprodujo en su mente aquel día en que se había obligado a despedirse de ella.

Cuando él le había ordenado que olvidara y ella le había gritado que lo odiaba.

Con un suspiro de frustración se acercó aún más a ella y reflejó sus profundos ojos negros.

Encontró rabia por ese día y pena por la distancia forzada a la que él los había condenado.

Pero también encontró emoción y expectación en ello.

No lo había olvidado, pensó agradecido.

A pesar de sus ruegos, Johanna no había olvidado lo que habían vivido juntos durante aquellos días en el Club.

Dio rápidamente los últimos pasos que le separaban de ella.

—Guarda silencio ahora —le dijo al oído, suave y gentil.

Una orden y una oración juntas. Utilizó su cuerpo fuerte y musculoso para apoyarla contra el roble y beber de la fuente de sus dulces labios.

Su sabor era aún más delicioso de lo que recordaba, y suspirando de placer, sus manos temblorosas corrieron a acariciar la piel de su cuello.

Nunca había acariciado una piel tan suave y blanca.

Metió las manos en su masa de pelo oscuro y empezó a acariciar su espalda con pequeños y delicados toques.

De los labios de Johanna, enrojecidos por sus besos, se escaparon gemidos excitados cuando la mano de Lucas se acercó peligrosamente a su escote.

Ningún hombre se había atrevido a tocarla así, y al encontrarse con la mirada llena de lujuria de Lucas, pensó que nunca dejaría que nadie más la tocara.

Nadie más podría haberla hecho sentir tan desesperada y realizada al mismo tiempo, con un pie en las puertas del cielo y el otro

calentado por los fuegos del infierno.

Solo Lucas. Siempre Lucas. Lucas en sus pensamientos, Lucas en sus sueños, Lucas incluso en los días en que intentaba convencerse de que lo había olvidado.

Porque por la noche su presencia volvió, aún más fuerte y desesperada, como si no le permitiera liberarse de él.

Lucas volvió a inclinarse hacia ella y sus labios volvieron a fundirse en un juego tan excitante que la dejó sin aliento.

Sus labios, tan cálidos e insistentes, no pidieron permiso para entrar en su boca.

No necesitaba ningún permiso.

Él sabía que ella también lo quería. Lo deseaba tan desesperadamente que cuando empezó a acariciar su fuerte y atlético pecho sus manos temblaron visiblemente.

La lengua de Lucas saqueó su boca y comenzó un peligroso y eterno juego con su lengua.

—No te he olvidado —susurró en sus labios abiertos, devorados por sus besos—. Todas las noches, Johanna. Todas las malditas noches he soñado contigo, he soñado con tus besos, con tus labios.

Vio que Johanna le sonreía y extendía los brazos para abrazarlo con fuerza.

—Te he echado tanto de menos —dijo mientras su voz se agitaba por la emoción, levantó la vista para encontrarse con sus grandes ojos grises—, pensé que te habías olvidado de mí y que encontrarías a otra mujer.

—Nunca —rugió Lucas, obligándola a mirarle a los ojos—. Tu recuerdo era demasiado vívido. Nadie más podría haber saciado mi desesperada necesidad de ti.

Johanna se deleitó con sus impactantes y emotivas palabras y se refugió en sus musculosos brazos.

Se sentía tan bien estar juntos, sentir toda su vitalidad bajo sus manos y saber que no era la única que había sufrido por la distancia.

Estaba a punto de alargar la mano hacia él para volver a probar sus labios, que sabían a licor, cuando oyó las voces de sus hermanas.

—¿Johanna? —oyó que Beth la llamaba—. ¿Johanna dónde estás?

Sus pasos parecían estar muy lejos de su escondite, pero Johanna se congeló en los brazos de Lucas y trató de escuchar lo que decían, rezando para que a ninguna de ellas se le ocurriera entrar en el pinar.

—Vamos a llamar a Cris —oyó decir a la pequeña Mindy.

—¿Crees que deberíamos llamarle? —dijo Beth, que seguía oteando el denso bosque, tan lleno de verdor y tranquilidad, que bordeaba su jardín.

—Sí. —La niña le sonrió con confianza—. Cris es un héroe. Cris

logrará encontrar a Johanna.

Beth también pensó que Cris podría encontrar a Johanna inmediatamente, pero una sospecha muy fundada le decía que su hermano no solo encontraría a su hermana.

—De acuerdo —dijo, reflejándose en los ojos azules de su hermana pequeña, pero alzando la voz para que Johanna también la oyera—. Esperemos un poco más, luego llamaremos a Cris.

Dando un suspiro de alivio, Johanna bendijo a su hermana y sonrió con complicidad a Lucas.

—Realmente tengo que ir a casa ahora —le dijo, depositándole un último y rápido beso en sus suaves y tentadores labios.

Lucas ni siquiera tuvo tiempo de protestar porque la vio huir de él. Con su larga cabellera revoloteando a su alrededor y su vestido levantándose a cada paso, dejándole ver sus hermosos tobillos.

Tratando de calmar el deseo que aún sacudía sus miembros, apoyó las manos en la corteza del roble y respiró profundamente.

Su dulce y floral aroma seguía presente y lo envolvía tan embriagador como sus besos.

Capítulo 44

Johanna se coló rápidamente en la habitación de su hermana y, tratando de calmar su respiración, le sonrió con complicidad.

—Muchas gracias por cubrirme.

Beth le devolvió la sonrisa de comprensión y luego, como si recordara algo de repente, arrugó la frente.

—¿En qué estabas pensando? No podía encontrarte y me preocupé mucho —reprochó en voz baja.

Al percibir por su tono lo angustiada que debía estar Beth por ella, se sintió muy apenada.

Nunca quiso preocuparla, pero el deseo de estar con Lucas aunque fuera un momento la había cegado por completo.

—¿Y si Cris te hubiera encontrado? ¿Qué habrías hecho tú? —continuó Beth mientras su hermana seguía sin contestarle.

—Yo… No tengo ni idea —contestó Johanna, que ante la sola idea de ser descubierta por su hermano sintió que su corazón latía desbocado.

Beth miró a su hermana, con el pelo alborotado y los labios enrojecidos, su sonrisa soñadora y su mente perdida en quién sabe qué pensamientos.

—Nunca has estado así —le dijo, escudriñándola irreflexivamente.

—¿Cómo? —preguntó Johanna inmediatamente.

—¿Loca? ¿Irresponsable? Distraída —empezó a enumerar Beth y la miró con una sonrisa en los ojos—. Pero también tan brillante, tan viva.

Johanna le sonrió con ganas y corrió a darle la mano.

—Oh, Beth… nunca me había sentido así. —Somo si buscara las palabras para describir algo que no se podía describir, susurró emocionada—. Tan libre, tan feliz.

—¿Crees que eso es estar enamorada? —le preguntó dudosa la hermana menor.

Mirando hacia el jardín que se veía justo debajo de su ventana mientras contenía un suspiro soñador.

—No lo sé, Beth —respondió volviéndose para mirarla—. Solo sé que es bonito.

—Sí, puedo ver que es muy guapo. Si te gustan los chicos rubios y misteriosos pero… —respondió con un pequeña mueca.

—No —la interrumpió Johanna, riendo alegremente—, es bueno estar con él.

Beth también se volvió para mirar hacia el jardín.

Como si hubiera sido conjurado, Lucas salió de entre los arbustos justo en ese momento, con su paso lento y desgarbado y su pelo rubio iluminado por la luz del sol.

Por primera vez Beth le vio caminar sin bastón, y frunciendo el ceño vio que no cojeaba ni un poco.

¿Ese palo era solo una máscara? ¿Y cuántas máscaras más usó?

Desde que lo había visto por primera vez en el club, ciertamente no le había causado una buena impresión, nunca lo había visto trabajar, dejando todo el peso de la responsabilidad sobre los hombros de Cris, y su actitud, siempre tan desinteresada y cansada de todo, había confirmado su primera impresión: no era más que un dandi que solo pensaba en su propia diversión personal.

Sin embargo, ya no parecía tan desinteresado si Johanna estaba cerca.

Recordaba bien cuando su hermana había buscado consuelo en sus brazos antes de su partida de Londres.

Sus sollozos desesperados seguían resonando con fuerza en sus oídos. Y en su corazón.

Nadie volvería a hacer daño a sus hermanas.

No si ella estaba allí para defenderlas.

Ella vigilaría a Johanna.

Y si fuera necesario, se lo contaría todo a Cris, incluso a costa de romper la promesa que Johanna le había arrancado.

Sí, se dijo a sí misma mientras sentía que la tensión abandonaba su cuerpo, Cris lo resolvería todo.

Y sonriendo, pensó que Mindy tenía razón: Cris era realmente un héroe.

Su héroe.

Lucas volvió a entrar en la casa y, tratando de calmarse lo más posible, llegó rápidamente a su habitación.

Miró su reflejo en el espejo y dio gracias al cielo por no haberse encontrado a Cristopher.

Sus ojos, muy abiertos y todavía llenos de las llamas del deseo, le habrían traicionado.

Los mismos ojos que siempre le habían servido para escudriñar en las profundidades del alma de los desconocidos le devolvían ahora una sola verdad: se había enamorado.

Perdido y sin escapatoria.

Maldita sea, pensó mientras se pasaba nerviosamente la mano por el pelo, ¿por qué ella?

¿Por qué el destino le castigaba así? ¿Por qué enamorarse de la única mujer que nunca debería haber tocado?

Al recordar su sonrisa sincera y toda la espontaneidad con la que había respondido a sus besos, sintió que le picaban las manos por destruir todo lo que le rodeaba.

¿Qué iba a hacer ahora? se preguntó, respirando larga y profundamente, tratando de calmar la adrenalina que corría por su cuerpo.

¿Qué podía ofrecerle? No tenía nada, aparte del Club, ni más título que el poco honor de bastardo.

¿Y cómo podía pensar que su amigo le permitiría casarse con su hermana?

Cristopher sabía demasiado sobre su pasado y también conocía todos sus malditos secretos, los mismos que había ocultado tan profundamente tras una máscara de alegre mundanidad.

Tarde o temprano ella también los descubriría y en sus ojos, los mismos que ahora le miraban con tanta adoración, solo encontraría lástima.

Y no pudo soportarlo.

El odio, que podía soportar, pero el castigo nunca.

Nunca podría condenarle a vivir una eternidad con él ni la mancharía con todos sus pecados.

Lo último que quería era que ella, lo único puro e inocente de su vida, sufriera en sus manos.

Se miró en el espejo y la imagen que vio le provocó una sonrisa cínica.

Era él de nuevo.

De nuevo el Lucas cansado y desganado, el hombre que siempre reía demasiado fuerte y bebía hasta perder el conocimiento y que amaba el riesgo, lo único que podía mantenerlo vivo.

Lo único antes de conocer a Johanna, pensó, y se rio hasta que le dolió el pecho.

Se rio hasta llorar.

Capítulo 45

La fuerte luz del día iluminaba la imagen de Johanna mientras bajaba con elegancia los escalones de mármol que conducían a la sala de desayunos.

Con una sonrisa, pensó que tenía ganas de volver a ver a Lucas.

Esperaba no sonrojarse cuando se encontrara con su mirada y esperaba ser bella e irresistible a sus ojos.

La que no creía en su belleza, la que pensaba que sus rizos eran demasiado gruesos y que sus ojos eran de un negro común.

No azul como el de Lucy o azul cielo como el de Mindy.

Negro... simplemente negro como la ropa que había llevado toda su joven vida.

Siempre había odiado esos vestidos oscuros y lúgubres que su padre les había obligado a llevar, pensó mientras tocaba suavemente el vestido verde brillante bordado con encaje y sonreía al ver a su hermano sentado a la cabeza de la mesa. Cris les había dado colores, además de su amor.

Bajó los últimos escalones y miró a su alrededor.

Ante la sola idea de ver a Lucas sintió la emoción que hizo que su corazón latiera más rápido.

Estaba deseando encontrarse con sus ojos grises y deleitarse con la visión de su cuerpo fuerte y lujurioso.

Él siempre conseguía hacerla sentir diferente, más viva, más despreocupada, y tal vez incluso más hermosa, se dijo a sí misma mientras seguía ajustando nerviosamente su vestido.

Lástima que Lucas no estuviera en ninguna parte.

Movió su silla para ocupar su lugar en la mesa del desayuno y miró a su alrededor.

Elizabeth se sentó frente a ella y habló con la condesa, Mindy estaba en brazos de Cris y de vez en cuando le pasaba algo de comida a Eureka, y Lucy hablaba con Cris y su hermano, Peter.

Pero la persona que ansiaba volver a ver no estaba en la habitación.

—¿Y dónde está Lucas? —preguntó con el tono más desinteresado que pudo reunir.

Solo tuvo que mirar la cara de su hermano, en ese momento completamente vuelto hacia ella, y su ceño inquisidor para darse cuenta del error que acababa de cometer.

—¿Lucas? —le preguntó con los ojos entrecerrados.

Tragando repetidamente se encontró con la mirada de Beth y vio

que su hermana la miraba con los ojos muy abiertos. La única solución era inventar una excusa... ¿pero cuál? Pensó, tratando de mantener la calma.

—Me refiero al señor Pittsburg. Es nuestro invitado, es justo que le esperemos también antes de empezar a comer.

Casi podría jurar que oyó a Beth soltar un suspiro de alivio.

Vio que su hermano empezaba a comer el bollo de miel que había dejado en el aire y se volvió para mirarla.

—Se fue esta mañana temprano —le dijo, hojeando el periódico recién publicado y dando un sorbo a su café amargo—. Dijo que tenía algunos asuntos que atender.

Johanna escuchó la respuesta sin pestañear y trató de ocultar en lo posible su decepción tras una taza llena de té, comenzando el desayuno como si no hubiera ocurrido.

Como si Lucas no la hubiera abandonado de nuevo.

No podía llorar.

Ahora no.

No delante de Cris.

Porque aunque ahora parecía totalmente absorta en el desayuno y en la animada charla de Mindy mientras esta rebotaba en sus brazos, Johanna sentía que su mirada seguía posada en ella.

Siguió escrutando con atención mientras comía y no parecía del todo convencido por su chasquido de disculpa.

Estaba a punto de derrumbarse y abandonar la mesa cuando Lucy, como si percibiera su desesperación, llamó la atención de su marido.

Y él, como siempre, solo tenía ojos para ella.

Un suspiro escapó de sus labios contraídos y su mano corrió rápidamente a detener el camino de la única lágrima solitaria que surcaba su mejilla.

¿Por qué Lucas le hizo tanto daño?

Cristopher convocó a las tres hermanas a su estudio.

Quería hacerles saber que él y Lucy se irían pronto a Londres y asegurarse de que no causaran demasiados problemas durante su ausencia.

Estaba sentado en su escritorio y las vio entrar en silencio en la habitación.

Johanna y Beth ocuparon elegantemente sus lugares en el sofá frente a la chimenea mientras Mindy se sentó junto a su silla con Eureka en brazos.

Esos dos eran realmente inseparables, pensó con una sonrisa.

—Lucy y yo también nos vamos a Londres mañana. Las dejaré bajo la protección de la Condesa. Espero que os portéis bien. —Al decir la última frase dejó que el dulce peso de Mindy volara hacia sus

brazos, y entre las alegres risas de su hermanita le dijo mirando en sus grandes ojos azules—. ¡Especialmente tú, pequeña!

—Siempre me porto bien —respondió la pequeña, sonriendo.

Ella le devolvió la sonrisa y luego se volvió para mirar a las otras dos chicas.

Beth parecía tranquila ante la situación y la vio sonreírle, pero fue Johanna fue la que captó toda su atención.

Ella estaba sentada perfectamente erguida y no le miró a los ojos.

Parecía distraída y triste, perdida en quién sabe qué pensamientos. Solo la había visto una vez en ese estado.

Cuando se fueron de Londres.

Como ya había pensado esa mañana en el desayuno, se preguntó qué estaba pasando.

Intuyó en el aire que algo iba mal, pero no podía entender qué era lo que la perturbaba tanto y ella no parecía aún dispuesta a hablarle de ello.

Era como si algo muy importante se le escapara y se encontró odiando esa sensación.

—Johanna, ¿puedo contar contigo para que vigiles a las chicas? —La vio mientras se sacudía en su asiento y le lanzaba una mirada confusa.

—Sí —le dijo mientras se levantaba del sofá y lo abrazaba con fuerza—. Seremos buenas y las cuidaré —prometió encontrándose con sus ojos oscuros, tan idénticos a los suyos, solo vio tristeza en ellos.

Quiso apretarla aún más, ofrecerle un hombro en el que desahogar las lágrimas que inundaban sus ojos y preguntarle de nuevo qué le preocupaba, pero se soltó rápidamente de su agarre y salió de la habitación de la mano de Mindy.

¿Dónde estaba la chica alegre y despreocupada que reía en los bosques de la finca? se preguntó, mirándola por última vez.

Le hubiera gustado investigar lo que ocurría, pero un vistazo a su reloj le confirmó que tenía que supervisar los preparativos del viaje a la capital.

A su regreso de Londres, se dijo, también se ocuparía de ese asunto.

Capítulo 46

Londres estaba tan reluciente y llena de vida como siempre, pero cuando Lucy miró por la ventana, a través de la niebla y el tráfico de la ciudad, pensó en lo mucho que ya echaba de menos el campo.

El aire limpio, los grandes espacios verdes y su hogar.

Miró el perfil dormido de su marido y no pudo evitar pensar en lo hermoso que era.

Su belleza, tan dura y masculina, la dejaba siempre sin aliento: su tez curtida por las largas horas pasadas al sol, su frente alta y su nariz ligeramente torcida, rota en quién sabe qué reyerta, sus largas pestañas sombreando sus enjutas mejillas y su pecho musculoso que a cada respiración estiraba la sencilla camisa blanca que llevaba. Alargó una mano y acarició suavemente los rizos negros que caían sobre su rostro.

Todo su pasado había contribuido a formar al hombre que amaba y solo podía agradecer al destino, y también a la falta de escrúpulos de Cristopher un poco, que los hubiera unido.

Bajo el suave tacto de sus manos, Cris despertó y se vio reflejada en sus grandes ojos negros.

¿Cómo pudo pensar que esos ojos eran tan oscuros como un pozo?

Eran tan expresivos y profundos, eran tan negros como la noche que la envolvía con su oscuridad y le proporcionaba los más bellos sueños.

—¿Estamos en Londres? —le preguntó con una voz aún ronca por el sueño.

—Estamos en Londres —le confirmó ella, y cuando vio que él abría los brazos para invitarla a acurrucarse junto a él, no dudó ni un segundo.

Su refugio favorito, pensó, inhalando fuertemente su aroma tan limpio y familiar.

—Echo de menos a las chicas —dijo estirándose para acurrucarse más cerca de él.

—¿Ya? —le preguntó mientras su pecho se estremecía de risa—. Y yo que pensaba que por fin íbamos a tener tiempo para nosotros.

Al levantar la vista para mirar a su marido, Lucy vio en sus ojos una luz traviesa llena de promesa y pasión.

Un cálido y agradable escalofrío sacudió sus miembros ante el mero recuerdo de la impetuosidad con la que se habían amado la noche anterior.

Cris vio cómo se enrojecían sus mejillas y no pudo resistir la tentación de besar sus labios.

Era tan inocente y tentadora al mismo tiempo, pensó mientras probaba su sabor dulce y embriagador.

Cuando se separaron, ambos respiraban con dificultad y sus ojos estaban llenos de pasión.

Pero a pesar del feroz deseo que latía en sus entrañas, no la llevaría en un carruaje, no cuando tenían una cama suave y acogedora preparada en el Club.

Apoyó la cabeza en su pelo y trató de calmarse respirando profundamente.

Entonces, como si recordara el pensamiento que le atormentaba desde hacía días, bajó la mirada a su rostro.

—¿Has notado algo extraño en Johanna?

—¿Johanna? —respondió Lucy, mirándolo con el ceño fruncido.

—Sí, estos días la he visto distraída y casi... —se interrumpió buscando las palabras adecuadas.

—¿Casi? —le instó Lucy.

—Casi infeliz —le susurró suavemente al oído.

Lucy lo abrazó con fuerza y trató por todos los medios de tranquilizar al hombretón, que parecía desolado ante la mera idea de que su hermana sufriera.

—Cris eres lo mejor que les pudo pasar a esas chicas.

—Pero... —dijo él, empezando a contradecirla.

—Nada de peros, Cris —le hizo callar su mujer—. Aún recuerdo las criaturas asustadas que nos encontramos en la casa del Duque. Míralas ahora. —Sus ojos se iluminaron de felicidad y orgullo—. Bromean, ríen y confían en la vida. Confían en ti.

Incluso tenía que admitir para sí mismo que sus hermanas estaban mucho mejor desde que él y Lucy habían entrado en sus vidas, pero por desgracia no podía quitarse de la cabeza la imagen de la cara triste de Johanna.

—Es que me gustaría hacer algo para que se sienta mejor, pero no quiere confiar en mí —concluyó, sintiéndose impotente.

—No te preocupes. En cuanto lleguemos a casa hablaré con ella —la voz tranquila y segura de Lucy pareció calmarlo.

Su carruaje se detuvo en las calles de Londres y ante sus ojos se materializó el perfil austero y elegante del Club.

Sintió que su propio corazón comenzaba a latir un poco más rápido y una sonrisa pintó su rostro.

Su club. El fruto de todos sus sacrificios. El lugar que le había permitido realizar todos sus sueños.

Su primer hogar de verdad y el lugar donde él y Lucy habían empezado a conocerse y a quererse.

Ayudó a su esposa a salir del carruaje y entró sosteniéndola fuertemente del brazo.

Todo seguía como lo había dejado: los suelos pulidos, las paredes ricamente decoradas y las grandes y brillantes lámparas de araña.

Los empleados corrían de un lado a otro haciendo sus tareas bajo la atenta mirada de la señora Robinson y, el señor Smith esperaba con la puerta abierta.

Le encantaba su nueva vida en el campo, pero un trozo de su corazón siempre se quedaría allí, entre aquellas robustas murras y las mesas de juego.

Siempre pertenecería allí de la misma manera que pertenecía a Lucy.

Totalmente y sin reservas.

Se encontraban en el imponente vestíbulo de la residencia capitalina del vizconde de Hereford.

Lucy no lo había conocido durante sus temporadas en Londres pero, según los más cotillas, era reservado y estaba más interesado en la caza que en conquistar el Ton.

Pero ni siquiera el noble más reservado de toda Inglaterra podía escapar del mercado matrimonial.

Un escalofrío recorrió su columna vertebral. Y no era debido al aire fresco que rozaba suavemente su cara.

Extendió el brazo hacia Cris y tomó su mano, apretándola con fuerza.

Al encontrarse en presencia del anfitrión, Lucy tuvo que admitir que era realmente un hombre guapo.

Alto, bien dotado y rubio.

Pero no tan rubio como Lucas, pensó Lucy.

El hombre era casi dorado, su bronceado dorado resaltaba sus ojos claros, y las pequeñas arrugas que dibujaban las esquinas de sus ojos indicaban que sonreía a menudo y con ganas.

No tenía absolutamente nada de la trágica infelicidad en el rostro de su amigo.

El Vizconde también les sonrió al saludarles, cumpliendo impecablemente su papel de anfitrión. Se inclinó elegantemente ante ellos.

—Es un honor para mí tener al Duque y a la Duquesa de Kent en mi baile —dijo con voz fuerte y ronca.

Lucy no pudo evitar mirarlo con los ojos muy abiertos: ante ella estaba el primer noble que los trataba con verdadero respeto.

Entonces, como si despertara de un estado de trance, ella también respondió a la reverencia y le sonrió sinceramente.

El vizconde se volvió hacia Cris y, molesto, le aflojó la corbata y

le preguntó en un tono casi de camaradería.

—Tengo algunos cigarros finos en mi estudio. ¿Te gustaría hacerme compañía esta noche?

—Será un placer —respondió Cris con una sonrisa y Lucy sintió que los músculos contraídos de su brazo se relajaban bajo sus dedos.

Cuando el chambelán anunció su presencia, el denso murmullo en la sala se apagó de repente.

Todos se volvieron hacia la entrada y parecían esperar con la boca abierta su entrada.

El precioso collar que llevaba al cuello le iluminaba la cara, y a cada paso que bajaba, todos los hombres solteros y no solteros se preguntaban cómo podían haber dejado escapar una presa tan deseable.

—Es tan hermosa que me duelen los ojos al mirarla —suspiró alguien con aire soñador.

—Estaba en desgracia —susurraron las malas lenguas.

—¡Maldita sea! —casi gritó el conde de Jersey, un hombre corpulento que se jactaba de tener varias fincas en toda Escocia—. Soy yo el que está en desgracia porque no puedo tenerla a mi lado todas las noches —los murmullos de asentimiento le prestaron apoyo.

Ninguna mujer esa noche era más bella y elegante que Lucy. Iba enfundada en un refinado vestido azul pavo real que había sido drapeado para resaltar su esbelta figura al tiempo que ocultaba su interesante estado.

Hicieron su entrada triunfal en el salón de baile ricamente amueblado, mientras la orquesta al borde de la sala tocaba un vals.

Peter, al verlos llegar, los saludó con la mano y se dirigió hacia ellos.

Sin embargo, con no poca dificultad.

Los mismos nobles que hasta hace unos meses les habían desairado esa noche clamaban por ser presentados a los duques.

Los hombres ofrecieron consejos de negocios a Cristopher y las mujeres halagaron el último vestido de moda de Lucy.

La multitud no tardó en dividir a marido y mujer mientras Cris no podía evitar que su esposa permaneciera casi oculta por la multitud de matronas que la rodeaban.

Además de la presencia constante de Peter a su lado, llegó Lucas con su aspecto impecable y el habitual conjunto de mujeres dispuestas a devorarlo.

Como siempre, pensó Cris, dando un sorbo a su whisky.

—Creo que pediré a tu mujer un baile.

Arrugando la frente, Cris miró celosamente a su amigo.

—¿Con todas las mujeres zumbando a tu alrededor? ¿Por qué no bailas con una de ellas? — le contestó malhumorado.

—No estoy de humor para coquetear —respondió el otro, y luego casi se burló de su amigo—. Además, es la más hermosa esta noche.

Si no hubieran estado en medio de esa multitud, Cris les habría lanzado toda su bebida.

Sabía perfectamente que su mujer era la más guapa, con ese vestido tan llamativo y la sonrisa más sincera de todo Londres, y estaba jodidamente celoso.

Estaba celoso de cualquiera que pudiera respirar el mismo aire que ella, reírse de sus chistes o tenerla en sus brazos aunque fuera durante un baile.

Celoso incluso de su mejor amigo que se burlaba de él.

—Todos sus bailes ya están reservados —respondió lapidariamente.

—¿Y por quién, por favor, dime? —quiso saber Lucas.

—Por su servidor —respondió divertido.

—No puedes, Cris. Eso no es un comportamiento noble —respondió el amigo horrorizado—. Un marido nunca baila con su mujer en público.

Encogiéndose de hombros, mientras se comía con los ojos Lucy, emprendió su paso hacia ella.

—Quién sabe… Tal vez siempre sigo siendo un poco cabrón —le sonrió y a paso ligero se abrió paso entre la multitud para reunirse con su mujer —le contestó sin darse la vuelta.

Capítulo 47

Como invitado de honor con el más alto título nobiliario, Cris se sentó junto al anfitrión.

Tan lejos, pensó Lucy, que lo observaba desde unos diez asientos más allá.

Cuando su marido también se volvió hacia ella y sus ojos se encontraron, Lucy sintió un cálido escalofrío que le recorría la espalda.

Estaba tan guapo con su traje oscuro y elegante que envolvía bien todos sus músculos y un ligero rubor pintó sus mejillas ante la sola idea de tocarlo.

La mirada de Cris era profunda y posesiva y parecía deleitarse al ver el escote de su vestido.

—¿Nadie te ha dicho que las parejas enamoradas no están de moda? —fue la divertida voz de su hermano la que interrumpió su idilio.

Lucy casi jadeó y, tratando de calmarse, apartó la mirada de Cris y se concentró en Peter, que estaba sentado a su lado.

—¿Se nota tanto?

Con una sonrisa de tranquilidad, su hermano le estrechó la mano.

—Puedo verlo en tus ojos cada vez que te veo —luego mirándola a los ojos continuó—: Siento mucho haberte involucrado en ese desastre. Nunca quise hacerte sufrir.

—No tienes que lamentarte… Le quiero y él me quiere —dijo sonriéndole con todo su corazón—. Me alegro mucho de este desastre.

La risa alegre de su hermano la llenó de calor.

—Pero prométeme que no volverás a hacer algo tan imprudente.

—Te lo prometo —susurró y apretó un poco más su mano.

Al mirarlo, Lucy vio al hermano que nunca había dejado de querer, pero también reconoció en él una mayor madurez.

Ya no era el joven despreocupado que acababa de salir de la universidad, ni el hombre desesperado abrumado por las deudas de su padre.

Ahora era el conde de Northwood y estaba aprendiendo a serlo. Con todas las dificultades y responsabilidades que conlleva su título.

Pero sabía que su hermano sería mejor conde que su padre. Él era el futuro. Un futuro alto y musculoso lleno de sueños.

Una vez terminada la cena, se encontraron de nuevo en el salón de baile y desde su punto, observando lejos de la multitud Lucy vio a Cris llegar a su lado.

Se inclinó ante ella, sonrió y le tendió la mano.

—¿Me permite este baile, duquesa?

Su sonrisa y sus educados modales, pero sobre todo su endiablada belleza, parecieron ganarse a las matronas que la rodeaban, que con sus ánimos la empujaron hacia su marido.

—Sí, mi Duque —le dijo ella al encontrarse en sus brazos.

Mientras giraban con elegancia por la sala y la luz dorada iluminaba sus perfiles Lucy sintió que la felicidad inundaba su cuerpo como un cálido arroyo.

Nunca pensó que se sentiría tan bien y tan segura en los brazos de un hombre.

Nunca hubiera creído que el amor pudiera ser tan profundo que se sufriera al estar separados aunque fuera por unos momentos.

—Te he echado de menos —le susurró al oído y sintió el jadeo excitado que recorrió el cuerpo de Cris.

—No me ayudes así, Lucy.

—¿Por qué? —preguntó, buscando sus ojos.

—Porque he estado pensando toda la noche en todas las formas en que podría hacerte mía —luego recorrió su escote con la mirada—. Y encerrarte y no dejarte ir nunca más.

Los ojos de Lucy se iluminaron y el deseo creció.

Cuando el baile terminó, como si él también estuviera bajo su hechizo, la tomó de la mano y juntos, con cuidado de no llamar la atención, salieron del salón.

—¿Adónde vamos? —preguntó en voz baja y aceleró el paso para seguir su veloz marcha.

—A algún lugar donde no haya matronas ni aristócratas ricos que quieran hablar con nosotros —dijo sin volverse siquiera a mirarla, sino que siguió moviéndose sigilosamente en la oscuridad.

—No puedo esperar —fue su susurro atrayente y lleno de pasión.

Lucy oyó claramente un suspiro de alivio de su marido mientras abría una puerta y juntos se deslizaban en una habitación oscura.

Con un gruñido casi feroz, Cris se apoderó de su boca, deleitándose sin reparos en sus labios. Casi parecía alimentarse de cada una de sus respiraciones y sus manos trazaban caricias apasionadas por todo su cuerpo.

Cogiéndola en brazos Cris la apoyó contra la puerta y como la música venía de lejos en un solo movimiento le levantó el vestido y acarició la piel caliente de sus muslos mientras le robaba más besos para intentar tapar sus gemidos.

Lucy era tan dócil y suave bajo sus manos que sintió el deseo de poseerla cada vez más fuerte.

Sin dejar de besarla y provocarla, se movió lentamente dentro de su cuerpo mientras el calor de Lucy lo envolvía por completo.

Tratando de ser lo más silencioso posible, se perdió en sus profundidades.

Los gemidos de Lucy y los suyos se unieron al mismo tiempo que ellos.

Nunca en su vida había conocido tanta felicidad.

Nunca había sentido tanto sentimiento de pertenencia hacia una persona.

Su persona. Su mujer.

—Más, Cris. Más —sintió el aliento caliente de Lucy en sus labios cuando ella le rogó que le diera más. Y él quería darle todo.

Y cuando sintió que el cuerpo de su mujer empezaba a contraerse a su alrededor, al borde del clímax, sus embestidas se volvieron salvajes y profundas.

Estaban tan perdidos el uno en el otro que apenas se dieron cuenta de que alguien intentaba abrir la puerta desde fuera.

Solo su peso sobre la puerta impidió que quien estuviera al otro lado la abriera y les pillara en el acto mientras él se corría con los últimos empujones en sus brazos.

Cuando la hizo poner los pies en el suelo de nuevo, Lucy sintió todo el jugo de su placer fluyendo caliente entre sus piernas y las manos de Cris intentando limpiarla con un pañuelo.

Su respiración seguía siendo agitada y sus ropas estaban completamente hechas jirones.

—Estuvo bien, oh sí —balbuceó Lucy en busca de palabras.

—Qué calor —sugirió Cris, mordisqueando lánguidamente su cuello.

—Pero tan peligroso —dijo ella mientras extendía las manos para acariciar sus musculosos hombros.

—Admite que ha sido jodidamente emocionante —insistió Cris, mirándola con ojos brillantes de felicidad. Riendo, se refugió en sus brazos y le devolvió sus ojos oscuros.

—Sí… también fue jodidamente emocionante.

Y esa respuesta, tan sincera y tan grosera, le robó una risa profunda y liberadora incluso a Cris.

Acababan de salir del pequeño rincón que les había visto amarse y casi chocan con un invitado al baile.

—Mira quién ha vuelto —dijo una mujer pechugona de unos treinta años con una larga y espesa melena oscura—. El Diablo de Londres —Luego extendió una mano hacia el brazo de Cris—. ¿O debo referirme a ti como el Duque de Kent?

Lucy se puso rígida en el acto al ver la facilidad con la que aquella mujer tocaba a su marido.

—Creo que según la etiqueta tendrá que dirigirse a mí como Su Excelencia —respondió Cris, también molesto por la confianza de la

mujer.

—No eras tan formal la última vez que nos vimos —respondió la mujer, deslumbrándole con sus hermosos ojos verdes.

—La última vez no estaba casado —la despidió Cris y extendiendo un brazo para estrechar a Lucy contra él—. ¿Conoces a mi mujer? La duquesa de Kent —luego se dirigió a mirando a la desconocida continuó—: Te presento a la Condesa de Essex.

Y cuando Lucy respondió a la reverencia de la condesa, no pudo ocultar su grito de sorpresa.

La Condesa era la mujer que más hablaba de la tonelada y todo el mundo sabía que engañaba descaradamente a su marido.

Mientras Cris seguía intercambiando frivolidades con esta mujer, Lucy tuvo que admitir lo hermosa que era la otra realmente.

Aunque su belleza se había visto empañada a lo largo de los años por los vicios y, tal vez, por demasiados hombres, su cuerpo seguía estando esculpido con abundantes curvas en todos los lugares adecuados.

Sus ojos eran hermosos y estaban decorados con pestañas gruesas y oscuras, y sus labios rojos parecían invitar al interlocutor a besarla.

Cuando por fin se alejaron de la Condesa, a Lucy le pareció que volvía a respirar y un peso palpitante le quemaba el pecho y la garganta.

No había llorado en una sala llena de gente por William; sin embargo, un extraño presentimiento le dijo que estaba a punto de llorar ahora. Frente Cris y en esa sala tan llena de desconocidos.

Como si él percibiera su malestar, se despidió inmediatamente del anfitrión y la subió rápidamente a su carruaje.

—¿Qué pasa, Lucy? —le preguntó al ver que su mujer trataba de ocultar su rostro y evitar el contacto con él.

La escuchó susurrar llena de desesperación y a punto de llorar.

—Estoy tan celosa.

—¿Celos? —le preguntó él, abrazándola con fuerza y obligándola a mirarle a los ojos—. ¿Celos de qué?

—De todas las mujeres que has tenido antes que yo.

—Pero ya son el pasado —dijo él, tomando su barbilla y acariciando suavemente la larga cascada de pelo rubio.

—Lo sé... pero de todas formas estoy celosa —concluyó con terquedad y firmeza.

Una divertida risa de placer sacudió los hombros de Cris.

—¿Celos de qué? ¿Celosa de la frívola y estúpida Condesa de Essex? No tengo ningún interés en ella. No es ni remotamente comparable a ti.

Lucy le miró con sus hermosos y profundos ojos azules y arrugando la frente, como para concentrarse, respiró profundamente.

—No solo estoy celosa de ella. Estoy celosa del tiempo que pasó contigo y que yo perdí. Celosa de los besos que les diste. Celosa de que ella también viera tu cuerpo —mientras una lágrima solitaria mojaba su mejilla—. Celoso porque te tenía a ti y quien sabe cuántas mujeres más vivieron la misma experiencia.

—No, Lucy, te equivocas —le dijo impetuosamente—. Nunca me tuvieron. Era solo sexo, solo satisfacción física. Contigo es diferente. Contigo es algo más profundo —dijo reflexionando mientras la acariciaba suavemente—. ¡Dios, con ninguna de ellas fue nunca así! Nunca amé a ninguna de ellas.

—¿Nunca? —le preguntó ella con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Nunca. —Se apoderó de sus labios—. Solo te quiero a ti —Su lengua bailó en lo más profundo de su boca—. Siempre a ti. Tú que llenas todos mis días, tú que iluminas mi vida, tú que me das infinita felicidad cada día.

Lucy le miró con ojos soñadores y serenos y respirando profundamente su relajante aroma le respondió llena de alegría.

—Yo también te quiero. Te quiero como nunca he querido a nadie. Te quiero tanto que siento que mi corazón explota cada vez que entras en la misma habitación que yo, cuando te miro y veo lo hermoso que eres, cuando nos besamos —susurró estirándose provocativamente sobre él—Cuando hacemos el amor.

Cuando Cris la atrajo hacia sus brazos y unió sus labios en un beso lleno de promesas, toda sombra de celos quedó ya muy lejos.

Capítulo 48

Era tarde cuando llegaron al club y a pesar del cansancio del baile nada podía amenazar la lucidez de Cristopher.

Había demasiado silencio para su club y no vio a ningún empleado.

¿Dónde estaba su mayordomo? ¿Y el señor Smith?

El secretario era capaz de esperarle durante noches enteras y su ausencia era un indicio.

Algo estaba mal.

Quitándole el abrigo a su mujer, escudriñó cuidadosamente la oscuridad que les rodeaba.

—¿Dónde están todos? —preguntó también confundida.

Haciéndole una señal para que guardara silencio, siguió mirando a su alrededor en busca de alguna pista.

Le hubiera gustado al menos mantener a Lucy a salvo, pero tuvo que llevarla con él: no sabía lo que estaba pasando y prefería tenerla a su lado.

Si el peligro que sentía era real, haría cualquier cosa para protegerla.

Entró en el salón principal del club.

Oscuro y vacío.

Maldita sea, pensó y apretó aún más la mano de Lucy.

Buscó a tientas el interruptor de la luz y, cuando la habitación se iluminó, no pudo evitar temblar de rabia y miedo al mismo tiempo.

Su peor pesadilla estaba frente a sus ojos y tenía una pistola en la mano.

Todo el personal se reunió al pie de la escalera principal y fue amenazado por William, que los contuvo con un arma.

—Por fin —dijo el hombre con un rastro de expectación y locura en su voz—, te he estado esperando durante horas.

Sus ojos azules eran grandes y opacos en aquel rostro demasiado delgado y deformado por la locura.

Porque solo un loco podría secuestrar a veinte personas inocentes y apuntarles con un arma cargada.

Su barba era de varios días y su uniforme militar estaba rasgado en varias partes, lo que le daba un aspecto malvado y desesperado.

Con una mano temblorosa se volvió hacia los dos y le apuntó con la pistola.

Un gemido de indignación sacudió a todos sus empleados.

—¿Por qué no bajas esa pistola y hablamos, William? —le

preguntó en tono conciliador.

—¿Hablar? —contestó el otro mientras una risa histérica le sacudía los hombros bajo su chaqueta roja—, no quiero hablar, maldita sea. —Su mirada se tornó perversa al detenerse a mirar despectivamente el cuerpo de Lucy muy cerca del suyo.

Su cerebro comenzó a devanarse y a revolverse en busca de una solución, pero nada parecía funcionar.

Normalmente solía actuar por instinto y afrontar la situación casi con desprecio, pero esta vez no pudo.

No con Lucy tan cerca de esa maldita pistola.

No con todo su personal a merced de un loco dispuesto a todo.

Dios, pensó mientras un hilo de sudor recorría su espalda, ¿cómo pudo subestimar la locura de aquel hombre?

Un ligero movimiento atrajo toda la atención de William cuando el señor Murphy, el croupier, se movió.

—Oye, tú... Ya te he dicho que no te muevas o le pego un tiro —amenazó acercándose a una joven doncella temblorosa, le espetó en la cara—: ¿No me crees capaz? Soy un soldado, he sido entrenado para disparar incluso a kilómetros de distancia. —No contento amartilló el cañón y disparó a uno de los preciosos candelabros.

Los gritos de terror, el sonido sordo de los cristales rompiéndose en el suelo y el olor a pólvora llenaron el aire.

—¿Qué quieres de nosotros? —le gritó con toda la rabia que le sacudía.

—Has arruinado mi vida —casi sollozó el otro.

—Déjalos en paz. No es a ellos a quienes quieres —dijo acercándose a él sin miedo—. Me quieres a mí. Tómame.

—No —susurró Lucy desesperadamente mientras chorros de lágrimas corrían por sus ahora pálidas mejillas.

Cris la fulminó con la mirada y rezó para que el joven no la hubiera escuchado.

Pero William se volvió inmediatamente a mirar a Lucy con sorpresa, como si hubiera olvidado que estaba allí.

—¿No quieres, Lucy? —preguntó mirándola con los ojos abiertos—. ¡Maldita sea! Por él estás dispuesta incluso a que te maten y por mí... —Se acercó a ella a pesar de que Cristopher intentaba frustrarlo todo lo posible—. Por mí nunca hiciste nada. Nunca me has amado —su tono era repentinamente triste.

—Déjala en paz. —Se encontró suplicando Cris por segunda vez pero este ni siquiera se giró para mirarle como si estuviera hipnotizado por Lucy.

—Tienes razón, sin ti no habrá diversión. Acompáñame a tu estudio y dejaré en paz a estos mendigos. —Luego señalando la escalera especificó—: Los dos.

Al subir las escaleras junto a su esposa, Cris estuvo casi seguro de ver al señor Murphy corriendo hacia la salida.

Solo esperaba que Lucas llegara a tiempo.

Cuando llegaron al estudio, Cris se dio cuenta de que el hombre debía estar preparándose desde hacía tiempo.

Junto a una silla había una cuerda larga y fuerte y una caja de cerillas estaba abandonada sobre su escritorio.

No solo quería matarlo. También quería quemar el fruto de todos sus sacrificios.

Quería destruirlo y aniquilarlo por completo.

Volviéndose para mirar a Lucy, asustada e indefensa, rogó que no la obligara a presenciar aquel triste espectáculo.

—Siéntate —le ordenó William y le empujó con violencia.

Si esa pistola no estuviera apuntado a su mujer, incluso podría haber intentado un movimiento relámpago y tratar de desarmarlo.

Pero una bala, solo una bala, podría ser suficiente para matarla.

Llegó lentamente a la silla y, mientras Lucy sollozaba suavemente, William le ató con fuerza, con la tosca cuerda haciendo sangrar sus muñecas y tobillos con cada movimiento.

—¿Quieres una muerte rápida y limpia o prefieres sufrir? —le preguntó mientras le miraba con ojos llenos de ira.

—¿Por qué? —le preguntó Lucy desesperadamente—. ¿Por qué nos haces esto?

—¿Por qué? —preguntó volviéndose hacia ella y una risa triste brotó de su pecho—. Porque no puedo seguir viviendo así. Lo tiene todo. Todo lo que debería haberme pertenecido. Él tiene tu amor y el título —dijo secándose desesperadamente las manos sobre su rostro cansado—. Él lo tiene todo y a mí no me queda nada.

—Eso no es cierto —le dijo de nuevo Lucy, intentando distraerle y hacerle perder el tiempo—. No es cierto que no tengas nada. Tienes a tu hermano y ocupas un puesto honorable en el ejército.

Los ojos de William lanzaron un destello aún más malvado.

—Ni siquiera en nuestro buen ejército quieren a un tonto borracho como yo.

Y con un rápido movimiento apretó aún más la cuerda alrededor del musculoso pecho de Cris.

—¿Qué quieres...? —tanteando las palabras, Lucy continuó—: ¿Qué quieres a cambio de dejarle libre?

—¿A cambio? —preguntó William, que de repente volvió a mirarla con esperanza.

—Sí... poner un precio a su libertad.

—Tú —respondió inmediatamente William—, deja a tu marido y vuelve conmigo.

Una petición tan cruel hizo temblar a Lucy.

Sabía que iba a pedirle que le dejara, pensó mientras una solitaria lágrima mojaba su rostro, y mirando a los ojos de Cris inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—No, Lucy. ¡No lo hagas! —gritó Cris, que se movía tanto y tan desesperadamente que la silla empezó a crujir.

—Cállate tú —le ordenó William y luego, volviéndose hacia Lucy como si el hombre alto y fuerte que tenía a sus espaldas no existiera, le sonrió—. ¿De verdad vas a venir conmigo?

«Si hubiera sabido cuál sería nuestro castigo, nunca me habría enamorado de ti», pensó Lucy mientras miraba por última vez a su marido, que seguía gritando. «Nunca me habría enamorado de tus ojos oscuros y tu sonrisa avergonzada. Pero te quiero y debo salvarte. Incluso a costa de perder tu amor.»

Vio a William apuntando la pistola a la sien de Cris, que seguía suplicando.

—No, Lucy. Por favor... no —casi sollozó su marido.

«Dios», pensó Lucy, ese no era el William que ella conocía.

Ese hombre perdido y desesperado era, en efecto, capaz de asesinar.

—Sí —dijo Lucy desesperadamente—. Sí, iré contigo.

Entonces extendió una mano hacia William como si le invitara a acercarse a ella.

Cristopher seguía moviéndose inquieto y se esforzaba por liberarse de la cuerda.

William dejó caer su pistola a unos pasos de los pies de Cris y, como en un trance, estrechó entre sus manos la mano extendida de Lucy.

Sin embargo, de repente, una idea loca pasó por la mente de Lucy al ver que William se acercaba cada vez más a ella.

Un poco más y habría estado en la posición correcta, pensó, tratando de mantener la calma y esperando que William estuviera lo suficientemente borracho como para no tener los reflejos preparados.

Luego respiró profundamente y, haciendo acopio de todas sus fuerzas, en un último intento desesperado, hizo un movimiento brusco y, dándose la vuelta de un tirón, empujó el cuerpo del hombre a través de la ventana de cristal que tenía detrás.

Fue un esfuerzo tremendo y sintió que todos los músculos de su hombro se tensaban cuando vio cómo el cuerpo de William atravesaba la ventana de cristal y se estrellaba contra el suelo de la sala de juegos.

Con un último golpe Cris consiguió destruir la silla que le aprisionaba y entre todos esos trozos de madera corrió a coger a su mujer en brazos.

—Yo... lo siento —dijo Lucy entre lágrimas—, rompí la ventana.

—Sshh... Fuiste muy valiente. —La tranquilizó, mirándola con orgullo y abrazándola aún más y limpiando sus lágrimas—. Rompiste la ventana pero me salvaste.

Una mirada por encima de los sacudidos hombros de Lucy fue suficiente para que Cris se diera cuenta de que aquel hombre, loco y destruido por la vida, estaba muerto.

Cerrando los ojos y respirando el dulce y sudoroso aroma de su esposa, trató de calmar los acelerados latidos de su corazón.

Nunca en toda su vida había tenido tanto miedo. Miedo a perder lo más importante. Miedo a perder a Lucy.

—Cris —fue el grito desesperado de Lucas cuando vio que un cuerpo rompía la ventana de cristal que su amigo había insistido en colocar.

Aquel gran Diablo se había hecho añicos al primer golpe y mientras los trozos de cristal rojo volaban por el aire junto a un cuerpo indefenso, Lucas rezó para que aquel cuerpo no fuera su Diablo.

Subió los escalones de dos en dos y se precipitó al estudio con la dramática convicción de que llegaba demasiado tarde.

Gotas saladas corrían por sus mejillas demacradas después de años y años.

El espectáculo que se desarrollaba ante sus ojos era a la vez trágico y romántico.

Los trozos de cristal se mezclaban con los de madera y un hombre grande y moreno sostenía a la mujer que amaba cerca de él.

Sintiéndose débil, se apoyó fuertemente en la pared detrás de él y maldiciendo en voz alta.

—Dios, Cris... ¿Cuántas veces tengo que decirte que pongas en orden tu estudio?

Y cuando Cris y Lucy se volvieron para mirarle, con ojos risueños y llenos de amor, a salvo y con solo unos rasguños, pudo volver a respirar.

Capítulo 49

Tras el aterrador incidente, Cristopher decidió volver a su tranquila casa de campo.

Vivieron momentos llenos de felicidad a medida que avanzaba el embarazo y Lucy parecía más brillante, más satisfecha cada día.

Cristopher sonrió y se alegró con ella pero, por dentro, tembló ante la mera idea de que algo, cualquier cosa, saliera mal.

En su vida anterior nunca había tenido miedo de perder nada porque no tenía nada. Sin embargo, ahora tenía demasiado.

Demasiado. Una esposa, un hijo, hermanas.

Nunca se había sentido tan completo y feliz y esa sensación, tan nueva y extraña para él, le asustaba y le hacía cada vez más vulnerable.

Solo la idea de perder a uno de ellos le hacía despertarse cada noche empapado de sudor.

Había vuelto a ocurrir, pensó, mientras se levantaba y se secaba el sudor que le empapaba el pecho.

Lo único que parecía calmarle era mirar a Lucy, que descansaba tranquilamente a su lado, y observar su vientre, tan lleno de vida, moviéndose según su suave respiración.

Alargó una mano y acarició con suavidad el ahora voluminoso vientre de Lucy, tratando de volver a respirar.

Una patada fuerte y dominante le hizo sonreír.

Hasta que escuchó un grito de dolor escapar de sus labios

—¿Lucy? —la llamó y levantó la cabeza para mirarla de cerca.

Su rostro, antes tan bello y tranquilo, estaba ahora distorsionado por el dolor y sus ojos azules estaban muy abiertos.

—Cris —susurró suavemente su esposa, arañando su mano—, creo que es esto.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó confundido.

Cris parecía perdido y preocupado y Lucy, conteniendo a duras penas otro gemido de dolor para no asustarle más.

—Estas son las contracciones. Llama a mi madre y al médico, ellas sabrán qué hacer.

Cristopher se levantó de la cama como un rayo y se vistió, repitiéndose como un mantra que su suegra y el médico lo solucionarían todo.

Todo irá bien, pensó, mientras corría por los inmensos pasillos de su finca.

Se suponía que todo iba a ir bien. Su mujer era fuerte, también

pasaría esa prueba y en pocas horas serían padres.

Y eso fue lo que pensó durante toda la noche, pero cuando la luz del día inundó su estudio y los gritos desesperados de su mujer no mostraban signos de disminuir, le aterró la idea de que el destino le estuviera jugando una mala pasada.

Cada uno de los gritos de Lucy era como un puñal en su pecho, y tomando su cabeza entre las manos maldijo en voz alta.

—¿Un whisky? —preguntó Lucas, que llevaba horas corriendo por el campo para alcanzarlo cuando, en plena noche, Cris lo mandó llamar.

—No lo quiero —dijo él sin siquiera levantar la vista.

Lucas se encogió de hombros, dio un sorbo a su bebida.

—Beber te haría bien. Calmaría tus nervios.

Levantando la mirada para fulminarlo, Cris volvió a negar con la cabeza.

—Quiero estar lúcido.

—Lúcido, ¿para qué? Amigo, créeme, el espectáculo de arriba es algo realmente asqueroso: sangre y otros líquidos por todas partes, mujeres gritando y bebés llorando. —Un escalofrío sacudió el cuerpo de Lucas—. Beber es la única solución.

Peter, que llevaba semanas instalado con su madre para esperar el parto, miró a Cris y al ver su mirada aterrorizada y su cuerpo tenso por el nerviosismo le dijo a Lucas:

—No creo que haya sido lo mejor para decirle.

Lucas frunció el ceño.

—Cris siempre prefiere la verdad. —Luego se dirigió a su amigo de toda la vida—. ¿No es así, Cris?

Otro grito escalofriante rompió el silencio y Cris se puso en pie de un salto.

—No quiero la verdad —paseando de un lado a otro como una bestia enjaulada continuó—. Quiero estar al lado de mi mujer.

Abrió la puerta y se apresuró a subir los escalones para llegar a Lucy lo antes posible.

—Muy bien... Pero no olvides que te lo he dicho —gritó tras él Lucas, que sirvió a Peter un vaso de alcohol y se sentó frente a la chimenea a esperar.

Cristopher entró en el dormitorio como un rayo y Lucy se sintió un poco más segura con solo verlo.

Extendiendo sus cansados brazos hacia él, vio cómo se apresuraba a su lado y la abrazaba con fuerza contra su pecho.

Mientras respiraba ansiosamente el olor del aire limpio y fresco, casi sintió que atacaba al médico.

—No me diga que me tengo que ir porque no lo voy a hacer.

Tras recibir una tímida inclinación de cabeza por parte del

médico, abandonó su tono de duque y, mirando con el ceño fruncido alternativamente a su suegra y al médico, preguntó:

—Ahora dígame qué hacer.

—Póngase detrás de ella —le dijo el médico—. Ayúdela a encontrar una posición más cómoda. Ayúdela a empujar.

Y Cris hizo exactamente lo que le dijeron.

Se colocó detrás de ella, le limpió el sudor, la abrazó con fuerza cuando su cuerpo temblaba por el esfuerzo, la animó con cada empujón, la instó a gritar cada vez que sentía el impulso y le besó los labios secos y deshidratados.

Se juró a sí mismo que esa sería la última vez que Lucy sufriría esos dolores.

A costa de entregarse a la castidad.

Nunca. Nunca más.

Estaba pensando que tal vez gritar también le vendría bien cuando su suegra y el médico levantaron la vista y se sonrieron con complicidad.

—La cabeza salió, duquesa. —La voz del hombre dio nueva vida al agotado cuerpo de Lucy—. Un último esfuerzo y todo habrá terminado.

—¿Oíste eso, Lucy? —le dijo, mirando fijamente sus profundos ojos azules llenos de lágrimas—. Un último esfuerzo, mi amor.

Lucy apretó sus manos con fuerza y con un último grito ensordecedor dio a luz al primer heredero del duque de Kent.

Un niño regordete y tan largo que el propio médico felicitó a los padres.

—Ha nacido y está bien —dijo Cris con los ojos brillantes mientras abrazaba a Lucy con fuerza.

—Sí —le sonrió Lucy, cansada pero feliz, mientras se acomodaba en la almohada a su espalda.

Cris la arropó, le apartó el pelo sudado de la frente y le besó la mejilla sonrojada por el esfuerzo.

—Es un bebé precioso —dijo el médico, entregándole el pequeño al Duque.

—Un bebé precioso —coincidió la suegra mientras se inclinaba para observar al bebé que lloraba con fuerza en los brazos de padre.

Luego, cuando Cris se decidió a dejarlo, se rio con ganas y extendió las manos hacia el niño.

—Dámelo Cris, lo limpiaré y luego te lo devolveré.

—¿Y Lucy? —preguntó, volviéndose para mirar a su esposa, tan pequeña e indefensa en su cama, que ya estaba dormida.

—Nos ocuparemos de ella. —Le tranquilizó el médico que le acompañó hasta la puerta.

—Pronto la volverás a ver

A pesar de sus protestas para permanecer al lado de su esposa, fue retirado rápida y elegantemente de su cabecera y no tuvo más remedio que bajar al salón donde le esperaban Lucas, Peter y sus hermanas.

Una mirada a su rostro cansado y a su camisa, todavía empapada de sangre, pareció preocuparles.

—Los dos están bien —se apresuró a tranquilizarlos con voz orgullosa—. Mi mujer acaba de dar a luz al próximo duque de Kent.

—¡Un niño! —gritó Lucas lleno de alegría, que felicitó a su amigo y le dio varias palmaditas en la espalda—. Hay que brindar.

Inmediatamente llenó varias copas de champán y brindó junto a Peter y todos los jubilosos sirvientes.

Se volvió con un vaso en la mano hacia Johanna y se lo ofreció con una sonrisa, pero la chica, tomando a su hermana menor de la mano, pasó de largo sin mirarlo.

—¿Podemos verlos? —preguntó alegremente, abrazando a su hermano, todavía algo agitado.

Lucas se encontró respirando con dificultad y, mientras la veía alejarse de él, también vació su copa de champán.

Desde que había llegado a la finca, Johanna había hecho todo lo posible por evitarlo y ni siquiera le había dirigido la palabra.

Ser ignorado por ella debería haberle hecho sentir mejor, se dijo a sí mismo, mientras el líquido frío fluía por su garganta.

Durante los meses anteriores había hecho todo lo posible por decepcionarla, pero verla de nuevo, tan hermosa y deseable, y sentirla tan lejos de él, le provocó un profundo y desconocido dolor en el centro del pecho.

Era lo mejor, se dijo a sí mismo por enésima vez, dejando el champán y tratando de no perseguirla pidiendo perdón.

Ella se merecía a alguien mejor que él. Alguien que le diera un futuro brillante.

Lástima que, ante la mera idea de que otro hombre la tocara, apretara el cristal con tanta fuerza que se rompiera en mil pedazos.

Capítulo 50

Cuando Lucy volvió a estar presentable, ella y el bebé recibieron una lluvia de cumplidos y cariño por parte de todos los invitados a la finca.

Lucas y Peter miraban al bebé y se negaban a cogerlo, casi preocupados por lastimarlo, mientras las chicas se morían por verlo y abrazarlo.

Descansaba en los brazos de Johanna y Beth le ajustaba el traje.

—Pero siempre duerme —protestó Mindy cuando el niño dio un gran bostezo y su tono ofendido provocó la risa de todos los adultos.

—Es un bebé —respondió Cris, arrodillándose a su lado—. Eso es lo que hacen los bebés.

—Pero quiero jugar con él.

—Pasará un tiempo antes de que juegue contigo — respondió, sacudiendo un mechón rebelde de su frente.

—¿Y ahora qué? —le preguntó con los ojos muy abiertos.

—¿Ahora quieres jugar con Eureka? —Beth acudió en su ayuda.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de la niña y Cris le dio las gracias a Beth.

Luego, al deshacerse de todos, logró quedarse a solas con Lucy y el bebé.

Cogió a su hijo en brazos y se sentó en la cama al lado de su mujer.

El bebé era tan hermoso: largos rizos oscuros llenaban ya su cabecita, tenía unas mejillas redondas tan suaves de besar y los ojos azules de su mujer.

—No haremos más —le dijo, mirando sonriente al bebé que pateaba animadamente en sus brazos.

Y, a pesar de su tono inflexible, observando el cuidado y el cariño con que sostenía a su hijo, Lucy no se tomó en serio su frase.

—Es tan perfecto... ¿no quieres más? —le preguntó apoyándose en su brazo musculoso.

—No si tienes que sufrir así cada vez.

Riendo, Lucy lo abrazó con fuerza mientras acariciaba los pequeños y suaves rizos negros del pequeño.

—No fue tan malo. —Al ver que su marido la miraba con los ojos muy abiertos, se corrigió con una sonrisa—. Cuando llegaste me sentí inmediatamente mejor y más segura. — Entonces tomando suavemente al niño de sus brazos lo abrazó fuertemente contra su pecho y lo miró llena de amor—. Lo quiero tanto y me gustaría tener

al menos diez más —dijo sonriendo al pequeño e inhalando su dulce e hipnótico olor.

—De acuerdo —concedió su marido, mirándola con entusiasmo.

—Pero no de inmediato. Me llevará algún tiempo recuperarme.

Se rieron juntos e intercambiaron una mirada de comprensión.

Todavía estaban un poco perturbados pero también muy felices.

—¿Cómo quieres llamarlo? —le preguntó entonces Lucy mientras Cris jugaba con el puño del niño.

—¿Podríamos llamarlo Maximus?

—¿Maximus? —le preguntó Lucy, sorprendida por esa petición.

—El señor Smith se llama Maximus y es la persona más parecida a un padre que he tenido —se justificó Cris con vacilación y repentina timidez.

Cogiendo su mano y sonriéndole, le tranquilizó.

—Maximus es un hermoso nombre

Cris le dio las gracias en silencio, sonrió y volvió a preguntarle.

—¿Y cómo segundo nombre?

Lucy levantó sus ojos azules para mirarle fijamente y, besando la suave frente del bebé, dijo:

—Me gusta Thomas.

—Thomas —susurró Cris—, a mí también me gusta.

Luego, cuando el bebé comenzó a gemir, lo tomó en sus musculosos brazos y caminó lentamente frente a la ventana.

—Bienvenido al mundo Maximus Thomas Orson, marqués de Dartford —susurró con orgullo.

—Durante unos años creo que podríamos llamarle simplemente Max —le dijo Lucy.

Riendo, se volvió para mirarla y estrechando entre sus brazos aquel precioso regalo que la vida le había dado, le dio la razón.

—Solo Max.

Y todo el pasado lleno de dificultades y momentos oscuros desapareció mientras aquel cálido cuerpecito descansaba plácidamente sobre su corazón y su mujer le sonreía con cariño.

No recordaba ningún momento de su vida en el que se hubiera sentido tan feliz y a gusto.

Era como si nunca hubiera existido realmente antes de Lucy.

Nunca antes Lucy. Nunca antes Max.

Era cierto, pensó, lo que Lucy le había dicho una vez.

El amor no divide.

El amor se multiplica.

Y ese pequeño, suave y pequeño, era el resultado perfecto de su amor.

Epílogo

Unos meses después del nacimiento de su hijo, Cris insistió en una breve visita a Londres.

—Sabes lo mucho que odio tener que dejar a Max solo con la nodriza —le dijo Lucy de mala gana, alejándose del niño.

—Lo sé —comentó, cogiéndola en brazos—, pero hay algo que tienes que ver.

—¿Qué? —le preguntó su mujer con la curiosidad brillando en sus ojos.

—Ven conmigo y descúbrelo —le susurró en los labios separados antes de besarla con pasión.

Se fueron rápidamente y sin hacer grandes maletas.

Lucy fue inflexible: no pasarían más tiempo del necesario lejos de su hijo.

Mientras dormitaban abrazados, el carruaje del duque de Kent se detuvo elegantemente frente a las puertas del London Club.

—Ven —le dijo mientras la guiaba por los meandros tan familiares para ellos del club.

La llevó al centro de la sala principal y luego, abrazándola por detrás, le dijo que mirara hacia arriba, al lugar exacto en el que se encontraba su preciosa vidriera.

—Cris —dijo su mujer en tono emocionado, con la voz temblorosa por las lágrimas—. Es… es precioso —balbuceó mientras miraba con los ojos muy abiertos la nueva vidriera.

—¿Te gusta? —le susurró complacido al oído.

Su emocionada esposa no pudo hacer otra cosa que inclinar repetidamente la cabeza y abrazarle con fuerza.

Lucy nunca había visto nada tan bonito como la nueva vidriera que adornaba la sala de juegos.

Tal vez fuera menos llamativo y poco escrupuloso que la vidriera que había roto, pero era muy significativo para ellos.

El Diablo seguía siendo el protagonista de la obra: ya no invitaba a jugar a quien lo miraba, no miraba a los jugadores sino que, tan vivo y real, parecía bailar con un elegante haz de luz.

—Somos los dos —dijo Cris—. El diablo bailando con la luz —reflejándose en sus magníficos ojos color mar continuó, apoyando su frente en la de ella—. Con mi Lucy.

Una lágrima de emoción recorrió rápidamente la mejilla de Lucy.

—Soy muy feliz —le dijo cuando recuperó la voz—. Feliz de que hayas chantajeado a mi hermano. —Una risa sacudió los hombros de

ambos—. Feliz de que haya confiado en ti en una noche oscura. Feliz de haberte dicho que sí en esa capilla. Feliz de haberte dicho sí cada día. —Mientras acariciaba sus gruesos rizos negros—. Feliz de haber vivido contigo en este lugar tan lleno de vida y actividad. Feliz porque me diste todo lo que necesitaba: a ti, a las niñas y a nuestro Max. —Lo abrazó fuertemente y lo besó suave y profundamente como él le había enseñado—. Feliz porque te quiero.

—Yo también te quiero —susurró con lágrimas en los ojos y cogiéndola en brazos bailaron juntos en una sala vacía. Entre risas y lágrimas.

Con el Diablo y la Luz sobre sus cabezas para bendecirlos.